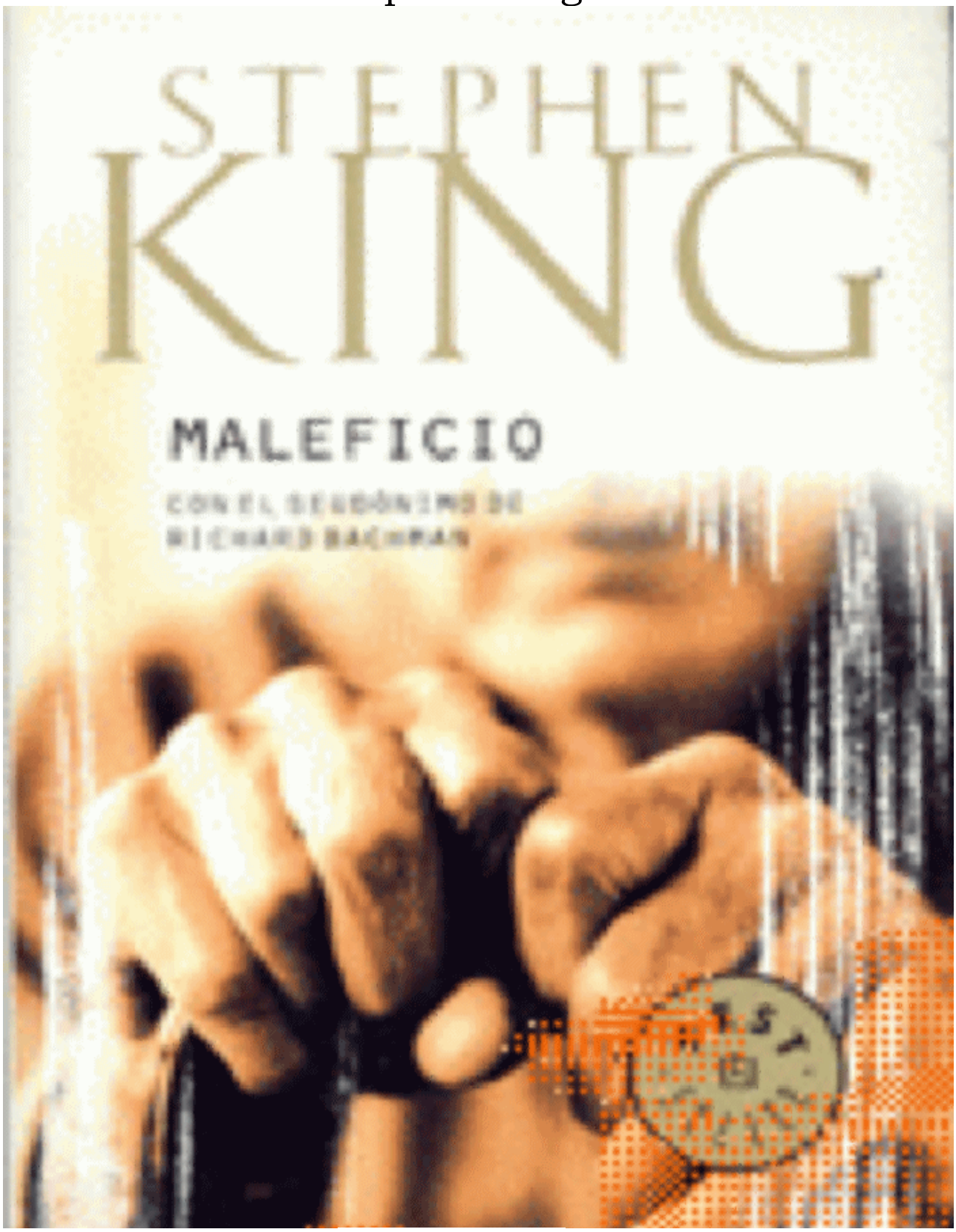
Maleficio
Stephen King



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

A mi esposa
Claudia Inez Bachman

Capítulo I

Ciento uno

-Más delgado -susurró el viejo gitano de nariz macilenta a William Halleck, mientras éste y su esposa, Heidi, salían del juzgado.

Sólo una palabra, emitida con su aliento dulzón y empalagoso.

-Más delgado.

Y antes de que Halleck pudiera apartarse, el viejo gitano alargó la mano y acarició su mejilla con un dedo contrahecho. Sus labios se ofrecían abiertos como una herida, mostrando unos pocos dientes que sobresalían de sus encías. Eran verdes y negruzcos. Su lengua se retorció entre ellos y luego se deslizó por sus sonrientes y amargos labios.

-Más delgado.

Este recuerdo asaltó a Billy Halleck, oportunamente, mientras se hallaba de pie en la balanza, a las siete de la mañana, con una toalla enrollada a la cintura. El aroma de los huevos con tocino llegaba desde el piso de abajo. Tuvo que inclinarse levemente hacia delante para leer los números. Bueno..., en realidad, tuvo que inclinarse hacia delante algo más que levemente. En realidad, se inclinó más de la cuenta. Era un hombre gordo. Demasiado grueso, como al doctor Houston le gustaba decir.

Por si alguien no te lo dice, permíteme informarte -le había dicho Houston después de su último chequeo-. Un hombre de tu edad, ingresos y hábitos entra en el club del infarto, más o menos, a los treinta y ocho años, Billy. Tienes que perder algo de peso.

Pero esa mañana había buenas noticias. Había bajado casi un kilo y medio, de ciento tres a ciento uno y medio.

Bueno..., en realidad el peso dio ciento cuatro la última vez que tuvo el valor de ponerse allí a echar un vistazo, pero llevaba los pantalones puestos, y algunas monedas sueltas en los bolsillos, sin mencionar su llavero y su cuchillo del ejército suizo, y la balanza del cuarto de baño del piso de arriba tenía tendencia a marcar de más... Estaba moralmente seguro de ello.

Y como buen muchacho criado en Nueva York, había oído que los gitanos tenían el don déla profecía. Tal vez ésta fuese la prueba. Trató de reírse y sólo pudo emitir una breve y no muy lograda sonrisa; aún era demasiado pronto para reírse de los gitanos. El tiempo pasaría y las cosas se verían en perspectiva; era lo suficientemente mayor como para saberlo. Pero aún le ponía enfermo su barriga demasiado prominente al pensar en los gitanos, y deseaba de todo corazón no ver ninguno más en su vida. A partir de ese momento dejaría de lado la lectura de la mano en las fiestas y se mostraría partidario del tablero guija. Eso es...

-¿Billy?

La voz venía del piso de abajo.

- ¡Ya voy!

Se vistió, notando con un malestar casi subliminal que, a pesar de haber adelgazado casi un kilo y medio, la cintura de sus pantalones le quedaba apretada de nuevo. Su cintura medía en ese momento ciento siete centímetros. Había dejado de fumar, exactamente, a las 12:01 del día de Año nuevo, pero tuvo que pagarlo. Oh, y de qué manera. Se dirigió al piso de abajo con el cuello desabrochado y la corbata colgando. Linda, su hija mayor de catorce años, salía por la puerta con un revuelo de falda y el vaivén de su

cola de caballo, atada aquella mañana con una cinta muy sexy de terciopelo. Llevaba los libros debajo del brazo. Dos llamativas borlas de animadora, púrpuras y blancas, se rozaban en su otra mano.

-¡Adiós, papi!

-Que lo pases bien, Lin.

Se sentó a la mesa y tomó el Wall Street Journal.

-Cariño... -le saludo Heidi.

-Querida mía -respondió pomposamente, y dejó boca abajo el Journal al lado de la indolente Susan.

Ésta colocó el desayuno delante de él: un humeante montón de huevos revueltos, un panecillo inglés con pasas y cinco tiras de crujiente tocino al estilo campestre. Buenos alimentos. La mujer se deslizó en el asiento enfrente de él, en el rincón de los desayunos y encendió un Vantage 100. Enero y febrero habían sido tensos: demasiadas "discusiones" que sólo sirvieron para disfrazar las disputas, demasiadas noches en que acabaron durmiendo de espaldas el uno al otro. Pero habían llegado a un *modus vivendi*: ella dejó de apremiarle sobre su peso y él cesó de reprocharle su hábito de fumarse hasta el filtro del paquete y medio de cigarrillos al día. Contribuyó a que tuvieran una primavera bastante decente. Y además de su propia estabilidad, habían sucedido otras cosas buenas. En primer lugar, Halleck había ascendido. "Greely, Penschley y Kinder" era ahora "Greely, Penschley, Kinder y Halleck". La madre de Heidi había cumplido finalmente su amenaza de mucho tiempo atrás de mudarse de nuevo a Virginia. Linda había conseguido ser animadora "J. V." y para Billy aquello constituía una enorme bendición; hubo momentos en que estuvo seguro de que el histrionismo de Lin le llevaría a un derrumbamiento nervioso. Todo se había desarrollado a lo grande.

Luego llegaron los gitanos a la ciudad. -Más delgado -había dicho el anciano gitano. ¿Qué diablos tenía en la nariz? ¿Sífilis? ¿Cáncer? ¿O algo aún más terrible, como la lepra?

Y a propósito, ¿por qué no lo dejas? ¿Por qué no lo dejas y en paz?

-No te lo quitas de la cabeza, ¿verdad? -le dijo de repente Heidi. Tan de improviso que Halleck vaciló en su asiento-. Billy, no es culpa tuya. El juez así lo dijo.

-No pensaba en eso.

-¿Entonces, en qué pensabas?

-En el Journal -replicó-. Afirma que las viviendas están bajando este trimestre.

No era su culpa, eso es, el juez lo había dicho. El juez Rossington. Cary para sus amigos.

Amigos como yo -pensó Halleck-; He jugado muchas partidas de golf con el viejo Cary Rossington, como sabes muy bien, Heidi. En nuestra fiesta de Nochevieja de hace dos años, el año en que creí que dejaría de fumar, y no lo hice. ¿Quién te agarró tus tan tocables tetas en el tradicional beso de Año nuevo? ¿Adivina quién? ¿Por qué, cielos? Fue el bueno de Cary Rossington, tal como vivo y respiro.

Sí. El bueno del viejo Cary Rossington ante el que Billy había discutido más de una docena de casos municipales. El bueno del viejo Cary Rossington, con el que a veces Billy jugaba al póquer en el club. El bueno del viejo Cary Rossington que no se descalificó a sí mismo cuando su buen compinche del golf y del póquer, Billy Halleck (Cary, que a veces le daba unas palmaditas en la espalda y le gritaba "¿Cómo los tienes, Gran Bill?") se

presentó ante su tribunal, no para discutir algún punto de derecho municipal, sino por una acusación de homicidio involuntario en accidente de tráfico.

Y cuando Cary Rossington no se recusó a sí mismo, ¿quién dijo ni mu, hijitos? ¿Quién en esta tan justa ciudad de Fairview es el que se queja? Nadie, nadie dice nada. ¡Nadie dice ni pío! A fin de cuentas. ¿Por qué iban a hacerlo? Por nada mas que un montón de asquerosos gitanos. Cuanto más pronto salgan de Fairview y se encaminen por la carretera con sus breaks y sus pegatinas NRA en los parachoques traseros, cuanto más pronto veamos la parte trasera de sus caravanas de confección casera y sus remolques, tanto mejor... Cuanto más pronto...

Más delgado.

Heidi aplastó su cigarrillo y exclamó:

- ¡A la mierda con tus cuentos de viviendas! Te conozco mucho mejor que eso...

Billy también lo creía así. Y también supuso que ella pensaba en lo mismo. Tenía el rostro demasiado pálido. Aparentaba su edad, treinta y cinco, y eso era raro. Se habían casado muy, pero que muy jóvenes, y él aún recordaba al viajante que llegó a su puerta vendiendo aspiradoras un día en que llevaban ya tres años de casados. Se quedó mirando a la Heidi Halleck de veintidós años y le preguntó cortésmente:

-¿Está tu madre en casa, encanto?

-De todos modos no me quita el apetito -repuso, y aquello era ciertamente verdad.

Angustiado o no había dejado muy poco de los huevos revueltos y del tocino no quedaba ni rastro. Se bebió la mitad del jugo de naranja y le brindó a la mujer una sonrisa a lo gran Billy Halleck. Ella también trató de sonreírle, pero había perdido la costumbre. Él se la imaginó con un letrero: MI MÁQUINA DE SONRISAS ESTÁ TEMPORALMENTE FUERA DE SERVICIO.

Alargó la mano a través de la mesa y tomó la de ella.

-Heidi, todo va bien. Y aunque no sea así, en realidad ya pasó.

-Lo sé. Lo sé...

-¿Está Linda...?

-No. Ya no. Dice..., dice que sus amigas comienzan a mostrarse muy solidarias...

Durante casi una semana después de que aquello sucediera, su hija lo había pasado bastante mal. Llegaba a casa de la escuela o bien llorando o muy cerca de las lágrimas. Dejó de comer. Su tez llameaba. Halleck, decidido a no pasarse, fue a ver a su tutora, la ayudante de directora, Miss Norwalk, la preferida de Linda, que enseñaba educación física y formación de animadoras. Aseguró (con buenas palabras de leguleyo) que, en su mayor parte, se trataba de sólo una broma, por ingrata y poco divertidas que llegasen a ser las bromas de la mayoría de los alumnos de primer curso de la escuela superior, y claro, sin tacto alguno, dadas las circunstancias, ¿pero no era eso lo que cabía esperar de un grupo de chicas que pensaba que las bromas rematadamente infantiles eran lo insuperable?

Llevó a Linda a dar un paseo por la calle. Lantern Drive aparecía alineada de casas de muy buen gusto, y de espaldas a la calle, viviendas de más o menos setenta y cinco mil dólares y que se aproximaban a los

doscientos mil en las provistas de sauna y piscina que dejaban atrás la época en que había que ir al club de campo del final de la calle.

Linda llevaba sus viejos pantalones cortos de madrás que estaban desgarrados a lo largo de una costura... y, según observó Halleck, sus piernas habían crecido ya tanto y de forma tan inexperta, que mostraban los laterales de sus bombachas amarillas de algodón. Sintió de nuevo una oleada de lástima y terror. Estaba creciendo. Supuso que sabía que los viejos shorts de madrás eran demasiado pequeños y desgastados, pero supuso que se los había puesto porque eran un nexo con una infancia más confortante, una infancia en la que los padres no tenían que comparecer ante el tribunal, en el estrado de los acusados (sin importar para ello lo preparado que fuese ese juicio, con tu viejo compinche del golf y borrachín toqueteador de las tetas de tu mujer, Cary Rossington, tras el martillo), una infancia en la que los chicos no te persiguen en el campo de fútbol después de la clase cuarta, mientras te tomas tu almuerzo y te preguntan cuántos puntos ha logrado tu papá por cargarse a la anciana.

Sabes que fue un accidente, ¿verdad, Linda?

Ella asiente sin mirarlo. Sí, papá.

Salió entre dos coches sin mirar a un lado ni a otro. No me dio tiempo a frenar. No me dio tiempo en absoluto.

Papá, no quiero oír nada más.

Ya sé que no, dice él. Y yo no quiero hablar sobre ello. Pero tú si escuchas cosas. En la escuela.

Ella le mira temerosa. ¡Papá! Tú no...

¿Qué si he ido a tu escuela? Sí. Lo hice. Pero fui a las tres y media de la tarde de ayer. No había niños por ninguna parte, al menos ninguno visible. Nadie se enterará.

Ella se relaja. Un poco.

Me he enterado de que lo estás pasando mal por culpa de los otros chicos. Lo siento mucho.

No ha sido tan malo, responde, tomándole la mano. Su rostro -esa reciente proliferación de granos de aspecto inflamado en su frente- cuenta una historia diferente. Los granos afirman que el trato ha sido más bien duro. El tener un padre detenido es una situación que ni siquiera soportaría Judy Blume (aunque algún día, probablemente, deberá hacerlo).

Y también he oído que te las arreglas muy bien, dice Billy Halleck. Sin hacer de esto una cosa en exceso importante. Porque si se dan cuenta de que te mortifican...

Sí, lo sé, replica lúgubremente.

Miss Norwalk afirma que está especialmente orgulloso de ti, prosigue. Es una pequeña mentira. Miss Norwalk no dijo exactamente eso, pero sí habló bien de Linda, y eso significa casi tanto para Halleck como para su hija. Y obra el milagro. Los ojos de ella se iluminan y mira a Halleck por primera vez.

¿Lo hizo?

Así es, confirma Halleck. La mentira sale de forma fácil y convincente. ¿Por qué no? Últimamente ha dicho un montón de mentiras.

Ella le aprieta la mano y le sonríe agradecida.

Lo olvidarán muy pronto, Lin. Encontrarán algún otro hueso que roer. Alguna chica se quedará embarazada o un maestro padecerá un derrumbamiento nervioso o expulsarán a algún chico por vender hierba o cocaína. Y tú te verás libre. ¿De acuerdo?

La chica le echó de repente los brazos al cuello y lo abrazó con fuerza. Decidió que, afín de cuentas, no estaba creciendo con tanta rapidez, y que no todas las mentiras eran malas.

Te quiero, papá, le dijo.

Yo también te quiero, Lin.

La abrazó a su vez y, de improviso, alguien puso en marcha un gran amplificador estéreo en la parte delantera de su cerebro y escuchó de nuevo el doble estruendo: el primero cuando el parachoques delantero del Noventa y Ocho golpeó a la anciana gitana del brillante pañuelo rojo sobre su cabello ralo, y el segundo cuando las grandes ruedas delanteras pasaron por encima de su cuerpo.

Heidi chilla.

Y su mano deja el regazo de Halleck.

Halleck abraza con fuerza a su hija, sintiendo cómo la piel de gallina se le extendía por el cuerpo.

-¿Más huevos? -pregunta Heidi, rompiendo su ensoñación.

-No. No, gracias.

Mira su plato limpio con cierta culpabilidad: sin importar lo mal que puedan ir las cosas, nunca han ido lo suficientemente mal como para hacerle perder ni el sueño ni el apetito.

-¿Estás seguro de que...?

-¿Que si estoy bien?

Sonrió.

-Estoy bien, tú estás bien. Linda está bien. Como dicen en las series de televisión, la pesadilla ha acabado... ¿No podemos volver a nuestras vidas...?

-Eso es una idea maravillosa.

Esta vez le ha devuelto su sonrisa con una suya auténtica: de nuevo se la veía por debajo de la treintena, radiante.

-¿Quieres el resto del tocino? Quedan dos rodajas...

-No -respondió, pensando en la forma en que sus pantalones se adhieren a su blanda cintura (*¿qué cintura, ja, ja?, habla en su mente un pequeño y poco divertido Don Rickles, la última vez que tuviste cintura fue hacia 1978, la forma en que tuvo que encoger el vientre para abrocharse el cinturón*). Luego pensó en la balanza y comentó:

-Me tomaré una. He perdido kilo y medio.

Ella había vuelto a la cocina, a pesar de su primer no: *a veces me conoce tan bien que resulta deprimente*, pensó.

Ahora ella le mira.

-Así, pues, sigues pensando en eso...

-En absoluto -respondió exasperado-. ¿No puede un hombre perder un simple kilo y medio en paz? Siempre me estás diciendo que te gustaría que fuera un poco...

(*más delgado*)

- ...un poco menos fornido...

Ahora le ha hecho pensar de nuevo en el gitano. *¡Maldita sea! En la macilenta nariz del gitano y en la sensación escamosa de aquel dedo deslizándose por su mejilla en el momento anterior a que reaccionara y se apartase: de la forma en que huirías de una araña o de un montón de escarabajos apelotonados debajo de un madero podrido.*

Ella le trajo el tocino y le besó en la sien.

-Lo siento. Debes seguir adelante y perder un poco de peso. Pero si no lo haces, recuerda lo que dice Mr. Rogers...

-"Me gustas de la forma que eres" -terminan la frase al unísono.

Manosea el Journal hojeado por la indolente Susan, pero aquello resultaba demasiado deprimente. Se levantó, salió y encontró el Times de Nueva York en el parterre. El chico siempre lo tiraba allí, nunca le salían los números al terminar la semana y no podía recordar el apellido de Bill. Billy se había preguntado en más de una ocasión si sería posible que un muchacho de doce años se convirtiera en una víctima de la enfermedad de Alzheimer.

Entró con el periódico, lo abrió por la página deportiva y se comió el tocino. Estaba enfrascado en las apuestas cuando Heidi le trajo otra mitad de panecillo inglés, dorado por la mantequilla derretida.

Halleck lo comió sin ser consciente de lo que hacía.

Capítulo II

Ciento uno

En la ciudad, un maldito juicio que se había prolongado durante más de tres años -un juicio que había previsto arrastrar, de una forma u otra, durante los siguientes tres o cuatro años- llegó a un inesperado y gratificante final a mediodía, con el acuerdo del demandante durante un descanso del tribunal, dejándolo en una cantidad asombrosa. Halleck no perdió tiempo en decirle al demandante, un fabricante de pinturas de Schenectady, y a su cliente, que firmasen una carta de buenas intenciones en el antedespacho del juez. El abogado del demandante lo consideró con palpable decaimiento e incredulidad cuando su cliente, presidente de la "Good Luck Paint Company" garrapateó su nombre en las seis copias de la carta y el agente del tribunal autentificaba ejemplar tras ejemplar, su calva cabeza brillando suavemente. Billy permaneció sentado en silencio, con las manos en el regazo, sintiendo algo parecido a la lotería de Nueva York. Para la hora del almuerzo todo había acabado excepto los gritos.

Billy se fue con el cliente a O'Lunney's, pidió Chivas en un vaso de agua para el cliente y un martini para él y luego llamó a Heidi a casa.

-Mohonk -le dijo, en cuanto ella descolgó el teléfono.

Se trataba de un establecimiento laberíntico en el interior de Nueva York donde pasaron su luna de miel -un regalo de los padres de Heidi-, hacía ya mucho, muchísimo tiempo. Ambos se enamoraron del lugar y desde entonces habían pasado las vacaciones dos veces allí.

-¿Qué?

-Mohonk -repitió-. Si no quieres ir, se lo pediré a Julián de la oficina.

-¡No lo harás. Billy, ¿de qué me hablas?

- ¿Quieres ir o no?

-Claro que sí. ¿Este fin de semana?

-Mañana, si consigues que venga Mrs. Bean, y se ponga de acuerdo con Linda para que se haga el lavado y no orgías ante la tele en el salón de la familia. Y si...

Pero el grito de Heidi le ahogó por un momento.

- ¡Tu caso, Billy! Las emanaciones y el derrumbamiento nervioso, el episodio sicótico y...

-Canley llegará a un acuerdo. En realidad, Canley lo ha hecho ya. Después de catorce años de embrollos administrativos y larguísimas opiniones legales que no significaban absolutamente nada, tu marido ha ganado al fin a uno de esos tipos estupendos. De una manera clara, decisiva y sin la menor duda. Canley ha llegado a un acuerdo, y yo me encuentro en el mejor de los mundos...

-¡Billy! ¡Dios mío! -gritó de nuevo, esa vez tan alto que el teléfono se distorsionó.

Billy tuvo que apartárselo del oído, sonriendo.

-¿Cuánto te soltará tu chico?

Billy dio la cifra y esta vez tuvo que apartarse el teléfono durante casi cinco segundos.

-¿Crees que le importará a Linda que nos tomemos cinco días de vacaciones?

-¿Cuándo podrá quedarse hasta la una mirando las últimas emisiones de la noche de la tele, con Georgia Deeber, ambas hablando de chicos, atiborrándose de mis chocolatines? ¿Bromeas? ¿Hará frío en esta época del año, Billy? ¿Quieres que te meta en la valija tu cardigan verde? ¿Quieres la parka o tu chaqueta de algodón? ¿O las dos cosas? O...

Le respondió que hiciese lo que mejor le pareciera y regresó con su cliente. Éste llevaba ya bebida la mitad de su gran vaso de Chivas, y quería contar chistes polacos. El cliente tenía el aspecto de haber sido golpeado con un martillo. Halleck se bebió su martini y estuvo escuchando agudezas sobre carpinteros polacos y restaurantes de Polonia con una atención a medias, con su mente aferrada alegremente a otros asuntos. El caso tendría implicaciones de largo alcance; era demasiado pronto como para decir que aquello cambiaría el curso de su carrera, pero podría ser así. Era lo más probable. No era malo para aquellos casos que las grandes firmas lo tomasen como una obra de caridad... Y ello significaría que...

...el primer golpe lanzó a Heidi hacia delante y durante un momento, se aferró a él, que fue apenas consciente del dolor en su entrepierna. El impacto fue lo suficiente fuerte como para cerrar el cinturón de seguridad de ella. Saltó la sangre: tres gotas del tamaño de una moneda de diez centavos, y se aplastó en el parabrisas como lluvia roja. Ella no tuvo tiempo ni de gritar; gritaría después. Él ni siquiera tuvo tiempo de darse cuenta del asunto. El principio de esta toma de conciencia llegaría con el segundo golpe. Y él...

.. .se tragó el resto de su martini de un trago. Las lágrimas acudieron a sus ojos.

- ¿Está usted bien? -preguntó el cliente, cuyo nombre era David Duganfield.

-Estoy tan bien como no puede imaginarse -replicó Billy, y alargó la mano a través de la mesa hacia su cliente-. Felicidades, David.

No pensaría en el accidente, ni en el gitano de la nariz macilenta. Éste era un buen tipo y ello se vio claramente; este hecho resultó en el fuerte apretón de manos de Duganfield y en su cansada y ligeramente abobada sonrisa.

-Gracias -le dijo Duganfield-. Muchísimas gracias.

De repente se inclinó por encima de la mesa y abrazó torpemente a Billy Halleck. Billy lo abrazó a su vez. Pero mientras los brazos de David Duganfield rodeaban su cuello, una palma se deslizó por el ángulo de su mejilla y pensó de nuevo en la rara caricia del anciano gitano.

Me ha conmovido, pensó Halleck, e incluso mientras abrazaba a su cliente, se estremeció.

Trató de pensar en David Duganfield en el camino hacia casa -Duganfield era una buena cosa en qué pensar-, pero en vez de Duganfield, se encontró pensando en Ginelli y en la época en que estaba en el Triborough Bridge.

Él y Duganfield habían pasado la mayor parte de la tarde en 'Lunney's', pero el primer impulso de Billy fue llevar a su cliente a Three Brothers, el restaurante donde Richard Ginelli tenía una participación informal y silenciosa. Realmente hacía años que no estaba en Brothers -con la reputación de Ginelli aquello no hubiera sido prudente- pero todavía pensaba en Brothers antes que nada. Billy había disfrutado allí de algunas buenas comidas y pasado buenos ratos, aunque Heidi nunca se hubiese

preocupado mucho ni por aquel lugar ni por Ginelli. Ginelli la asustaba, pensó Bill.

Estaba atravesando la salida de Gun Hill Road en el Thruway de Nueva York, cuando sus pensamientos volvieron al viejo gitano de una forma tan previsible como la de un caballo que regresa a su cuadra.

Fue Ginelli en quien pensaste primero. Cuando llegaste a casa aquel día y Heidi estaba sentada en la cocina, llorando, fue Ginelli en quien pensaste primero."En Rich hoy me matado a una vieja.¿Puedo ir a la ciudad y hablar un momento contigo?

Pero Heidi estaba en el cuarto de al lado, y no lo hubiera comprendido. La mano de Billy se extendió sobre el teléfono, y luego la alejó. Se le ocurrió con repentina claridad que era un abogado acaudalado de Connecticut, y que, cuando las cosas se ponían espinosas sólo podía pensar en una persona a la que llamar: a un matón de Nueva York que al parecer, había desarrollado el hábito, en el transcurso de los años, de pegarle un tiro a la competencia.

Ginelli era alto, no tenía una magnífica apariencia, pero sí una percha natural. Su voz era fuerte y amable, no la clase de voz que se asociaría con la droga el vicio y el asesinato. Pero estaba relacionado con las tres cosas, al menos según su hoja de servicios. Pero fue la voz de Ginelli la que Billy hubiera querido oír, aquella terrible tarde, cuando Duncan Hopley, el Jefe de Policía de Fairview, le dejó marcharse.

-...o va a quedarse ahí sentado todo el día?

-¿Qué? -exclamó Billy, desconcertado

Le he dicho si va a pagar o sólo...

-Sí -replicó Billy- y le dio un dólar al del peaje.

Recibió el cambio y siguió conduciendo. Casi hasta Connecticut; diecinueve salidas para ver a Heidi. Y luego a Mohonk. Duganfield no funcionaba, por lo tanto debía intentar con Mohonk. Simplemente olvidar a la vieja gitana y al anciano cíngaro durante un rato, ¿qué te parece?

Pero sus pensamientos derivaron hacia Ginelli.

Billy le había conocido a través del estudio jurídico, que había resuelto algunos asuntos legales para Ginelli siete años atrás: trabajos mercantiles. Billy, que entonces era un abogado joven de la firma, fue encargado de esa misión. Ninguno de sus socios de más edad habría ni siquiera tocado aquello. Incluso entonces la reputación de Rich Ginelli era ya muy mala. Billy nunca le preguntó a Kirk Penschley cuál era el motivo real del estudio para aceptar a Ginelli como cliente; le recomendaron que cuidase de los documentos y dejase los asuntos de política a sus mayores. Supuso que Ginelli estaría enterado de algún secreto de alguien; era un hombre que siempre tenía el oído pegado al suelo.

Billy empezó su tarea de tres meses a favor de Three Brothers Associates, Inc., esperando que le disgustase e incluso temer al hombre para quien trabajaba. En vez de ello, se encontró atraído hacia él. Ginelli tenía carisma y era divertido estar a su lado. Y más aún, trató al mismo Billy con una dignidad y un respeto que Billy no encontraría en su propio estudio jurídico durante otros cuatro años

más.

Billy disminuyó la marcha en los peajes de Norwalk, arrojó treinta y cinco centavos y se introdujo de nuevo en el tránsito. Sin haber pensado siquiera en ello, se inclinó y abrió la guantera. Debajo de los mapas y del

manual del propietario había dos paquetes de Twinkies. Abrió uno y empezó a comer con rapidez, cayéndole algunas migajas en el chaleco.

Todo su trabajo para Ginelli se completó mucho antes de que un tribunal de Nueva York procesara a aquel hombre por haber ordenado una oleada de ejecuciones al estilo de los gángsteres tras una guerra de drogas. Las actuaciones se habían visto ante la audiencia de Nueva York en el otoño de 1980. Las enterraron en la primavera de 1981, debido en gran parte a un índice de mortalidad del cincuenta por ciento entre los testigos del Estado. Uno de ellos había volado en su coche junto con tres detectives-policía que le habían asignado para protegerle. Otro había sido herido en la garganta con el mango roto de un paraguas mientras se lustraba los zapatos en un limpiabotas de la Grand Central Station. Los otros dos testigos claves decidieron, sin sorprender a nadie, que ya no estaban seguros de que fuese Richie *Martillo* Ginelli al que habían oído mandar asesinar a un barón de las drogas de Brooklyn llamado Richovsky.

Westport. Southport. Casi en casa. Se inclinó de nuevo hacia delante, toqueteando en la guantera... ¡Aja! Había allí una bolsa sólo medio vacía de los cacahuetes ofrecidos por una línea aérea. Un poco rancios pero aún comestibles. Billy Halleck empezó a masticarlos, pero sin paladearlos más de lo que había paladeado los Twinkies.

Él y Ginelli habían intercambiado felicitaciones por Navidad durante años y habían tenido juntos un almuerzo ocasional, por lo general en Three Brothers. Las comidas cesaron después de que Ginelli se refiriese impasiblemente a "mis problemas legales". Parte de ello fue obra de Heidi -pues adujo razones de tipo mundano cuando le ocurrió aquello a Ginelli-, pero la mayor parte del asunto fue culpa del propio Ginelli.

-Será mejor que dejes de venir por aquí durante algún tiempo -le dijo a Billy.

-¿Qué? ¿Por qué? -había preguntado Billy inocentemente, como si él y Heidi no hubiesen discutido acerca de ello la noche anterior.

-Porque en lo que se refiere al mundo, soy un gángster -le replicó Ginelli-. Y los abogados jóvenes que se asocian con gángsteres no progresan, William, y esto es de lo que realmente se trata: debes mantener las narices limpias y seguir adelante.

-¿Y eso es todo, verdad?

Ginelli había sonreído de una manera extraña.

-Verás..., hay algunas cosas más...

-¿Como cuáles?

-William, confío en que no tengas que averiguarlo nunca. Y ven de vez en cuando a tomarte un *espresso*. Hablaremos y nos reiremos un poco. Lo que te estoy diciendo, es que nos mantengamos en contacto.

Se habían mantenido en contacto con él y se había dejado caer por allí de vez en cuando (aunque, tuvo que admitirse a sí mismo mientras tomaba la rampa de salida de Fairview, los intervalos cada vez se habían ido distanciando más y más), y cuando se encontró con que debía enfrentarse a una acusación de homicidio involuntario por accidente de circulación, fue en Ginelli en quien pensó primero.

Pero el bueno y viejo tocatetas de Cary Rossington se cuidó de eso -le susurró su mente-. *¿Entonces, por qué estoy pensando ahora en Ginelli? Mohonk, eso es en lo que deberías estar pensando. Y en David Duganfield, que demuestra que los buenos tipos no siempre terminan los últimos. Y en conseguir un poco más de dinero.*

Pero cuando giró hacia la entrada de coches, comprobó que pensaba en algo que Ginelli había dicho; *William, confío en que nunca tengas que averiguarlo.*

¿Averiguar qué?, se preguntó Billy, pero ya Heidi salía a toda velocidad por la puerta principal para darle un beso, y Billy se olvidó de todo durante un rato.

Capítulo III

Mohonk

Era ya su tercera noche en Mohonk y acababan de hacer el amor. Era la sexta vez en tres días, un vertiginoso cambio en su habitual y calmoso índice de un par de veces a la semana. Billy estaba echado junto a ella, sintiendo su calor, el aroma de su perfume -Anaïs Anaïs-, mezclado con el limpio sudor y el olor de sus sexos. Durante un momento su pensamiento hizo una horrible conexión cruzada y empezó a ver a la mujer gitana en el momento anterior a que el Oíd la golpease. Durante un instante oyó abrirse una botella de Perrier. Luego la visión desapareció.

Rodó hacia su mujer y le acarició el muslo.

Ella se abrazó a él a su vez con un brazo y deslizó su mano libre por el muslo de su marido.

-Sabes -le dijo-, si pierdo el cerebro un poco más, no me quedará cerebro en absoluto.

-Eso es un mito -replicó Billy, sonriendo.

-¿El que se pierde cerebro?

-No. Eso es verdad. El mito es que pierdes esas células cerebrales para siempre. Las que se consumen vuelven a crecer.

-Sí, eso lo dices tú...

Ella se acomodó más confortablemente contra él. Su mano erró por su muslo, tocó leve y amorosamente su pene, jugó con su pelo púbico (al año anterior le había sorprendido tristemente ver las primeras hebras grises allí en lo que su padre llamaba el bosquecillo de Adán) y luego subió por la colina de su vientre.

La mujer se enderezó de repente sobre un codo, alarmándole un poco. No se había dormido, pero se deslizaba ya hacia el sueño.

- ¡Realmente has adelgazado!

-¿Qué?

-Billy Halleck, estás mucho más delgado...

Se dio unos golpecitos en el vientre, al que a veces llamaba "La casa que construyó ese jovencito", y se echó a reír:

-No demasiado... Aún sigo pareciendo el único hombre del mundo embarazado de siete meses...

-Aún estás robusto, pero no tanto como solías. Lo sé. Te lo puedo decir. ¿Cuándo te has pesado por última vez?

Trató de recordar. Fue la mañana en que se arregló lo de Canley. Había bajado a ciento diez...

-Te dije que había perdido un kilo y medio, ¿recuerdas?

-Pues mira, por la mañana lo primero que harás será pesarte -le dijo.

-No hay balanza en el cuarto de baño -respondió cómodamente.

-Bromeas...

-No hay. Mohonk es un lugar *civilizado*.

-Buscaremos una.

Empezaba a deslizarse de nuevo hacia el sueño.

-Si quieres, claro que sí...

-Lo quiero...

Había sido una buena mujer, pensó. En algunos momentos, durante los últimos cinco años, desde que, realmente, había empezado a engordar en serio, había anunciado dietas y/o programas físicos adecuados. Las dietas habían quedado marcadas por un montón de bromas. Una salchicha o dos a primeras horas de la tarde como suplemento del almuerzo a base de yogur, o tal vez una hamburguesa engullida apresuradamente, o dos, la tarde del sábado, mientras Heidi salía a una subasta o a una venta de artículos domésticos usados en la vecindad. En una o dos ocasiones, incluso se había rebajado a comprar los horrendos emparedados calientes que vendían en una pequeña tienda a un par de kilómetros de distancia: por lo general, la carne de esos bocadillos parecía tiras de piel tostada, una vez que el horno de microondas se encargaba de ellas, y, sin embargo, no recordaba haber dejado nunca la menor partícula sin comer. Sí, le gustaba la cerveza, por descontado, pero lo que le gustaba más era comer. Era algo increíble comer en los mejores restaurantes de Nueva York, pero también lo era mirar la tele con una bolsa de Doritos y alguna que otra almeja.

Los programas de adecuación física duraron tal vez una semana, y luego interfirió con ellos su plan de trabajo, o simplemente, perdió el interés. En el sótano, en un rincón, yacía un juego de pesas, acumulando telarañas y polvo. Parecía reprochárselo cada vez que bajaba. Intentaba no mirarlas.

Debería meter la barriga para dentro más que de costumbre y anunciar palmariamente a Heidi que había perdido cinco kilos y. medio y que ya había bajado a ciento ocho. Y ella asentiría y le diría que estaba muy contenta, que naturalmente, notaba la diferencia y que durante todo el tiempo, lo sabía porque veía vacías las bolsas de la basura. Y desde que Connecticut adoptara una ley de botellas y latas retornables, los huecos de la despensa se habían convertido en una fuente de culpabilidad casi tan grande como las pesas no usadas.

Le miraba cuando dormía; y lo que era peor, le veía también cuando orinaba. No se puede meter la barriga cuando haces pis. Lo había intentado y resultó imposible. Sabía que había perdido tres libras, cuatro todo lo más. Puedes engañar a tu mujer respecto de otras mujeres -por lo menos, durante algún tiempo-, pero no en relación a tu peso. Una mujer que soporta tu peso de vez en cuando por la noche, sabe muy bien lo que pesas. Pero ella sonrió y le dijo: *Naturalmente, cariño, tienes mucho mejor aspecto.* Parte de esto no era quizá tan admirable -le mantenía silencioso respecto a los cigarrillos de ella-, pero no le engañaba hasta creerse que eso era todo, o lo más importante. Era una forma de que él conservase el respeto por sí mismo.

-¿Billy?

-¿Qué?

Perturbado en su sueño por segunda vez, se quedó mirándola, entre divertido e irritado.

-¿Te sientes del todo bien?

-Sí, muy bien. ¿Qué es ese asunto de si me encuentro o no bien?

-Pues..., a veces... dicen que una pérdida de peso sin planificar puede ser indicio de algo.

-Me siento estupendamente. Y si no me dejas dormir, te lo demostraré saltando de nuevo sobre tus huesos...

-Adelante...

Él gruñó y ella se echó a reír. Muy pronto estaban ya dormidos. Y en su sueño, él y Heidi regresaban de Shop'n Save, sólo que sabía que esta vez era un sueño, sabía que algo estaba a punto de suceder, y quería decirle que

dejase aquello que estaba haciendo, que debía concentrar toda su atención en la conducción porque muy pronto una vieja gitana saldría corriendo entre dos coches aparcados -entre un Subaru amarillo y un Firebird, verde oscuro para ser exactos- y que esta anciana llevaba una hebilla de plástico de pacotilla en su entrecano cabello y no miraría a ninguna parte sino sólo directamente ante sí. Quería decirle a Heidi que ésa era su oportunidad de volver atrás, de cambiarlo, de hacerlo bien.

Pero no pudo hablar. El placer le despertó de nuevo y el roce de los dedos de ella, juguetones al principio y luego más en serio (su pene se endureció mientras dormía y volvió la cabeza levemente al clic metálico de su cremallera que se bajaba eslabón a eslabón); el placer se mezcló incómodamente con una sensación de algo terrible e inevitable. Ahora vio delante el Subaru amarillo, aparcado detrás del Firebird verde con la franja blanca de carreras. Y entre ellos el destello de un color más brillante y más vital que cualquier otra pintura de Detroit o de Toyota Village. Trató de gritar: *Déjalo, Heidi... ¡Es ella! Voy a matarla de nuevo si no lo dejas... ¡Por favor, Dios mío, no! ¡Por favor, Cristo, no!*

Pero la figura salió de entre los dos coches. Halleck trató de quitar el pie del acelerador y ponerlo sobre el freno, pero parecía estar pegado, sujeto allí por una espantosa e irrevocable firmeza. *El pegamento Krazy de la inevitabilidad*, trató de decirse salvajemente, intentando torcer el volante, pero el volante tampoco giró. Estaba trabado y bloqueado. Por lo tanto intentó prepararse para el impacto y luego la cabeza de la gitana se volvió y ya no era la vieja, oh, no, uh..., era el gitano de la nariz macilenta. Sólo que ahora sus ojos habían desaparecido. En el instante previo a que el Olds le golpease y le pasase por encima, Halleck vio aquellas cuencas vacías y contemplativas. Los labios del viejo gitano se abrieron en una sonrisa obscena, un cuarto creciente debajo del corroído horror de su nariz. Luego: *Bum/bum*...

Una mano que caía lacia sobre el capó del Olds, fuertemente arrugada, revestida de paganos anillos de tintineante metal. Tres gotas de sangre salpicaron el parabrisas. Halleck fue vagamente consciente de que la mano de Heidi se había aferrado agonizantemente en su erección, reteniendo el orgasmo que el choque había hecho aflorar, originando un repentino y terrible placer-dolor... Y escuchó el susurro del gitano desde alguna parte por debajo de él, ascendiendo a través del suelo enmoquetado del lujoso coche, apagado pero lo bastante claro: "*Más delgado*".

Se despertó con una sacudida, se volvió hacia la ventana, casi gritando. La luna era un brillante cuarto creciente por encima de los Adirondacks y, por un momento, pensó que era el viejo gitano, con la cabeza levemente inclinada hacia un lado, mirando por su ventana, sus ojos dos brillantes estrellas en la negrura del firmamento, sobre el Estado de Nueva York, con su sonrisa encendida de alguna forma desde dentro, la luz sobresaliendo fría como la de un frasco de vidrio lleno de luciérnagas agosteñas, tan frío como los tipos del pantano que había visto algunas veces de pequeño en Carolina del Norte: una luz antigua y fría, una luna con la forma de una sonrisa de anciano, una que contempla la venganza.

Billy respiró penosamente, cerró los ojos con fuerza y luego los abrió de nuevo. La luna era otra vez la luna. Se tendió y tres minutos más tarde dormía otra vez.

El nuevo día fue brillante y claro y al fin Halleck dio el brazo a torcer y convino en subir por el Labyrinth Trail con su esposa. Los terrenos de Mohonk estaban ligados a rutas de excursionismo, clasificadas desde fáciles a muy difíciles. La del Laberinto tenía la indicación de "moderada" y en su luna de miel, él y Heidi habían trepado por allí dos veces. Recordó cuánto placer le produjera abrirse paso por pinos, desfiladeros, con Heidi justo detrás de él, riéndose y diciéndole que se apresurase, tortuga... Recordó su andar sinuoso a través de pasos estrechos, semejantes a cuevas, en la roca, y susurrar ominosamente a su reciente esposa:

-¿No sientes cómo tiembla el suelo?

Y decirlo cuando se encontraban en la parte más estrecha, pero ella aún había tenido ánimos de darle un buen golpe en el culo.

Halleck hubiera admitido para sí (pero nunca, nunca, a Heidi) que eran aquellos estrechos pasos a través de la roca lo que ahora le preocupaba. En su luna de miel, era un tipo delgado y esbelto, aún un muchacho, todavía en buena forma a causa de los veranos pasados con un equipo de explotación forestal en Massachussets occidental. Pero ahora era dieciséis años mayor y muchísimo más pesado. Y, tan jovial y amablemente como le había informado el bueno del doctor Houston, estaba entrando en el grupo de los que suelen sufrir infartos. La idea de tener un ataque cardíaco en medio de las montañas resultaba algo incómoda, aunque aún bastante remota; lo que le parecía más probable, era quedar encallado en una de aquellas estrechas gargantas rocosas por las que serpenteaba la senda en su camino hacia la cumbre. Recordó que por lo menos en cuatro lugares, había tenido que arrastrarse.

No quería quedar aprisionado en uno de aquellos sitios.

¿O... cómo sería eso? El tal Billy Halleck se encalla en uno de aquellos oscuros lugares para arrastrarse y entonces tiene un ataque cardíaco... ¡Eh...l ¡Dos pájaros de un tiro!

Pero, finalmente, convino en que debía intentarlo, si ella se mostraba de acuerdo en hacerlo sola en el caso de que él simplemente, no se encontrase en buena forma para llegar a la cumbre. Y si podían ir primero a New Paltz, donde él se compraría unos buenos zapatos de lona. Heidi se apresuró a aceptar ambas condiciones.

Ya en la ciudad, Halleck averiguó que los zapatos de lona eran algo anticuado. Nadie admitió siquiera conocer aquella palabra. Compró un par de elegantes zapatos verdes y plata Nike para andar y trepar y se quedó encantado en silencio de lo bien que se ajustaban a sus pies. Aquello le hizo darse cuenta de que no había tenido un par de zapatos parecidos desde hacía... ¿Cinco años? ¿Seis? Le pareció imposible, pero era así.

Heidi los admiró también y le dijo de nuevo que, ciertamente, parecía como si hubiese perdido peso. Fuera de la zapatería había una balanza que funcionaba con monedas, una de aquellas que daba "EL PESO Y EL DESTINO". Halleck no había visto una desde que era chico.

-Sube, héroe -le dijo Heidi-. Tengo una moneda...

Halleck rehusó durante un momento, oscuramente nervioso.

-Vamos, apresúrate. Quiero ver cuánto has perdido.

-Heidi, esas cosas no pesan bien, ya lo sabes...

-Sólo quiero una cifra aproximada. Vamos, Billy, no seas tonto.

Con desgana, le entregó el paquete que contenía sus nuevos zapatos y subió a la balanza. Ella metió la moneda. Se produjo un clic y aparecieron dos paneles curvados de metal plateado. Detrás de la parte superior de uno

apareció su peso; detrás del inferior, la idea que tenía la máquina acerca de su destino. Halleck emitió un ronco y sorprendido gritito.

-Lo sabía... -dijo Heidi a su lado.

Se produjo una especie de dudosa interrogación en su voz, como si no estuviese segura de si debía sentir contento, o miedo, o duda.

-Sabía que estabas más delgado...

Si ella había oído su propio y ronco jadeo, pensó Halleck más tarde, indudablemente habría pensado que lo causaba el número marcado en rojo: incluso con la ropa puesta, su cuchillo del Ejército suizo en el bolsillo de sus pantalones de pana, incluso con un pesado desayuno de Mohonk en la barriga, la señal marcaba claramente ciento cinco. Había perdido seis kilos y medio desde el día en que Canley había convenido en un acuerdo extrajudicial.

Pero, en realidad, no era su peso lo que le hizo jadear, sino su destino. El panel inferior no se había hecho a un lado para revelar aquello de: LA ECONOMÍA MEJORARÁ PRONTO, O TE VISITARÁN UNOS ANTIGUOS AMIGOS, O NO TOMES DECISIONES IMPORTANTES DE FORMA PRECIPITADA.

Sólo había revelado dos palabras en negro: MÁS DELGADO.

Capítulo IV

Ciento tres

Volvieron en coche a Fairview en silencio durante casi todo el trayecto. Heidi se puso al volante hasta que se hallaron a unos veinticinco kilómetros de la ciudad de Nueva York y el tráfico se hizo más denso. Luego ella se detuvo en un área de servicio y dejó que Billy se hiciese cargo del resto del itinerario hasta su casa. No había ninguna razón para que él no condujera: la vieja había resultado muerta, esto era cierto, con un brazo casi arrancado del cuerpo, con la pelvis pulverizada, el cráneo aplastado como un jarrón Ming arrojado sobre un suelo de mármol, pero Billy Halleck no había perdido en absoluto su permiso de conducir de Connecticut. Nuestro buen amigo el tocatetas de Cary Rossington se había ocupado de ello.

-¿Me has oído, Billy?

Éste le lanzó una ojeada y luego volvió a poner los ojos en la carretera. Conducía mejor aquellos días y, aunque no empleaba la bocina más veces de lo usual, ni gritaba o movía los brazos más de lo acostumbrado, era más consciente de los errores de los demás conductores y de los suyos propios que antes, y se mostraba menos laxo respecto de ambas cosas. Matar una vieja hace que aumente tu concentración. No resulta nada bueno para el respeto de uno mismo y produce algunos sueños verdaderamente horribles, pero ciertamente, aumenta los antiguos niveles de concentración.

-Estaba distraído. Perdona.

-Te decía que muchas gracias por habérmelo hecho pasar tan bien.

Le sonrió y le tocó ligeramente el brazo. Había sido algo maravilloso, por lo menos para Heidi. De una forma cierta, Heidi lo había dejado todo atrás: a la gitana, la audiencia previa en la que se archivó el juicio del Estado, al viejo gitano de la nariz macilenta. Para Heidi era ahora sólo algo desagradable ya pasado, como la amistad de Billy con aquel matón de Nueva York. Pero en su mente había algo más; una segunda mirada de reojo lo confirmó. La sonrisa se había extinguido y lo miraba, mostrando leves arrugas en torno de los ojos.

-No hay de qué -le dijo-. Siempre eres muy bien venida, encanto...

-Y cuando lleguemos a casa...

-¡Salto de nuevo sobre tu esqueleto! -gritó con falso entusiasmo y compuso una mirada lasciva.

En realidad, no creía poder hacerlo aunque un desfile de las Dallas Cowgirls pasase a su lado, con una ropa interior diseñada por Frederick's de Hollywood. No tenía nada que ver con lo a menudo que lo habían hecho en Mohonk; se trataba de aquella malhadada profecía. MÁS DELGADO. Seguramente no había dicho nada parecido: sólo había sido su imaginación. Pero no parecía un producto de su imaginación, maldita sea; sino algo tan real como los titulares del *New York Times*. Y aquella realidad constituía la parte más terrible de todo, porque el MÁS DELGADO no coincidía con la idea que nadie tiene de la buena suerte. Ni siquiera un TU DESTINO ES PERDER PRONTO PESO sería algo adecuado. Lo habitual eran cosas como prolongados viajes o verse de nuevo con viejos amigos.

Ergo, se había alucinado.

Sí, eso era.

Ergo, probablemente, estaba perdiendo el sentido común.

Oh, vamos, ¿era eso justo?

Muy justo. Cuando pierdes el dominio de tu imaginación, no es una buena noticia.

-Puedes saltar sobre mí si quieres -replicó Heidi-, pero lo que realmente deseo es que saltes sobre la balanza del cuarto de baño...

-¡Vamos, Heidi! He perdido un poco de peso-, pero no es para tanto...

-Estoy muy orgullosa de que hayas adelgazado, Billy, pero hemos estado juntos casi constantemente los últimos cinco días, y que me maten si sé cómo has podido lograrlo...

Esta vez dedicó a su mujer una prolongada mirada, pero ella no le respondió; siguió mirando a través del parabrisas, con los brazos cruzados sobre el pecho y un silencio pensativo.

-Heidi...

-Has comido tanto como siempre. Tal vez incluso más. El aire de la montaña debe de haber acelerado tus motores.

-¿Por qué dorar la píldora? -le preguntó, disminuyendo la marcha para arrojar cuarenta centavos en la cesta del peaje de Rye.

Sus labios se apretaban formando una delgada línea blanca, su corazón había empezado a latir muy deprisa y de pronto se puso furioso con ella.

-Lo que quieres dar a entender es que soy un auténtico cerdo. Dilo abiertamente si quieres, Heidi. Qué diablos. Lo acepto...

- ¡No quiero decir nada parecido! -gritó ella-. ¿Por qué quieres lastimarme, Billy? ¿Por qué después de haberlo pasado tan bien?

No miró esta vez hacia ella para saber si estaba a punto de echarse a llorar. Su temblorosa voz se lo dijo. Lo sentía, pero sentirlo no dominaría su ira. Y el miedo que estaba bajo aquella ira.

-No quiero lastimarte -le dijo, agarrando el volante del Olds con tanta fuerza que los nudillos se le blanquearon-. Nunca lo hago. Pero adelgazar es una *buena* cosa, Heidi; ¿por qué no haces más que restregármelo por la cara?

-*No siempre es una buena cosa* -le gritó, desconcertándole, por lo que el coche zigzagueó levemente-. *¡No siempre es una buena cosa, y tú lo sabes!*

Ahora si lloraba, lloraba y hurgaba en su bolso en busca de un Kleenex, de aquella forma entre fastidiosa y atractiva, como siempre lo hacía. Le tendió su pañuelo y ella lo usó para enjugarse los ojos.

-Puedes decir lo que quieras, puedes suponer lo que desees, interrogarme si te apetece, Billy, estropear lo bien que lo hemos pasado. Pero te amo y debo decir lo que he dicho. Cuando la gente empieza a adelgazar sin estar a dieta, eso puede significar que está enferma. Es una de las siete señales de advertencia del cáncer.

Le devolvió el pañuelo. Los dedos de él tocaron los de su mujer al hacerlo. La mano de ella estaba muy fría.

Bien, ya se había dicho la palabra. Cáncer. Evocaba cosas desagradables. Dios sabía que esa palabra ya había brotado en su propia mente más de una vez desde aquella balanza de monedas de enfrente de la zapatería. Había salido a la superficie como algún asqueroso y diabólico globo de payaso, y había tenido que apartar aquel pensamiento. Lo había apartado como se hace con aquellas damas sin hogar que se sentaban balanceándose hacia delante y hacia atrás en sus extraños y un poco negruzcos escondrijos delante de la Grand Central Station..., o de la forma en que uno apartaba a los traviesos niños gitanos que aparecieron con el

resto de la banda de gitanos. Los niños gitanos cantaban con unas voces que conseguían ser monótonas y extrañamente dulces al mismo tiempo. Los niños gitanos andaban sobre las manos con panderetas extendidas, sujetas de algún modo en sus sucios y desnudos dedos de los pies. Los niños gitanos reían por lo bajo y avergonzaban a los jugadores de Frisbee locales, pues hacían girar dos, y a veces tres, discos de plástico a la vez: sobre los dedos, en los pulgares y en ocasiones en la nariz. Reían mientras hacían todas esas cosas, y todos parecían tener enfermedades cutáneas, bizqueras o labios leporinos. Cuando de repente veías semejante y rara combinación de agilidad y fealdad arrojada ante ti, ¿qué otra cosa podías hacer excepto volver la mirada? Amas de casa sin hogar, niños gitanos y cáncer. Incluso el curso de sus pensamientos le asustó.

De todos modos, tal vez fuese mejor que la palabra se hubiese pronunciado

-Me encuentro bien -repitió, tal vez por sexta vez desde la noche en que Heidi suscitara el tema.

¡Y maldita sea, era verdad!

-También he estado haciendo ejercicio.

Aquello era también cierto..., por lo menos durante los últimos cinco días. Habían subido juntos por el Labyrinth Trail, y aunque tuvo que respirar pesadamente y meter la barriga cuando pasaban por uno de los lugares más estrechos, nunca estuvo cerca de quedarse encallado. En realidad, fue Heidi la que bufando y sin aliento, tuvo que pedirle dos veces descansar un poco. Diplomáticamente, Billy no le mencionó que se debía al tabaco.

-Estoy segura de que te sientes bien -respondió-, y eso es importante. Pero un chequeo sería también algo estupendo. Hace ocho meses que no te haces ninguno y estoy segura de que el doctor Houston te echa de menos...

-Creo que es un idiota integral -musitó Halleck.

-¿Qué...?

-Nada...

-Lo que te digo, Billy, es que no puedes perder casi nueve kilos en dos semanas sólo por hacer ejercicio.

- ¡No estoy enfermo 1

-Entonces, limítate a complacerme.

Continuaron en silencio el viaje hasta Fairview. Halleck deseaba atraerla hacia sí y decirle que estaba conforme, que haría lo que ella quisiese. Pero se le había ocurrido algo. Un pensamiento por completo absurdo. Absurdo y sin embargo, sobrecogedor.

Tal vez exista un nuevo estilo en las viejas maldiciones gitanas, amigos y vecinos... ¿Qué hay de esa posibilidad? Solían transformarte en un hombre lobo o te enviaban un demonio para que te arrancara la cabeza a medianoche, o alguna cosa parecida, pero todo cambia, ¿no es verdad? ¿No será que aquel viejo me tocó y me transmitió el cáncer? Ella tiene razón, se trata de esos chismes: perder nueve kilos es parecido a cuando el canario del minero cae muerto en su jaula. Cáncer de pulmón..., leucemia..., melanoma...

Era una locura, pero aquella locura no se le iba de la cabeza. *¿No será que aquel viejo me tocó y me transmitió el cáncer?*

Linda los recibió con unos besos exagerados, y ante su mutuo asombro, sacó una lasaña nada desdeñable del horno y la sirvió en unos platos de

papel que llevaban el rostro de aquel *extraordinaire* amante de la lasaña, "Garfield, el gato". Les preguntó qué tal les había ido en su segunda luna de miel ("Una frase que corresponde perfectamente a la segunda infancia", observó Halleck secamente a Heidi aquella noche, después de haber hecho justicia a los platos y de que Linda se fuera pitando con dos de sus amigas a continuar el juego de "Mazmorras y Dragones" al que llevaban jugando durante casi un año), y justo cuando apenas habían empezado a hablar, ella gritó:

- ¡Oh, eso me recuerda algo!

Y se pasó el resto de la comida regalándoles con Cuentos de Prodigios y Horror de la Escuela superior júnior de Fairview: una historia interminable que le fascinaba más a ella que a Halleck o a su esposa, aunque ambos trataran de escuchar con atención. A fin de cuentas, habían estado fuera una semana...

Cuando salió a toda velocidad, besó sonoramente en la mejilla a Halleck y gritó:

-Adiós, flacucho...

Halleck la observó montar en la bici y pedalear por el paseo de enfrente, con su cola de caballo al viento, y se volvió hacia Heidi. Estaba sin habla.

-Ahora -le dijo su mujer-, ¿harás el favor de escucharme?

-Se lo has dicho. La has llamado aparte y le has pedido que lo dijera. Confabulación femenina...

-No.

Escudriñó su rostro y luego asintió cansadamente.

-No, supongo que no.

Heidi le arrastró al piso de arriba donde, finalmente, acabó en el cuarto de baño, desnudo a excepción de la toalla enrollada a la cintura. Le sobrecogió una fuerte sensación de lo *deja vu*: la dislocación temporal resultó tan completa que sintió una fuerte náusea física. Era una repetición casi exacta del día en que se quedó de pie sobre la misma balanza con una toalla de este mismo juego de lunares azules en torno de la cintura. Lo único que faltaba era aquel aroma a tocino frito que subía desde el piso de abajo. Todo lo demás era exactamente igual.

No. No, no lo era. Otra cosa era notablemente diferente.

Aquel otro día tuvo que inclinarse para leer la mala noticia en la esfera. Y tuvo que hacerlo así porque su barriga andaba por en medio.

La barriga seguía allí, pero era más reducida. No cabía la menor duda al respecto, puesto que ahora veía bien hacia abajo y leía los números.

La lectura digital señalaba ciento cuatro kilos.

-Esto zanja el asunto -le dijo Heidi, de forma tajante-. Te concertaré una cita con el doctor Houston.

-Esta balanza siempre pesa de menos -replicó débilmente Halleck-. Siempre ha sido así. Ésa fue la razón de que siempre me gustara.

Ella le miró con frialdad.

-Amigo mío, todo eso no es más que blablablá. Te has pasado los últimos cinco años quejándote de que pesaba de más, y ambos lo sabemos.

En la dura luz del cuarto de baño, vio cuan honestamente ansiosos eran los ojos de su mujer. La piel estaba tirante y con brillo a través de sus mejillas.

-Quédate ahí -le dijo al fin, y salió del cuarto de baño.

-¿Heidi?

-¡No te muevas! -le gritó mientras bajaba al otro piso.

Regresó un momento después con una bolsa de azúcar sin abrir. La etiqueta anunciaba: "Peso neto 10 libras". La dejó sobre la báscula. Ésta vaciló un momento y luego aparecieron impresos unos números rojos digitales: 012.

-Eso es lo que pensé -anunció Heidi lúgubremente-. Me he pesado yo también, Billy. No da el peso de menos, y nunca ha sido así. Pesa de más, como tú siempre habías dicho. No era sólo una protesta, y ambos lo sabemos. Todo el inundo con exceso de peso gusta de tener una balanza inexacta. Le hace dejar de lado con mayor facilidad los hechos. Si...

-Heidi...

-Si esta balanza dice que pesas ciento cuatro eso significa que no llegas a ciento tres y ahora, permíteme...

-Heidi...

-Déjame concertarte una cita.

Él se calló durante un momento, mirándose sus pies desnudos y luego meneó la cabeza.

-*¡Billy!*

-Lo haré yo mismo -respondió.

-¿Cuándo?

-El viernes. Lo haré el viernes. Houston va al club de campo todos los viernes por la tarde y hace nueve hoyos.

A veces juega con el inimitable tocatetas y besa-mujeres Cary Rossington.

-¿Por qué no le llamas esta noche? ¿Ahora mismo?

-Heidi -le dijo-, ya basta.

Y algo en su rostro la debió convencer de no atosigarle más, porque ya no volvió a mencionarlo aquella noche.

Capítulo V

Ciento dos y medio

Domingo, lunes, martes.

Billy se mantuvo alejado a propósito de la balanza del piso de arriba. Comió animadamente aunque era una de las pocas veces de su vida adulta en que no se encontraba terriblemente hambriento. Dejó de esconder sus bocaditos detrás de los paquetes de té Lipton o de las sopas en la despensa. Comía rodajas de *pepperoni* y queso Münster o galletitas Ritz durante el partido del domingo de Yankees-Red Sox. Una bolsa de palomitas acarameladas el lunes por la mañana en la oficina, y bolsa de Cheez-Doodles el lunes por la tarde: una de ellas o una combinación de las mismas produce una incómoda racha de ventosidades que dura desde las cuatro hasta las nueve de la noche. Linda abandonó la sala de la tele a mitad de las noticias, anunciando que regresaría si alguien traía mascarillas antigás. Billy sonrió culpablemente, pero no se movió. Su experiencia con los pedos le había enseñado que salir de la sala para que se esfumase esa clase de gas no era demasiado bueno. Es como si unas cosas podridas estuviesen unidas a ti con unas manos invisibles de goma. Te siguen a todas partes.

Pero, más tarde, viendo *And Justice for All*, él y Heidi se comieron la mayor parte de un pastelillo de queso Sara Lee.

Durante su viaje hacia casa del martes, abandonó la Connecticut Turnpike en Norwalk y compró un par de Whoppers con queso en la Burger King allí instalada. Empezó a comérselos de la forma que siempre lo hacía mientras conducía, abriéndose paso a través de ellas, triturándolas, tragándoselas bocado a bocado…

Recuperó sus sentidos en las afueras de Westport.

Por un momento, su mente pareció separarse de su ser físico: no se trataba de *pensamiento*, ni *reflexión*: era una separación. Se acordaba de la sensación física de náusea que había sentido en la balanza del cuarto de baño la noche en que él y Heidi regresaron de Mohonk, y se le ocurrió que había entrado en un reino de estado mental completamente nuevo. Casi sintió como si hubiese conseguido una especie de presencia astral: un mochilero cognitivo que le observaba con atención. ¿Y qué veía aquel mochilero? Algo más ridículo que horrible, probablemente. Aquí había un hombre de casi treinta y siete años con zapatos Bally en los pies y lentes de contacto blandos Bausch & Lomb en los ojos, un hombre con un traje con chaleco que habría costado seiscientos dólares. Un varón norteamericano con exceso de peso de treinta y seis años, blanco, sentado al volante de un Oldsmobile Noventa y ocho, de 1981, devorando una gran hamburguesa mientras la mayonesa y trozos de lechuga chorreaban sobre su chaleco. Cabría echarse a reír hasta las lágrimas. O a gritar.

Tiró los restos de la segunda Whopper por la ventanilla y luego contempló el mezclado limo de jugos y salsa en su mano con una desesperada especie de horror. Y luego hizo la única cosa posible dadas las circunstancias: se echó a reír. Y se prometió a sí mismo: no más. Aquella borrachera debería acabar.

Aquella noche, sentado delante de la chimenea leyendo el *The Wall Street Journal*, Linda se presentó para darle el beso de buenas noches, se echó hacia atrás y comentó:

-Papi, estás empezando a parecerte a Sylvester Stallone...

-Oh, Dios mío -replicó Halleck, haciendo rodar los ojos, y luego ambos se echaron a reír.

Billy Halleck descubrió que un burdo tipo de ritual había empezado a estar presente en sus procedimientos de pesado. ¿Cuándo había sucedido? No lo sabía. Como un chico, se había limitado a subirse allí de vez en cuando, lanzado una mirada precipitada a su peso, bajándose a continuación. Pero en algún punto durante el período en que había derivado desde los ochenta y ocho kilos y medio hasta un peso que era, por imposible que pareciese, casi la décima parte de una tonelada, fue cuando el ritual dio comienzo.

Ritual, diablos -se dijo a sí mismo. *Hábito. Eso es lo que es. Sólo un hábito.*

Ritual, le susurró lo más profundo de su mente sin posible contestación. Era agnóstico y no había traspasado el umbral de ninguna iglesia desde los diecinueve años, pero lo reconoció como un ritual al verlo: aquel procedimiento de pesarse constituía casi una genuflexión.

Mira, Dios mío, hago lo mismo cada vez, y mantén a este abogado blanco y en progresión ascendente a salvo de un ataque al corazón o de apoplejía, como cualquier tabla estadística del mundo dice que debo esperar hacia la edad de cuarenta y siete años. En el nombre del colesterol y de las grasas saturadas te lo rogamos. Amén.

El ritual comienza en el dormitorio. Quitarse la ropa. Ponerse la bata de terciopelo verde oscuro. Colocar toda la ropa sucia en la cesta de lavado. Si era la primera o segunda vez que se ponía el traje, y no se veían en él manchas importantes, colgarlo bien en el armario.

Marchar por el pasillo hacia el cuarto de baño. Entrar con reverencia, temor, reluctancia. Aquí está el confesionario donde uno debe enfrentarse a su peso y, consiguientemente, a su destino. Quitarse la bata. Colgarla en el gancho del baño. Vaciar la vejiga. Si existe la posibilidad de un movimiento de los intestinos -incluso una posibilidad remota-, llevarlo a cabo. No tenía la menor idea de cuánto debía pesar el movimiento promedio de los intestinos, pero el principio resultaba lógico e irrebatible: había que arrojar todo el lastre que se pudiese.

Heidi había observado ese ritual y, en una ocasión, le preguntó sarcásticamente si no quería una pluma de avestruz para su cumpleaños. En ese caso, prosiguió, podría metérsela en la garganta y vomitar una o dos veces antes de pesarse. Billy le respondió que no fuese tan cargosa..., y más tarde, aquella noche, se encontró pensando que no estaba mal la idea.

El viernes por la mañana, Halleck se saltó este ritual por primera vez en muchos años. El viernes por la mañana, Halleck se convirtió en un hereje. Tal vez se convirtió en algo peor, pues, al igual que los adoradores del diablo, que deliberadamente pervierten una ceremonia religiosa colgando cruces hacia abajo y recitando el padrenuestro hacia atrás, Halleck invirtió por completo su campo.

Se vistió, se llenó los bolsillos con todas las monedas que pudo encontrar (más su navaja del Ejército suizo, naturalmente), se puso sus zapatos más burdos y pesados, y luego se comió un gigantesco desayuno, e

ignoró sonriente su vejiga a punto de estallar. Tragó dos huevos fritos, cuatro tiras de tocino, tostadas y un sabroso picadillo. Se bebió un zumo de naranja y una taza de café.

Con todo eso dando vueltas en su interior, Halleck realizó sonriente el recorrido hasta el baño del piso de arriba. Se detuvo durante un momento, mirando la balanza. Mirarla no había constituido antes una amenaza, pero ahora era incluso menos placentero.

Hizo acopio de valor y subió al peso.

Ciento dos y medio.

¡No puede estar bien!

Su corazón comenzó a latirle con fuerza en el pecho.

¡Diablos, no! Algo debe de andar mal... Algo...

- ¡Déjalo! -se susurró con voz baja y ronca.

Se alejó andando hacia atrás, como un hombre retrocede ante un perro que sabe que muerde. Se llevó la palma de la mano a la boca y se la pasó rozando de arriba abajo.

-¿Billy?

Heidi le llamó desde las escaleras.

Halleck miró a la izquierda y vio su propio rostro exangüe contemplándole desde el espejo. Aparecían unas bolsas purpúreas debajo de los ojos que nunca habían estado allí, y la serie de arrugas de su frente parecían haberse ahondado aún más.

Cáncer, pensó de nuevo y, mezclada con la palabra, oyó al gitano susurrar de nuevo.

-¿Billy? ¿Estás arriba?

Cáncer, claro, puedes estar seguro de que es eso. Me maldijo de alguna forma. La vieja era su mujer... o tal vez su hermana.,., y me maldijo. ¿Es eso posible? ¿Puede existir algo así? ¿Es posible que el cáncer me esté royendo las entrañas ahora mismo, comiéndome por dentro, del mismo modo que aquella nariz...?

Un leve y aterrado sonido salió de su garganta. El rostro del hombre en el espejo estaba hondamente aterrado, era la cara embrujada de un inválido desde hacía mucho tiempo. En aquel momento, Halleck casi creyó en ello: que tenía cáncer, que estaba acribillado por él.

-*¡Bi-lly!*

-Sí, estoy aquí.

Su voz fue firme. Casi.

-¡Dios mío he estado gritando toda una *eternidad!*

-Lo siento...

No subas aquí, Heidi, no me veas de este modo o me llevarás a la jodida Clínica Mayo en un abrir y cerrar de ojos. Quédate ahí donde está tu sitio. Por favor.'

-¿No te olvidarás de concertar una cita con Michael Houston verdad?

'

-No -replicó-. La haré.

-Gracias, querido -le respondió Heidi, en voz baja.

Y misericordiosamente, se retiró.

Halleck orinó y luego se lavó las manos y la cara. Cuando creyó que comenzaba de nuevo a parecerse a sí mismo -más o menos- se fue abajo, intentando silbar.

No se había sentido tan asustado en toda su vida.

Capítulo VI

Ciento uno

-¿Cuánto pesas? -le preguntó el doctor Houston.

Halleck, determinado a ser sincero ahora que en realidad estaba enfrente a aquel hombre, le dijo que había perdido unos trece kilos en tres semanas.

- ¡Uhl -exclamó Houston.

-Heidi está un poco preocupada. Ya sabes cómo las esposas pueden...

-Tiene razón en estar preocupada -repuso Houston.

Michael Houston era un arquetipo de Fairview: el Doctor Agradable con Cabello Blanco y Bronceado Malibú. Cuando le entreveías sentado en una de aquellas mesas con sombrilla que rodeaban el bar al aire libre del club de campo, tenía todo el aspecto de una versión más joven de Marcus Welby, doctor en Medicina. El bar al lado de la piscina, al que llamaban el Agujero Aguado, era donde se encontraba ahora él y Halleck. Houston llevaban unos pantalones rojos dé golf sujetos por un brillante cinturón blanco. Sus pies estaban calzados con unos zapatos blancos de golfista. Su camisa Lacoste, y reloj Rolex. Bebía una piña colada. Una de sus observaciones típicas era llamarla "pene colado". Él y su mujer tenían dos hijos mágicamente hermosos y vivían en una de las mayores casas de Lantern Drive: se podía ir andando desde allí al club de campo, algo de lo que se jactaba Jenny Houston cuando estaba bebida. Significaba que su casa había costado más de ciento cincuenta mil dólares. Houston conducía un Mercedes café con leche de cuatro puertas. Ella un Cadillac Cimarrón que parecía un Rolls-Royce con hemorroides. Sus chicos iban a un colegio privado en Westport. Las habladurías de Fairview -que eran a menudo más verdad que mentira- sugerían que Michel y Jenny Houston habían llegado a un modus vivendi: él era un galanteador obseso y ella empezaba a darle al whisky a partir de las tres de la tarde. Simplemente una típica familia de Fairview, pensó Halleck, y de pronto se sintió tan cansado como asustado. Conocía a aquellas personas bastante bien, o creía que era así, pero de un modo u otro daba lo mismo.

Bajó la vista hacia sus propios y brillantes zapatos blancos y pensó:

¿Bromeas? Llevas la pluma tribal.

-Quiero verte mañana en mi consultorio -le dijo Houston.

-Tengo un juicio...

-No te preocupes de tu juicio. Esto es más importante. Entretanto, dime una cosa: ¿Has tenido alguna hemorragia? ¿Rectal? ¿Por boca?

-No.

-¿Te has dado cuenta de alguna hemorragia en el pelo al peinarte?

-No.

-¿Y qué me dices de heridas que no se curan? ¿O costras que se caen y vuelven a formarse?

-No.

-Estupendo -repuso Houston-. A propósito... Hoy he conseguido un ochenta y cuatro. ¿Qué te parece?

-Creo que antes de un par de años estarás jugando el Masters -replicó Billy.

Houston se echó a reír. Se acercó el camarero. Houston pidió otro "pene colado". Halleck una Miller.

Miller Lite, estuvo casi a punto de decirle al camarero -por la fuerza de la costumbre-, pero contuvo la lengua. Necesitaba una cerveza ligera como necesitaba..., bueno, como necesitaba una hemorragia rectal.

Michel Houston se inclinó hacia adelante. Sus ojos estaban serios y Halleck sintió miedo de nuevo, como si se tratase de una aguzada aguja acerada, muy delgada, que sondease en el revestimiento de su estómago. Se percató, miserablemente, de que algo había cambiado en su vida, y no para mejor. Y no para mejor, en absoluto. Ahora estaba en extremo asustado. La venganza del gitano.

Los ojos serios de Houston estaban fijos en los de Billy, y éste se inclinó para oírle decir:

Los posibilidades de que tengas cáncer son de cinco entre seis, Billy. No necesito una radiografía para decírtelo. ¿Tienes el testamento al día? ¿Quedan bien cubiertas Heidi y Linda? Cuando uno es un hombre relativamente joven no cree que puedan suceder estas cosas, pero sí pueden. Si pueden...

En el tono tranquilo de un hombre que imparte una gran información, Houston preguntó:

-¿Cuántos portadores de féretro se necesitan para enterrar a un negro de Harlem?

Billy meneó la cabeza y brindó una fingida sonrisa. -Seis -respondió Houston-. Cuatro para llevar el ataúd y dos para transportar la radio.

Se echó a reír y Billy Halleck se puso a pensar los detalles. En su mente, de una forma clara, vio al gitano que le había aguardado fuera del tribunal de Fairview. Detrás del gitano, en el cordón de la vereda, en una zona de estacionamiento prohibido, se veía una gran furgoneta con una casa rodante de construcción casera. Aparecía cubierta con extraños dibujos en torno a una pintura central: una representación no muy buena de un unicornio arrodillado, con la cabeza inclinada, ante una gitana con una guirnalda de flores en la mano. El gitano llevaba un desgastado chaleco verde, con botones confeccionados con monedas de plata. Ahora, al ver a Houston reírse de su propio chiste, con el cocodrilo de su camisa ondeando al compás de su hilaridad, Billy pensó:

Recuerdas mucho más de aquel tipo de lo que crees. Crees que sólo recuerdas su nariz,.pero esto no es cierto en absoluto. Lo recuerdas todo condenadamente bien.

Niños. Había niños en la cabina de la vieja camioneta, mirándole con sus ojos castaños sin fondo, ojos casi negros. "Más delgado", había dicho el viejo y a pesar de su carne callosa, su caricia había sido la caricia de un amante.

Matrícula de Delaware -pensó de repente Billy-. *Su coche tenía matrícula de Delaware. Y un letrero engomado en el parachoques, algo...*

Los brazos de Billy se le pusieron con piel de gallina y, por un momento, creyó que empezaría a gritar, como había oído ahí mismo gritar a una mujer, cuando creía que su hijo se ahogaba en la piscina.

Billy Halleck recordó cuándo habían visto a los gitanos por primera vez: el día en que llegaron a Fairview.

Estacionaron a un lado en los terrenos públicos de la ciudad y una bandada de sus chiquillos se dirigió al césped para jugar. Las gitanas

permanecieron congregadas cuchicheando y observándoles. Iban brillantemente vestidas, pero no con las vestiduras campesinas de una persona mayor, que se asociaron con la versión de Hollywood de gitanos o cíngaros en los años treinta y cuarenta. Eran mujeres con coloridos vestidos veraniegos, mujeres con pantalones ajustados hasta media pierna, mujeres jóvenes con vaqueros Jordache o Calvin Klein. Parecían brillantes, vivas, un poco peligrosas.

Un joven saltó de un microbús VW y empezó a hacer juegos malabares con unos bolos de gran tamaño.

TODO EL MUNDO NECESITA ALGO EN QUÉ CREER -leyó el joven que iba en camiseta-. Y CREO QUE AHORA MISMO NECESITO OTRA CERVEZA.

Los niños de Fairview corrieron hacia él como atraídos por un imán, gritando excitados. Los músculos ondearon bajo la camiseta del joven y un crucifijo gigante rebotó hacia arriba y hacia abajo en su pecho. Las madres de Fairview recogieron a algunos de los chiquillos y se los llevaron de allí. Otras madres no se precipitaron tanto. Los niños mayores de la ciudad se aproximaron a los niños gitanos, que detuvieron sus juegos y observaron cómo se acercaban.

Chicos de ciudad -decían sus ojos negros-. *Nos los encontramos en todas partes a que nos conducen nuestros caminos. Conocemos sus ojos y sus peinados; sabemos cómo brillan los aparatos ortopédicos de vuestros dientes al sol. No sabemos dónde estaremos mañana, pero si dónde estaréis vosotros. ¿No os aburren siempre los mismos rostros y los mismos lugares? Creemos que sí. Y ésa es la razón de que nos odiéis.*

Billy, Heidi y Linda Halleck estaban allí aquel día, dos días antes de que Halleck atropellase y matase a la gitana a menos de medio kilómetro. Habían comido un almuerzo campestre y aguardaban que empezase el primer concierto primaveral de la banda. La mayoría de los que habían acudido a los terrenos municipales aquel día lo habían hecho por la misma razón, un hecho que, indudablemente, conocían los gitanos.

Linda se había levantado, limpiándose, como en un sueño, la parte trasera de sus Levi's y echó a correr hacia el gitano que hacía números malabares con los bolos.

-¡Linda, quédate aquí! -le gritó duramente Heidi.

Su mano había errado hasta el cuello de su suéter y jugueteó con él, como a menudo hacía cuando se sobresaltaba. Halleck no creyó que fuese consciente de ello.

-¿Por qué, mami? Es un carnaval..., por lo menos creo que lo es...

-Son gitanos -le respondió Heidi-. Mantén las distancias. Son todos unos bribones.

Linda se quedó mirando a su madre y luego a su padre, Billy se encogió de hombros. Permaneció allí mirando, inconsciente de su melancólica expresión, pensó Billy, mientras Heidi permanecía con la mano en el cuello toqueteándolo y subiéndola hasta la garganta y bajándola de nuevo.

El joven arrojó sus bolos a la portezuela abierta trasera del microbús, uno a uno, y una sonriente muchacha de negro cabello, cuya belleza era casi etérea, le tiró cinco clavas indias, una tras otra. El joven comenzó a hacer juegos malabares con ellas, sonriente, a veces arrojando una debajo del brazo y gritando ¡Ulahop! cada vez que lo hacía.

Una mujer mayor, con un mono y una camisa a cuadros comenzó a repartir prospectos. La encantadora mujer que había recogido los bolos y

arrojado las clavas indias, saltaba ahora ágilmente desde la portezuela de la camioneta con un caballete. Lo montó y Halleck pensó:

Va a exhibir unas malas marinas y tal vez algunas fotos del presidente Kennedy.

Pero en vez de una pintura colocó en el caballete un blanco. Desde el interior de la furgoneta, alguien le arrojó una honda.

-¡Gina! -le gritó el muchacho de los juegos malabares con las clavas indias.

Sonrió ampliamente, revelando la ausencia de varios incisivos. Linda se sentó de repente. Su concepto de la belleza masculina se había formado a través de una vida entera viendo la tele, y para ella quedó estropeada la apostura del joven. Heidi dejó de juguetear con el cuello de su cárdigan.

La chica pasó la honda al joven. Éste dejó caer una de las clavas y empezó a hacer malabarismos en su lugar con la honda. Halleck recordó haber pensado:

Eso debe de ser casi imposible...

El chico lo hizo dos o tres veces, luego le arrojó de nuevo a la chica la honda y, de algún modo, consiguió recoger la clava que había dejado caer, mientras las demás seguían en el aire. Se produjeron esparcidos aplausos. Algunos sonreían -incluso el mismo Billy-, pero la mayoría apartó la mirada. Unos cuantos fruncieron el entrecejo.

La muchacha se apartó del blanco que estaba en el caballete, se sacó algunas bolas de un bolsillo del pecho, y disparó tres tiros certeros: *plop, plop, plop*... Muy pronto la chica se vio rodeada de chicos (y de unas cuantas muchachas) que pedían turno. Ella los alineó y los organizó de una forma tan rápida y eficiente como una maestra de jardín de infantes prepara a sus chicos para el descanso. Dos gitanos adolescentes de aproximadamente, la edad de Linda, salieron de un viejo Break LTD y comenzaron a recoger de la hierba las municiones gastadas. Se parecían como dos gotas de agua, y obviamente, eran mellizos. Uno llevaba un aro de oro en la oreja izquierda; su hermano llevaba la pareja en la oreja derecha.

¿Será ése el procedimiento que usa su madre para reconocerles? -pensó Billy.

Nadie vendía nada. De una forma cuidadosa y del todo obvia, nadie estaba vendiendo nada. Tampoco había ninguna Madame Azonka que leyese el tarot.

Sin embargo, se presentó muy pronto un coche de la Policía de Fairview y bajaron del mismo dos policías. Uno era Hopley, el jefe de Policía, un hombre toscamente agraciado de unos cuarenta años. Parte de la acción se detuvo y más madres aprovecharon aquella oportunidad para capturar de nuevo a sus fascinados retoños y llevárselos de allí. Algunos de los mayores protestaron, y Halleck observó que los más pequeños estallaban en sollozos.

Hopley comenzó a discutir de los hechos de la vida con el gitano que había estado practicando el número de malabarismo (las clavas, pintadas con brillantes franjas rojas y azules, se encontraban ahora esparcidas a sus pies) y el gitano más viejo con el mono, Oshkosh. Éste dijo algo. Hopley meneó la cabeza. Luego el malabarista añadió algo y comenzó a gesticular. Mientras el malabarista hablaba, se acercó más al patrullero que acompañaba a Hopley. Ahora el cuadro comenzó a recordarle a Halleck algo y, al cabo de un momento, quedó claro. Era como observar a los jugadores de béisbol discutir con los árbitros respecto de una jugada decisiva.

Oshkosh puso una mano en el hombro del malabarista, haciéndole retroceder un paso o dos, y esto resaltó aún más la impresión: el entrenador- que trata de que el acalorado joven no sea expulsado. El joven dijo algo más. Hopley meneó de nuevo la cabeza. El joven empezó a gritar, pero hacía un fuerte viento y Billy sólo captó sonidos, no palabras.

-¿Qué sucede, mamá? -preguntó Linda, francamente fascinada.

-Nada, querida -replicó Heidi.

Repentinamente se halló muy atareada recogiendo cosas.

-¿Ya han comido todo?

-Sí, por favor... ¿Papá, qué ocurre?

Durante un momento tuvo en la punta de la lengua el decir:

Estás observando una escena clásica, Linda. Tiene que ver con el Rapto de las Sabinas. Aquí se llama el Descubrimiento de los Indeseables.

Los ojos de Heidi estaban fijos en su rostro, pero su boca aparecía cerrada con fuerza, y obviamente, sentía que no era el momento de una ligereza fuera de lugar.

-No demasiado -dijo-. Una pequeña diferencia de opinión.

En verdad, eso de *no demasiado* era lo cierto: no se soltaron perros, no amenazaron con porras, ni llegó ningún camión celular. En un casi teatral acto de desafío, el malabarista se zafó de la sujeción de Oshkosh, recogió sus clavas y comenzó a hacer de nuevo juegos malabares con ellas. La ira, sin embargo, se había aferrado a sus reflejos y ahora constituyó una exhibición muy pobre. Dos de las clavas cayeron al suelo casi en el mismo momento. Una de ellas le golpeó en el pie y uno de los niños se echó a reír.

El compañero de Hopley se movió impaciente hacia delante. Hopley, que no había perdido en absoluto los nervios, le contuvo lo mismo que Oshkosh había hecho con el malabarista. Hopley se apoyó contra un olmo con los pulgares metidos en su amplio cinturón, sin mirar a nada en particular. Dijo algo al otro policía, y el patrullero sacó una agenda del bolsillo del costado. Probó el bolígrafo con el pulgar, abrió la agenda y anduvo hasta el coche más cercano, un coche fúnebre Cadillac convertido, de la temporada de principios de los sesenta, y comenzó a escribir. Lo hizo con gran ostentación. Cuando acabó, se acercó al microbús VW.

Oshkosh se aproximó a Hopley y comenzó a hablar apremiantemente. Hopley se encogió de hombros y miró hacia otro lado. El patrullero se acercó a un viejo Ford sedán. Oshkosh dejó a Hopley y se dirigió al joven. Habló con ardor, moviendo las manos en aquel cálido aire primaveral. Para Billy Halleck la escena estaba perdiendo el pequeño interés que hubiera podido tener para él. Empezaba a no ver a los gitanos, que habían cometido el error de detenerse en Fairview en su camino de acá para allá.

De pronto, el malabarista se volvió y regresó al microbús, dejando simplemente que las restantes clavas cayesen en la hierba (el microbús había sido estacionado detrás de la furgoneta con la mujer y el unicornio pintado en la casa rodante de construcción casera). Oshkosh se inclinó para recuperarlos, hablando ansioso con Hopley mientras lo hacía. Hopley se encogió de nuevo de hombros y, aunque Billy Halleck no era de ningún modo telépata, supo que Hopley disfrutaba con aquello tanto como él, Heidi y Linda sabían que tendrían sobras para cenar.

La joven que había disparado contra el blanco trató de hablar con el malabarista, pero éste se la sacó de encima airado y entró en el microbús. La mujer permaneció de pie durante un momento y miró a Oshkosh, cuyos brazos aparecían llenos de clavas, y luego también se dirigió al microbús.

Halleck pudo borrar a los demás de su campo de percepción, pero durante un momento fue imposible no ver a la mujer. Su cabello era largo y con una ondulación natural, sin ataduras de ninguna clase. Le caía por debajo de los omóplatos en una especie de torrente negro y casi bárbaro. Su blusa estampada y su modesta y plisada falda procedían de Sears o de J.C. Penney's, pero su cuerpo era tan exótico como el de algún raro felino: una pantera, un guepardo, un tigre de las nieves. Cuando subió a la camioneta, el pliegue de la parte posterior de su falda se abrió por un momento y pudo ver la estupenda línea de la parte interior de su muslo. En aquel momento la deseó intensamente, y se vio encima de ella en la hora más negra de la noche. Y aquel deseo fue una cosa muy rara. Miró hacia Heidi, cuyos labios estaban tan firmemente apretados que se habían puesto blancos. Sus ojos eran dos apagadas monedas. Ella no había visto su mirada, pero sí el movimiento del pliegue trasero, lo que revelaba y lo comprendió en seguida.

El policía con la agenda permaneció observando hasta que la muchacha se fue. Luego la cerró, la guardó en su bolsillo y se unió otra vez con Hopley. Las gitanas estaban metiendo a sus hijos en la casa rodante. Oshkosh, con los brazos llenos de clavas, se aproximó de nuevo a Hopley y dijo algo. Hopley meneó la cabeza con decisión.

Y aquello fue todo.

Apareció un segundo patrullero de la Policía de Fairview, con sus luces girando ociosamente. Oshkosh miró hacia allí y luego echó un vistazo en torno del parque público de Fairview con su costoso equipo de campo de juegos a prueba de robos y el quiosco de la banda. Tiras de crespones ondulaban aún alegremente desde alguno de los floridos árboles; restos de la carrera de huevos de Pascua del domingo anterior.

Oshkosh regresó a su coche, que se hallaba en la cabecera de la cola. Cuando su motor rugió al ponerse en marcha, todos los demás motores hicieron lo mismo. La mayor parte estruendosos y chillones; Halleck escuchó un montón de pistones que fallaban y vio una gran cantidad de humo azul de escape. El break de Oshkosh se puso en marcha, bramando y petardeando. Los otros se pusieron detrás, desatendiendo las señales de tráfico, dejando los terrenos y encaminándose hacia el centro de la ciudad.

- ¡Todos llevan las luces encendidas! -exclamó Linda-. ¡Parece un funeral!

-Aún quedan dos Ring-Dings -exclamó con brío Heidi-.

Toma uno.

-No lo quiero. Estoy llena. Papá..., esas personas...

-Nunca conseguirás un busto abundante si no comes -le dijo Heidi.

-He decidido que no quiero un busto abundante -replicó Linda, haciendo una de sus declaraciones de Gran Dama, que siempre dejaban sin aliento a Halleck-. Lo que se estila ahora son los culos.

-¡Linda Joan *Halleck!*

-Yo me comeré un Ring-Ding -intervino Halleck.

Heidi le miró breve y fríamente...

Oh..., ¿es eso lo que harás?

Y se lo tiró. Encendió un Vantage 100. Billy acabó por comerse los dos Ring-Dings. Heidi se fumó medio paquete antes de que acabase el concierto de la banda e ignoró los torpes esfuerzos de Billy por alegrarla. Pero se fue animando de regreso a casa y los gitanos quedaron olvidados. Por lo menos, hasta la noche.

Cuando entró en el cuarto de Linda para darle el beso de buenas noches, ella le preguntó:

-Papá, ¿la policía ha echado de la ciudad a esos tipos?

Billy recordó haberla mirado con atención, fingiéndose a un tiempo enfadado y absurdamente halagado por su pregunta. Acudía a Heidi cuando deseaba saber cuántas calorías había en un trozo de pastel de chocolate alemán. Pero acudía a Billy para verdades más duras y, en ocasiones, le parecía que eso no era justo.

Se sentó en la cama, pensando que ella era aún muy joven, y seguro que se encontraba en el lado de la línea donde están de forma incuestionable los buenos chicos. Podía resultar lastimada. Una mentira lo evitaría. Pero las mentiras sobre lo que había sucedido aquel día en la zona comunal de Fairview, podían ser una forma de retroceder a los fantasmas de los padres: Billy recordaba con claridad a su padre diciéndole que la masturbación le dejaría tartamudo. Su padre fue un buen hombre de todas formas, pero Billy nunca le perdonó aquella mentira. Sin embargo, Linda ya lo había sometido a rudos vapuleos: habían hablado de maricas, sexo oral, enfermedades venéreas y de la posibilidad de que no existiese Dios. Había necesitado tener un hijo para enseñarle cuan espantosamente honesto podría ser.

De repente pensó en Ginelli. ¿Qué le diría Ginelli a su hija si estuviese ahora aquí?

Se ha de conseguir echar de la ciudad a los miserables, cariño. Esto es lo que realmente importa: mantener a los indeseables alejados de la ciudad.

Pero aquello era más cierto de lo que podía colegir.

-Sí, supongo que sí. Eran gitanos, cariño. Vagabundos.

-Mamá dijo que eran unos ladrones.

-Un montón de ellos hacen trampas y dicen buenaventuras también falsas. Cuando llegan a una ciudad como Fairview, la Policía les pide que pasen de largo. Por lo general, arman un escándalo, pero, realmente, no les importa.

¡Bang!

Una bandera se alzó en el interior de su cabeza. Mentira número uno.

-Por medio de carteles o anuncios avisan dónde estarán... Por lo general llegan a un acuerdo por dinero con un granjero o con alguien que tenga un campo fuera de la ciudad. Y al cabo de unos días se marchan.

-¿Y por qué vienen? ¿Qué hacen?

-Bueno..., siempre hay gente que desea que le digan la suerte.

Y también hay juegos de azar. Por lo general, están trucados.

O más bien una parte exótica, pensó Halleck.

Vio de nuevo el tableado de la falda de la chica al subir a la furgoneta.

¿Cómo se movería?

Y su mente respondió:

Como el océano preparándose para la tormenta. Así...

-¿Les compra drogas la gente?

Hoy no necesitas comprarles drogas a los gitanos, cariño: se compran en el patio de la escuela.

-Tal vez hachís -respondió-, u opio.

Él llegó a esta parte de Connecticut de adolescente, y se había quedado aquí desde entonces: en Fairview o en el cercano North-Port. No había visto gitanos desde hacía veinticinco años..., no desde que fuera un niño que se criara en Carolina del Norte, cuando perdió cinco dólares, un dinero ahorrado cuidadosamente durante casi tres meses para comprar el regalo de

cumpleaños de su madre-, jugando en la rueda de la suerte. Se suponía que no permitían jugar a nadie de menos de dieciséis años pero, naturalmente, si uno tenía la moneda, o la suficiente ingenuidad, podía adelantarse y depositarla. Pensó que algunas cosas jamás cambiaban, y la principal de ellas radicaba en el viejo proverbio de que el dinero cierra todas las bocas. Si se lo hubieran preguntado antes de hoy, se habría encogido de hombros y declarado que ya no había caravanas errantes de gitanos. Pero, naturalmente, la raza de los errabundos nunca muere. Eran unos desarraigados al llegar y se iban de la misma manera, arbustos humanos que cortan toda clase de lazos y se evaporan de la ciudad con dólares en sus grasientas carteras, ganados fichando algo de lo que ellos mismos abominan. Habían sobrevivido. Hitler trató de exterminarlos, junto con los judíos y los homosexuales, pero sobrevivirían a miles de Hitler, supuso.

-Creía que esos terrenos eran de propiedad pública -replicó Linda-. Eso es lo que nos enseñan en la escuela.

-En cierto modo, así es -repuso Halleck-. Una cosa pública significa que es propiedad de los ciudadanos. De los contribuyentes.

¡*Bang!*

Mentira número dos. La contribución, en Nueva Inglaterra, no tenía nada que ver con la tierra de dominio público, con la propiedad o con el uso de la misma. No había nada más que ver *Richard contra Jerran. New Hampshire, o Baker contra Olins* (de 1835), o...

-Los contribuyentes -le remedó ella.

-Necesitas un permiso para usar esos lugares públicos.

¡Clang!

Mentira número tres. Esa idea había quedado descartada en 1931, cuando unos cuantos cultivadores de patatas se establecieron en Hooverville en el corazón de Lewiston, Maine. La ciudad había recurrido al Tribunal Supremo de Roosevelt y no habían conseguido una audiencia. Aquello se debió a que los hooveritas habían elegido Pettingill Park para acampar en él, y Pettingill Park era una tierra de dominio público.

-Como cuando viene el Circo Shrine -añadió.

-¿Y por qué los gitanos no consiguen un permiso, papá?

Ya estaba medio dormida. Gracias a Dios...

-Bien, tal vez se olvidaron.

No existe la menor posibilidad, Lin. No en Fairview. No cuando consideras estos terrenos públicos desde Lantern Drive y el club. de campo, no cuando esta vista es aquello por lo que pagas, junto con los colegios privados que enseñan programación de computadoras en flamantes Apples y TRS-80, y el aire relativamente puro y la quietud por la noche. El Circo Shrine vale. Y la persecución de los huevos de Pascua aun está mejor. ¿Pero, gitanos? Cojan el sombrero, y lárguense. Conocemos la basura cuando la vemos. ¡Pero, Dios mío-, nada de tocarla! Tenemos criadas y amas de casa para sacar la basura de nuestras casas. Y cuando aparece en los terrenos comunales de la ciudad, llamamos a Hopley.

Pero esas verdades no son para una chica de la escuela superior júnior, piensa Halleck. Son verdades que se aprenden en la segunda fase de la escuela superior y en la Universidad. Tal vez lo captas a través del club femenino de estudiantes, o quizás aparezca simplemente, como una transmisión por onda corta desde el espacio exterior.

No son de nuestra clase, cariño. Mantente alejada.

-Buenas noches, papi.

-Buenas noches, Lin.

La besó de nuevo y salió.

La lluvia, traída por unas repentinas y fuertes ráfagas de viento, se aplastó contra la ventana de su estudio, y Halleck se despertó de su ligero sopor.

No son de nuestra clase, cariño, pensó de nuevo, y en realidad se rió en silencio. Este sonido le atemorizó, porque sólo los chiflados se ríen en un cuarto vacío. Los chiflados lo hacen siempre; eso es lo que les convierte en chiflados.

No de nuestra clase.

Si no lo había creído antes, lo creía ahora.

Ahora que estaba más delgado.

Halleck observó cómo la enfermera de Houston le sacaba unas ampollas de sangre de su brazo izquierdo y las colocaba en un envase, como huevos en un cartón. Anteriormente Houston le había facilitado tres sobres especiales y le dijo que los mandase por correo. Halleck se los metió lúgubremente en el bolsillo y luego se inclinó para la prueba proctológica, temiendo la humillación de la misma, más que la pequeña incomodidad. Aquella sensación de ser invadido. Plenamente.

-Relájate -le pidió Houston, haciendo chascar sus delgados guantes de goma-. Mientras puedas sentir mis dos manos en tus hombros, todo irá bien.

Se echó a reír animadamente.

Halleck cerró los ojos.

Houston le vio dos días después: había procurado que su análisis de sangre tuviese prioridad. Halleck estaba sentado en la habitación, parecida a un estudio (cuadros de veleros en las paredes, sillones de cuero, mullidas alfombras grises), donde Houston atendía sus consultas. Su corazón latía con fuerza y sintió gotas de sudor depositarse en las sienes.

No voy a llorar delante de un hombre que cuenta chistes de negros -se dijo a sí mismo con vehemente horror, y no por primera vez-. *Si tengo que llorar, saldré en coche de la ciudad, aparcaré y lo haré entonces.*

-Todo parece muy bien -le dijo Houston con suavidad.

Halleck parpadeó. El miedo se había arraigado ahora tan profundamente en él, que estaba seguro de haber entendido mal a Houston.

-¿Qué?

-Todo tiene buen aspecto -repitió Houston-. Haremos algunas pruebas más si quieres, Billy, pero no veo ahora mismo la necesidad de ello. Tu sangre, en realidad, está mucho mejor ahora que en tus dos anteriores pruebas. Ha bajado el colesterol y los triglicéridos. Has perdido un poco más de peso, la enfermera te ha anotado ciento un kilos esta mañana, ¿pero, qué puedo decir? Aún tienes más de trece kilos con respecto a tu peso óptimo, y no deseo que pierdas eso de vista, pero...

Sonrió.

-Me gustaría saber tu secreto...

-No tengo ninguno -replicó Halleck.

Se sintió al mismo tiempo confuso y tremendamente aliviado, de igual forma como se había sentido en un par de ocasiones en la Universidad al pasar exámenes para los que no estaba preparado.

-Mantendremos el juicio en suspenso hasta que consigamos los resultados de tu serie Hayman-Reichling.

-¿Mi qué?

-Las tarjetas de la mierda -le dijo Houston, y luego se echó a reír de todo corazón-. Puede aparecer ahí algo, pero, realmente Billy, el laboratorio ha llevado a cabo veintitrés pruebas diferentes con tu sangre, y todas han sido favorables. Esto es convincente.

Halleck exhaló un largo y tembloroso suspiro.

-Estaba asustado -confesó.

-Hay gente que no muere joven -replicó Houston.

Abrió el cajón de su escritorio y sacó una botellita con una cucharita sujeta al tapón con una cadena. El mango de la cucharita, según observó Halleck, tenía la forma de la Estatua de la Libertad.

-¿Gustas?

Halleck meneó la cabeza. Sin embargo, se hallaba contento de estar sentado donde estaba, con las manos enlazadas en el vientre -en su disminuida barriga- y observando cómo el médico de cabecera de mayor éxito de Fairview, inhalaba cocaína por un orificio de la nariz y luego por el otro. Volvió a guardar la botellita en su escritorio y sacó otra botella y un paquete de filtros Q. Hundió uno de ellos en la botella y luego se lo llevó a la nariz.

-Agua destilada -explicó-. Para proteger los senos frontales.

Y brindó a Halleck un guiño.

Probablemente ha tratado a bebés de neumonía teniendo esa mierda rondándole por la cabeza, pensó Halleck, pero el pensamiento no tuvo un poder real.

Ahora mismo no podía dejar de gustarle Houston, porque le había dado buenas noticias. Todo cuanto deseaba en el mundo era estar aquí sentado, con las manos enlazadas en su disminuido vientre y explorar las profundidades de su inestable alivio, hacerle frente como a una bicicleta nueva o una prueba de conducción de un coche nuevo. Se imaginó que cuando saliese del gabinete de Houston, probablemente, se sentiría casi como un recién nacido. Un director que filmase la escena pondría en la banda sonora música de *Así habló Zaratustra*. Este pensamiento produjo en Halleck la primera sonrisa y luego rió en voz alta.

-Me gustaría participar de ese buen humor -dijo Houston-. En este triste mundo necesitamos todas las cosas divertidas que nos sea posible, Billy, muchacho...

Aspiró ruidosamente y luego se lubricó las ventanillas de la nariz con otro apósito Q nuevo.

-Nada -replicó Halleck-. Simplemente... Ya sabes que estaba asustado. Estaba haciendo frente a esa C mayúscula. Intentándolo. .

-Bueno, tal vez tengas que hacerlo -prosiguió Houston-, pero no este año. No necesito ver los resultados de laboratorio de las tarjetas Hayman-Reichling para decírtelo. El cáncer tiene un aspecto propio. Por lo menos cuando ya se ha tragado trece kilos, así es...

-Pero he estado comiendo más que nunca. Le he contado a Heidi que hago más ejercicios que de costumbre, y en realidad algo he hecho, pero ella afirma que no se pierden trece kilos sólo quejándote de tu régimen de ejercicios. Dice que no puedes dejar de engordar aún más.

-Eso no es del todo cierto. Las pruebas más recientes muestran que el ejercicio es mucho más importante que la dieta. Pero para un tipo que tiene,

que tenía, sobrepeso como tú, está en lo cierto. Un gordinflón que aumenta radicalmente su nivel de ejercicios, por lo general lo que consigue es el premio peor: una buena trombosis tipo dos. No lo suficiente para matarte, pero sí lo bastante para que no puedas hacer más los dieciocho hoyos o montarte en las montañas rusas de Seven Flags over Georgia.

Billy pensó que la cocaína estaba volviendo locuaz a Houston.

-No lo comprendes -le dijo-, ni tampoco lo entiendo yo. Pero en este negocio he visto ya un montón de cosas que no comprendo. Un amigo mío, neurocirujano en la ciudad, me llamó para que echase un vistazo a una extraordinaria radiografía craneal, hace ya tres años. Un estudiante de la George Washington University acudió a verle porque tenía unos espantosos dolores de cabeza. A mi colega le parecieron las típicas migrañas, de la clase que se adecuan a una personalidad como anillo al dedo, pero no le gusta jugar con esa clase de cosas porque unos dolores de cabeza así son síntomas de tumores cerebrales craneales aunque el paciente no tenga sombra de referencias olfativas: olores de mierda, de fruta podrida, de palomitas de maíz pasadas, o de una cosa así. Por lo tanto, mi colega llevó a cabo una serie completa de radiografías, le hizo al chico un electroencefalograma, lo mandó al hospital para una tomografía cerebral axial. ¿Y sabes qué descubrieron?

Halleck menó la cabeza.

-Encontraron que el muchacho, que había sido el tercero en su clase de la escuela superior, y que había estado en la lista del decano cada semestre en la George Washington University, casi carecía de cerebro. Había una especie de retorcimiento del tejido cortical a través del centro de su cráneo; mi colega me mostró la radiografía, y tenía el aspecto de unas cortinillas de macramé, y eso era todo. Esas cortinillas regían, probablemente, todas sus funciones involuntarias. Todo, desde respirar y los latidos cardíacos hasta el orgasmo. Una especie de tejido cerebral con cuerdas. El resto de la cabeza del muchacho no estaba lleno de otra cosa que de un fluido cerebroespinal. De alguna forma que no comprendemos, ese fluido hacía las veces del pensamiento. De todos modos, sigue siendo estupendo en la Universidad, sigue teniendo migrañas y éstas siguen pareciendo de las del tipo personalidad. Si no tiene un ataque al corazón a los veinticinco o treinta y pico años que le mate, comenzarán a disminuirle a los cuarenta.

Houston abrió de nuevo el cajón, sacó la cocaína y tomó un poco. La ofreció a Halleck. Éste meneó la cabeza.

-También -continuó Houston- hace unos cinco años tuve a una vieja dama que se presentó en mi gabinete con mucho dolor en las encías. Ya ha muerto. Si mencionase el nombre de esa vieja perra la conocerías. Eché un vistazo y, Dios Todopoderoso, no pude creerlo. Había perdido el último de sus dientes de adulto hacía ya casi diez años, en realidad esta muñeca se encaminaba hacia los noventa, y tenía una serie de dientes nuevos saliéndole..., cinco en total. ¡No era de extrañar que tuviese dolor de encías, Billy! Estaba con problemas de dentición a los ochenta y ocho años...

-¿Y qué hiciste? -le preguntó Halleck.

Estaba escuchando todo aquello con una parte muy limitada de su mente: flotaba encima de él, de forma suave, como un ruido en blanco, como Muzak deslizándose desde el techo en unos grandes almacenes en rebajas. La mayor parte de su mente estaba aún haciendo frente al alivio: seguramente la cocaína de Houston era en realidad una droga pobre comparada con el alivio que sentía. Halleck pensó brevemente en el anciano

gitano con la nariz macilenta, pero la imagen había perdido su oscuro y oblicuo poderío.

-¿Qué hice? -preguntó Houston-. Dios mío, ¿qué podía hacer? Le escribí una receta de un medicamento que no era otra cosa que Num-Zit, pero más fuerte, eso que frotas en las encías de un bebé cuando comienza su dentición. Antes de morir, aún sacó tres más: dos molares y un canino. Hizo una pausa.

-He visto más cosas, muchas más. Todo médico ve un montón de cosas raras que no puede explicar. Pero basta de *Parece increíble, pero es verdad* a lo Ripley. El hecho es que no comprendemos nada respecto del metabolismo humano. Hay tipos como Duncan Hopley... ¿Conoces a Dunc?

Halleck asintió. El jefe de Policía de Fairview, perseguidor de gitanos, parecía en realidad una réplica de Clint Eastwood.

-Come como si cada comida fuese la última -prosiguió Houston-. Bendito Moisés, nunca he visto un oso así. Pero su peso permanece en torno a los setenta y ocho kilos, y puesto que mide un metro ochenta, eso hace que tenga el peso correcto. Posee un metabolismo muy potente; digamos que quema las calorías con doble rapidez que, por ejemplo, Yard Stevens.

Halleck asintió. Yard Stevens era el dueño y trabajaba en Heads Up, la única peluquería de Fairview. Tal vez pesase ciento treinta y seis kilos. Uno le miraba y se preguntaba si sería su mujer quien le ataba los zapatos.

-Yard tiene más o menos la misma talla que Duncan Hopley -siguió Houston-, pero en las ocasiones en que le he visto almorzar, sólo picotea la comida. Tal vez sea un gran comedor encerrado en los retretes. Pero me imagino que no. Tiene cara de hambre. ¿Sabes a qué me refiero?

Billy sonrió un poco y asintió. Según frase de su madre, sabía que Yard Stevens tenía el aspecto "como si la comida no fuese a hacerle ningún bien".

-Pero te diré también algo más, aunque supongo que no son cosas académicas. Los dos hombres fuman. Yard Stevens confiesa un paquete de Marlboro Lights por día, lo que, probablemente, significa que fuma un paquete y medio, tal vez dos. Duncan dice que fuma dos de Camel por día, lo cual quiere decir que fuma tres o tres y medio. Me refiero a que, ¿has visto a Duncan Hopley sin un cigarrillo en la boca o en la mano?

Billy pensó al respecto y luego movió la cabeza. Mientras tanto, Houston se había procurado otra ración.

-Bueno, ya es suficiente -dijo y cerró con fuerza y autoridad el cajón.

-De todos modos, tenemos a Yard que fuma un paquete y medio de cigarrillos bajos en alquitrán, y a Duncan que se fuma tres paquetes de tabaco fuerte cada día..., tal vez más. Pero el único que, realmente, invita a presentarse al cáncer de pulmón, y a que lo devore, es Yard Stevens. ¿Por qué? Porque su metabolismo succiona, y el índice de metabolismo está en cierto modo relacionado con el cáncer. Hay médicos que alegan que podremos curar el cáncer cuando penetremos en el código genético. Es posible que tal vez en algunas clases de cáncer. Pero no se curará por completo hasta que comprendamos el metabolismo. Lo cual nos lleva de nuevo a Billy Halleck, el Increíble Hombre Menguante. O tal vez el Increíble Hombre Reductor de Masa. No *Productor* de Masa, sino *Reductor* de Masa...

Houston se echó a reír, con una risa extraña y estúpidamente relinchante.

Billy pensó:

Si eso es lo que te procura la coca, me parece que seguiré con los Ring-Dings.

-No sabes por qué estoy perdiendo peso.

-No, en absoluto.

Houston pareció complacido ante aquel hecho.

-Pero supongo que, en realidad, piensas en ti mismo como delgado. Puede hacerse, ya lo sabes. Lo vemos bastante a menudo. Hay gente que realmente desea perder peso. Por lo general, tienen alguna clase de miedo:, palpitaciones cardíacas, un leve ataque mientras juegan al tenis, bádminton o voleibol, algo así. Por lo tanto, les doy una agradable y suave dieta que debería permitirles perder de uno a dos kilos a la semana, durante un par de meses. Puedes llegar a perder de esta manera de ocho a dieciséis kilos sin dolores ni molestias. Estupendo. Excepto que la mayor parte de la gente pierde mucho más que eso. Siguen la dieta, pero pierden más peso del que la dieta puede justificar. Es como si algún centinela mental, que durante muchos años hubiera estado profundamente dormido, se despertase y comenzase a gritar el equivalente de "¡Fuego!". El mismo metabolismo se acelera..., porque el centinela le dice que evacué unos cuantos kilos antes de que toda la casa se incendie.

-Muy bien -replicó Halleck.

Estaba deseoso de que le convenciesen. Se había tomado el día libre en el trabajo y, de repente, deseó hacer algo más que regresar a casa y decirle a Heidi que todo iba bien, llevarla arriba y hacer el amor con ella mientras el sol de la tarde entraba por las ventanas de su dormitorio.

-Lo tendré en cuenta.

Houston se levantó para acompañarle a la puerta. Halleck se percató, silenciosamente divertido, de que quedaba un poco de polvo blanco debajo de la nariz de Houston.

-Si continúas perdiendo peso, llevaré a cabo contigo toda una serie de pruebas metabólicas -le explicó Houston-. Puedo haberte dado la idea de que las pruebas de ese tipo no sirven para nada, pero a veces nos enseñan muchas cosas. De todos modos, dudo que tengamos que hacerlas. Supongo que tu pérdida de peso comenzará a decrecer: dos kilos esta semana, uno la semana siguiente. Luego te mantendrás y tal vez engordes a continuación un kilo.

-Me has tranquilizado -replicó Halleck y apretó con fuerza la mano de Houston.

Éste sonrió complacido, aunque, en realidad, no había dado a Halleck más que negativas: no, no sabía qué andaba mal en Halleck, pero no, no se trataba de cáncer.

-Para eso estamos, Billy, muchacho...

Billy se fue a casa con su mujer...

-¿Ha dicho que estás bien?

Halleck asintió.

Ella le rodeó con los brazos y le abrazó con fuerza. Él sintió el tentador estremecimiento de sus tetas contra el pecho.

-¿Quieres que vayamos arriba?

La mujer le miró, mientras sus ojos danzaban.

-Estupendo, estás bien, ¿verdad?

-Puedes estar segura...

Subieron y tuvieron una estupenda sesión de sexo. Una de las últimas veces. Después, Halleck se quedó dormido. Y soñó.

Capítulo VII

Sueños de aves

El gitano se había convertido en una gran ave. Un buitre con el pico raído. Sobrevolaba Fairview y arrojaba un polvo arenoso y ceniciento como hollín de chimenea, que parecía salir de debajo de sus oscuras alas. ¿Del hueco de sus alas?

"Más delgado", graznó el gitano-buitre, pasando por encima del terreno comunal, sobre el Village Pub, el Waldenbooks en la esquina de Main y Devon, por encima de Esta-Esta, el correcto restaurante italiano de Fairview, por encima de Correos, por encima de la gasolinera Amoco, por la moderna Biblioteca Pública de paredes de cristal y, finalmente, por las marismas saladas y por la bahía.

Más delgado, eran sólo dos palabras, pero resultaban una maldición suficiente, consideró Halleck, porque, de repente, se encontró en Main Street y vio que todo el mundo en esta opulenta "clase superior de viajeros diarios a la ciudad y que se tomaban unas copas en el club automovilístico camino de casa en el suburbio", todos en esta pequeña y bonita ciudad de Nueva Inglaterra, exactamente en el corazón de John Cheever, todos en Fairview estaban mortalmente desnutridos.

Anduvo más de prisa, más y más Main Street arriba, aparentemente invisible -la lógica de los sueños, a fin de cuentas, es sólo la que necesita el sueño- y se horrorizó por los resultados de la maldición del gitano. Fairview se había convertido en una ciudad llena de supervivientes de campos de concentración. Bebés con enormes cabezas y consumidos cuerpos gritaban desde costosos cochecitos. Dos mujeres con unos vestidos caros de buen diseño se tambalearon y salieron de Cherry on Top, la versión de Fairview de una heladería. Sus rostros eran todo pómulos y abombadas frentes que se extendían como una piel brillante y apergaminada; los escotes de sus vestidos se deslizaban desde unas clavículas marcadas en la piel y unos profundos agujeros en los hombros, en una horrible parodia de seducción.

Y apareció Michael Houston, tambaleándose sobre unas piernas delgadas de espantapájaros, con su traje de Saville Row batiendo en torno de su increíblemente demacrada estructura, sosteniendo una ampolla de cocaína con una mano esquelética. "¿Gustas?", le gritó a Halleck con una voz cascada y chillona: era la voz de una rata atrapada en una trampa y exhalando lo último de su miserable vida. "¿Gustas? Ayuda a acelerar el metabolismo, Billy, muchacho... ¿Gustas... ? ¿Gus... ?"

Con profundo horror, Halleck se percató de que la mano que sostenía la ampolla no era una mano sino sólo unos huesos retintineantes. El hombre era un esqueleto andante, hablante.

Se volvió para correr, pero como ocurre en las pesadillas, vio que no adquiría la menor velocidad. Aunque se encontraba en la acera de Main Street, sintió como si anduviese por un barro grueso y pastoso. En cualquier momento, el esqueleto que había sido Michael Houston alargaría la mano y él -o ello- le tocaría el hombro. O tal vez aquella mano huesuda comenzaría a escarbar en su garganta.

-¡Gustas, gustas, gustas! -chillaba, gritaba la voz de rata de Houston.

La voz se acercaba cada vez más y más; Halleck supo que, de haber vuelto la cabeza, la aparición se acercaría a él, aproximándose mucho, mucho, con sus chispeantes ojos abultando desde unas cuencas de desnudo hueso, la no recubierta mandíbula oscilando y castañeteando.

Vio a Yard Stevens salir de Heads Up, con su delantal beige de barbero oscilando encima de un pecho y un vientre que ahora ya no existía. Yard chillaba con una horrible voz de buitre y, cuando se volvió hacia Halleck, vio que no era Yard en absoluto, sino Ronald Reagan.

-¿Dónde está lo que me falta? -gritó-. ¿Dónde está el resto de mí? ¿DÓNDE ESTÁ LO QUE ME FALTA?

-Más delgado...

Era ahora Michael Houston quien lo susurraba al oído de Halleck, y ahora sucedió lo que había temido: aquellos dedos huesudos le tocaron, dando vueltas y retorciendo sus mangas, y Halleck creyó que iba a volverse loco ante aquella sensación.

-Más delgado, mucho más delgado, delgado, delgado, era su mujer, Billy, muchacho, su mujer, y estás en problemas, oh, muñeco, en tantos y tantos problemas...

Capítulo VIII

Los pantalones de Billy

Billy se despertó sobresaltado, respirando con fuerza, con una mano en la boca. Heidi dormía apacible a su lado, arropada con un edredón. Un viento de mediada la primavera corría entre los aleros del exterior.

Halleck lanzó una rápida y asustada mirada alrededor del dormitorio, asegurándose de que Michael Houston, o su versión de espantapájaros, no se encontraba allí. Sólo era su dormitorio, cada rincón del cual conocía al dedillo. La pesadilla empezaba a alejarse..., pero todavía quedaba lo suficiente, para que buscase la proximidad de Heidi. No la tocó -se despertaba con facilidad-, pero se acercó, a su calor y le robó parte de su edredón.

Sólo un sueño.

Más delgado, respondió implacablemente una voz en su mente. De nuevo le invadió el sueño. Momentáneamente.

A la mañana siguiente a la pesadilla, la báscula del cuarto de baño marcó cien, y Halleck se sintió esperanzado. Sólo un kilo. Houston tenía razón, con coca o sin coca... El proceso se estaba haciendo más lento. Bajó las escaleras silbando y se comió tres huevos fritos y media docena de salchichas.

En su viaje hasta la estación de tren, la pesadilla se presentó de nuevo, de forma vaga, más como una sensación de lo *deja vu* que de un recuerdo real.

Miró por el escaparate al pasar por Heads Up (que estaba flanqueada por Fine Meats de Frank y Toys Are Joys) y, por un instante, esperó ver diez esqueletos dando bandazos y arrastrando los pies, como si la confortable y lujosa Fairview, de alguna forma, se hubiese convertido en Biafra. Pero la gente de las calles parecía normal, mejor que normal. Yard Stevens, tan opulento físicamente como siempre, lo saludó. Halleck le devolvió el saludo y pensó:

Tu metabolismo te está avisando que dejes de fumar.

El pensamiento le hizo sonreír un poco, y para cuando el tren se detuvo en Grand Central, los últimos vestigios de su pesadilla estaban olvidados.

Con la mente relajada respecto al tema de su pérdida de peso, Halleck ni se pesó, ni pensó demasiado en el asunto durante otros cuatro días... y luego le sucedió una cosa bastante embarazosa, en el tribunal y enfrente del juez Hilmer Boynton, que no tenía más sentido del humor que velocidad una tortuga terrestre. Fue algo estúpido; la clase de cosas que producen pesadillas cuando se es muchacho de colegio.

Halleck se puso en pie para hacer una objeción y sus pantalones comenzaron a caérsele.

Se quedó a mitad de camino, los sintió deslizarse implacablemente por sus caderas y trasero, haciéndole bolsas en las rodillas, por lo que tuvo que sentarse a toda prisa. En uno de aquellos momentos de casi total objetividad -que se presentan de una forma espontánea y que a menudo se olvidan pronto-, Halleck se percató de que su movimiento podía haber sido visto como una especie de pintoresco salto a la pata coja. William Halleck,

abogado, hace su numerito de "Pedrito el Conejo". Sintió cómo el rubor se apoderaba de sus mejillas.

- ¿Se trata de una objeción, Mr. Halleck, o de un ataque de gases?

Los espectadores, misericordiosos, se rieron disimuladamente.

-Nada, Su Señoría -musitó Halleck-. He cambiado de opinión...

Boynton gruñó. El procedimiento prosiguió y Halleck se sentó sudando, preguntándose qué pasaría cuando se levantase.

El juez pidió un breve receso diez minutos después. Halleck se sentó en la mesa de la defensa, simulando hojear un montón de papeles. Cuando la sala de sesiones estuvo casi vacía, se alzó, con las manos metidas en los bolsillos de sus pantalones en un ademán que esperaba que pareciese casual. En realidad, se aguantaba los pantalones a través de los bolsillos.

Se quitó la chaqueta del traje en la intimidad de los lavabos de hombres, la colgó, se miró los pantalones y se quitó el cinturón. Sus pantalones, aún abotonados y con la cremallera cerrada, se deslizaron hasta sus rodillas; las monedas hicieron un apagado tintineo cuando sus bolsillos alcanzaron el embaldosado. Se sentó en el retrete, sostuvo el cinturón como un rollo de papel y se quedó mirándolo. Pudo leer allí una historia algo más que inquietante. El cinturón había sido un regalo de Linda para el Día del padre de hacía dos años, Alzó el cinturón, observándolo y sintió que su corazón se aceleraba hasta una velocidad pavorosa.

La más profunda muesca en el cinturón se encontraba exactamente después del primer agujero. Su hija se lo había comprado un poco pequeño, y Halleck recordó haber pensado en aquel momento -apesadumbradamente- que era tal vez un perdonable optimismo por parte de ella. Sin embargo, fue bastante útil durante algún tiempo. Sólo cuando dejó el tabaco, resultó un poco difícil cerrar la hebilla del cinturón, incluso empleando el primer agujero.

Después de que dejara de fumar..., pero antes de atropellar a la gitana.

Ahora aparecían otras marcas en el cinturón: más allá del segundo agujero..., y del cuarto... y del quinto... Finalmente en el sexto y último.

Halleck vio con creciente horror que cada una de las muescas era más leve que la anterior. Su cinturón contenía una historia más cierta y más breve que la que hiciera Michael Houston. La pérdida de peso proseguía, y no estaba frenándose, sino acelerando. Había llegado al último agujero del cinturón que, hacía sólo dos meses, creía que debía retirar por demasiado pequeño. Ahora necesitaba un séptimo agujero, que no tenía.

Miró el reloj y comprobó que debía regresar pronto. Pero algunas cosas eran más importantes que si el juez Boynton decidía o no, introducir el testamento como prueba.

Halleck escuchó. El lavabo de caballeros estaba silencioso. Tomó los pantalones con una mano y salió del cubículo. Dejó caer de nuevo los pantalones y se miró en uno de los espejos por encima de la hilera de lavabos. Se alzó los faldones de la camisa para conseguir una mejor ojeada de su vientre que, hasta hacía muy poco, había sido su perdición.

Un leve sonido escapó de su garganta. Eso fue todo, pero lo suficiente. La percepción selectiva no pudo sostenerse, sino que todo se descompuso en un instante. Vio que el modesto vientre que había remplazado su barriga había desaparecido. Aunque sus pantalones estaban bajados y su camisa subida por encima de su chaleco desabotonado, los hechos resultaban demasiado claros a pesar de la ridícula postura. Los hechos reales, como siempre, eran negociables, -eso lo aprendes con rapidez en el mundo de los

abogados-, pero la metáfora que se presentó resultó más que persuasiva: era innegable. Parecía un chico vestido con la ropa de su padre. Halleck permaneció perplejo ante la corta hilera de lavabos, pensando histéricamente:

¿Quién ha conseguido la Shinola? Tendré que procurarme un bigote falso...

Una risa asqueada y rancia salió de su garganta, ante la visión de sus pantalones caídos sobre sus zapatos, y los calcetines negros de nailon trepando hasta tres cuartas partes del camino de sus pantorrillas peludas. En aquel momento, repentinamente, simplemente, lo creyó... todo. El gitano le había hechizado, sí, pero no se trataba de cáncer; el cáncer hubiera sido demasiado clemente y harto rápido. Era algo más, y aquello sólo acababa de empezar.

La voz de un revisor de tren gritó en su mente:

Siguiente parada, Anorexia nerviosa... ¡Que se preparen todos los de Anorexia nerviosa...!

Los sonidos se alzaron en su garganta, una risa que sonaba como gritos, o tal vez gritos que sonaban como risas... ¿Y eso qué importaba?

¿A quién puedo contárselo? ¿A Heidi? Creería que estoy loco.

Pero Halleck nunca se había sentido en su vida más cuerdo.

La puerta del servicio de caballeros se abrió con violencia.

Halleck se retiró con presteza al cubículo y lo cerró por dentro, asustado.

-¿Billy?

Era John Parker, su ayudante.

-Estoy aquí.

-Boynton regresará en seguida. ¿Estás bien?

-Muy bien -respondió.

Sus ojos estaban cerrados.

-¿Tienes gases? ¿Se trata del estómago?

Sí, es mi estómago, eso es.

-Sólo tengo que echar un poco de lastre. Habré acabado dentro de un minuto. No te preocupes, Parker, ya voy.

-Bien.

Parker se fue. La mente de Halleck quedó fijada en su cinturón. No podía regresar a la sala de audiencias del juez Boynton sosteniéndose los pantalones desde los bolsillos de la chaqueta de su traje. ¿Qué demonios iba a hacer?

De repente se acordó de su cuchillo del Ejército suizo, la buena y vieja navaja, que siempre se quitaba del bolsillo antes de pesarse. Allá en los viejos tiempos, antes de que los gitanos llegasen a Fairview.

Nadie pidió a esos imbéciles que viniesen... ¿Por qué no fueron a Westport o a Stratford?

Sacó la navaja y, rápidamente, hizo un séptimo agujero en el cinturón. Estaba mal hecho y con un aspecto horroroso, pero funcionó. Halleck se abrochó la hebilla, se puso la chaqueta y salió del cubículo. Por primera vez fue consciente de cómo le azotaban los pantalones en torno de las piernas..., sus delgadas piernas.

¿Lo habrá visto más gente? -pensó con nuevo y punzante embarazo-. *¿Se habrán dado cuenta de lo mal que me queda la ropa? ¿Lo habrán visto y habrán disimulado? Hablarán...*

Se remojó la cara y salió de los servicios de caballeros.

Al regresar a la sala de juicios, Boynton entraba en aquel momento entre el ondear de su toga. Miró severamente a Billy, que esbozó un ademán de disculpa. El rostro de Boynton permaneció impasible; resultaba claro que no aceptaba las disculpas. Los zumbidos comenzaron de nuevo. De alguna forma, Billy consiguió terminar la jornada.

Se subió a la báscula aquella noche después de que Heidi y Linda estuvieran, ya dormidas, miró hacia abajo, sin acabar de creérselo. Miró durante mucho, mucho tiempo.

Ochenta y ocho.

Capítulo IX

Ochenta y cinco

Al día siguiente salió y se compró ropa; lo hizo de forma febril, como si las nuevas prendas, unas ropas que le sentaban muy bien, pudieran resolverlo todo. Se compró también un cinturón más pequeño. Era consciente de que la gente había dejado de felicitarle por su pérdida de peso.

¿Cuándo había comenzado aquello? No lo sabía.

Se puso la ropa nueva. Se fue a trabajar y luego volvió a casa. Bebió demasiado, repitió de todo lo que no le gustaba y que le sentó pesadamente en el estómago. Pasó una semana y las nuevas prendas ya no parecían esbeltas y elegantes; le habían comenzado a hacer bolsas.

Se aproximó a la balanza del cuarto de baño, con el corazón latiéndole tan pesadamente que los ojos le escocían y le dolía la cabeza. Más tarde descubriría que se había mordido el labio inferior con la fuerza suficiente como para hacerle sangrar. La imagen de la balanza había adquirido unas insinuaciones infantiles de terror en su mente: se había convertido en el duende de su vida. Permaneció allí subido durante tanto tiempo como tres minutos, mordiéndose con fuerza el labio inferior, inconsciente tanto del dolor como del sabor salado de la sangre en su boca. Era de noche. En el piso de abajo, Linda estaba viendo en la televisión *Tres en compañía* y Heidi pasaba las cuentas semanales de la administración doméstica, en el estudio de Halleck.

Con una especie de embestida, subió a la balanza.

Ochenta y cinco.

Sintió que se le movía el estómago en un solo y vertiginoso giro y, durante un desesperado momento, le pareció imposible dejar de vomitar. Forcejeó lúgubremente para mantener dentro de él la cena: necesitaba ese alimento, aquellas cálidas y saludables calorías.

Al fin, la náusea pasó. Miró hacia la calibrada esfera, recordando sombríamente lo que le había dicho Heidi:

No pesa de más, sino de menos.

Recordó cómo Michael Houston le había dicho que en cien kilos se encontraba todavía doce por encima de su peso óptimo.

Ahora ya no, -pensó cansinamente-. *Ahora estoy... Ahora estoy más delgado...*

Bajó de la balanza, consciente de que sentía cierto alivio, el alivio que puede sentir un prisionero del Corredor de la Muerte, al ver que el carcelero y el sacerdote aparecen a las doce menos dos minutos, sabiendo llegado el final, que no habrá ninguna llamada telefónica por parte del gobernador. Había que cumplir varias formalidades, naturalmente, sí, pero eso era todo. Era algo real. Si hablaba de ello con la gente, creerían o bien que bromeaba o que estaba loco -ya nadie creía en las maldiciones de los gitanos, o tal vez jamás habían creído en ellas-, era algo, definitivamente *déclassé*, en un mundo que había observado cómo centenares de Marines regresaban a casa desde el Líbano en ataúdes, en un mundo que había visto a los prisioneros del IRA en huelga de hambre hasta la muerte, entre otras dudosas maravillas; pero, de una forma u otra, era igualmente cierto. Había matado a la mujer del viejo gitano de la nariz macilenta, y su compañero de golf, el

bueno y viejo tocatetas del juez Cary Rossington, le había dejado libre, sin nada más que unos golpecitos en la muñeca, por lo que el anciano gitano decidió imponer su propia clase de justicia, en un obeso abogado de Fairview, cuya mujer había elegido un mal día para hacerle su primera y única paja en un coche en marcha. La clase de justicia que un hombre como su amigo -de hace tiempo- Ginelli hubiese apreciado.

Halleck apagó la luz del cuarto de baño y bajó al otro piso, pensando en los convictos del Corredor de la Muerte que andaban su último kilómetro.

No me tape los ojos, padre... ¿Pero, quién tiene un cigarrillo?

Sonrió débilmente.

Heidi estaba sentada a su escritorio, con las facturas a su izquierda, la pantalla brillante delante y el talonario de cheques apoyado en el teclado, como una partitura musical. Una escena del todo normal, por lo menos para una noche de la primera semana del nuevo mes. Pero no estaba firmando cheques o haciendo cuentas. Sólo estaba sentada allí, con un cigarrillo entre los dedos y, cuando se volvió hacia él, Billy vio tal aflicción en sus ojos, que casi se tambaleó de una manera física.

Pensó de nuevo en la percepción selectiva, la divertida manera que tenía su mente para no ver lo que no debía verse..., de la misma forma que uno se aprieta más y más el cinturón, para sostener subidos los pantalones de un talle superior en la menguante cintura, o los círculos oscuros en los ojos de su mujer... o la pregunta desesperada en aquellos ojos.

-Sí, sigo perdiendo peso -manifestó.

-Oh, Billy -dijo ella, y exhaló un largo y tembloroso suspiro.

Pero le miró un poco mejor, y Halleck supuso que le alegraba su sinceridad. No se atrevía a mencionarlo, como ninguno en la oficina había osado decir:

Tus ropas están empezando a tener el aspecto de venir de Ornar el Tendero, Billy... Digamos que no has crecido o algo parecido, ¿verdad? Alguien te ha golpeado con el garrote del cáncer, ¿no es así, Billy? Has conseguido un viejo y grande tumor en algún lugar dentro de ti, todo negro y jugoso, una especie de corrompida seta humana en tus entrañas, que te está dejando seco, ¿verdad?

Oh, no, nadie dice una mierda así; te dejan que lo averigües por ti mismo. Un día estás en el tribunal y empiezas a perder tus pantalones cuando te levantas para decir:

"¡Protesto, Su Señoría!"

Algo en la mejor tradición de Perry Masón y nadie tiene que decir una jodida palabra.

-Sí -dijo y luego, en realidad, se rió para disimular.

-¿Cuánto?

-La balanza dice que he bajado a ochenta y cinco.

- ¡Oh, Dios mío!

Señaló los cigarrillos de su mujer.

-¿Me das uno de ésos?

-Sí, si quieres uno. Billy, no dirás a Linda ni una palabra acerca de esto. ¡Ni una!

-No hay por qué hacerlo -replicó, encendiendo el cigarrillo.

La primera chupada le hizo sentirse mareado. Pero estaba bien; el mareo era agradable. Era mejor que el entumecido horror que había acompañado el fin de la percepción selectiva.

-Ella sabe que aún sigo perdiendo peso. Lo he visto en su rostro. Simplemente, no sabía lo que estaba viendo hasta esta noche.

-Tienes que volver a visitar a Houston -le dijo.

Parecía profundamente asustada, pero esa confusa expresión de duda y de tristeza había desaparecido ya de sus ojos.

"Las series metabólicas...

-Heidi, escúchame -le dijo...

Y luego se calló.

-¿Qué? -le preguntó a ella-. ¿Qué, Billy?

Durante un momento casi se lo dijo, se lo dijo todo. Algo le detuvo, y nunca estuvo seguro de qué era..., excepto que, por un momento, sentado allí en el borde de su escritorio y enfrente de ella, con su hija viendo la tele en la otra habitación, y con uno de los cigarrillos de su mujer en la mano, sintió un súbito instante de odio salvaje hacia ella..

El recuerdo de lo que había sucedido -lo que había estado sucediendo en el minuto o casi en que la anciana gitana echó a correr entre el tráfico, volvió a él, en un destello de recuerdo total. Heidi se había corrido cerca de él y le pasó un brazo por los hombros... y luego, casi antes de que fuese consciente de lo que ocurría, le bajó la cremallera de la bragueta. Sintió sus dedos, ligeros y, oh, tan educados, que se deslizaron por la brecha y luego a través de la apertura de sus calzoncillos.

De adolescente, Billy Halleck ocasionalmente había examinado (con manos sudorosas y ojos levemente desorbitados) lo que, entre sus iguales, se llamaban "libros de caricias". Y en ocasiones, en esos "libros de caricias", "una calentona" enlazaría sus "educados dedos" en torno del "rígido miembro" de algún tipo. Naturalmente, esto no era más que la clase de "sueños húmedos"..., excepto que aquí estaba Heidi, aquí se hallaba su mujer aferrando su propio miembro en erección. Y, maldita sea, estaba empezando a darle tirones. La había mirado, asombrado, y había visto la áspera sonrisa en sus labios.

-¿Heidi, qué estás...?

-Chist... No digas una palabra.

¿Qué se había adueñado de ella? Hasta entonces no había hecho algo así, y Halleck habría jurado que una cosa de este tipo jamás había cruzado por la mente de su mujer. Pero lo había hecho, y la anciana gitana había salido corriendo...

¡Oh, dime la verdad! Mientras las escamas están cayendo de tus ojos, también deberías dejarlas caer a todas, ¿no crees? No consigues nada bueno mintiéndote a ti misma; ya es demasiado tarde para eso.

Sólo los hechos, señora...

Muy bien, los hechos. El hecho fue el inesperado movimiento de Heidi, que le excitó de manera tremenda, probablemente a causa de haber sido inesperado. Había alargado la mano derecha hacia ella y Heidi se había subido las faldas, exponiendo unas ordinarias bombachas amarillas de nailon. Aquellas bombachas no le habían excitado nunca antes, pero lo hicieron ahora..., o tal vez fue la forma en que ella se alzó la falda lo que le excitó; nunca lo había hecho antes, tampoco. El hecho fue que un ochenta y cinco por ciento de su atención se había apartado de la conducción, aunque en nueve de diez mundos paralelos las cosas, probablemente, habrían salido perfectamente bien; durante los días laborales de la semana, las calles de Fairview no sólo eran tranquilas, sino que casi llegaban a ser aburridas. Pero sin tener eso en cuenta, el hecho es que no se había encontrado en nueve de

diez mundos paralelos, sino que había estado en éste. El hecho fue que la vieja gitana no había salido corriendo entre el Subaru y el Firebird con una franja en el chasis; el hecho fue que, simplemente, *andaba* entre ambos coches, sosteniendo una bolsa de red llena de compras, con una mano nudosa y con manchas hepáticas. La clase de bolsa de red que a menudo las inglesas llevan consigo cuando van de compras, a lo largo de la calle mayor de un pueblo. En la bolsa de red de la gitana había una caja de detergente; Halleck recordaba eso. No había mirado, eso era verdad. Pero en realidad, Halleck no iba a más de sesenta kilómetros por hora, y debía de haber casi cincuenta metros hasta la gitana, cuando salió enfrente de su Olds. Mucho tiempo para detenerse si hubiese estado al tanto de la situación. Pero el *hecho* fue que se encontraba en el umbral de un orgasmo explosivo, y hasta la menor fracción de su conciencia se hallaba fijada debajo de su cintura, mientras la mano de Heidi apretaba y se detenía, se deslizaba arriba y abajo en deliciosa fricción. Su reacción fue desesperanzadamente lenta, tardía, y la mano de Heidi se había aferrado a él, sofocando el orgasmo que el choque había aportado durante un interminable segundo de dolor y placer que fue inevitable pero, sin embargo, espantoso.

Ésos eran los *hechos*. ¡Pero, un momento, compañeros! ¡Atención, amigos y vecinos! Existían dos hechos más, ¿no era cierto? El primer hecho radicaba en que si Heidi no hubiese elegido aquel día particular para intentar un poco de autoerotismo, Halleck se hubiese encontrado al frente de su tarea y de su responsabilidad como conductor de un vehículo de motor, y el Olds se hubiese detenido, por lo menos, a dos metros de distancia de la gitana, parándose con un chirriar de frenos, que habría originado que las madres, que arrastraban sus cochecitos de bebé a través del parque municipal, hubiesen alzado rápidamente la vista. Debía haber gritado: "¿No ve por dónde va?" a la anciana, mientras ella le miraría con una especie de miedo estúpido e incomprensión. Él y Heidi la habrían visto escurrirse a través de la calle, con los corazones latiéndoles con fuerza. Tal vez Heidi habría llorado por las bolsas de compras caídas y del lío armado en la parte posterior.

Pero las cosas hubieran salido bien. No habría habido juicio, ni el gitano de nariz macilenta hubiese esperado afuera, para acariciar la mejilla de Halleck y susurrarle aquella maléfica maldición de dos palabras. Ése era el primer hecho secundario. El segundo hecho, que derivaba del primero, era que todo eso llevaba hasta Heidi. Todo había sido culpa suya. Él no le había pedido que hiciese lo que había hecho, no le había dicho:

- ¡Oye! ¿Qué te parece si me la meneas en el viaje de vuelta a casa, Heidi? Son cinco kilómetros, tienes mucho tiempo...

No. Ella se había limitado a hacerlo... y... cabía decirse que ella había calculado muy mal el tiempo.

Sí, había sido culpa de ella, pero el viejo gitano no lo sabía, por lo que Halleck había recibido la maldición, y era ahora Halleck el que había perdido un total de veintiocho kilos, y ella estaba sentada aquí, y había unos círculos oscuros debajo de sus ojos y su piel parecía demasiado cetrina, pero aquellas ojeras no iban a matarla, ¿verdad? No. Tampoco la piel cetrina. El viejo gitano no la había tocado a ella.

Por lo tanto, el momento en que debía de haberle confesado sus miedos, cuando debió decirle, simplemente: Creo que pierdo peso porque me han hechizado, aquel momento pasó. El instante de un puro y crudo

aborrecimiento, una piedra emocional disparada por su subconsciente a través de alguna burda y primitiva catapulta, pasó con él.

Escúchame, dijo, y como una buena esposa ella había respondido: ¿Qué, Billy?

-Volveré a visitar otra vez a Houston -afirmó, lo cual no era en absoluto originariamente lo que pretendía decir-. Le diré que siga adelante y encargue las series metabólicas. Como Albert Einstein acostumbraba decir: "Que se jodan".

-Oh, Billy -respondió ella y alzó sus brazos hacia él. Halleck se acercó a ellos y, debido a que allí había consuelo, sintió vergüenza por el ardiente odio de tan sólo unos momentos antes.

Pero en los días que siguieron, a medida que la primavera de Fairview procedía con su acostumbrado, no declarado y levemente preparatorio ritmo hacia el verano de Fairview, el odio volvió a presentarse cada vez más a menudo, a pesar de todo lo que hiciera para detenerlo o evitar que se presentara.

Capítulo X

Ochenta y uno

Hizo la cita para las series metabólicas por medio de Houston, que pareció menos optimista tras enterarse de la continuada y firme pérdida de peso de Halleck, y que ya había perdido, en realidad, trece kilos desde su examen físico del mes anterior.

-Puede existir aún una explicación perfectamente normal para todo esto -le dijo Houston, llamándole a su vez con la cita y la información tres horas después, contándole a Halleck todo cuanto necesitaba saber.

La explicación perfectamente normal, en un tiempo el talismán en la mente de Houston, se había convertido ahora en un caballo perdedor.

-Hum... -exclamó Halleck, mirando hacia donde había estado su vientre.

Nunca hubiera creído que se podría echar de menos la panza que salía delante de ti, la barriga que se había hecho tan grande que, llegado el momento, ocultaba las puntas de tus zapatos -tenía que inclinarse y mirar con atención para averiguar si necesitaban una limpieza-, especialmente nunca hubiera creído que una cosa así fuese posible mientras subía un tramo de escaleras tras demasiadas copas la noche anterior, agarrando lúgubremente su maletín, sintiendo unas gotas de sudor en la frente, preguntándose si éste sería el día en que se presentaría el ataque cardíaco, un dolor paralizante en la parte izquierda de su pecho que, repentinamente, aparece y se extiende hacia el brazo izquierdo. Pero era cierto: *echaba de menos* su condenada barriga. En cierta forma no podía comprender, ni siquiera ahora, que la panza había sido una amiga.

-Si aún existe una explicación normal -le dijo a Houston-, ¿cuál es?

-Eso es lo que esos tipos van a decirte -replicó Houston-. Confiemos en ello.

La cita fue en la Henry Glassman Clinic, un pequeño establecimiento privado de Nueva Jersey. Le dijeron que debía permanecer allí tres días. El costo aproximado de su internación y la serie de pruebas que se iban a llevar a cabo, hicieron alegrarse a Halleck de tener un seguro médico completo.

-Mándame una tarjeta de saludos -le dijo Halleck fríamente, y colgó.

Su cita era para el 12 de mayo, una semana después. Durante los días previos, observó que continuaba adelgazando, y se esforzó por contener el pánico, que erosionaba lentamente su resolución de hacerse el hombrecito.

-Papá, estás perdiendo demasiado peso -le dijo Linda incómoda una noche durante la cena.

Halleck, aferrándose lúgubremente a sus armas, se había comido tres gruesas chuletas de cerdo con salsa de manzana. También se había servido abundantemente puré de patatas. Con salsa.

-Si es una dieta, creo que ha llegado el momento de que la dejes.

-¿Tiene esto el aspecto de que esté a dieta? -replicó Halleck, señalando su plato con el tenedor, que goteaba salsa.

Habló con la suficiente suavidad, pero el rostro de Linda comenzó a descomponerse y, momentos después, se escapó de la mesa, sollozando, con la servilleta oprimida contra el rostro.

Halleck miró débilmente a su esposa, que le respondió con una mirada impotente.

Ésta es la forma en que acaba el mundo -pensó estúpidamente Halleck-. *No con un estallido, sino con un adelgazamiento.*

-Hablaré con ella -continuó Halleck, comenzando a levantarse.

-Si le dejas verte de la forma en que estás ahora mismo, la asustarás mortalmente -le dijo Heidi, y él sintió de nuevo aquella metálica y brillante erupción de miedo.

Ochenta y cuatro, ochenta y tres y medio, ochenta y dos y medio. Era como si alguien -por ejemplo, el viejo gitano de la nariz macilenta emplease alguna loca y supernatural goma de borrar con él, frotándole, kilo a kilo. ¿Cuándo había sido la última vez en que pesó ochenta y dos? ¿En la Universidad? No..., probablemente desde que hizo el último curso en la escuela superior.

En una de sus noches de insomnio entre el cinco de mayo y el doce, se encontró recordando una explicación de vudú que había leído uña vez: funciona porque la víctima cree que produce efecto. No se trata de una cosa sobrenatural, sino simplemente del poder de la sugestión.

Tal vez -pensó-, *Houston tiene razón y pienso en mí mismo como delgado..., porque aquel viejo gitano quería que lo hiciese así. Pero ahora ya no puedo detenerme. Podría conseguir un millón de dólares escribiendo una respuesta a ese libro de Norman Vincent-Peale..., llamarlo "*El poder del pensamiento negativo".

Pero su mente le sugirió que su idea del viejo poder de la sugestión era, en el peor de los casos, sólo un montón de mierda.

Todo lo que dijo el gitano fue "Más delgado". No dijo: "Por el poder de que estoy investido te condeno a que pierdas de tres á cuatro kilos a la semana hasta que mueras". Tampoco dijo: "Ini-meni-chili-beani, pronto necesitarás un nuevo cinturón o no harás más que protestar con tus calzoncillos. Demonios, Billy, ni siquiera recordabas lo que dijo hasta que empezaste a perder peso.

T*al vez ése fue el momento en que me di cuenta conscientemente de lo que él dijo* -argumentó Halleck-, *pero...*

Sin embargo, si *era* psicológico, si *era* ése el poder de sugestión, quedaba el asunto de qué iba a hacer. ¿Cómo se suponía que debía combatirlo? ¿Había alguna forma de que pudiese creerse obeso de nuevo? Supongamos que acudía a un hipnotizador -diablos, a un psiquiatra- y le explicaba el problema. El loquero le hipnotizaría y le implantaría una profunda sugestión de que quedaba invalidada la maldición del anciano gitano. Eso funcionaría.

O, naturalmente, no funcionaría.

Dos noches antes del día previsto para su chequeo en la Glassman Clinic, Billy se encontraba en la balanza observando desfallecido la esfera; esa noche marcaba ochenta y uno. Y mientras estaba allí mirando hacia abajo, se le ocurrió de una forma perfectamente normal -de la forma en que las cosas ocurren tan a menudo en la mente consciente después de que la inconsciente haya rumiado y rumiado durante días y semanas--, que la persona con la que realmente, debería hablar acerca de aquellos locos miedos era el juez Cary Rossington.

Éste era un tocatetas cuando estaba borracho, pero era también un tipo muy simpático y comprensivo cuando se hallaba sobrio, por lo menos hasta

cierto punto. Asimismo sabía relativamente mantener la boca cerrada. Halleck supuso que era posible, en alguna que otra fiesta con borracheras (y junto con otras constantes del universo físico -la salida del Sol por el este, la puesta por el oeste, el regreso del cometa Halley- estar seguro de que, en *alguna parte*, de la ciudad, después de las nueve de la noche, la gente se estaba bebiendo Manhattan, pescando aceitunas verdes para sacarlas de los Martini, y casi con toda posibilidad, agarrando las tetas de las esposas de otros hombres), podría ser indiscreto sobre las ideas paranoico-esquizoides del bueno de Billy Halleck hacia los gitanos y las maldiciones, pero sospechaba que Rossington lo pensaría dos veces antes de extender el cuento, incluso mientras tomaba copas. No era que se hubiese llevado a cabo algo ilegal durante las sesiones; había sido un caso de libro de texto, de derecho administrativo, sin que se hubiese sobornado a ningún testigo, ni pasado por alto ninguna prueba. Pero era de igual modo un perro dormido, y los viejos astutos como Cary Rossington no iban por ahí dando patadas a esos animales. Resultaba siempre posible -no probable, pero sí muy posible- que una pregunta referente a no haberse Rossington recusado a sí mismo llegase a surgir también. O el hecho de que el agente que realizó las investigaciones no se preocupara de llevar a cabo un análisis de aliento de Halleck después de que viera quién era el conductor (y quién la víctima). Ni tampoco Rossington había investigado en el juicio por qué este procedimiento fundamental se había pasado por alto. Había otras investigaciones que debía haber realizado, y que no hizo.

No, Halleck creía que este asunto podría estar suficientemente a salvo con Cary Rossington, por lo menos hasta que el caso de los gitanos no estuviese un poco alejado en el tiempo..., cinco años, por ejemplo, o siete... Mientras tanto, era este año el que preocupaba a Halleck. Y al ritmo que iban las cosas, parecería un fugitivo de un campo de concentración antes de que acabase el verano.

Se vistió de prisa, se fue abajo y sacó del armario una campera suelta.

-¿Adonde vas? -le preguntó Heidi, saliendo de la: cocina.

-Salgo... -replicó Halleck-. Regresaré temprano.

Leda Rossington abrió la puerta y miró a Halleck como si no le hubiese visto antes: la luz en el techo de la entrada que se encontraba detrás de ella, le caía sobre sus demacrados pero aristocráticos pómulos, y el cabello negro de la mujer se hallaba fuertemente echado hacia atrás y mostraba las primeras trazas de blanco. *(No-pensó Halleck-, blanco no, plata... Leda nunca tendría algo tan plebeyo como el cabello blanco)*, el vestido verde césped de Dior, una cosita simple que, probablemente, no costaría menos de quinientos dólares.

Su mirada puso a Halleck profundamente incómodo.

¿He perdido tanto peso que no sabe siquiera quién soy? -pensó.

Pero incluso con su nueva paranoia acerca de su apariencia personal, le pareció duro creerlo. Su rostro aparecía demacrado, había unas cuantas arrugas de preocupación en torno a su boca, y unas bolsas descoloridas debajo de sus ojos por falta de sueño, pero por otra parte, su rostro era el mismo que el del viejo Billy Halleck. La lámpara ornamental en el otro extremo del patio de los Rossington (un facsímil en hierro forjado de un farol callejero del Nueva York del año 1880, colección Horchow, seiscientos ochenta y siete dólares más gastos de correo), lanzaba sólo un pequeño

chorro de luz hasta aquí, y él llevaba campera. Seguramente no podría ver cuánto peso había perdido... ¿O sí...?

-¿Leda? Soy Bill. Bill Halleck.

-Claro que sí. Hola, Billy.

Su mano pendía aún debajo de su barbilla, con el puño semi-cerrado, tocándose la piel de la parte superior de la garganta, en un ademán de perplejidad y valoración. Aunque sus rasgos fuesen increíblemente lisos para sus cincuenta y nueve años, los estiramientos del rostro no habían sido capaces de hacer gran cosa por su cuello; la carne aparecía flácida.

Tal vez esté bebida. O...

Se acordó de Houston, con aquella acumulación de nieve boliviana en la nariz.

¿Drogas? ¿Leda Rossington? Resulta difícil de creer en alguien que tenía todos los triunfos en la mano y hacía las cosas tan bien.

Y tras esto:

Está asustada. Desesperada. ¿Qué es? ¿Y tiene alguna relación con lo que me está sucediendo a mi?

Era una locura, naturalmente..., pero, sin embargo, sintió una frenética necesidad de saber por qué los labios de Leda Rossington estaban tan fuertemente apretados, por qué, incluso con aquella luz escasa, y a pesar de los mejores cosméticos que podía comprar el dinero, la carne bajo sus ojos parecía tan descolorida y en forma de bolsas, como la suya propia. Por qué la mano que toqueteaba el escote de su vestido Dior temblaba levemente.

Billy y Leda Rossington se observaron mutuamente en profundo silencio durante quizá quince segundos..., y luego hablaron exactamente al unísono.

-Leda, ¿está Cary...?

-Cary no está, Billy. Está...

Se calló. El hizo un ademán para que la mujer continuara.

-Le han llamado desde Minnesota. Su hermana está muy enferma...

-Muy interesante -replicó Halleck-, dado que Cary no tiene hermanas...

La mujer sonrió. Era un intento de su bien educada y dolorosa clase de sonrisa dedicada a quienes, de forma no intencionada, habían sido bruscos. Pero no funcionó; fue, meramente, una abertura de los labios, más mueca que sonrisa.

-¿He dicho hermana? Todo esto ha sido muy penoso para mí..., para *nosotros*. Su hermano quiero decir. Su...

-Leda, Cary es hijo único -replicó amablemente Halleck-. Una tarde nos pasamos con la bebida, en Hastur Lounge. Debió de ser..., oh, hace cuatro años... El Hastur se incendió no mucho después. Ahora está King in Yellow, esa tienda tan importante. Mi hija compra siempre allí los jeans.

No sabía por qué continuaba; de alguna forma supuso que debía tranquilizarla, si le era posible. Pero ahora, con la iluminación de la entrada y a la luz tenue de la lámpara de hierro forjado del patio, vio la brillante huella de una sola lágrima que le caía del ojo derecho casi hasta la comisura de la boca. Y el arco debajo de su ojo izquierdo relumbró. Mientras lo observaba, y sus palabras se confundían unas con otras y llegaban hasta una penosa detención, ella parpadeó dos veces, rápidamente, y las lágrimas se desbordaron. Una segunda y brillante senda apareció en su mejilla izquierda.

-Dejémoslo -dijo-. Limitémonos a dejarlo correr, Billy, ¿de acuerdo? No hagas preguntas. Tampoco quiero responderlas.

Halleck la miró y vio cierta implacabilidad en sus ojos, exactamente debajo de las fluyentes lágrimas. No tenía la menor intención de decirle dónde estaba Cary. Y en un impulso que no comprendió, ni entonces ni después, con absoluta impremeditación o sin la menor idea de ganancia, se bajó la cremallera de la campera y la abrió por completo, como destellando hacia ella. Escuchó cómo jadeaba sorprendida.

-Mírame, Leda -le dijo-. He perdido treinta y dos kilos. ¿Me has oído? *¡Treinta y dos kilos!*

- ¡Eso no tiene nada que ver conmigo! -gritó en voz baja y dura.

Su tez había adquirido un color enfermizo; manchas de colorete aparecieron en su rostro como las manchas de color en las mejillas de un payaso. Sus ojos parecían toscos. Los labios se habían retirado hacia sus perfectamente enfundados dientes en una mueca aterrada.

-No, pero necesito hablar con Cary -insistió Halleck.

Subió el primer escalón del porche, manteniendo aún abierta la campera.

Y lo haré -pensó-. *No estaba seguro antes, pero lo estoy ahora.*

-Por favor, dime dónde está, Leda. ¿Está aquí?

La réplica de ella fue una pregunta y, durante un instante, Billy se quedó sin respiración. Se agarró a la barandilla del porche con una mano entumecida.

-¿Tiene algo que ver con los gitanos, Billy?

Al fin fue capaz de impulsar de nuevo aire a sus trabados pulmones. Se produjo un suave grito:

-¿Dónde está, Leda?

-Responde primero a mi pregunta. ¿Se trata de los gitanos?

Ahora que al fin había surgido -una oportunidad de decirlo en voz alta- se encontró con que tenía que esforzarse para hacerlo. Tragó saliva, con fuerza, y asintió.

-Sí, creo que sí. Una maldición. Algo parecido a una maldición.

Hizo una pausa.

-No, no *algo parecido*. Eso es una estúpida equivocación. Creo que los gitanos me echaron una maldición.

Aguardó a que ella emitiera una chillona risa burlona -había escuchado aquella reacción muy a menudo en sus sueños y en sus conjeturas-, pero los hombros de ella se derrumbaron simplemente y bajó la cabeza. Era una representación tan completa del desaliento y de la tristeza que, a pesar del auténtico horror que sentía, a Halleck le acometió una intensa y casi penosa empatía hacia ella, hacia su confusión y su terror. Subió el segundo y tercer escalones del porche, le tocó amablemente un brazo..., y le conmovió el brillante odio que apareció en su rostro cuando alzó la cabeza. Retrocedió de repente, parpadeando..., y tuvo que agarrarse a la barandilla del porche para no rodar por los escalones y aterrizar sobre el trasero. La expresión de ella era un perfecto reflejo de la forma en que, momentáneamente, Halleck había sentido respecto a Heidi. Que semejante expresión fuese dirigida contra él, le pareció a un tiempo inexplicable y pavoroso.

- ¡Es culpa tuya! -le dijo-. ¡Culpa tuya! ¿Por qué tuviste que atropellar aquella estúpida puta de gitana con tu coche? *¡Todo es culpa tuya!*

Se quedó mirándola, incapaz de hablar.

¿Puta? -pensó confusamente-. *Había oído a Leda Rossington decir "puta"? ¿Quién hubiera creído que conocía siguiera semejante palabra?*

Su segundo pensamiento fue:

Estás equivocada por completo, Leda, fue Heidi, no yo..., y está estupenda. Rebosante de salud. En plena forma. Funcionando con todos los cilindros. Pateando los demonios. Tomando...

Luego el rostro de Leda cambió; miró a Halleck con una calmada e inexpresiva educación.

-Entra -le dijo.

Le trajo el Martini que había pedido, en un vaso enorme, con dos aceitunas y dos cebollitas pequeñas pinchadas en la varilla de cóctel, que era una pequeña espada enchapada en oro. O tal vez fuese de oro macizo. El Martini era muy fuerte, lo que a Halleck no le importó lo más mínimo..., aunque sabía, por lo que había bebido durante las tres últimas semanas, que le tiraría de espaldas si no se lo tomaba con calma; su capacidad de aguante se había encogido junto con su peso.

De todos modos, para empezar se tomó un buen trago, y cerró agradecido los ojos mientras la bebida alcohólica explotaba cálidamente en su estómago.

Gin, una maravillosa bebida de gin con muchas calorías -pensó.

-Está en Minnesota -manifestó gravemente, sentada con su propio Martini. Si era posible, aun mayor que el que le había servido a Billy-. Pero no visitando parientes. Está en la Clínica Mayo.

-La Clínica Mayo...

-Está convencido de que tiene cáncer -prosiguió-. Mike Houston no ha podido encontrar nada que esté mal, ni tampoco los dermatólogos que ha visitado en la ciudad, pero sigue, no obstante, convencido de que se trata de cáncer. ¿Te imaginas que, al principio, creyó que era herpes? Pensó que yo había atrapado el herpes de alguien...

Billy bajó incómodo la mirada, pero no tenía necesidad de haberlo hecho. Leda miraba por encima de su hombro derecho, como si recitara su relato a la pared. Tomó frecuentes sorbitos de su copa, y el nivel de la misma fue bajando lenta pero firmemente.

-Me reí de él cuando, al fin, lo desembuchó. Me eché a reír y le dije: "Cary, si crees que eso es herpes, sabes menos acerca de enfermedades venéreas que yo acerca de la termodinámica." No debí haberme reído, pero era una forma de... aliviar la presión, ya sabes... La presión y la ansiedad. ¿Ansiedad? El *terror*... Mike Houston le recetó pomadas que no sirvieron para nada, y los dermatólogos le dieron otras pomadas que tampoco surtieron efecto, y también le pusieron inyecciones del todo inútiles. Yo fui la que recordé al viejo gitano, el que tenía la nariz medio comida, y la forma en que salió de entre la multitud en el mercado de pulgas el fin de semana después de tu audiencia, Billy. Salió de la muchedumbre y lo tocó..., tocó a Cary. Le puso la mano en el rostro y dijo algo. Se lo pregunté a Cary entonces, y se lo pregunté después, después de que comenzase a extenderse, y no quiso decírmelo. Simplemente, se limitó a mover la cabeza.

Halleck tomó un segundo trago de su copa, en el instante en que Leda dejaba la suya, vacía, en la mesa que tenía a su lado.

-Cáncer de la piel -prosiguió-. Está convencido de que se trata de eso, porque el cáncer en la piel puede curarse en el noventa por ciento de los casos. Sé la forma en que trabaja su mente: sería divertido que no lo hiciera, ¿verdad?, después de haber vivido con él durante veinticinco años, observándole sentarse en el estrado, haciendo transacciones con bienes raíces y beber, realizar transacciones de bienes raíces y perseguir a las

mujeres de otros hombres y hacer transacciones con bienes raíces y... Oh, mierda, me siento aquí y me pregunto qué diría en su funeral si alguien me diese una dosis de pentotal una hora antes de la ceremonia. Supongo que diría algo parecido a: "Compró un montón de terrenos en Connecticut que ahora son centros comerciales y soltó un montón de corpiños y bebió un montón de Wild Turkey y me ha dejado como una viuda rica y he vivido con él durante los mejores años de mi vida y he tenido más jodidos abrigos de visón que orgasmos, por lo que salgamos de aquí y vayamos a un albergue de carretera de cualquier parte, y bailemos, y al cabo de un rato tal vez alguien estará lo suficientemente borracho para olvidar que he tenido mi jodido mentón detrás de mis jodidas orejas y que me rompan mis jodidos corpiños." Oh, mierda. ¿Por qué te cuento todo esto? Las únicas cosas que comprenden los hombres como tú es darse prisa, meterse en acuerdos de pleitos y en cómo apostar a las quinielas.

Ahora lloraba otra vez, Billy Halleck, que comprendía ya que la bebida que se acababa de terminar no era ni de lejos la primera de la velada, se removió incómodo en su sillón y tomó un buen sorbo de su copa. Golpeó en su estómago con una calidez poco de fiar.

-Está convencido de que es cáncer de piel porque no puede permitirse creer en algo tan ridículamente del viejo mundo, tan supersticioso, tan de novela barata, como las maldiciones gitanas. Pero he visto algo en lo hondo de sus ojos, Billy. He visto un montón de cosas en el último mes, más o menos. Especialmente por la noche. Con un poco más de claridad cada noche. Creo que es una de las razones de que se haya ido, ya sabes. Porque me ve mirarle... ¿Te lleno la copa?

Billy meneó atentadamente la cabeza y observó cómo se acercaba al bar y se servía un nuevo Martini. Los hacía extraordinariamente sencillos por lo que vio; simplemente, llenaba un vaso con gin y tiraba un par de aceitunas. Hicieron dos caminos de burbujas al hundirse hasta el fondo. Incluso desde donde se hallaba sentado, al otro extremo de la habitación, olió el gin.

¿Qué pasaba con Cary Rossington? ¿Qué le había sucedido? Una parte de Billy Halleck, de una forma muy bien definida, no quería saberlo. No estaba perdiendo peso, eso parecía estar claro, aparentemente, Houston no había hecho la menor conexión entre lo que le estaba sucediendo a Billy y lo que le sucedía a Rossington. ¿Y por qué debía hacerlo? Houston no sabía nada de los gitanos.

Leda regresó y se sentó otra vez.

-Si llama y dice que vuelve -le comentó con calma a Billy-, me iré a nuestra casa de Captiva. Hará un calor terrible en esta época del año pero, si tengo suficiente gin, no notaré la temperatura. No creo que pueda quedarme sola con él nunca más. Aún le amo, sí, a mi manera, le amo. Pero no creo poder resistirlo. Pensar que está en la cama de al lado..., pensar que podría..., que podría tocarme...

Se estremeció. Se le cayó parte de la bebida. Se bebió el resto de un trago y luego hizo un ruido sonoro, como el de un caballo sediento que acaba de hartarse de beber.

-Leda, ¿qué está mal en él? ¿Qué ha sucedido?

-¿Sucedido? ¿Sucedido? Vaya, querido Billy, pensé que te lo había dicho o que sabías algo...

Billy sacudió la cabeza. Estaba empezando a creer que no sabía nada.

-Está criando escamas. A Cary le están saliendo escamas.

Billy la miró atónito.

Leda le brindó una sonrisa seca, distraída y horrorizada y movió un poco la cabeza.

-No, eso no es del todo cierto. Su piel se está convirtiendo en escamas. Se ha convertido en un caso de evolución invertida, en un monstruo de circo. Se está convirtiendo en un pez o en un reptil.

De repente se echó a reír, un alarido, o graznido, que logró que a Halleck se le helara la sangre.

Se acerca al borde de la locura -pensó.

La revelación le dejó aún más frío.

Creo que, probablemente, irá a Captiva ocurra lo que ocurriere. Tiene que salir de Fairview si desea salvar su cordura. Si.

Leda se llevó ambas manos a la boca y luego se excusó como si hubiera eructado -o tal vez vomitado- en vez de reído. Incapaz de hablar hasta entonces, Billy sólo asintió y se levantó para, a pesar de todo, servirse otra bebida.

La mujer pareció encontrar más fácil el hablar entonces ya que él no la miraba, ya que se encontraba en el bar y con la espalda vuelta, y Billy se entretuvo a propósito más de la cuenta.

Capítulo XI

Las escamas de justicia

Cary se puso furioso -totalmente furioso- de que le hubiese tocado el viejo gitano. Había acudido a ver al jefe de Policía de Raintree, y al día siguiente a Alien Chalker. Éste era un compañero de póquer y se mostró simpático.

Los gitanos habían ido a Raintree directamente desde Fairview, le contó a Cary. Chalker le dijo que estaba esperando que se fuesen por su propia voluntad. Ya llevaban cinco días en Raintree y, por lo general, tres días solía ser lo justo: el tiempo suficiente para que todos los adolescentes interesados de la ciudad recibiesen su buenaventura, y para que unos cuantos hombres desesperadamente impotentes y un número parecido de mujeres desesperadas menopáusicas se arrastrasen hasta el campamento al favor de la noche y comprasen pociones y panaceas y extrañas pomadas aceitosas. Al cabo de tres días, el interés de la ciudad por los forasteros siempre se desvanecía. Finalmente, Chalker había decidido que aguardaban el mercado de oportunidades del domingo. Se trataba de un acontecimiento anual en Raintree, y atraía mucha gente de todas las ciudades de alrededor. Más que hacer un problema de su continuada presencia -los gitanos, le dijo a Cary, pueden ser tan desagradables como las avispas terrestres si se les atosiga con demasiada fuerza-, decidió dejarles trabajarse a las muchedumbres que visitarían ese mercado. Pero, si no se marchaban el lunes por la mañana, les obligaría a hacerlo.

No hubo necesidad. Al llegar el lunes por la mañana, el campo de la granja donde los gitanos habían acampado se encontraba del todo vacío, excepto los surcos dejados por las ruedas, las latas de cerveza vacías y gaseosa (al parecer, los gitanos no tenían el menor interés por las leyes de botellas con derecho a devolución), los ennegrecidos restos de varias fogatas para hacer la comida y tres o cuatro mantas tan piojosas, que el ayudante que Chalker envió para investigar, sólo se atrevió a tocarlas con un palo, y un palo muy largo... En algún momento entre la puesta y la salida del sol, los gitanos habían abandonado el campo, dejado Raintree, salido del condado de Patchin..., habían..., según le dijo Chalker a su viejo compinche de póquer Cary Rossington, dejado el planeta por lo que él sabía o le preocupaba. ¡Y con viento fresco!

La tarde del domingo el viejo gitano tocó la cara de Cary; el domingo por la noche se fueron; el lunes por la mañana, Cary había ido a ver a Chalker para presentar una queja (Leda Rossington no sabía qué base legal había tenido la denuncia); el martes por la mañana habían comenzado los problemas. Tras ducharse, Cary se fue al piso de abajo, al rincón de los desayunos, llevando puesto sólo su bata de baño y dijo: -Mira esto...

"Esto" demostró ser una porción de piel enrojecida un poco por encima de su plexo solar. La piel era algo más brillante que la carne circundante, que poseía un atractivo tono café con leche (golf, tenis, natación y una lámpara de rayos ultravioleta en invierno, que mantenía invariable ese bronceado). A ella le pareció que aquella zona estaba amarillenta, de la forma que se le ponían los callos en los talones con tiempo muy seco. Lo había tocado (en este momento su voz se le alteró) y luego retiró con presteza

el dedo. La textura era áspera, casi pétrea, y sorprendentemente dura. *Blindada*, tal había sido la palabra que le surgió sin quererlo en la mente.

- ¿Crees que ese maldito gitano me pegó algo? -le preguntó Cary preocupado-. ¿Tiña o impétigo o alguna asquerosa cosa de ese tipo?

-Te tocó la cara, no el pecho, cariño -había replicado Leda-. Y ahora, vístete lo más de prisa posible. Tenemos *brioche*. Ponte el traje gris oscuro con la corbata roja y vístete de martes para mí, ¿quieres? Sé un encanto...

Dos noches después la llamó al cuarto de baño, con su voz parecida a un chillido, por lo que tuvo que presentarse allí a la carrera.

T*odas nuestras peores revelaciones tienen lugar en el cuarto de baño* - pensó Billy.

Cary estaba de pie, sin camisa, con su máquina eléctrica zumbando olvidada en una mano y sus abiertos ojos mirando en el espejo.

La faja de piel endurecida y amarillenta se había extendido; se había convertido en una rojez, con una forma vagamente arboriforme que se extendía hacia arriba, hacia la zona entre sus tetillas y hacia abajo, ampliándose hacia el fondo de su vientre. Esta carne cambiada se alzaba por encima de !a carne normal de su vientre y estómago en unos milímetros, y Leda observó que corrían por ella profundas resquebrajaduras; varias de ellas parecían lo suficientemente hondas como para introducir el borde de una moneda de diez centavos. Por primera vez, comentó que estaba empezando a parecer..., bueno, algo escamoso. Y sintió que se le revolvía el estómago.

-¿Qué es esto? -casi le gritó-. Leda, ¿qué es esto?

-No lo sé -respondió ella, forzando su voz para que permaneciese calmada-, pero tienes que ir a ver a Michael Houston. Eso sí está claro. Mañana, Cary.

-No, mañana no -respondió, aún mirándose en el espejo, contemplando el alzado bulto en forma de punta de flecha de carne amarillenta y endurecida-. Mañana puede estar mejor. Pasado mañana, si no ha mejorado. Pero mañana no...

-Cary...

-Dame la crema Nivea, Leda.

Ella lo hizo así y se quedó allí un rato, pero la visión de su marido esparciendo la blanca crema sobre aquella dura carne amarillenta, escuchando cómo sus dedos raspaban al pasar por encima, todo eso fue más de lo que pudo resistir y salió a escape hacia su cuarto. Aquella fue la primera vez, le dijo a Halleck, que se había mostrado conscientemente contenta de tener camas gemelas, alegrándose conscientemente de que él no pudiese volverse en su sueño y... tocarla... Permaneció tendida y despierta durante horas, explicó, escuchando el suave *rasp-rasp* de sus dedos, moviéndose adelante y atrás por aquella carne extraña.

A la noche siguiente le dijo que estaba mejor; a la otra noche alegó que estaba mejor todavía. Supuso que debía haber visto la mentira en sus ojos..., y que se estaba mintiendo a sí mismo aún más que a ella. Incluso en aquella situación extrema, para su mujer Cary seguía siendo el mismo egoísta hijo de perra de siempre. Pero no todo fue cosa de Cary, añadió bruscamente, sin regresar del bar adonde había ido y donde ahora jugueteaba sin objeto con las copas. Ella había desarrollado su propio egoísmo altamente especializado con el transcurso de los años. Deseaba, necesitaba, aquella ilusión tanto como él.

A la tercera noche, entró en su dormitorio llevando sólo los pantalones del pijama. Sus ojos aparecían suaves y heridos, petrificados. Leda había estado leyendo otra vez, una novela de misterio de Dorothy Sayers -habían sido, serían siempre sus favoritas- y se le cayó de las manos al ver a su marido. Hubiera chillado, le contó a Billy, pero por lo visto había perdido por completo el aliento. Y Billy no tuvo tiempo para reflexionar que ninguna sensación humana era auténticamente única, aunque fuera probable creerlo así: Cary Rossington, aparentemente, había atravesado el mismo período de autoengaño seguido por el apabullante despertar de uno mismo por el que Billy había atravesado.

Leda había visto que la piel dura y amarilla (las *escamas*, ya no había forma de pensar en ellas de manera diferente) cubrían ahora, la mayor parte del pecho de Cary y todo su vientre. Era tan feo como un tejido quemado. Las rajas zigzagueaban y zigzagueaban por todas partes, profundas y negras, sombreando unos recovecos rosados y rojos, donde uno no deseaba mirar en absoluto. Y aunque al principio cabía pensar que aquellas grietas se hallaban al azar, como las resquebrajaduras en el cráter de una bomba, al cabo de unos momentos el ojo informaba de algo diferente. En cada borde, la carne amarilla se alzaba un poco más. Escamas. No escamas de pez, sino grandes y toscas escamas de reptil, como las de un lagarto, un caimán o una iguana.

El arco pardo de su tetilla izquierda todavía se veía; el resto había desaparecido, enterrado, bajo aquel caparazón amarillo-negro. La tetilla derecha había desaparecido por completo, y un reborde retorcido de aquella extraña carne alcanzaba y rodeaba su axila hacia la espalda, como la garra superficial de alguna impensable monstruosidad. El ombligo le había desaparecido. Y...

-Se bajó los pantalones del pijama -prosiguió ella.

Ahora se abría paso en su tercera copa, tomando dos de aquellos rápidos sorbos parecidos a los de un pájaro. Unas lágrimas nuevas habían comenzado a filtrarse de sus ojos, pero aquello fue todo.

-Fue entonces cuando recuperé el habla. Le grité que se detuviese, y así lo hizo, pero no antes de que viese que empezaban a mandar unas avanzadas hacia sus ingles. Aún no habían alcanzado su pene..., por lo menos, aún no..., pero donde habían adelantado, su vello pubiano había desaparecido y ahora sólo se veían aquellas escamas amarillas.

»Pensé que decías que iba mejor -le comenté.

»Honestamente pensé que era así -me respondió.

»Y al día siguiente concertó la cita con Houston.

Que probablemente le contó -pensó Halleck- *lo del chico universitario que no tenía cerebro y la vieja dama con su tercera dentición. Y le preguntaría si deseaba aspirar un poco de aquel antiguo revienta-cerebros.*

Una semana después, Rossington vio al mejor equipo de dermatólogos de Nueva York. Supieron inmediatamente qué andaba mal en él, le recetaron un régimen de rayos X "gamma duros". La carne escamosa continuó avanzando y extendiéndose. Rossington le contó que no le hacía daño; sólo un pequeño hormigueo en las fronteras entre su antigua piel y aquel horrible invasor, pero eso era todo. La nueva carne no tenía en absoluto sensación. Sonriendo con aquella espantosa y conmovida sonrisa que se estaba convirtiendo en su única expresión, le explicó que el día anterior había encendido un cigarrillo y lo había aplastado..., lentamente, contra su propio estómago. No se produjo en absoluto dolor.

Ella se llevó las manos a los oídos y le gritó que se callase.

Los dermatólogos le dijeron a Cary que se había producido una ligera discrepancia. "¿Qué quieren decir? -preguntó Cary-. Decían que *lo sabían*. Afirmaron estar seguros." "Bueno -respondieron-, esas cosas suceden, raramente, ja, ja, ja, muy raramente, pero ahora lo harían morder el polvo. Todas las pruebas -afirmaron- llevan a esta conclusión." Un régimen de hipervitaminas -unas vitaminas de alto potencial, para los no familiarizados con las conversaciones con médicos de elevados honorarios- y unas inyecciones glandulares fue lo que vino a continuación. Al mismo tiempo que se llevaba adelante este nuevo tratamiento, los primeros parches escamosos habían comenzado a aparecer en el cuello de Cary..., en la parte baja de su mentón y, finalmente, en su rostro. Fue entonces cuando los dermatólogos admitieron al fin que estaban sorprendidos. Sólo de momento, naturalmente. Ninguna cosa así resulta incurable. La medicina moderna..., los regímenes y dietas... y blablablablá...

Cary ya no quería escucharla si trataba de hablarle acerca del viejo gitano, le contó a Halleck; en una ocasión había alzado la mano como para pegarle..., y así había visto las primeras protuberancias y rojeces en la piel suave situada entre el pulgar y el índice de su mano derecha.

- ¡Cáncer *de piel*! -le gritó a su esposa-. ¡Esto es cáncer *de piel*, cáncer *de piel*, cáncer *de piel!* ¡Por el amor de Dios, quítate de encima esa vieja patraña!

Naturalmente, él era el que, por lo menos, tenía sentido común, y ella la que hablaba cosas absurdas del siglo XIV..., y sin embargo ella sabía que aquello era obra del viejo gitano, que se había adelantado de entre la multitud del mercado de oportunidades de Raintree y tocado el rostro de Cary. Lo sabía, y en los ojos de él, incluso aquella vez en que le alzó la mano, comprobó que *él también lo sabía.*

Había arreglado las cosas para disfrutar de un permiso con Glenn Petrie, que quedó emocionado al enterarse de que su viejo amigo, compañero jurista y compinche de golf, Cary Rossington, tenía cáncer de piel.

Luego siguieron dos semanas, le contó Leda a Halleck, en que apenas se atrevió a recordarlo o hablar de ello. De una forma alternativa, Cary había dormido como un muerto, a veces en el piso de arriba en su cuarto, otras tantas en el confortable sillón de su estudio, o con la cabeza entre las manos en la mesa de la cocina. Comenzó a beber mucho cada tarde a partir de las cuatro. Se sentaba en el salón, sosteniendo el cuello de una botella de whisky J. W. Dant con una mano áspera y escamosa, mirando en la tele programas como *Hogan's Héroes* y T*he Beverly Hillbillies*, luego las noticias locales y nacionales, luego concursos del tipo *The Joker's Wild* y *Family Feud*, a continuación tres horas de primera calidad, seguidas por más noticias, continuadas por películas hasta las dos o tres de la madrugada. Y todo ello mientras bebía whisky como si fuese Pepsi-Cola, directamente de la botella.

Algunas de aquellas noches se echaba a llorar. Ella se acercaba y le observaba sollozar mientras Warner Anderson, prisionero dentro de un televisor "Sony" de pantalla grande, gritaba "¡Vayamos a la videocinta!", con el entusiasmo de un hombre que invita a sus antiguas novias a ir con él en un crucero a Aruba. Pero otras noches -misericordiosamente sólo unas cuantas- deliraba como Ahab durante los últimos días del *Pequod*, de un lado para otro de la casa, con la botella de whisky sostenida en una mano que ya no era, realmente, una mano, gritando que se trataba de cáncer de

piel, ella le oía, que era un *jodido cáncer de piel* y que lo había pillado con una jodida lámpara de rayos ultravioleta, y que iba a ponerles un pleito a los asquerosos tipos que le habían hecho esto, *demandar ahora mismo a esos jodidos*, litigar con esos bastardos hasta que sólo tuviesen un par de calzoncillos manchados de mierda que ponerse. A veces, cuando estaba en aquel estado de humor, rompía cosas.

-Finalmente, me di cuenta de que tenía... esos arrebatos... las noches después de que viniese la señora Marley a efectuar la limpieza -comentó sombríamente-. Tenía que subir al desván cuando ella se encontraba aquí, compréndelo. Si lo hubiese visto, lo hubiera sabido toda la ciudad en un abrir y cerrar de ojos. Eran las noches en que acudía ella, y que mi marido debía permanecer en aquella oscuridad, cuando se sentía más como un proscrito, creo. Más parecido a un monstruo de circo.

-Y por ello acudió a la Clínica Mayo -comentó Billy.

-Sí -replicó y, al fin, miró hacia él. Su rostro aparecía perplejo, bebido y aterrado. -¿Qué será de él, Billy? ¿En qué se convertirá? Billy meneó la cabeza. No tenía la menor idea. Además, vio que no tenía más urgencia en considerar el asunto que la que había tenido para contemplar aquella famosa fotografía de noticiario, en la que aparecía el general sudvietnamita disparando a la cabeza del presunto colaborador del Vietcong. De una forma rara que no podía comprender en absoluto, era algo parecido a esto.

-Alquiló un avión para el vuelo a Minnesota, ¿no te lo he contado? No puede soportar que la gente le mire. ¿Ya te he dicho eso,

Billy?

Billy negó con la cabeza.

-¿Qué va a ser de él?

-No lo sé -replicó Halleck.

Y pensó.

A propósito... ¿qué va a ser de mí, Leda?

-Al final, antes de que conviniese en ir, sus dos manos se habían convertido en garras. Sus ojos eran dos..., dos brillantes pequeñas chispas de azul dentro de esos agujeros escamosos. Su nariz...

Se puso en pie y se tambaleó hacia él, golpeando la esquina de la mesa de café con la suficiente fuerza con su pierna como para moverla.

Ahora no lo siente -pensó Halleck-, *pero le saldrá un cardenal de lo más doloroso en la pantorrilla mañana, y si tiene suerte se preguntará dónde se lo hizo.*

La mujer le agarró la mano. Sus ojos eran unas charcas brillantes de un horror sin límites. Habló con espantosa y jadeante intimidad que puso la piel de gallina a Billy en el cuello. Su respiración apestaba a gin sin digerir.

-Ahora parece un caimán -dijo en lo que era casi un íntimo susurro-. Sí, eso es lo que parece, Billy. Como algo que hubiese salido de un pantano y puesto ropas humanas. Es como si se estuviese convirtiendo en un caimán, y me alegra que se haya ido. Me alegra. Creo que de no haberse marchado, me hubiera ido yo. Sí. Hubiera, simplemente, llenado una maleta y..., y...

Cada vez se acercaba más y más, y Billy se puso de repente en pie, incapaz de soportarlo más. Leda Rossington trastabilló y Halleck apenas pudo agarrarla por los hombros..., pues él también estaba al parecer demasiado borracho. De no haberla sostenido, era muy probable que se hubiese roto la cabeza con la misma mesa de café, con la parte superior de cristal y estructura de bronce (Trifles, quinientos ochenta y siete dólares, más gastos de envío) con la que se había golpeado la pierna..., sólo que, en

vez de despertarse con un cardenal, se hubiera despertado muerta. Al mirar a sus semienloquecidos ojos Billy se preguntó si no daría por bien venida la muerte. -Leda, tengo que marcharme.

-Claro... -respondió-. Sólo has venido para recibir información de primera mano, ¿no es verdad, Billy, querido?

-Lo siento -replicó-. Siento todo lo que ha sucedido. Por favor, créeme.

Y, de forma poco coherente, se escuchó a sí mismo añadir: -Cuando hables con Cary, dale los mejores recuerdos de mi parte.

-Ahora tiene dificultades para hablar -replicó ella-. Por lo que le está sucediendo en la boca, ya sabes. Están hinchándosele las encías y aplanándosele la lengua. Puedo hablar con él, pero todo lo que me dice, todo lo que me replica, sale entre gruñidos.

Billy retrocedía hacia el vestíbulo, alejándose de ella, deseando verse libre de sus suaves e implacables tonos cultos, necesitando liberarse de sus crudos y relucientes ojos.

-Realmente es así -prosiguió-. Quiero decir que se está convirtiendo en un caimán. Espero que dentro de poco tiempo tengan que meterle en un depósito, deberán conseguir que su piel permanezca húmeda.

Las lágrimas cayeron de sus crudos ojos y Billy observó que dejaba caer gin de su vaso alto de Martini en sus zapatos.

-Buenas noches, Leda -susurró.

-¿Por qué, Billy? ¿Por qué tuviste que atropellar a aquella vieja? ¿Por qué nos has infligido esto a Cary y a mí? ¿Por qué?

-Leda...

-Vuelve dentro de un par de semanas -prosiguió, aún avanzando mientras Billy tanteaba locamente detrás de él, en busca del pomo de la puerta delantera, manteniendo su educada sonrisa con una enorme fuerza de voluntad-. Regresa y déjame echarte una ojeada cuando hayas perdido otros veinte o veinticinco kilos. Me reiré..., me reiré..., me reiré...

Encontró el pomo. Lo giró. El aire frío golpeó su enrojecida y acalorada piel, como una bendición.

-Buenas noches, Leda. Lo siento...

-¡Ahórrate tus lamentaciones! -le gritó ella y le tiró su vaso de Martini.

Se estrelló contra el marco de la puerta a la derecha de Billy y se hizo añicos.

-¿Por qué tuviste que atropellarla, bastardo? ¿Por qué has tenido que traernos todo esto? ¿Por qué? ¿Por qué? ¿Por qué?

Halleck se dirigió hacia la esquina de Park Lane y Lantern Drive, y luego se derrumbó en un banco en el interior del refugio de la parada de autobús, temblando como con fiebre intermitente, con la garganta y el estómago agriados a causa de la indigestión ácida y la cabeza zumbándole de gin.

Pensó:

La atropellé y la maté y ahora estoy perdiendo peso y no puedo impedirlo. Cary Rossington llevó a cabo la audiencia, me dejó salir sin más que unos golpecitos en la muñeca, y Cary está en la Clínica Mayo. Está en la Clínica Mayo y, de creer a su esposa, parece un fugitivo de Caimanes por todas partes *de Maurice Sendak. ¿Quién más estaba en esto? ¿Quién más se vio implicado de tal forma que el viejo gitano se decidiese por la venganza?*

Pensó en los dos policías, en los que habían expulsado a los gitanos cuando aparecieron por la ciudad..., cuando habían dado por supuesto que

empezarían a hacer sus trucos de gitanos en los terrenos comunales. Uno de ellos sólo había sido un segundón, naturalmente... Sólo un patrullero siguiendo...

Siguiendo órdenes.

¿Ordenes de quién? Pues del jefe de Policía, naturalmente. Órdenes de Duncan Hopley.

Los gitanos habían sido expulsados porque no les habían permitido llevar a cabo sus actuaciones en el parque público. Pero, naturalmente, habrían comprendido que el mensaje era en cierto modo más amplio que sólo esto. Si se quería expulsar a los gitanos, había muchas ordenanzas para ello. Vagancia. Molestias públicas. Escupir en la acera. Lo que quieras...

Los gitanos habían llegado a un acuerdo con un granjero de la parte oeste de la ciudad, un viejo agriado llamado Arncaster. Siempre hay un granjero, siempre un agriado viejo granjero, y los gitanos siempre le encuentran.

Sus narices han sido entrenadas para oler a tipos como Arncaster - pensó Billy, sentado ahora en un banco y escuchando las primeras gotas de lluvia primaveral aplastarse contra el techo del refugio de la parada de autobús. Simple evolución, como es natural.

Todo esto necesita dos mil años de moverse de un lado para otro. Hablas con algunas personas; tal vez Madame Azonka hace gratis una o dos lecturas. Hueles el nombre del tipo de la ciudad que tiene tierras, pero debe dinero, el fulano que no tiene gran amor por la ciudad o por las ordenanzas municipales, el tipo que valla su huerto de manzanos durante la temporada de caza, por pura terquedad, porque prefiere que el ciervo se coma sus manzanas en vez de que los cazadores cacen al ciervo. Hueles el nombre y siempre lo encuentras, porque siempre, por lo menos, hay un Arncaster en las ciudades más ricas, y .a veces hasta dos o tres para elegir.

Aparcan sus coches y acampan en círculo, como sus antepasados habían arrastrado sus carros y carretas en un círculo doscientos, cuatrocientos, ochocientos años antes que ellos. Consiguen permiso para encender fuego, y por las noches hay conversaciones y risas e, indudablemente, una botella o dos que pasan de mano en mano.

Todo eso, pensó Halleck, podría haberlo aceptado para Hopley. Era la forma en que se hacían las cosas. Los que deseasen comprar cualquier cosa que los gitanos vendiesen, irían con sus coches por la West Fairview Road hasta el lugar de Arncaster; por lo menos se hallaba en un lugar apartado, y el sitio de Arncaster era una especie de monstruosidad para empezar..., las granjas que los gitanos encuentran siempre lo son. Y muy pronto se trasladarían a Raintree o a Westport, y desde allí se perderían de vista y del pensamiento.

Excepto que, después del accidente, después de que el viejo gitano se hubiese molestado en subir los escalones del Juzgado y tocar a Billy Halleck, "la forma en que se hacían las cosas" ya no era algo suficientemente bueno.

Hopley había dado dos días a los gitanos, recordó Halleck, y cuando no dieron señales de irse, les hizo marchar. En primer lugar, Jim Roberts revocó su permiso para hacer fuego. Aunque se habían producido fuertes aguaceros todos los días durante la semana anterior, Roberts les dijo que el peligro de incendio de repente había aumentado muchísimo. Que lo sentía. Y, a propósito, debían recordar que las mismas regulaciones que trataban de los fuegos de campamento y para cocinar, se referían también a las estufas de propano, a los fuegos con carbón y a los de brasero.

A continuación, naturalmente, Hopley se habría dedicado a visitar a cierto número de comerciantes locales en los que Lars Arncaster tenía abierta una cuenta de crédito, un crédito que, por lo general, se sobrepasaba siempre. Los mismos incluirían la ferretería, el almacén de alimentación y granos de la Raintree Road, la Cooperativa Agrícola de Fairview Village y el Sumoco de Normie.

Hopley también organizaba una visita a Zachary Marchant, del Connecticut Union Bank..., el Banco que amortizaba la hipoteca de Arncaster.

Todo formaba parte del trabajo. Tomar una taza de café con éste, algo de comer con aquél -tal vez algo tan simple como un par de salchichas y limonadas compradas en el Dog Wagon de Dave-, una botella de cerveza con el de más allá. Y a la puesta de sol del día siguiente, todos aquellos con una reclamación pendiente con Lars Arncaster le harían una llamada, mencionándole lo realmente bueno que sería que aquellos malditos gitanos saliesen de la ciudad..., lo realmente *agradecidos* que se sentirían todos...

El resultado fue exactamente lo que Duncan Hopley previo que ocurriría. Arncaster iría a ver a los gitanos, haría las cuentas de la suma convenida por el alquiler y tendría los oídos sordos a cualquier protesta (Halleck pensaba específicamente en el joven de los bolos, que, aparentemente, aún no había abarcado la inmutabilidad de su puesto en la vida). No se trataba de que los gitanos hubieran firmado un arrendamiento que pudiese presentarse ante los tribunales.

Sobrio, Arncaster les habría dicho que eran afortunados de que fuese un hombre honrado y que les devolviese una parte de lo que habían pagado. Borracho, dado que Arncaster era sobre todo noctámbulo, hubiera sido un poco más comunicativo. Que había fuerzas en la ciudad que deseaban que los gitanos sé fuesen, podría decirles. Que se había presentado una gran presión, una presión que un granjero pobre con tierras como Lars Arncaster, simplemente, no podía resistir. Particularmente cuando las llamadas "buenas personas" de la ciudad le tenían puesta la pistola al cuello.

Ninguno de los gitanos (con la posible excepción del Malabarista, pensó Billy) necesitaría que le indicasen la cosa con demasiados pelos y señales.

Billy se levantó y anduvo despacio hacia casa en medio de una lluvia fría y con rachas. Había un poco de luz en el dormitorio; Heidi le esperaba.

No había ninguna necesidad de venganza para el conductor del coche patrulla. Ni para Arncaster; éste había visto una posibilidad de ganar quinientos dólares en efectivo, y les había hecho marchar porque debía obrar así.

¿Duncan Hopley?

Hopley, tal vez. Un hombre violento tal vez, se corrigió . En cierto modo, Hopley no era más que otra especie de perro entrenado, cuyas directrices más apremiantes se dirigían a preservar el bien engrasado *statu quo* de Fairview. Pero Billy dudaba de que el anciano gitano hubiera estado dispuesto a adoptar semejante punto de vista sociológico y sin efusividad de sangre, y no precisamente por que Hopley les hubiese expulsado de modo tan eficiente después de la audiencia. El echarles era una cosa. Estaban acostumbrados a ello. Pero el fracaso de Hopley en investigar el accidente que había costado la vida a la anciana...

Y había además otras cosas, ¿verdad?

¿Fracaso en investigar? Diablos, Billy, no me hagas reír. El fracaso en investigar es un pecado de omisión. Lo que Hopley hizo fue echar tanta tierra

como pudo sobre cualquier posible culpabilidad. Para empezar, la llamativa carencia de una prueba de análisis del aliento. Era quebrantamiento de los principios generales. Lo sabes, y Cary Rossington lo sabía también.

Él viento arreciaba y la lluvia era ahora más fuerte. Podía ver cómo formaba cráteres en los charcos de la calle. El agua tenía una rara apariencia pulimentada bajo los faroles callejeros de alta seguridad de color ámbar que se alineaban por Lantern Drive. Por encima de la cabeza, las ramas gemían y crujían al viento y Billy Halleck alzó incómodo la mirada.

Debo ver a Duncan Hopley.

Algo brilló, algo que debió ser la chispa de una idea. Luego pensó en el drogado y aterrado rostro de Leda Rossington..., pensó en Leda diciendo Ahora le es difícil hablar..., por lo que le está ocurriendo en el interior de la boca, ya sabes..., todo cuanto dice lo emite como gruñidos.

Pero no esa noche. Ya tenía suficiente por esa noche.

-¿Dónde has ido, Billy?

Estaba en la cama, tumbada en el círculo de luz proyectado por la lamparilla para leer. Dejó el libro a un lado en la colcha, y le miraba, y Billy vio los huecos de un color castaño oscuro debajo de los ojos. Aquellos huecos castaños no le producían piedad exactamente..., por lo menos no esta noche. Había cosas peores en el mundo que, al parecer, unos ojos un poco hundidos. Por un momento, pensó decir:

He ido a ver a Cary Rossington, pero, puesto que no estaba, he terminado tomándome unas copas con su mujer, un tipo de copas que el Gigante Verde debe beber cuando se encuentra entre bocinazos. Y nunca imaginarías lo que me ha contado. Heidi, querida. Cary Rossington, que te agarró una vez las tetas al tocar las campanadas de medianoche en la Nochevieja en Nueva York, se está convirtiendo en un caimán. Cuando finalmente muera, le convertirán en un producto de nuevo cuño: He aquí billeteras del juez.

-A ninguna parte -replicó-. Sólo he salido. A pasear. A pensar.

-Hueles como si te hubieras caído en unos arbustos de enebro en el camino de regreso a casa.

-Supongo que sí, por así decirlo. Aunque en realidad me he caído en la taberna de Andy.

-¿Cuántas has tomado?

-Un par.

-Pues huele como cinco...

-Heidi, ¿me estás interrogando?

-No, cariño. Pero querría que no te preocuparas tanto. Esos médicos, probablemente, averiguarán qué anda mal cuando te practiquen las series metabólicas.

Halleck gruñó.

Ella volvió hacia él su rostro ansioso y asustado.

-Sólo ruego a Dios que no sea cáncer.

Él pensó -y casi dijo- que sería bueno para ella haber salido; sería estupendo el ser capaz de ver las gradaciones del horror. No lo dijo, pero algo de lo que sentía debió mostrarse en su rostro, a causa de que la expresión de cansada tristeza de su mujer se intensificó.

-Lo siento -continuó ella-. Sólo... Al parecer, resulta difícil decir algo que no sea una cosa equivocada.

Ya lo sabes, muñeca -pensó.

Y el otro odio destelló de nuevo, pálido y agrio. Debido a la bebida, se sentía deprimido y al mismo tiempo físicamente enfermo. Retrocedió, dejando vergüenza en su estela. La piel de Cary estaba cambiando en Dios sabía qué, algo adecuado para verse sólo en la tienda de atracciones secundaria, de un circo. Duncan Hopley podía no estar bien, o algo peor podía estar aguardando aquí a Billy. Diablos, perder peso no era tan malo, ¿verdad?

Se desvistió con cuidado de apagar primero la lámpara de leer, y tomó a Heidi en sus brazos. Al principio, se mostró rígida contra él. Luego, cuando estaba comenzando a creer que las cosas no funcionarían, se suavizó. Escuchó el sollozo que su mujer trataba de tragarse y pensó, infelizmente, que si todos los libros de cuentos tenían razón, que existía nobleza que encontrar en la adversidad y carácter que forjar en la tribulación, en ese caso estaba haciendo un pobre trabajo tanto encontrando como forjando.

-Heidi, lo siento -le dijo.

-Si por lo menos pudiese hacer algo -sollozó-. Si por lo menos pudiese hacer algo, ya sabes...

-Claro que puedes -le dijo, y le tocó los pechos.

Hicieron el amor. Él comenzó a pensar:

Éste es por ella.

Y descubrió que, a fin de cuentas, había sido por él mismo; en vez de ver la acosada y conmovida cara de Leda Rossington, sus brillantes ojos en la oscuridad, él, por el contrario, fue capaz de dormir.

Al día siguiente la balanza registró ochenta.

Capítulo XII

Duncan y Hopley

Consiguió un permiso en la oficina para llevar a cabo las series de metabolismo: Kirk Penschley se mostró indecentemente deseoso de acomodarse a su petición, haciendo que Halleck se enfrentase con lo que hasta entonces no se había enfrentado: deseaban desembarazarse de él. Con dos de sus tres antiguas papadas desaparecidas, sus pómulos visibles por vez primera desde hacía muchos años, los otros huesos de su rostro se mostraban con tanta claridad que se había convertido en el coco de la oficina. -Diablos..., si!

Eso fue lo que respondió Penschley antes de que la petición de Billy llegase a salir por completo de su boca. Penschley habló con voz alentadora, la voz que la gente emplea cuando todos saben que algo está mal seriamente y no desea admitirlo. Bajó los ojos, mirando al sitio donde solfa estar la barriga de Halleck.

-Tómate todo el tiempo que necesites, Bill...

-Tres días serán bastante -replicó.

Luego llamó a Penschley desde el teléfono público de la cafetería Barker y le dijo que tenía que tomarse más de tres días. Más de tres días, sí..., pero tal vez no sólo para las series metabólicas. La idea le pareció de primera. Sin embargo, no era una esperanza, no era nada tan grande como eso, pero era algo.

- ¿Cuánto tiempo? -le preguntó Penschley.

-Aún no lo sé seguro -replicó Halleck-. Tal vez dos semanas. Posiblemente un mes.

Se produjo un silencio momentáneo en el otro extremo del hilo, y Halleck se percató de que Penschley estaba leyendo entre líneas.

Lo que realmente quiero decir, Kirk, es que nunca regresaré. Finalmente, me han diagnosticado cáncer. Ahora llega lo del cobalto, las drogas para el dolor, el interferón, si podemos conseguirlo, el laetril si nos quitamos la peluca y decidimos irnos a México. La próxima vez que me veas, Kirk, estaré en una caja alargada, con una almohada de seda debajo de la cabeza.

Y Billy, que había estado temiendo no mucho más durante las últimas seis semanas, sintió la primera y pequeña agitación de ira.

Eso no es lo que estoy diciendo, maldita sea. Por lo menos, aún no...

-No hay problema, Bill. Deseamos que arregles lo de Hood con Ron Baker, pero creo que todo lo demás puede aguardar durante un buen rato. Me cuidaré de hacer frente al fuego.

Que te den por el culo. Empezarás a revolverlo todo con el personal esta misma tarde, y en lo que se refiere al litigio de Hood, ya has hablado con Ron Baker la semana pasada; me llamó el jueves por la tarde y me preguntó dónde había puesto Sally las jodidas deposiciones Con-Gas. Tu idea de esperar, Kirk, muchacho, de hacer frente al fuego, sólo tiene que ver con tus parrilladas de pollo del domingo por la tarde en tu casa de Vermont. Por lo tanto, basta ya de tanta mierda, farsante.

-Cuidare de que consiga el expediente -replicó Billy, y no resistió al añadir-: Creo que ya ha logrado las declaraciones Con-Gas.

Un pensativo silencio mientras, en el otro extremo, Kirk Penschley digería todo aquello.

-Bueno..., si hay algo que pueda hacer...

-Pues lo hay -repuso Billy-. Aunque pueda sonar un poco raro.

-¿De qué se trata?

Su voz era ahora cautelosa.

-¿Te acuerdas de mis problemas a principios de la primavera? ¿El accidente?

-Síií...

-La mujer que atropellé era gitana. ¿Lo sabías?

-Salió en el periódico -manifestó a desgano Penschley.

-Formaba parte de..., de... ¿Qué? Una banda, supongo que tú lo dirías así... Una banda de gitanos. Estaban acampados en las afueras de Fairview. Llegaron a un acuerdo con un granjero local que por supuesto necesitaba el dinero y aceptó.

-Espera, espera un segundo... -dijo Kirk Penschley, con voz algo irritada, del todo diferente a su antiguo tono de plañidera de pago.

Billy se permitió una sonrisa. Conocía este segundo tono, y le gustaba infinitamente más. Visualizaba a Penschley, de cuarenta y cinco años, calvo y apenas de metro sesenta de estatura, tomando un bloc de notas amarillo. Cuando le interesaba, Kirk era uno de los hombres más tenaces y brillantes que Halleck había conocido.

-Bien, sigue... ¿Quién era ese granjero local?

-Arncaster, Lars Arncaster. Después de que atropellé a la mujer...

-¿Cuál era su nombre?

Halleck cerró los ojos y lo rememoró. Era divertido... Con todo esto, y nunca había pensado en su nombre después del juicio.

-Lemke -dijo al fin-. Se llamaba Susanna Lemke.

-¿L-e-m-p-k-e?

-Sin p...

-Bien...

-Después del accidente, los gitanos se percataron de que se había estropeado su buen recibimiento en Fairview. Tengo razones para creer que se fueron a Raintree. Quiero saber si se les puede localizar desde allí. Me gustaría saber dónde están ahora. Pagaré de mi bolsillo los honorarios del investigador privado.

-Maldito si lo harás... -replicó Penschley jovialmente-. Bueno, si se fueron hacia el norte, hacia Nueva Inglaterra, probablemente les encontraremos. Pero si se dirigieron hacia el sur, a la ciudad, o a Jersey, lo dudo... Billy... ¿estás preocupado por una demanda civil?

-No -replicó-. Pero tengo que hablar con el marido de esa mujer. Si es eso lo que es.

-Oh... -exclamó Penschley, y de nuevo Halleck pudo leer los pensamientos de aquel hombre con tanta claridad como si los expusiese en voz alta.

Billy Halleck está arreglando sus asuntos, haciendo el balance en sus libros. Tal vez desea dar al viejo gitano un cheque, quizá sólo desee enfrentarse con él y disculparse y dar al hombre una oportunidad de que le ponga un ojo negro.

-Gracias, Kirk -dijo Halleck.

-Por nada -repuso Penschley-. Limítate a ponerte mejor.

-Estupendo -replicó Billy.

Y colgó. Su café se le había enfriado.

No se sorprendió al enterarse de que Rand Foxworth, el ayudante del jefe, era el que se encargaba ahora de las cosas en la comisaría de Policía de Fairview. Saludó a Halleck con bastante cordialidad, pero parecía molesto. A los ojos expertos de Halleck, parecía haber demasiados documentos en la bandeja de Entradas del despacho de Foxworth y no parecía haber demasiados en la bandeja de Salidas. El uniforme de Foxworth estaba impecable..., pero sus ojos estaban enrojecidos.

-Dunc ha pescado la gripe -explicó en respuesta a la pregunta de Billy.

Esta respuesta tenía el tono estereotipado de haberse dicho muchas veces.

-No ha estado aquí el último par de días.

-Oh... -dijo Billy-. La gripe...

-Eso es -repuso Foxworth, y sus ojos se enfrentaron a Billy para asegurarse de ello.

La recepcionista le dijo a Billy que el doctor Houston estaba con un paciente.

-Es urgente. Por favor, dígale que sólo necesito intercambiar unas palabras con él.

Hubiera sido más fácil en persona, pero Halleck no quería atravesar la ciudad en coche. Como resultado de ello, estaba sentado en una cabina telefónica (un acto que no hubiera sido capaz de hacer no hacía mucho tiempo) al otro lado de la calle de la comisaría de Policía. Al fin, Houston se puso al aparato.

Su voz fue fría, distante, más que un poco irritada... Halleck, que empezaba a ser un lince en leer entre líneas o en convertirse en un auténtico paranoico, escuchó un claro mensaje en aquel tono frío:

Ya no eres mi paciente, Billy. Huelo alguna degeneración irreversible en ti que me pone muy, pero muy nervioso. Dame algo que pueda diagnosticar y recetar al respecto, es lo único que pido. Si no me lo das, entonces no hay realmente base para nuestra relación. Hemos jugado muy agradablemente al golf, pero no creo que ninguno de nosotros pueda decir que hemos llegado a ser amigos. Me he comprado un busca-personas de Sony, un equipo para diagnósticos que vale doscientos mil dólares y una selección de medicamentos tan amplia que... Bueno, si mi computadora los imprimiese todos, la hoja se extendería desde la puerta de entrada del club de campo hasta el cruce de Park Lañe y Lantern Drive. Con todo esto a mi disposición, me siento listo. Me siento útil*. Entonces te presentas tú y me haces pasar por un médico del siglo XVII con una botella llena de sanguijuelas para la presión sanguínea alta y un cincel de trepanar para el dolor de cabeza. Y no me gusta sentirme de esta manera, gran Bill. Y la coca no puede hacer nada para ayudarme. Así que esfúmate. Ya me he lavado las manos contigo. Me presentaré para verte en tu ataúd..., a menos, naturalmente, que suene mi avisador y tenga que marcharme.*

-Medicina moderna -musitó Billy.

-¿Qué, Billy? Tendrás que darte prisa. No quiero despacharte, pero mi ayudante ha telefoneado que está enfermo y esta mañana parece que me va a estallar la cabeza.

-Sólo una simple pregunta, Mike -le dijo Billy-. ¿Qué le pasa a Duncan Hopley?

Se produjo un profundo silencio de casi diez segundos al otro extremo de la línea. Luego:

-¿Qué te hace pensar que sucede algo?

-No está en la comisaría. Rand Foxworth dice que tiene gripe, pero Rand Foxworth miente como un jodido viejo.

Se produjo otra pausa larga.

-Como abogado, Billy, no debería decirte que me estás pidiendo una información privada. Podría verme en un aprieto.

-Si alguien tropieza con lo que hay en la botellita que guardas en tu escritorio, también te verás en un aprieto. Estarás tan en la cuerda floja y tan alto, que le daría vértigo a un artista del trapecio.

Más silencio. Cuando Houston habló de nuevo, su voz aparecía envarada por la ira... y se percibió una corriente subterránea de miedo.

-¿Es una amenaza?

-No -dijo con viveza Billy-. Sólo que no tienes que ser remilgado conmigo, Mike. Dime qué anda mal en Hopley y aquí acabará la cosa.

-¿Qué quieres saber?

-Oh, mierda. Eres una prueba viviente de que un hombre puede ser tan opaco como desee, ¿lo sabías, Mike? -No tengo la menor idea de qué...

-Has visto tres enfermedades muy extrañas en Fairview durante el último mes. Y no has hecho la menor conexión entre ellas. En cierto modo, eso es bastante comprensible; las tres son muy diferentes en su sintomatología. Por otro lado, eran muy similares en el mismo hecho de su rareza. Me he preguntado si cualquier otro médico..., uno que no hubiese descubierto el placer de meterse cocaína por valor de cincuenta dólares en las narices cada día, por ejemplo, no hubiera establecido la conexión a pesar de la diversidad de los síntomas.

-¡Espera un condenado momento!

-No, no quiero. Me has preguntado por qué quería saberlo, y por Dios que te lo voy a decir. Estoy perdiendo peso de una forma continuada, sigo perdiendo peso aunque me meta entre pecho y espalda ocho mil calorías al día. Cary Rossington ha pillado una pintoresca enfermedad de la piel. Su mujer dice que se está convirtiendo en un monstruo de feria. Ha ido a la Clínica Mayo. Y ahora deseo saber qué anda mal con Duncan Hopley y, en segundo lugar, deseo saber si has tenido algunos otros casos inexplicables.

-Billy, eso no es tan sencillo. Pareces poseído por alguna loca idea de una clase u otra. No sé de qué se trata...

-No, y no voy a decírtelo. Pero quiero una respuesta. Si no la consigo de ti, la conseguiré de alguna otra forma.

-Espera un momento Si tengo que hablar de esto, deseo hacerlo en el estudio. Es un sitio mucho más privado.

-Está bien.

Se produjo un chasquido mientras Houston pasaba a otro sitio la comunicación de Billy. Permaneció sentado en la cabina, sudando, preguntándose si ésta sería la forma de Houston para dejarle colgado. Luego se oyó otro clic.

-¿Estás ahí, Billy?

-Sí.

-Bien -prosiguió Houston, con una nota de decepción en su voz, inconfundible y en cierto modo cómica-. Duncan Hopley ha pescado un caso de acné galopante.

Billy se puso en pie y abrió la puerta de la cabina telefónica. De repente, allí hacía demasiado calor.

-¡Acné! -Espinillas. Granos. Barros. Eso es todo. ¿Estás contento?

-¿Algo más?

-No. Y, Billy, yo no considero exactamente las espinillas como algo fuera de lo normal. Estás empezando a parecer como de una novela de Stephen King. Pero no es así. Dunc Hopley tiene un desequilibrio glandular temporal, esos es todo. Y no es algo tampoco que sea del todo nuevo en él. Tiene un historial de problemas cutáneos que se remonta a su séptimo año del colegio.

-Muy racional. Pero si añades en la ecuación a Cary Rossington con su piel de caimán y a William J. Halleck con su caso de anorexia nerviosa involuntaria, empieza a sonar de nuevo un poco como una novela de Stephen King, ¿no dirías lo mismo?

Pacientemente, Houston respondió:

-Tienes un problema metabólico, Bill. Cary... No lo sé. He visto algunas...

-Cosas extrañas, sí..., lo sé -replicó Billy.

¿Había sido este aspirador de cocaína su médico familiar desde hacía diez años? Dios mío, ¿era ésa la verdad?

-¿Has visto últimamente a Lars Arncaster?

-No -replicó impaciente Houston-. No es mi paciente. Pensé que habías dicho que sólo tenías una pregunta que hacer.

Naturalmente que no es paciente tuyo -pensó Billy frívolamente-. *no paga sus facturas a tiempo, ¿verdad? Y un tipo como tú, con gustos caros, realmente no puede permitirse el lujo de aguardar, ¿no es así?*

-Ésta es, realmente, la última -dijo Billy-. ¿Cuándo viste por última vez a Duncan Hopley?

-Hace dos semanas.

-Gracias.

-La próxima vez pide hora primero, Billy -le contestó Houston con voz hostil.

Y colgó.

Naturalmente, Hopley no vivía en Lantern Drive, pero el cargo de jefe de Policía estaba bien pagado y tenía una casa elegante como las de Nueva Inglaterra, en Ribbonmaker Lane.

Billy aparcó al anochecer en la entrada de coches, se acercó a la puerta y llamó al timbre. No hubo respuesta. Llamó de nuevo. Sin respuesta. Mantuvo el dedo apoyado en el timbre. Siguió sin haber respuesta. Se dirigió al garaje, se puso las manos alrededor de la cara y miró. El coche de Hopley, un conservador Volvo color cuero estaba allí. La matrícula rezaba FVW 1. No había segundo coche. Hopley era soltero. Billy regresó a la puerta y comenzó a aporrearla. Lo hizo durante casi tres minutos, y empezaba a cansársele el brazo cuando una voz ronca gritó:

-¡Váyase! ¡Maldita sea!

-¡Déjeme entrar! -le gritó a su vez Billy-. ¡Tengo que hablar con usted!

No hubo respuesta. Al cabo de un minuto, Billy comenzó a aporrear de nuevo la puerta. Tampoco se produjo una respuesta esta vez... pero, cuando cesó de repente de golpear, escuchó el susurro de un movimiento al otro lado de la puerta. De improviso, se representa Hopley de pie allí -agazapado allí-, aguardando a que el no bien venido e insistente visitante se marchase y le

dejase en paz. En paz, o lo que pasase por esto en el mundo de Duncan Hopley en aquellos días. Billy abrió su puño hormigueante.

-Hopley, sé que está ahí -le dijo en voz baja-. No tiene por qué decir nada; limítese a escucharme. Soy Billy Halleck. Hace dos meses me vi implicado en un accidente. Se trató de una gitana que cruzó la calle sin mirar.

Ahora se oían unos movimientos definidos detrás de la puerta. Como un arrastrar de pies.

-La atropellé y la maté. Y ahora estoy perdiendo peso. No estoy a dieta ni nada parecido. Simplemente, voy perdiendo peso. Hasta ahora he perdido treinta y cinco kilos. Si esto no se detiene pronto, pareceré el Esqueleto Humano en una barraca de feria. Cary Rossington... El juez Rossington presidió la audiencia preliminar y declaró que no había indicios racionales de culpabilidad para el procesamiento. Y él está afectado ahora por una rara enfermedad de la piel.

Billy pensó que oía un sordo jadeo de sorpresa.

"...y ha acudido a la Clínica Mayo. Los médicos le han dicho que no se trata de cáncer, pero no saben *qué* es. Rossington más bien cree que es cáncer, cuando sabe *realmente* de qué se trata.

Billy tragó saliva. Sintió un penoso chasquido en la garganta.

"Es una maldición gitana, Hopley. Sé que esto parece una locura, pero es la verdad. Había un viejo. Me tocó al salir del juicio. Tocó a Rossington cuando él y su mujer estaban en el mercado de Raintree. ¿Le tocó a usted, Hopley?

Se produjo un largo, largo silencio... y luego una palabra llegó a los oídos de Billy a través de la hendidura para el correo, como una carta llena de malas noticias del hogar.

-Sí...

-¿Cuándo? ¿Dónde?

No hubo respuesta.

-Hopley, ¿dónde se fueron los gitanos al salir de Raintree? ¿Lo sabe?

No hubo respuesta.

-¡Tengo que hablar con usted! -exclamó desesperado Billy-He tenido una idea, Hopley. Creo...

-No puede hacer nada -susurró Hopley-. Es algo que ha llegado muy lejos. ¿Comprende, Halleck? Demasiado... lejos...

De nuevo aquel suspiro..., como de crujir de papel, es pan toso...

-¡Es una *posibilidad!* -gritó furioso Halleck-. ¿Ha llegado todo tan lejos que eso no significa ya nada para usted?

No hubo respuesta. Billy aguardó, buscando dentro de él más palabras, otros argumentos. No pudo encontrar ninguno. Hopley, simplemente, no iba a permitirle entrar. Había comenzado a alejarse cuando la puerta se abrió un poco.

Billy miró al negro espacio entre la puerta y la jamba. Escuchó de nuevo aquellos movimientos susurrantes, que ahora se alejaban del vestíbulo oscurecido de la entrada. Sintió que se le ponía piel de gallina en la espalda, los costados y los brazos y, por un momento, estuvo a punto de irse de todos modos.

No te preocupes de Hopley -pensó-, sí alguien puede encontrar a esos gitanos es Kirk Penschley, por lo que no debes preocuparte por Hopley, no lo necesitas, no necesitas ver en qué se ha convertido.

Rechazando aquella voz, Billy agarró el pomo de la puerta principal del jefe de Policía, la abrió y entró.

Vio una forma borrosa en el extremo más alejado del vestíbulo. Se abrió una puerta a la izquierda y la forma entró allí. Brilló una luz tenue y, durante un momento, una sombra larga y lúgubre se extendió por el suelo del vestíbulo, inclinándose hacia la otra pared, donde se encontraba una fotografía enmarcada de Hopley, en la que se le veía recibiendo un premio del Rotary Club de Fairview. La sombra deformada de la cabeza se fijó en la fotografía como un presagio.

Billy atravesó el vestíbulo, ahora algo espectral... No solía bromear consigo mismo. Había esperado a medias que la puerta detrás de él se cerrase y echasen la llave...

...y luego el gitano saldría corriendo de las sombras y me agarraría por detrás, como la gran escena de miedo en una mala película de terror. Seguro. Vamos, tonto, pórtate como un hombrecito...

Pero no por ello disminuyeron los desbocados latidos de su corazón.

Se percató de que la casita de Hopley tenía un olor desagradable, persistente y maduro, como de carne pudriéndose poco a poco.

Se quedó durante un momento frente a la abierta puerta. Parecía una especie de estudio, pero la luz era tan débil que resultaba imposible estar seguro al respecto.

-Hopley...

-Entre -susurró la voz.

Billy lo hizo.

Era en efecto el estudio de Hopley. Había más libros de los que Billy habría esperado y una cálida alfombra turca en el suelo. La habitación era pequeña y, probablemente, de lo más agradable en circunstancias más apropiadas.

En el centro se veía un escritorio de madera clara. Había una lámpara en la mesa. Hopley había inclinado la pantalla, por lo que las sombras se extendían a partir de escasos centímetros del papel secante. Se producía un pequeño y salvajemente concentrado círculo de luz sobre el secante; el resto del cuarto era una gélida tierra de sombras.

El mismo Hopley era un bulto con apariencia humana en lo que debía de haber sido un sillón Eames.

Billy transpuso el umbral. En la esquina había una silla. Billy se sentó allí, consciente de que había elegido la silla de la habitación que estaba más alejada de Hopley. Sin embargo, se dio cuenta de que se esforzaba por ver a Hopley con claridad. Resultaba imposible. El hombre no era más que una silueta. Billy casi esperó que Hopley subiese la pantalla para que le cayese ante los ojos. Luego Hopley se inclinaría hacia delante, un policía salido de un película de la serie negra de los años 40 y gritaría:

¡Sabemos que lo hizo, McGonigal! ¡Deje de negarlo! ¡Confiese! Confiese y le daremos un cigarrillo... ¡Confiese y le daremos un vaso de agua helada! ¡Confiese y le dejaremos ir al cuarto de baño!

Pero Hopley siguió retrepado en su sillón. Se produjo un suave crujido al cruzarse de piernas.

-¿Y bien? Quería entrar. Pues ya ha entrado. Cuente lo que tenga que decir, Halleck, y váyase. En estos momentos no es usted mi persona favorita en el mundo.

-Tampoco soy la persona favorita de Leda Rossington -replicó Billy-, y, francamente, me importa un pito lo que ella piense o lo que piense usted. Ella cree que yo tengo la culpa. Y probablemente usted también.

-¿Cuánto había bebido cuando la atropello, Halleck? Siempre he pensado que si Tom Rangely le hubiese aplicado el analizador de aliento, ese pequeño globo hubiera salido volando hacia los cielos como esos globos de previsión del tiempo.

-Nada de bebidas ni de drogas -replicó Billy.

Su corazón le latía aún con fuerza, pero ahora lo impulsaba la ira más que el miedo. Cada latido le mandaba una descarga dolorosa a través de la cabeza.

-¿Quiere saber que sucedió? ¿Eh? Pues que mi mujer desde hace dieciséis años, eligió aquel día para hacerme una paja en el coche. Nunca antes había hecho *algo* así. Ni tengo la menor *idea* por qué eligió aquel día para hacerlo. Por lo que, mientras usted y Leda Rossington, y probablemente también Cary Rossington, han estado atareados metiéndose conmigo porque era yo el que iba al volante, yo estaba muy atareado con mi mujer porque tenía una mano dentro de mis pantalones. Y tal vez, simplemente, deberíamos achacar las cosas a los hados o al destino y dejar de preocuparnos acerca de culpabilidades.

Hopley gruñó.

-¿O quiere que le diga cómo rogué de rodillas a Tom Rangely para que no me hiciese una prueba de aliento o de sangre? ¿O de cómo lloré sobre su hombro para que suavizase la investigación y expulsase a esos gitanos de la ciudad?

Esta vez Hopley ni gruñó siquiera. Era sólo una silenciosa sombra derrengada en el sillón Eames.

-¿No es un poco tarde para todos esos juegos? -preguntó Billy.

Su voz era ahora ronca y se percató con cierto asombro que se encontraba al borde de las lágrimas.

-Mi mujer me la estaba meneando, es verdad. Atropellé a la vieja y la maté, es verdad. Se encontraba por lo menos a cincuenta metros dé distancia del paso de peatones más cercano y salió entre dos coches. Eso también es verdad. Usted suavizó la investigación y les expulsó de la ciudad tan pronto como Cary Rossington me echó una mano y me encubrió. Eso también es verdad. Y ninguna de esas cosas significa una mierda. Pero si quiere estar sentado aquí, en la oscuridad, dándole vueltas a la culpabilidad, amigo mío, no se olvide de servirse un buen plato para usted mismo.

-Un buen informe final, Halleck. Realmente grande. ¿Ha visto alguna vez a Spencer Tracy en aquella película acerca del juicio del Mono? Seguramente que sí.

-Váyase a la mierda-replicó Billy.

Y se puso de pie.

Hopley suspiró.

-Siéntese.

Billy Halleck permaneció inseguro de pie, percatándose de que una parte de él deseaba emplear su ira para sus propios y poco nobles propósitos. Aquella parte quería sacarlo de aquí con una furia bien montada, simplemente porque aquella sombra derrengada en la oscuridad, en el sillón Eames, le asustaba mortalmente.

-No sea un jodido santurrón -le dijo Hopley-. Siéntese, por Dios...

Billy se sentó, consciente de que tenía la boca seca y que había unos pequeños músculos en sus muslos que saltaban y bailoteaban de forma indomable.

-Pongámoslo de la forma en que lo quiere, Halleck. Yo me parezco más a usted de lo que cree. Tampoco me importa un cuerno hacer la autopsia de todo esto. Tiene usted razón. No lo pensé, sólo lo hice. No eran el primer grupo de indeseables que expulsaba de la ciudad, y he hecho otros pequeños trabajitos así cuando algún ciudadano importante se ha visto metido en un lío. Naturalmente, no hubiera hecho nada si el ciudadano en cuestión hubiera tenido el problema fuera de los límites de la ciudad de Fairview..., pero quedaría sorprendido de cuántos de nuestros ciudadanos importantes nunca acaban de aprender que no debe cagarse donde se come...

»O tal vez no debería sorprenderse.

Hopley emitió una risa jadeante y con resuello que hizo que a Billy se le pusiera la carne de gallina en los brazos.

-Todo forma parte de mi servicio. Si no hubiese sucedido nada, ninguno de nosotros, usted, yo, Rossington, ni siquiera recordaríamos ahora la existencia de aquellos gitanos.

Billy abrió la boca para negarlo acaloradamente, para decir a Hopley que siempre recordaría el enfermizo doble golpe durante el resto de su vida... Y luego recordó los cuatro días en Mohonk con Heidi, cuando reían juntos, comían como caballos, hacían excursiones a pie, hacían el amor cada noche y a veces por las tardes. ¿Cuándo había ocurrido esto después de que sucediera lo otro? ¿Dos semanas?

Cerró de nuevo la boca.

-Lo pasado, pasado. Supongo que la única razón para que le haya dejado entrar es que resulta bueno conocer a alguien que cree que esto ha sucedido, aunque parezca una locura. O tal vez, simplemente le he dejado entrar porque estoy solo. Y asustado, Halleck. Muy asustado. En extremo asustado. ¿También usted está asustado?

-Sí -respondió simplemente Billy.

-¿Sabe qué es lo que más me asusta? Puedo vivir así durante bastante tiempo. Eso es lo que me asusta. Mrs. Calleghee hace mis compras de alimentos y viene dos veces a la semana a limpiar y a hacer el lavado. Tengo la tele y me gusta leer. He hecho muy buenas inversiones a través de los años y, dado que soy moderadamente frugal, podría, probablemente, seguir así de forma indefinida. Y, de todos modos, ¿qué tentaciones tiene para gastar un hombre en mi posición? ¿Me voy a comprar un yate, Halleck? ¿Tal vez alquilaré un Lear y volaré a Montecarlo con mi muñeca para ver allí la carrera del Gran Prix el mes que viene? ¿Qué opina? ¿En cuántas fiestas cree que sería bien recibido mientras toda la cara se me está cayendo a pedazos?

Billy movió entumecido la cabeza.

-Por lo tanto..., puedo vivir aquí y las cosas irían pasando, sólo pasando... Como ocurre ahora mismo, cada día y cada noche. Y esto me asusta porque es erróneo vivir así. Cada día que pasa y no me suicido, cada día que me limito a estar sentado aquí en la oscuridad, viendo concursos y series por la tele, aquel jodido viejo gitano se está riendo de mí.

-Cuándo..., cuándo el...?

-¿Cuándo me tocó? Hace unas cinco semanas, si es que eso importa. Fui a Milford a ver a mi madre y a mi padre. Y los llevé a almorzar. Me bebí una cuantas cervezas antes y otras cuantas durante la comida, y decidí ir al

servicio de caballeros antes de marcharnos. La puerta estaba cerrada. Aguardé, se abrió y él salió. El viejo tío con la nariz macilenta. Me tocó en las mejillas y dijo algo.

-¿Qué?

-No lo oí -replicó Hopley-. En aquel mismo momento, en la cocina, alguien dejó caer al suelo una pila de platos. Pero no tengo que oírlo realmente. Lo único que debo hacer es mirarme en el espejo.

-Probablemente no sabe si estaban acampados en Milford.

-En realidad, lo comprobé al día siguiente en el departamento de Policía de Milford -replicó Hopley-. Llámelo curiosidad profesional..., pero reconocí al viejo gitano, no hay manera de olvidar una cara así, ¿sabe qué quiero decir?

-Sí -repuso Billy.

-Habían acampado en una granja en East Milford durante cuatro días. Con alguna clase de trato como el que concertaron con ese hemorroico de Arncaster. El policía con el que hablé dijo que no les había perdido de vista y que, al parecer, se habían marchado precisamente aquella mañana.

-Después de que el viejo le tocase.

-Eso es...

-¿Cree que sabía que usted iba a estar allí? ¿En aquel restaurante en particular?

-Nunca había llevado allí a mis padres -replicó Hopley-. Era un sitio viejo que acababan de renovar. Por lo general, vamos a un restaurante italiano en el otro extremo de la ciudad. Fue idea de mi madre. Deseaba ver qué habían hecho con las alfombras, los paneles o con algo así. Ya sabe cómo son las mujeres...

-No ha contestado a mi pregunta. ¿Cree que sabía que iban a ir allí?

Se produjo un largo y meditabundo silencio por parte de la derrengada forma en el sillón Eames.

-Sí -dijo Hopley al fin-. Sí, así es. Una locura más, ¿verdad, Halleck? Es una buena cosa que nadie escuche todo esto, ¿verdad?

-Sí -repuso Billy-. Supongo que así es.

Una risita particular se le escapó. Sonó como un muy pequeño graznido.

-Y ahora, ¿cuál es su idea, Halleck? No duermo mucho estos días, pero, por lo general, empiezo a dar cabezadas a esta hora de la noche.

Billy consideró que era absurdo expresar en palabras lo que únicamente había pensado en el silencio de su propia mente: su idea era débil y tonta, no era una idea en absoluto, realmente no, sino sólo un sueño.

-El estudio jurídico para el que trabajo contrata a un equipo de investigadores -explicó-Barton Detectives Services, Inc.

-Ya he oído hablar de ellos.

-Se supone que son los mejores en su ramo. Yo... Es decir...

Sintió que la impaciencia de Hopley irradiaba de aquel hombre en oleadas, aunque Hopley no se moviera en absoluto. Reunió la dignidad que aún le quedaba, diciéndose que, seguramente, sabía tanto de lo que estaba ocurriendo como Hopley, que tenía perfecto derecho a hablar. A fin de cuentas, aquello también le estaba sucediendo a él.

-Quiero encontrarle -dijo Billy-. Deseo enfrentarme con él. Decirle lo que pasó... Supongo..., supongo que quiero quedar limpio del todo. Aunque me imagino que, si puede hacernos esas cosas, lo sabrá de todas formas.

-Sí -repuso Hopley.

Algo alentado, Billy prosiguió:

-Pero de todos modos deseo contarle mi parte en los hechos. Fue culpa mía, sí, debí de ser capaz de detenerme a tiempo... A igualdad de todas las cosas, debería haber parado a tiempo. Fue culpa de mi mujer, a causa de lo que estaba haciéndome. Fue culpa de Rossington por echarle tierra al asunto, y culpa suya por haberse saltado la investigación y luego por haberles expulsado de la ciudad.

Billy tragó saliva.

-Y luego, le diré que fue también culpa de *ella*. Sí. Ella estaba cruzando la calle de forma imprudente, Hopley, y eso está bien, no es un crimen por el que lleven a uno a la cámara de gas, pero la razón que está contra la ley es que puedan matarlo a uno de la forma que la mataron a ella.

-¿Quiere decirle todo eso?

-No quiero hacerlo, sino que voy a hacerlo. Salió entre dos coches estacionados y sin mirar ni para un lado ni para otro. Enseñan algo mucho mejor en el tercer curso del colegio.

-De todos modos, no creo que esa muñeca recibiera muchas lecciones de circulación peatonal en el tercer curso -repuso Hopley-. En cierto modo, no creo que ni siquiera llegase a hacer el tercer curso, ¿no le parece?

-Da exactamente igual -replicó tozudamente Billy-, es simple sentido común...

-Halleck, usted debe de ser glotón como castigo -dijo la sombra que era Hopley-, Ahora está perdiendo peso... ¿Quiere presentarse al gran premio? Tal vez la próxima vez le detendrá las tripas, o le calentará la sangre hasta más de cuarenta y cinco grados, o...

-*¡No voy a limitarme a seguir sentado en Fairview y dejar que eso suceda!* -exclamó con fiereza Billy-. Tal vez pueda invertirse, Hopley. ¿Nunca ha pensado en ello?

-He estado leyendo cosas así -replicó Hopley-. Supongo que supe lo que me estaba sucediendo desde el momento en que apareció la primera espinilla encima de mis cejas. Exactamente donde me empezaban los ataques de acné en mis años de la escuela superior y estaba acostumbrado a unos asquerosos ataques de acné entonces, permítame que se lo diga. Por lo tanto he leído cosas al respecto! Como ya he dicho, me gusta leer. Y debo decirle, Halleck, que existen centenares de libros acerca de lanzar encantos y maldiciones, pero muy pocos acerca de cómo invertir sus efectos.

-Está bien, tal vez él no pueda. Tal vez no. *Probablemente*, no, incluso. Pero, maldita sea, aún sigo queriendo localizarle. Puedo mirarle a la cara y decir: "Ha cortado el pastel demasiado pequeño, viejo. Debería haber cortado un trozo para mi mujer, y otro para su mujer, y mientras hace todo eso, ¿qué le parece un trozo para usted mismo? ¿Dónde estaba cuando ella andaba por la calle sin mirar adonde iba? Si no estaba acostumbrada al tráfico en la ciudad, debería haberlo sabido. Por lo tanto, ¿dónde estaba usted? ¿Por qué no se hallaba allí para tomarla por el brazo y hacerla pasar por la esquina, por el paso de peatones? ¿Por qué...?"

-Ya basta -replicó Hopley-. Si yo estuviese en el jurado, me convencería, Halleck. Pero se ha olvidado del factor más importante que interviene aquí.

-¿Cuál es? -preguntó Billy.

-La naturaleza humana -repuso la sombra de Hopley-. Podemos ser víctimas de lo sobrenatural, pero con aquello que tratamos es la naturaleza humana. Como agente de Policía, perdóneme, ex agente de Policía, no puedo estar de acuerdo más que respecto de que las cosas aparecen en tonos de

gris. Nada es totalmente correcto y totalmente erróneo; existe exactamente a continuación una forma de gris, más clara o más oscura. No creerá que su marido se tragará toda esa mierda, ¿verdad?

-No lo sé.

-Yo lo sé -repuso Hopley-. Lo sé, Halleck. Puedo leer en ese tipo tan bien que, a veces, creo que debe de estar mandándome unas señales de radio mentales. Toda su vida ha estado en movimiento, expulsado de un lugar tan pronto como las "buenas gentes" consiguen toda la marihuana o el hachís que desean, tan pronto como pierden todas las monedas que desean emplear en la rueda de la fortuna. Toda su vida ha llevado una etiqueta llamada "sucio gitano". Las "buenas gentes" tienen raíces, pero él no tiene ninguna. Este tipo, Halleck, ha visto tiendas de cáñamo incendiadas por broma, allá en los años 30 y 40, y tal vez hubo bebés y ancianos que ardieron en alguna de aquellas tiendas. Ha visto a sus hijas, o a las hijas de sus amigos atacadas, tal vez violadas, porque todas esas "buenas gentes", saben que los gitanos joden como conejos y que un poco más no importa, y aunque no sea así, a quién demonios le interesa. Es como acuñar una frase. Tal vez haya visto a sus hijos, a los hijos de sus amigos, golpeados hasta dejarlos por muertos... ¿Y por qué? Porque los padres de los muchachos que dieron las palizas perdieron un poco de dinero en los juegos de azar. Siempre es lo mismo: llegan a una ciudad, las "buenas gentes" toman lo que desean y luego los expulsan de la ciudad. A veces les conceden una semana en una granja de mala muerte o un mes en las casillas de peones camineros locales, todo lo más. Y luego, Halleck, y por encima de todo, llega el número final. Ese abogado de primera con tres papadas y mandíbulas de bulldog atropella a la mujer en la calle. Tiene setenta o setenta y cinco años, es medio ciega, tal vez sólo camine un poco de prisa porque desea volver con los suyos antes de mojarse, y los huesos viejos se rompen con facilidad, los huesos viejos son como cristal, y el hombre está por allí pensando que esta vez, sólo por esta vez, va a haber un poco de justicia..., un instante de justicia para compensar toda una vida de mierda...

-Deje eso -exclamó roncamente Billy Halleck-, déjelo ya... ¿Qué va a decir?

Se tocó distraídamente la mejilla, pensando que estaba sudando copiosamente. Pero no había sudor en sus mejillas, sino que se trataba de lágrimas.

-No, usted se merece todo esto -exclamó Hopley con salvaje jovialidad-, y se lo voy a servir. No le estoy diciendo que no siga adelante, Halleck... Daniel Webster habló del jurado de Satanás, por lo que, diablos, supongo que todo es posible. Pero creo que se sigue haciendo demasiadas ilusiones. Este tipo está loco, Halleck. Este tipo está furioso. Por todo lo que usted sabe, es posible que haya perdido ya la cabeza, en cuyo caso sería mejor que diera ese paso en el Bridgewater Mental Asylum. Está loco por la venganza, y cuando lo que se busca es la venganza, uno no es apto para ver todos los grados de gris que hay en las cosas. Cuando la esposa e hijos de uno mueren en un accidente de aviación, no desea uno escuchar cómo un circuito A jodió la conexión B, y el controlador de tráfico C tuvo que tocar el micrófono D y el navegante E eligió un mal momento para ir al jodido sitio F. Sólo desea poner un pleito a esa maldita línea aérea... o matar a alguien con su escopeta. Quiere un chivo expiatorio, Halleck. Lastimar a alguien. Y estamos siendo lastimados. Malo para nosotros. Pero bueno para él. Tal vez comprenda las cosas un poco mejor que usted, Halleck.

Lenta, lentamente, su mano se acercó al estrecho círculo de luz proyectada por la lámpara y la hizo dar la vuelta para que alumbrase su rostro. Halleck apenas fue consciente de un jadeo y se percató de que lo había emitido él.

Escuchó a Hopley decir:

En cuántas fiestas cree que sería bien recibido ahora que toda la cara se me está cayendo a pedazos?

La piel de Hopley era un áspero paisaje alienígeno. Unos granos enrojecidos y malignos del tamaño de platillos de té, crecían en su mentón, en el cuello, en los brazos, en el dorso de sus manos. Pequeñas erupciones formaban salpullidos en sus mejillas y en la frente; su nariz era una zona plagada de espinillas. Un pus amarillento rezumaba y fluía en raros canales entre unas protuberantes dunas de carne saliente. La sangre salpicaba acá y allá. Unos bastos pelos negros, pelos de la barba, crecían en desordenados matojos, y la horrorizada y sobrecargada mente de Halleck se percató de que, hacía ya mucho tiempo, que afeitarse se había hecho imposible en un rostro de semejantes cataclísmicos alzamientos. Y en el centro de todo ello, impotentemente empotrados en aquel chorreante paisaje rojo, se encontraban los fijos ojos de Hopley.

Estos se quedaron mirando a Billy Halleck durante lo que pareció un interminable espacio de tiempo, contemplando su repulsión y su entumecido horror. Al fin, asintió, como satisfecho, y movió de nuevo hacia abajo la lámpara para quedar en sombras.

-Dios mío, Hopley. Lo siento...

-No se preocupe -replicó Hopley, habiendo recuperado en su voz aquella rara jovialidad-. Lo suyo va más despacio, pero llegado el momento también lo conseguirá. Mi pistola reglamentaria está en el tercer cajón de este escritorio, y si las cosas empeoran lo suficiente la emplearé sin importarme lo que tenga en mi cuenta del Banco. Dios odia a los cobardes, solía decir mi padre. Querría que me viese para que lo comprendiera. Sé qué siente ese anciano gitano. Porque no haré ninguna clase de discursos legales. No voy a preocuparme sobre ninguna razón endulzada. Le mataré por lo que me ha hecho, Halleck.

Aquella horrenda forma se movió y cambió de posición. Halleck oyó cómo Hopley se llevaba los dedos a la mejilla, y luego escuchó el indecible y repugnante sonido de los granos maduros abrirse rezumantes.

Rossington está quedando blindado, Hopley se pudre y yo voy desapareciendo -pensó-, *Dios mío, permite que sea un sueño, permite que enloquezca, pero no dejes que esto suceda.*

-Lo mataría muy lentamente -prosiguió Hopley-. Le ahorraré los detalles.

Billy trató de hablar. Pero no le salió nada excepto un seco graznido.

-Comprendo dónde quiere llegar a parar -dijo con voz hueca Hopley-, pero no tengo la menor esperanza en su misión. ¿Por qué no piensa en matarle en vez de... todo eso, Halleck? ¿Por qué no...?

Pero Halleck había llegado al límite de sus fuerzas. Salió corriendo del oscurecido estudio de Hopley, golpeándose con fuerza la cadera contra una esquina del escritorio, enloquecidamente seguro de que Hopley alargaría una de aquellas espantosas manos y le tocaría. Pero Hopley no lo hizo.

Halleck se precipitó en la noche y se quedó allí de pie, respirando grandes bocanadas de aire fresco, con la cabeza inclinada y temblándole los muslos.

Capítulo XIII

Setenta y ocho

Pensó incesantemente durante el resto de la semana en llamar a Ginelli, de Three Brothers -Ginelli parecía una respuesta de alguna clase-, pero, simplemente, no sabía de qué se trataba. Pero, al final, siguió adelante, se internó en la Glassman Clinic y comenzó las series metabólicas. Si hubiese sido soltero y se hubiese encontrado solo, como le sucedía a Hopley (Hopley había efectuado diversas apariciones como artista invitado en los sueños de Billy la noche anterior), habría cancelado todo el asunto. Pero debía pensar en Heidi..., y también estaba Linda, Linda que, verdaderamente, era una espectadora inocente y que no comprendía nada de todo aquello. Por eso se internó en la clínica, ocultando sus locos conocimientos, como un hombre que esconde que es drogadicto.

A fin de cuentas, se trataba de un lugar en el que estar y, mientras se encontrase allí, Kirk Penschley y los Barton Detective Services cuidarían de sus asuntos. Por lo menos así lo esperaba.

Por lo tanto, le hurgaron y aguijonearon. Bebió una solución horrible de bario con sabor a yeso. Le aplicaron rayos X, le sometieron al escáner, le hicieron electrocardiogramas y electroencefalogramas y toda una investigación metabólica. Doctores visitantes fueron llamados para que le echasen un vistazo como si se tratase de una rara exhibición zoológica.

Un panda gigante o tal vez la última ave dodo -pensó Billy.

Y todo esto mientras se encontraba sentado en el solario y sosteniendo en las manos un *National Geographic*, sin leer. Tenía aplicadas conexiones en el dorso de ambas manos, y le clavaron un sinfín de agujas.

En su segunda mañana en Glassman, mientras se sometía a otra ronda de hurgamientos y golpecitos, se percató de que podía verse la doble serie de sus costillas por primera vez desde... ¿Desde la escuela superior? No, desde quién sabe cuándo. Sus huesos empezaban a darse a conocer, arrojando sombras contra su piel, apareciendo triunfalmente. No sólo había desaparecido el encantador recubrimiento de sus caderas, sino que resultaban claramente visibles las paletillas de sus huesos pelvianos. Al tocarse uno de ellos, pensó que lo notaba nudoso como el cambio de marchas del primer coche que poseyó, un Pontiac de 1957. Se rió un poco y luego sintió el aguijón .de las lágrimas. Todos sus días eran ahora así. Subidas y bajadas, tiempo inestable, posibilidad de chubascos...

Le mataré muy lentamente -oyó decir a Hopley-. *Le ahorraré los detalles*.

¿Por qué? -pensó Billy, yaciendo insomne en su cama clínica con los costados de los inválidos levantados-. *No me serviría de nada*.

Durante sus tres días de internación en Glassman, Halleck perdió tres kilos.

No es demasiado -pensó con su propia clase de jovialidad en el cadalso-. *No es demasiado, menos que el peso de una bolsa de tamaño medio de azúcar. Y a este ritmo no me extinguiré en la nada hasta... Veamos... ¡Hasta octubre!*

Setenta y ocho -cantó su mente-. *Setenta y ocho, ahora, si fueses un boxeador, te verías apartado de la categoría de los pesados y tendrías que*

pasar a los medios... ¿Te atreves a intentar los pesos welter, Billy? ¿Los ligeros? ¿Los semiligeros? ¿Y qué me dices del peso mosca?

Trajeron flores: de Heidi, de su gabinete jurídico. Un ramillete de parte de Linda. En una tarjeta, y con su escritura irregular, se leía:

Por favor, ponte bueno pronto, papá. Te quiere, Lin.

Billy Halleck lloró a causa de esto.

Al tercer día, vestido de nuevo, se entrevistó con los tres médicos encargados de su caso. Se sintió mucho menos vulnerable en vaqueros y con una camiseta con la inscripción REÚNETE CONMIGO EN FAIRVIEW; resultaba realmente asombroso lo mucho que significaba no llevar ya puesta una de aquellas malditas chaquetas sin cuello y sin mangas de hospital. Les escuchó, pensó en Leda Rossington y reprimió una lúgubre sonrisa.

Sabían e*xactamente lo que andaba mal en él; no estaban engañados en absoluto.* Au contraire, estaban tan excitados que se hallaban condenadamente cerca de mearse en los pantalones. Bueno..., tal vez debía tenerse en cuenta una nota previa de precaución. Quizá, no supieran *exactamente* aún qué andaba mal en él, pero seguramente era una de dos cosas (o posiblemente tres). Una de ellas una rara enfermedad consuntiva que nunca había sido señalada fuera de Micronesia. Otra radicaba en una rara enfermedad metabólica que nunca se había descrito de modo completo. La tercera -sólo una posibilidad, no cabía olvidarlo-era una forma psicológica de *anorexia nerviosa*, esta última tan rara que hacía mucho tiempo que se sospechaba que, en realidad, no había sido probada. Por la luz brillante que apareció en sus ojos, Billy vio que lo que perseguían era esta última; deseaban que sus nombres apareciesen en los libros de medicina. Pero, en cualquier caso, Billy Halleck era, de forma definida, una *rara avis*, y sus médicos eran igual que niños en la mañana de Navidad.

El resultado fue que deseaban que se quedase en Glassman durante otra semana o dos (o posiblemente tres). Iban a enfrentarse en serio con lo que le pasaba. Y conseguirían el éxito. Contemplaban una serie de megavitaminas para empezar (¡claro que si!), además inyecciones de proteínas (¡naturalmente!) y una gran cantidad de pruebas más (¡sin duda!).

Aquello era el equivalente profesional de unos aullidos de desánimo -y fueron, literalmente, *aullidos*-cuando Billy les dijo tranquilamente que se lo agradecía, pero que debía irse. Le hicieron de nuevo demostraciones, le reconvinieron, le aleccionaron. Y para Billy, que últimamente sentía cada vez más que estaba perdiendo la mente, el trío de médicos empezó a tener un aspecto misterioso como *Los tres chiflados*. Casi esperó que comenzasen a golpearse y zumbarse mutuamente, tambaleándose en torno de la ricamente alhajada oficina con sus chaquetillas blancas ondeando, rompiendo cosas y gritando con sus acentos de Brooklyn.

-Indudablemente, ahora se siente del todo bien, Mr. Halleck -dijo uno de ellos-. A fin de cuentas, padecía un grave sobrepeso para empezar, según sus antecedentes. Pero necesito prevenirle de que la sensación que ahora tiene puede ser falsa. Si continúa perdiendo peso, cabe esperar que desarrolle llagas en la boca, problemas cutáneos...

Si quieren ver unos auténticos problemas en la piel, deberían visitar al Jefe de Policía de Fairview -pensó Halleck-. *Perdón, ex jefe...*

Decidió, sobre la marcha y sin ninguna causa en especial, volver a fumar.

-...enfermedades similares al escorbuto o al beriberi -continuó con firmeza el doctor-. Se convertirá en muy susceptible a las infecciones, a todo,

desde resfriados a bronquitis o tuberculosis. *Tuberculosis*, Mr. Halleck -subrayó con tono capaz de impresionar-. En cambio, si se quedase aquí...

-No -replicó Billy-, hagan el favor de comprender que no existe la menor opción.

Uno de los otros se llevó con suavidad los dedos a las sienes como si le acabase de atacar un horrendo dolor de cabeza. Por cuanto Billy sabía, lo tenía: era el médico que había sugerido la idea de una anorexia nerviosa psicológica.

-¿Qué podemos hacer para convencerle, Mr. Halleck?

-Nada -replicó Billy.

La imagen del viejo gitano se le presentó implacable en la mente: sintió de nuevo el suave y acariciante roce de la mano del hombre en su mejilla, el rascar de sus duros callos.

Sí -pensó-, *volveré a fumar. Algo realmente diabólico como Camel, o Pall Mall o Chesterfield. ¿Por qué no? Cuando los malditos médicos empiezan a parecerse a Larry, Curly y Moe, ha llegado el momento de hacer algo.*

Le pidieron que aguardase un momento y salieron. Billy estaba! lo suficientemente contento como para esperar. Sentía que, finalmente, había alcanzado la *cesura* en aquel juego loco, el ojo de la tormenta, y que aquello le alegraba..., esto y el pensamiento de los cigarrillos que pronto se fumaría, tal vez incluso dos a la vez.

Regresaron, con caras lúgubres pero con un aspecto en cierto modo exaltado, como hombres que han decidido realizar el sacrificio definitivo. Le permitirían quedarse aquí gratis, le dijeron; sólo necesitaría pagar los trabajos de laboratorio.

-No -replicó pacientemente Billy-. No lo comprenden-. Tengo, de todos modos, un seguro médico que lo cubre todo. Lo he comprobado. La realidad es que me voy. Me marcho, simplemente Estoy harto.

Se quedaron mirándole, sin comprender nada y empezando a enojarse. Billy pensó en decirles lo mucho que se parecían a *Los tres chiflados*, pero decidió que aquello sería una mala idea en extremo. Complicaría las cosas. Tipos como ésos no estaban acostumbrados a que les desafiasen, a que les rechazasen su gris-gris. No pensó en la posibilidad de que llamasen a Heidi y le sugiriesen que estaba en marcha un problema de competencias. Y Heidi les escucharía.

-Le pagaremos también las pruebas -dijo uno de ellos al fin, en un tono de "ésta es la oferta final".

-Me voy -porfió Billy.

Hablaba con gran tranquilidad, pero comprobó que, por fin, le creían. Tal vez aquella auténtica tranquilidad de su tono les había convencido al fin de que no se trataba de un asunto de dinero, sino que era una auténtica chifladura.

-¿Pero, *por qué*? ¿*Por qué*, Mr. Halleck?

-Porque -repuso Billy-aunque crean que pueden ayudarme, caballeros..., en realidad no pueden...

Y al ver sus incrédulas y atónitas caras, Billy pensó que no se había sentido tan solo en su vida.

De camino a casa, se paró en un quiosco y compró un paquete de Chesterfield Kings. Las primeras tres chupadas le hicieron sentirse tan mareado y mal que lo dejó.

-Es demasiado como experimento -dijo en voz alta en el coche, riéndose y llorando al mismo tiempo-. Habrá que volver al viejo tablero de dibujo, muchacho...

Capítulo XIV

Setenta

Linda se había ido.

Heidi, con las pequeñas líneas al lado de los ojos y en las comisuras de su boca ahora profundizadas a causa del esfuerzo (fumaba, como pudo ver Billy, como una máquina de vapor, un Newport Red tras otro), le contó a Halleck que había enviado a Linda con la tía Rhoda en Westchester County.

-Lo he hecho por dos razones -explicó Heidi-. La primera es que... necesita descansar de ti, Billy. De lo que te ha sucedido. Se puede decir que está medio ida. Es tan fuerte la cosa que no puedo convencerla de que no tienes cáncer...

-Debería hablar con Cary Rossington -musitó Billy al entrar en la cocina para prepararse un café.

Necesitaba terriblemente una taza, un café fuerte, sin azúcar.

-Parecen almas gemelas...

-¿Qué? No te he oído bien.

-No te preocupes. Déjame tomar un café.

-No duerme... -prosiguió Heidi cuando Billy regresó.

Se retorcía nerviosa las manos.

-¿Comprendes?

-Sí -repuso Billy.

Y era así, pero siguió sintiendo como si tuviese una espina en algún lugar dentro de él. Se preguntó si Heidi comprendía que también necesitaba a Linda, si realmente entendía que su hija formaba asimismo parte de su sistema de apoyo. Pero, fuese o no parte de su sistema de apoyo, no tenía derecho a erosionar la confianza de Linda, su equilibrio psicológico. Heidi tenía razón en eso. Tenía razón sin tener en cuenta lo que ello pudiese costar.

Sintió que salía de nuevo aquel odio a la superficie de su corazón. Mami se había llevado a su hija a la casa de la tía en cuanto Billy llamó y explicó que estaba ya de camino. ¿Y cómo regresaría? ¡Todo porque aquel papá regresaba a casa! No empieces a llorar, cariño, es sólo el *Hombre Delgado...*

¿Por qué aquel día? ¿Por qué tuviste que elegir aquel día?

-¿Billy? ¿Estás bien?

¡Jesús! ¡Perra estúpida! ¿He aquí que estás casada con el Increíble Hombre Menguante, y todo lo que se te ocurre pensar es preguntarme si me encuentro bien?

-Estoy tan bien como quepa esperar. ¿Por qué?

-Porque, durante un minuto, has parecido muy raro.

¿De veras? ¿Ha sido realmente así? ¿Por qué aquel día, Heidi? ¿Por qué elegiste aquel día para meter la mano en mis pantalones después de tantos años de remilgos y hacerlo todo a oscuras?

-Supongo que me siento un poco extraño últimamente -replicó Billy. Pero pensó:

Debes dejar eso, amiga mía. No tiene objeto. Lo hecho, hecho está.

Pero resultaba difícil dejarlo. Era duro cuando ella estaba allí fumando un cigarrillo tras otro, pareciendo terriblemente en buen estado y...

Debes dejarlo, Billy. Así que ayúdame.

Heidi se alejó y aplastó su cigarrillo en un cenicero de cristal.

-Lo segundo es... que me has estado ocultando algo, Billy. Algo que tiene que ver con esto. A veces hablas en sueños. Sales por las noches. Y ahora quiero saberlo. *Me merezco* saberlo.

Estaba comenzando a llorar.

-¿Quieres saberlo? -preguntó Halleck-. ¿De veras quieres saberlo?

Sintió cómo una seca sonrisa le afloraba en el rostro.

-¡Sí! ¡Sí!

Y Billy se lo contó.

Houston le llamó al día siguiente y, tras un prolongado e inútil prólogo, fue al grano. Heidi estaba con él. Él y Heidi habían tenido una larga charla (¿le has ofrecido un poco de coca para que se sienta humanamente mejor? -pensó preguntar Halleck, pero decidió que sería mejor que no). La conclusión de su larga charla fue algo tan simple como esto: creían que Billy estaba tan loco como una cabra.

-Mike -replicó Billy-, el viejo gitano es algo real. Nos tocó a los tres; a mí, a Cary Rossington y a Duncan Hopley. Y ahora un tipo como tú no cree en lo sobrenatural. Eso lo acepto. Pero es algo malditamente seguro que crees en el razonamiento deductivo e inductivo. Por lo tanto, tienes que considerar las posibilidades. Los tres fuimos tocados por él, los tres padecemos unas dolencias físicas misteriosas. ¡Por Dios!, antes de que decidas que estoy chalado, por lo menos considera esta conexión lógica.

-Billy, no existe ninguna conexión.

-Simplemente...

-He hablado con Leda Rossington. Dice que Cary está en la Clínica Mayo para que le traten de un cáncer de piel. Afirma que se halla ya muy avanzado, pero que están razonablemente seguros de que se pondrá bien. Además, afirma que no te ha visto desde la fiesta de Navidad de los Cordón.

-¡Miente!

Se produjo un silencio por parte de Houston... ¿Aquel sonido como telón de fondo era Heidi que lloraba? La mano de Billy se aferró con tanta fuerza al teléfono que los nudillos se le pusieron blancos.

-¿Le hablaste en persona o sólo por teléfono?

-Por teléfono. Pero no sé qué diferencia puede eso implicar.

-Si la vieses lo sabrías. Tiene el aspecto de una mujer a la que se le ha escapado la mayor parte de la vida.

-Bien, cuando te enteres de que su marido tiene cáncer de piel y que ha llegado a un estadio muy grave...

-¿Has hablado con Cary?

-Está en cuidados intensivos. Y la gente en cuidados intensivos sólo tiene permiso para llamadas telefónicas en las circunstancias más extremas...

-He bajado a setenta y siete -prosiguió Billy-. Se trata de una pérdida neta de treinta y cinco kilos, y puedo llamar a eso una cosa extrema...

Silencio en el otro extremo del hilo. Excepción hecha de aquel sonido, que debía de ser Heidi que lloraba.

-¿Hablarás con él? ¿Lo intentarás?

-Si los médicos le permiten recibir una llamada telefónica, y si desea hablar conmigo, sí. Pero, Billy, esa alucinación por tu parte...

-|NO ES UNA JODIDA ALUCINACIÓN!

No grites. Dios, no hagas eso...

Billy cerró los ojos.

-Muy bien, muy bien -Houston suavizó las cosas-. Esa idea. ¿Es ésa la mejor palabra? Lo que deseo decir es que esa idea no te ayudará a sentirte mejor. En realidad, puede ser la causa raíz de esa psicoanorexia, si es realmente lo que estás padeciendo, como cree el doctor Yount. Tú...

-Hopley -dijo Billy.

El sudor había estallado en su cara. Se enjugó la frente con el pañuelo. Tuvo un destello parpadeante de Hopley, de aquel rostro que realmente ya no era una cara sino un mapa en relieve del averno. Locas inflamaciones, rezumamientos y el sonido, el inexpresable sonido cuando se pasó las uñas por la mejilla.

Hubo un largo silencio por parte de Houston.

-Habla con Duncan Hopley. Lo confirmará...

-No puedo, Billy. Duncan Hopley se suicidó hace dos días. Ocurrió mientras estabas en la Glassman Clinic. Se pegó un tiro con su pistola reglamentaria.

Halleck cerró los ojos con fuerza y osciló sobre sus pies. Sintió algo parecido a cuando había intentado fumar. Se pellizcó salvajemente las mejillas para no desmayarse.

-Entonces lo sabrás -le dijo con los ojos aún cerrados-. Lo sabrás, o alguien lo sabrá. Alguien le habrá visto.

-Grand Lawlor lo vio -replicó Houston-. Lo acabo de llamar hace unos minutos.

Grand Lawlor. Durante un momento, la confusa y asustada mente de Billy no comprendió; creyó que Houston había pronunciado una desvirtuada versión de la frase *grand jury*. Luego lo captó. Grand Lawlord era el Juez de Instrucción del condado. Y ahora que pensaba en ello, sí, Grand Lawlord había testimoniado ante un gran jurado o dos en los últimos tiempos.

Este pensamiento le aportó una risilla irracional. Billy apretó la mano contra el micrófono del teléfono y confió en que Houston no oyese aquellas risitas; si las captaba, creería con toda seguridad que estaba loco.

Y realmente te gusta pensar que estoy chiflado, ¿verdad, Mike? Porque si estuviese loco y me decidiese a comenzar a chismorrear acerca de la botellita y de la cucharilla de marfil, en ese caso nadie me creería, ¿verdad que no? Dios mío, no...

Y lo consiguió. Las risillas cesaron.

-Pregúntale...

-¿Algunos detalles referentes a la muerte? Tras la historia de horror que tu mujer me contó, claro que se lo pregunté.

La voz de Houston se hizo momentáneamente acicalada.

"Debes de estar condenadamente contento de que, cuando me preguntó por qué deseaba saberlo, me mostrase fuerte.

-¿Y qué dijo?

-La tez de Hopley era un revoltijo, pero nada parecido al espectáculo de horror que describiste a Heidi. La descripción de Grand me induce a creer que se trató de una fea erupción de un acné de adulto del que traté a Duncan de vez en cuando, desde la primera vez que lo examiné en 1974. Esas erupciones le deprimían terriblemente, y eso no me sorprende. Debo decir que ese acné de adulto, cuando es grave, es una de las dolencias no letales que más deprimen psicológicamente. Lo sé...

-Crees que quedó deprimido por el aspecto que tenía y que por eso se mató.

-En esencia, sí.

-Déjame decirte algo con franqueza -prosiguió Billy-. Crees que se trataba de una erupción más o menos corriente del acné de' adulto que había tenido durante años..., pero, al mismo tiempo, crees que se mató a causa de lo que veía en el espejo. Ése es un raro diagnóstico, Mike.

-Nunca he dicho que fuera sólo ese sarpullido de la piel -replicó Houston. Pareció enojado-. Lo peor acerca de los problemas es la manera en que parecen presentarse por parejas y tríos y por pandillas completas, nunca uno a uno. Los psiquíatras tienen el mayor índice de suicidios de cada diez mil miembros de la profesión, Billy, pero los policías no se quedan atrás. Probablemente, se trató de una combinación de factores: esta última erupción pudo ser, simplemente, la gota que desbordó el vaso.

-Deberías haberle visto -repuso lúgubremente Billy-. No era una gota, sino el jodido World Trade Center.

-No dejó la menor nota, por lo que supongo que nunca lo sabremos, ¿no crees?

-Cristo -exclamó Billy, y se pasó una mano por el cabello-. Jesucristo...

-Y las razones del suicidio de Duncan Hopley están más allá de todo esto, ¿no es cierto?

-No para mí -replicó Billy-. No del todo.

-Me parece que lo más importante es que tu mente te ha jugado una mala pasada, Billy. Un complejo de culpabilidad. Tienes una obsesión... respecto a las maldiciones gitanas..., y cuando fuiste a ver a Duncan Hopley aquella noche, simplemente viste algo que no estaba allí.

Ahora la voz de Houston adoptó un curioso tono confidencial.

-¿Te dejaste caer por la taberna de Andy, para tomarte una copa, antes de dirigirte a casa de Duncan. ¿No empinaste un poco el codo?

-No.

-¿Estás seguro? Heidi dice que has estado pasando bastantes ratos en casa de Andy...

-De haber sido así -replicó Billy-, tu mujer me hubiera visto allí, ¿no te parece?

Se produjo un largo período de silencio. Luego Houston dijo monótonamente:

-Eso ha sido un condenado golpe bajo, Billy. Pero es también la clase de comentario que podría esperar de un hombre que se encuentra bajo un grave estrés mental.

-Grave estrés mental. Anorexia psicológica. Ustedes son unos tipos que tienen un nombre para todo, supongo. Pero deberías haberle visto. Deberías...

Billy hizo una pausa, pensando en los llameantes granos en las mejillas de Duncan Hopley, aquellas espinillas rezumantes, la nariz que se había convertido en casi insignificante en aquel espantoso paisaje en erupción de su acosada cara.

-Billy, ¿no comprendes que tu mente persigue una explicación lógica de lo que te está sucediendo? Te sientes culpable a causa de la gitana y por ello...

-La maldición acabó al suicidarse -se oyó decir a Billy-. Tal vez sea ésa la causa de que no parezca algo tan malo. Se parece a las películas de hombres lobos que veíamos de niños, Mike. Cuando al final mataban al hombre lobo, se convertía de nuevo en un hombre...

La excitación sustituyó a la confusión que había sentido ante la noticia del suicidio de Hopley, y respecto de la dolencia más o menos corriente de

Hopley en la piel. Su mente comenzó a apresurarse por esta nueva senda, explorándola con rapidez, calculando posibilidades y probabilidades.

¿Dónde va una maldición cuando ésta finalmente desaparece? Mierda, es algo parecido a preguntar dónde va el último suspiro de un moribundo. O su alma. Lejos. Se va lejos. Lejos, lejos, lejos. ¿Existe alguna forma de lograr que se vaya lejos?

Rossington, aquello era lo primero. Rossington, allá en la Clínica Mayo, aferrándose desesperadamente a la idea de que padecía cáncer de piel, porque su alternativa era aun mucho peor. Cuando Rossington muriese, ¿se cambiaría otra vez en...?

Fue consciente de que Houston se había quedado silencioso. Y se oía un ruido de fondo, desagradable pero familiar ¿Sollozos? ¿Era Heidi quien sollozaba?

-¿Por qué llora? -dijo Billy con voz áspera.

-Billy...

-¡Dale el tubo!

-Billy, si pudieras *oírte...*

-*¡Maldita sea, que me hable mi mujer!*

-No. No quiero. No mientras estés así.

-Pues aspira un poco...

-*¡Billy, deja eso!*

El rugido de Houston fue lo suficiente alto como para que Billy tuviese que apartarse el teléfono un momento del oído. Cuando se lo acercó de nuevo, los sollozos habían cesado.

-Ahora, escucha -prosiguió Houston-. No existen cosas como los hombres lobo y las maldiciones gitanas. Me siento estúpido por tenértelo que decir.

-Hombre... ¿no comprendes que eso constituye una parte del problema? -preguntó Billy en voz baja-. ¿No comprendes que ésa es la forma en que esos tipos han podido salir adelante durante los últimos veinte siglos, o algo así?

-Billy, si existe una maldición en ti, la ha lanzado tu propia mente subconsciente. Los viejos gitanos no pueden proferir maldiciones. Pero sí puede hacerlo tu propia mente, enmascarada de viejo gitano...

-Yo, Hopley y Rossington -dijo monótonamente Halleck-, todos a la vez. Eres tú el único ciego, Mike. Tiene sentido.

-Lo que tiene sentido es la coincidencia. Y nada más, ¿Cuántas veces tenemos que darle vueltas a todo eso, Billy? Regresa a Glassman. Permite que te ayuden. Deja de volver loca a tu mujer.

Durante un momento, estuvo tentado de dejarlo correr todo y creer a Houston: la cordura y racionalidad en su voz que, sin importar lo exasperada que fuese, resultaba confortante.

Luego pensó en Hopley al girar la lámpara, para que brillase salvajemente sobre su rostro.

Pensó en Hopley al decir:

Lo mataré muy lentamente... Le ahorraré los detalles...

-No -respondió-. No pueden ayudarme en Glassman, Mike...

Houston suspiró con fuerza.

-¿Entonces, quién puede? ¿El viejo gitano?

-Si puedo encontrarle, tal vez... -replicó Halleck-. Sólo tal vez. Y existe otro tipo al que conozco y que podría servir de cierta ayuda. Un pragmático, como tú.

Ginelli.

Aquel nombre le había aparecido en la mente mientras hablaba.

-Pero, sobre todo, creo que debo ayudarme yo mismo...

-¡Eso es lo que te he estado *diciendo!*

-Oh... Tenía la impresión de que únicamente me aconsejabas que me internase de nuevo en la Glassman Clinic.

Houston suspiró.

-Opino que tu cerebro debe de estar también perdiendo peso. ¿Has pensado en lo que les estás haciendo a tu mujer y a tu hija? ¿Has pensado en eso?

¿Te ha contado Heidi lo que me hacía cuando ocurrió el accidente? -casi estuvo a punto de estallar Billy-. *¿Te lo ha contado ya, Mikey? ¿No? Oh, pues deberías preguntárselo... Yo, sí...*

-¿Billy?

-Heidi y yo hablaremos al respecto -replicó Billy con voz tranquila.

-Pero tú no...

-Creo que tienes razón por lo menos en una cosa, Mike.

-Oh... Gracias, Dios mío... ¿Y de qué se trata?

-Hemos dado ya demasiadas vueltas a este asunto -repuso Billy.

Y colgó el teléfono.

Pero no hablaron.

Billy lo intentó un par de veces, pero Heidi movió la cabeza, con el rostro blanco e inexpresivo, acusándole sus ojos. Sólo respondió una vez.

Fue tres días después de la conversación telefónica con Houston, aquella en la que Heidi había estado sollozando como telón de fondo. Acababan de cenar. Halleck había despachado su acostumbrada comida tipo leñador: tres hamburguesas (con guarnición), cuatro mazorcas de maíz (con manteca), papas fritas y dos raciones de tarta de melocotón. Seguía teniendo poco o ningún apetito, pero había descubierto un hecho alarmante: si no comía, aun perdía más peso. Heidi había llegado a casa después de la conversación de Billy -discusión-con Houston pálida y silenciosa, con el rostro tiznado por las lágrimas vertidas en el despacho de Houston. Trastornado y sintiéndose miserable consigo mismo, Billy se saltó el almuerzo y la cena... Y cuando se pesó al día siguiente vio que había bajado dos kilos y que se encontraba en setenta y cuatro.

Se quedó mirando la cifra, sintiendo una especie de polillas revolotearle por las tripas.

Dos kilos -pensó-. *¡Dos kilos en un solo dial ¡Cristo...!*

Desde entonces ya no se había saltado más comidas...

Señaló su plato vacío, con los restos de las hamburguesas, la ensalada, las patatas fritas, el postre...

-¿Esto te parece anorexia nerviosa, Heidi? -le preguntó-. ¿Lo crees así?

-No -replicó ella a su pesar-. No, pero...

-He estado comiendo de forma parecida durante el último mes -prosiguió Halleck-, y en el último mes he perdido más o menos veintisiete kilos. ¿Me quieres explicar ahora cómo se las arregla mi subconsciente para practicar este truco? ¿Perder un kilo al día tras tomar, aproximadamente, seis mil calorías en veinticuatro horas?

-No..., no lo sé... Pero, Mike... Mike dice...

-Tú no lo sabes y yo no lo sé... -prosiguió Billy, arrojando enfadado su servilleta en el plato.

Su estómago le gruñía y le daba vueltas bajo el peso de la comida que acababa de engullir.

Y Michel Houston tampoco lo sabe.

-Bueno... ¿pues si se trata de una maldición *por qué a mí no me sucede nada*? -le graznó de repente su mujer.

Y aunque sus ojos reflejaran ira, Billy vio también que empezaban a llenarse de lágrimas.

Asustado y temporalmente incapaz de dominarse, Halleck le gritó a su vez:

-¡Por qué no lo supo, ésa es la razón! ¡La única *razón! Porque no lo supo...*

Sollozando, Heidi echó su silla hacia atrás, casi la tiró al suelo y luego se alejó corriendo de la mesa. Tenía la mano oprimida contra un lado de su cara, como si le acabase de asaltar un monstruoso dolor de cabeza.

-¡Heidi! -aulló, poniéndose en pie tan de prisa que derribó su silla-. ¡Heidi, vuelve!

Sus pisadas no se detuvieron en las escaleras. Escuchó cómo una puerta se cerraba con fuerza..., y no fue la puerta de su dormitorio. Demasiado lejos del rellano del piso de arriba. Debía de tratarse del cuarto de Linda o de la habitación para los invitados.

Halleck apostaba más bien por el cuarto de los huéspedes. Tenía razón. No volvió a dormir de nuevo con él durante la semana que precedió a que Billy se fuese de casa.

Aquella semana -la última semana-tuvo la consistencia de una pesadilla confusa en la mente de Billy, cuando más tarde intentó pensar en ella. El tiempo se convirtió en caluroso y opresivamente desabrido, como los días de perros de principios de año. Incluso el fresco Lantern Drive pareció marchitarse un poco. Billy Halleck comió y sudó, sudó y comió... y su peso bajó con lentitud pero de forma decidida durante esos días. Al final de la semana, cuando alquiló un coche en Avis y se fue, encaminándose por la Interestatal 95 en dirección a New Hampshire y Maine, había bajado otros cinco kilos, hasta setenta.

Durante esa semana, los médicos de la Glassman Clinic telefonearon una y otra vez. Michael Houston llamó una y otra vez. Heidi miró a Billy desde sus ojos con bordes blancos, fumó y no dijo nada. Cuando él habló de llamar a Linda, se limitó a responder con voz quebrada y muerta:

-Preferiría que no lo hicieses.

El viernes, el día anterior a su marcha, Houston telefoneó una vez más:

-Michael -le dijo Billy, cerrando los ojos-. Ya he dejado de responder a las llamadas de los médicos de Glassman. Y voy a hacer lo mismo con las tuyas, si no terminas con esa mierda.

-No lo haré, aún no -replicó Houston-. Deseo que me escuches con atención, Billy. Se trata de algo importante.

Billy escuchó el nuevo golpe de Houston sin auténtica sorpresa y sí con las más profundas y sombrías conmociones de ira y traición. ¿No lo había visto venir a fin de cuentas?

Se trataba de nuevo de Heidi. Ella y Houston habían tenido una larga consulta que terminó con más lágrimas. Houston había mantenido una larga consulta con *Los tres chiflados* de la Glassman Clinic ("No te preocupes, Billy, todo esto se halla bajo el secreto profesional") . Houston había visto

otra vez a Heidi. Todos habían llegado a la conclusión de que a Billy tal vez le beneficiaría una completa serie de pruebas psiquiátricas.

-Quisiera exhortarte con la mayor firmeza a que lo aceptaras por tu propia voluntad -concluyó Houston.

-Claro que sí... Y estoy también seguro de dónde te gustaría que me hiciesen las pruebas. En la Glassman Clinic, ¿no es así? ¿Me ganaré una muñeca Kewpie?

-Verás, pensamos que ésa era la lógica...

-Oh, bah... Comprendo. ¿Y mientras hacen tests con mi materia gris, debo dar por supuesto que continuarán los enemas de bario?

Houston quedó silenciosamente elocuente.

-¿Y si digo que no?

-Heidi tiene recursos legales -replicó con cuidado Houston-. ¿Comprendes?

-Comprendo -replicó Billy-. Estás hablando de ti, de Heidi y de *Los tres soplones* de la Glassman Clinic, reuniéndose y llevándome a Sunnyvale Acres, Nuestra Especialidad Tejido de Cestas...

-Eso es un poco melodramático, Billy. Heidi está preocupada por Linda tanto como por ti.

-A todos nos preocupa Linda -repuso Billy-. Y también estoy preocupado por Heidi. Me refiero a que tengo momentos en que me siento muy enojado con ella y me revuelve el estómago, pero en general aún la amo. Y me preocupa mucho. Verás, hasta cierto punto te ha confundido, Mike.

-No sé de qué me hablas.

-Ya sabía que no. Y tampoco voy a decírtelo. Ella podría hacerlo, pero supongo que no lo hará: todo cuanto desea es olvidar que todo el asunto llegara a suceder, y hacerte saber ciertos detalles, que debe haber pasado por alto, no hará otra cosa que encaminarse por ahí. Digamos, simplemente, que Heidi también tiene su propia culpabilidad en este asunto. Y eso se evidencia en que su consumo de cigarrillos ha aumentado de un paquete por día a dos paquetes y medio.

Una larga pausa...

Luego, Mike Houston volvió a su propio razonamiento original:

-Sea eso lo que fuere, Billy, debes comprender que esas pruebas constituyen algo del mayor interés para todos los que...

-Adiós, Mike -replicó Halleck.

Y colgó con suavidad.

Capítulo XV

Dos conversaciones telefónicas

Billy dedicó el resto de la tarde a andar de un lado para otro por su casa provista de aire acondicionado, atrapando entre visiones de su nuevo ser en espejos y superficies pulimentadas.

Cómo nos vemos a nosotros mismos, depende muchísimo más de nuestra concepción de la masa física que de lo que usualmente creemos.

No encontró nada consolador a esta idea.

¿Mi sensación de lo que valgo depende de lo mucho que desplazo del mundo cuando camino por él? Dios, éste es un pensamiento sin sentido. Ese tipo Mr. T. podría agarrar a un Einstein y arrastrarlo por ahí durante todo el día como un..., un libro de texto o algo así. ¿Eso hace de Mr. T. algo mejor, algo más importante?

Un eco encantado de T.S. Eliot tintineo en su cabeza como una campanada remota en una mañana de domingo: Eso no es lo que quiero decir, eso no es en absoluto lo que pretendo decir. Y no lo era. La idea del tamaño en función de la gracia, o de la inteligencia, o como una prueba del amor de Dios, había desaparecido por la época en que el obeso y anadeante William Howard Taft había cedido la presidencia al epiceno -*y casi demacrado*-Woodrow Wilson.

La forma en que vemos la realidad, depende muchísimo más de la concepción de nuestra masa física que de lo que por lo general creemos.

-Sí, la realidad. Eso se encontraba mucho más cerca del meollo de la cuestión. Cuando ves que te están borrando kilo a kilo, como una ecuación complicada que borran de una pizarra línea a línea y cálculo a cálculo, se relaciona con tu sensación de la realidad. Con tu propia realidad personal, la realidad en general.

Había sido gordo; no fornido, no con unos cuantos kilos de sobrepeso, sino auténticamente obeso. Luego se había visto recio, luego más o menos normal (si realmente había una cosa así; *Los tres chiflados* de la Glassman Clinic, de todos modos, parecían pensar de esa forma), luego delgado. Pero ahora la delgadez comenzaba a deslizarse hacia un nuevo estado: estar flaco. ¿Qué vendría después de eso? Supuso que la extenuación. Y a continuación, algo que aún permanecía más allá de los límites de su imaginación.

No estaba seriamente preocupado de verse arrastrado hacia aquella pintoresca granja; semejantes procedimientos llevan su tiempo. Pero la última conversación con Houston le mostró claramente cuan lejos habían llegado las cosas, y lo imposible que resultaba que nadie llegase a creerle: ni ahora ni nunca. Deseó llamar a Kirk Penschley; la urgencia de esto resultó casi irresistible, aunque sabía que Kirk le llamaría, a su vez, en el caso de que alguna de las tres agencias de investigación que empleaba el gabinete jurídico hubiese encontrado algo.

En vez de eso llamó a un número de Nueva York, hojeando en su agenda de direcciones para encontrarlo. El nombre de Richard Ginelli se había agitado arriba y abajo de su mente desde el mismo principio de la cosa. Ahora había llegado el momento de telefonearle.

Exactamente a tiempo.

-Three Brothers -dijo la voz en el otro extremo de la línea-. El especial de esta noche incluye *marsala* de ternera y nuestra propia versión de *fettucini* Alfredo.

-Me llamo William Halleck y quisiera hablar con Mr. Ginelli, si está disponible.

Al cabo de un momento de meditabundo silencio, la voz replicó:

-Halleck.

-Sí.

El teléfono hizo un ruido. Débilmente, Billy oyó chasquidos de ollas y sartenes que golpeaban entre sí. Alguien decía palabrotas en italiano. Otro reía. Al igual que todo lo demás de su vida en aquellos tiempos, las cosas parecían lejanas, muy lejanas.

Al final tomaron de nuevo el teléfono.

-¡William!

Una vez más le vino a Billy la idea de que Ginelli era la única persona en el mundo que le llamaba de aquella manera.

"¿Cómo te va, *paisan*?

-He perdido un poco de peso.

-Vaya, eso es bueno -repuso Ginelli-. Estabas muy gordo, William, no tengo más remedio que decírtelo, muy gordo... ¿Y cuánto has perdido?

-Ocho kilos.

-¡Eh! ¡Felicidades! Y tu corazón también te lo agradecerá. Es difícil perder peso, ¿verdad? No hace falta que me lo digas, lo sé... Esas jodidas calorías siguen siempre dale que dale. A los tipos como tú siempre les penden delante del cinturón. A los italianos como yo, descubres un día que estás descosiendo la culera de tus pantalones cada vez que te inclinas para atarte los zapatos.

-En realidad, no ha sido muy difícil.

-Tienes que venir por los Brothers, William. Te prepararé mi especial "Pollo a la napolitana". Con una sola comida recuperarás todo ese peso...

-Tenía que hablarte acerca de eso -siguió Billy, sonriendo un poco.

Podía verse en el espejo de la pared de su estudio, y allí aparecían demasiados dientes en su sonrisa. Demasiados dientes y muy cercanos a la parte delantera de su boca. Dejó de sonreír.

-Sí, bien, lo digo en serio. Te he echado de menos. Hace ya mucho tiempo. Y la vida es corta, paisan. Lo digo en serio, la vida es corta, ¿no tengo razón?

-Sí, supongo que así es.

La voz de Ginelli bajó una octava.

-He oído que has tenido algunos problemas en Connecticut.

Hizo sonar aquello de Connecticut como si se tratase de algún lugar de Groenlandia, pensó Billy.

»Me apené al enterarme.

-¿Y cómo lo has sabido? -le preguntó Billy, francamente desconcertado.

Había salido una gacetilla en el Reporter de Fairview -algo decoroso, sin mencionar nombres-, y aquello fue todo. No había aparecido nada en los periódicos de Nueva York.

-Tengo siempre los oídos pegados al suelo -replicó Ginelli.

Realmente es cierto que tienes los oídos pegados al suelo -pensó Billy.

Y se estremeció.

-He tenido algunos problemas al respecto -prosiguió ahora Billy, eligiendo cuidadosamente sus palabras-. Y son de una... naturaleza extralegal... La mujer... ¿Te enteraste acerca de la mujer?

-Sí. Oí que se trataba de una gitana.

-Una gitana, sí... Y tenía marido. Y me..., me está causando algunos problemas...

-¿Cómo se llama?

-Creo que Lemke. Estoy tratando de manejarlo por mí mismo, pero... me pregunto... si no podré hacerlo...

-Claro, claro, claro... Y me has llamado... Tal vez pueda hacer algo o tal vez no. Tal vez decida que no quiero hacerlo. Lo que pretendo decir es que los amigos son los amigos y los negocios los negocios. .. ¿Sabes a qué me refiero?

-Sí, en efecto.

-A veces los amigos y los negocios se mezclan, pero a veces no, ¿estoy en lo cierto?

-Sí.

-¿Está tratando ese tipo de pegarte?

Billy titubeó.

-Me gustaría no decir muchas cosas ahora mismo, Richard. Es algo más bien peculiar. Pero sí, me está haciendo daño. Me está golpeando con bastante fuerza.

-¡Mierda, William! ¡Deberíamos hablar ahora!

La preocupación en la voz de Ginelli resultó clara e inmediata. Billy sintió que las lágrimas le picaban cálidamente en los párpados y se pasó con fuerza el dorso de la mano por la mejilla.

-Te lo agradezco, te lo agradezco de veras. Pero primero quisiera hacerle frente por mí mismo. Ni siquiera estoy seguro de lo que deseo que hagas.

-Si quieres llamarme, estaré disponible, William. ¿De acuerdo?

-De acuerdo. Y gracias.

Vaciló.

-Dime una cosa, Richard... ¿Eres supersticioso?

-¿Yo? ¿Preguntas a un tipo como yo si soy supersticioso? ¿A alguien que ha crecido en una familia donde mi madre, mi abuela y todas mis tías no hacían más que hablar de María, y rezar a cada santo del que hubieses oído hablar, y de otros desconocidos por completo, y que tapaban los espejos cada vez que moría alguien y que hacían el signo del mal de ojo a los cuervos y a los gatos negros que se cruzaban por su camino? ¿Yo? ¿Me preguntas a mí una cosa así?

-Sí -repuso Billy, sonriendo un poco a pesar de sí mismo-. Te hago una pregunta así...

La voz de Richard Ginelli se volvió tajante, dura, desprovista por completo de humor.

-Yo sólo creo en dos cosas, William. En las armas y en el dinero, eso es en lo que creo. Y puedes citarlo literalmente. ¿Supersticioso? Yo no, *paisan*. Estarás pensando en algún otro italianini...

-Eso es bueno -replicó Billy, y su sonrisa se ensanchó.

Se trataba de la primera sonrisa auténtica que aparecía por su rostro desde hacía casi un mes.

Y se sintió bien. Le sentó *condenadamente* bien.

Aquella noche, poco después de que llegara Heidi, llamó Penschley.

-Tus gitanos nos han brindado una divertida persecución -le dijo-. Hasta ahora ya has amontonado en honorarios, por lo menos, diez mil dólares, Bill. ¿Ha llegado el momento de dejarlo correr?

-Primero cuéntame lo que has averiguado -repuso Bill.

Le sudaban las manos.

Penschley comenzó a hablar con su seca voz de anciano estadista.

La pandilla de gitanos se dirigió en primer lugar a Greeno, una ciudad de Connecticut situada a unos cincuenta kilómetros al norte de Milford. Una semana después fueron expulsados de Greeno y se dirigieron a Pawtucket, cerca de Providence, Rhode Island. Después de Pawtucket, a Attleboro, Massachusetts. En Attleboro, uno de ellos fue arrestado por perturbar la paz, y luego tuvieron que dejar perder la fianza.

-Lo que al parecer ocurrió fue esto -prosiguió Penschley-. Hubo un tipo de la ciudad, una especie de camorrista, que perdió diez pavos jugando con monedas de veinticinco centavos en la rueda de la fortuna. Le dijo al que la manejaba que estaba amañada y que él lo arreglaría. Dos días después localizó al gitano al salir de una tienda Nite Own. Mediaron unas palabras entre ellos y luego hubo una pelea en la zona de aparcamiento. Un par de testigos de la ciudad dijeron que el del pueblo había provocado la pelea. Y otros dos ciudadanos más alegaron que había sido el gitano quien la empezó. De todos modos, el arrestado fue el gitano. Cuando se saldó la fianza, los policías locales quedaron encantados. Les había ahorrado un juicio ante el tribunal y consiguieron que los gitanos saliesen de la ciudad.

-Así es por lo general como funciona, ¿verdad? -le preguntó Billy.

De repente tenía el rostro ardiendo. Estaba de algún modo seguro que el joven arrestado en Attleboro era el mismo jovenzuelo que había estado haciendo malabarismos con los bolos en la zona de recreo de Fairview.

-Sí, con bastante frecuencia -convino Penschley-. Los gitanos conocen el truco; una vez el tipo ha desaparecido, los policías locales quedan contentos. No hay una busca y captura ni ninguna caza del hombre. Es como si se te metiera una mota de polvo en el ojo. Esa mota es todo aquello en lo que tienes que pensar. Luego te pasas agua por el ojo y se limpia. Y una vez que ha salido, el dolor acaba, y uno ya no se preocupa de adonde va esa mota de polvo, ¿no lo crees así?

-Una mota de polvo -repitió Billy-. ¿Es eso lo que de veras era?

-Para la Policía de Attleboro, así era exactamente. ¿Quieres que te cuente ahora el resto, Bill, o primero deberíamos moralizar acerca de los apuros de varios grupos minoritarios?

-Dime el resto, por favor...

-Los gitanos se pararon de nuevo en Lincoln, Mass. Se quedaron unos tres días antes de partir de nuevo.

-¿El mismo grupo cada vez? ¿Estás seguro?

-Sí. Siempre los mismos vehículos. Tengo aquí una lista, con las matrículas, casi todas ellas de Texas y Delaware. ¿Quieres esa lista?

-Probablemente, pero no ahora. Sigue.

No había mucho más. Los gitanos se habían mostrado por Reveré, exactamente al norte de Boston, donde permanecieron durante tres días, y luego se fueron por su propia voluntad. Cuatro días en Portsmouth, New Hampshire... Y luego, simplemente, se habían evaporado.

-Podemos encontrar otra vez su rastro si lo deseas -manifestó Penschley-. Ha pasado menos de una semana. Se ocupan de esto tres investigadores de primera clase de los Barton Detective Services, y creen que

los gitanos estarán ahora seguramente en algún lugar de Maine. Han seguido paralelos la I-95 por la costa desde Connecticut... Diablos, todo el camino por la costa desde, por lo menos, las Carolinas, por lo que los hombres de Greeley han sido capaces de rastrear sus huellas. Es casi una gira de circo. Probablemente trabajarán las zonas turísticas del sur de Maine, como en Ogunquit y Kennebunkport, irán hasta Boothbay Harbor y acabarán en Bar Harbor. Luego, cuando la estación turística comience a decaer, regresarán a Florida o al golfo de Texas para pasar el invierno...

-¿Iba el viejo con ellos? -preguntó Billy.

Estaba sujetando con fuerza el teléfono.

-¿De unos ochenta años? ¿Con la nariz en un estado terrible: llagas, cáncer o algo así?

Pareció eternizarse un sonido de hojear papeles. Luego:

-Taduz Lemke -dijo calmosamente Penschley-. El padre de la mujer que atropellaste con tu coche. Sí, está con ellos.

-¿Padre? -ladró Halleck-. ¡Eso es imposible, Kirk! La mujer tenía unos setenta o setenta y cinco...

-Taduz Lemke tiene ciento seis años...

Durante varios instantes, a Billy le resultó imposible hablar. Sus labios se movieron, pero eso fue todo. Tenía el aspecto de un hombre que besara a un fantasma. Luego consiguió repetir:

-Eso es imposible.

-Una edad que todos, ciertamente, envidiaríamos -prosiguió Penschley-, pero no imposible en absoluto. Existen registros acerca de esas personas, ya sabes... Ya no van errantes en caravanas por la Europa del Este, aunque imagino que algunos de los más viejos, como ese tipo Lemke, desearían hacerlo aún. He conseguido otros datos para ti... Números de la Seguridad Social..., huellas digitales, si las deseas... Lemke ha alegado repetidas veces que tiene ciento seis años, ciento ocho e incluso ciento veinte. He elegido creer en lo de ciento seis, porque concuerda con la información de la Seguridad Social que los detectives de Barton han conseguido. Susanna Lemke era su hija, en efecto, no existe la menor duda al respecto. Y en lo que esto pueda valer, figura como "presidente" de la Compañía Taduz en los diferentes permisos para juegos de azar que deben obtener, lo cual significa que es el jefe de la tribu, o de la banda, o como se denominen a sí mismos.

¿Su *hija*? ¿La *hija* de Lemke? En la mente de Billy, aquello pareció cambiarlo todo. ¿Y si suponíamos que alguien atropellaba a Linda? ¿Y si Linda hubiese corrido por la calle como un perro mestizo?

-¿... lo dejamos?

-¿Eh...?

Intentó que su mente volviese a Kirk Penschley.

-He dicho si estás seguro de que no deseas que lo dejemos correr... Te está costando mucho, Bill.

-Por favor, diles que prosigan un poco más -replicó Billy-. Te llamaré dentro de cuatro días, no de tres, y veré si los has localizado.

-No necesitas hacerlo -repuso Penschley-. Si... *Cuando* los de Barton los localicen, tú serás el primero en saberlo.

-No estaré aquí -replicó con lentitud Halleck.

La voz de Penchsley fue cuidadosamente indiferente.

-¿Y dónde esperas encontrarte?

-De viaje -replicó Halleck.

Y colgó poco después.

Permaneció del todo rígido, con la mente en un contuso remolino. Sus *delgados* dedos tamborileaban preocupadamente en el reborde de su escritorio.

Capítulo XVI

Carta de Billy

Heidi salió al día siguiente poco después de las diez para hacer algunas compras. No fue a ver a Billy para decirle adonde iba o cuándo volvería; aquel antiguo y amable hábito ya no existía. Billy permaneció sentado en su estudio observando cómo el Olds salía del camino de coches hasta la calle. Durante un momento, la cabeza de Heidi se volvió y sus ojos parecieron encontrarse, los de él confusos y asustados, los de ella acusadores en silencio:

Me has hecho mandar fuera a nuestra hija, te niegas a recibir la ayuda profesional que necesitas, nuestros amigos empiezan a hablar. Pareces desear a alguien que haga de copiloto tuyo hacia ese raro país, y yo he elegido. Maldito seas, Billy Halleck. Déjame sola. Quémate si quieres, pero no tienes derecho a pedirme que me meta contigo en la olla.

Sólo una ilusión, naturalmente. Ella no podía verle, allá entre las sombras.

Sólo una ilusión, pero dolía.

Una vez que el Olds desapareció por la calle, Billy colocó una hoja de papel en su Olivetti y escribió arriba "Querida Heidi": Fue la única parte de la carta que resultó sencilla. Escribió una penosa frase cada vez, pensando siempre con una parte de su mente que ella regresaría mientras tecleaba. Pero no lo hizo. Finalmente, sacó la nota de la máquina de escribir y la leyó:

Querida Heidi:

Para cuando leas esto, me habré marchado. No sé exactamente dónde y tampoco sé exactamente durante cuánto tiempo, pero confío en que, cuando vuelva, todo esto haya acabado. Esta pesadilla con la que estamos viviendo.

Heidi, Michael Houston está equivocado acerca de casi todo. Leda Rossington me dijo realmente que el viejo gitano -se llama, a propósito, Taduz Lemke- tocó a Cary, y realmente me dijo que la piel de Cary se estaba endureciendo. Y Duncan Hopley realmente estaba recubierto de granos... Una cosa más horrible de lo que te puedas imaginar.

Houston se niega a emprender cualquier examen serio de los encadenamientos lógicos que le he presentado en defensa de mi mismo, y ciertamente se ha negado a combinar este encadenamiento lógico con lo inexplicable que me está sucediendo a mí (este mes setenta, y ahora ya casi cuarenta y cinco kilos). No puede hacer esas cosas, pues le sacarían por completo de su órbita si las hiciese. Le gustaría más el verme comprometido durante el resto de mi vida que pensar en considerar la posibilidad de que lo que me está sucediendo sea el resultado de una maldición gitana. La idea de que unas cosas tan fuera de lo corriente como las maldiciones gitanas puedan llegar a existir -en cualquier lugar del mundo, pero especialmente en Fairview, Connecticut-es un anatema para todo aquello en lo que ha creído Michael Houston. Sus dioses salen de botellas, no del aire.

Pero creo que, en alguna parte muy dentro de ti, crees que esto es posible. Me imagino que parte de tu cólera hacia mí durante esta última semana ha radicado en mi insistencia en que, dentro de ti misma, sabes que es verdad. Acúsame de jugar al psiquiatra aficionado, si lo deseas, pero lo he

razonado así: creer en la maldición es como creer que sólo uno de nosotros está siendo castigado por algo en que ambos hemos tenido un papel. Me refiero a que evitas la culpa por tu parte. ..,y Dios sabe, Heidi, que, en la parte más timorata y cobarde de mi alma, siento que si he de atravesar esta diabólica disminución, tú deberías pasar también por otra..., la miseria ama la compañía, y supongo que todos tenemos una vena de un uno por ciento de enchapado de oro falso en nuestras naturalezas, unido tan fuertemente a la parte buena de nosotros, que nunca podremos librarnos de ello.

Sin embargo, existe otro lado de mí y esa otra parte te ama, Heidi, y jamás deseará que te ocurra el menor daño. Esta mejor parte mía, tiene también un lado intelectual, lógico, y ésa es la razón de que me vaya. Necesito encontrar a ese gitano, Heidi. Necesito encontrar a Taduz Lemke y contarle aquello por lo que he pasado durante las últimas seis semanas, más o menos. Es fácil culpar, es sencillo desear la venganza. Pero cuando miras las cosas de cerca, empiezas a ver que todo suceso está trabado con otro suceso; que a veces las cosas ocurren, simplemente, porque deben suceder. A ninguno de nosotros le gusta pensar así, porque nunca golpearíamos a alguien para que no le hiciese daño; debemos encontrar otra forma, y ninguna de estas otras formas es simple o satisfactoria. Deseo decirle que no existió aquí ninguna intención diabólica. Quiero pedirle si es posible invertir lo que hizo..., siempre dando por supuesto que tenga poder para hacerlo. Pero lo que apetezco hacer más que nada, es simplemente encontrarle para pedirle disculpas. Por mi..., por ti..., por todo Fairview. Puedes comprender que conozco ahora mucho más acerca de los gitanos de lo que solía. Supongo que dirás que mis ojos se han abierto. Y creo que resulta justo decirte una cosa más, Heidi -si puedo invertirlo, si averiguo que, pese a todo, tengo un futuro por el que mirar-, no perderé ese futuro en Fairview. *Creo que ya estoy harto del Andy's Pub, de Lantern Drive, del club de campo, de toda esta asquerosa e hipócrita ciudad. Si he de tener ese futuro, confío en que tú y Linda vendréis a algún otro y más limpio lugar, para compartirlo conmigo. Si no lo haces, o no puedes, me iré de todas formas. Si Lemke no quiere o no puede hacer nada para ayudarme, por lo menos sentiré que he hecho todo cuanto he podido. Luego regresaré a casa, y voluntariamente me internaré en la Glassman Clinic, si es eso lo que aún quieres.*

Te aliento a mostrar esta carta a Mike Houston si lo deseas, o a los médicos de la Glassman. Creo que convendrán en que lo que hago es una terapia muy buena. A fin de cuentas, razonarán, si se lo inflige como castigo (siempre están hablando de anorexia psicológica, creyendo aparentemente que si sientes la suficiente culpabilidad, puedes acelerar tu metabolismo hasta que queme muchísimas calorías por día), el enfrentarse a Lemke puede proporcionar exactamente la clase de expiación que necesita. O, razonarán, existen otras dos posibilidades: una, que Lemke se eche a reír y diga que en toda su vida ha lanzado una maldición, y por ende saltará el punto de apoyo psicológico sobre el que se equilibra mi obsesión; o bien puede ocurrir que Lemke reconozca la posibilidad de un beneficio, mienta y convenga en que me ha maldecido, y luego me embarque en alguna "cura" sin valor: pero, pensarán que, una cura sin valor para una maldición inválida, podría ser por completo efectiva...:

He contratado unos detectives a través de Kirk Penschley y han determinado que los gitanos se han estado encaminando de forma decidida hacia el norte por la Interestatal 95. Confío rastrearles en Maine. Si sucede

algo definitivo, te lo haré saber lo antes posible; en el entretanto, no intentes encontrarme. Pero cree que te amo con todo mi corazón.

TUYO
Billy

Metió la carta en un sobre con el nombre de Heidi garrapateado delante y la apoyó contra la bandeja giratoria para servir la comida en la mesa de la cocina. Luego llamó un taxi para que le llevase a la oficina de Hertz en Wesport. Permaneció erguido en los escalones esperando que llegase el taxi, confiando aún en su interior que Heidi se presentaría antes y hablarían de las cosas de la nota.

No fue hasta que el taxi giró por el paseo de coches y Billy se acomodó en la parte trasera, cuando admitió ante sí mismo que hablar con Heidi, en este momento, tal vez no fuese una buena idea: el ser capaz de hablar con Heidi constituía una parte del pasado, parte del tiempo en que habían vivido en la Ciudad de los Gordos..., en más de una forma y sin siquiera saberlo.

Ése era el pasado. Si había algún futuro se encontraba en la autopista de peaje, en algún lugar de Maine, y debía conseguir cazarlo antes de que se disolviese en la nada.

Capítulo XVII

Sesenta y dos

Aquella noche se detuvo en Providence. Llamó a su estudio, se puso en contacto con el servicio de contestador automático, y dejó un mensaje para Kirk Penschley: ¿podría enviar todas las fotografías disponibles de los gitanos y los detalles disponibles acerca de sus vehículos, incluyendo los números de matrícula y VIN, al Hotel Sheraton en South Portland, Maine?

El servicio leyó el mensaje correctamente -un milagro menor en opinión de Billy-y lo dejó. El trayecto desde Fairview hasta Providence era de menos de doscientos cincuenta kilómetros, pero estaba agotado. Durmió sin sueños por primera vez desde hacía semanas. A la mañana siguiente, descubrió que no había balanza en el cuarto de baño del motel. Gracias, Dios mío, pensó Billy Halleck, por estos pequeños favores.

Se vistió de prisa, deteniéndose sólo una vez, y al anudarse los zapatos, se quedó sorprendido por completo al oírse silbar. A las ocho y media ya seguía de nuevo por la Interestatal, y se inscribió en el Sheraton, al otro lado de una avenida con tiendas, a las seis y media. Ya le aguardaba un mensaje de Penchsley.

Información en camino, pero con dificultades. Tal vez lleve un día o dos.

Estupendo -pensó Billy-. *Un kilo al día, Kirk, qué diablos... Tres días y perderé el equivalente de media caja de cervezas. Cinco días y puedo perder el equivalente a una bolsa de harina de tamaño medio. Tómate tu tiempo, compañero... ¿Por qué no?*

El South Portland Sheraton era redondo, y el cuarto de Billy tenía la forma de una porción de pastel. Su abrumadora mente, que hacía tanto tiempo que se enfrentaba a todo, encontró en cierto modo imposible tratar con un dormitorio que en un lugar se reducía a un punto. Tenía cansancio a causa del viaje por carretera y dolor de cabeza. El restaurante, pensó, era más de lo que podía soportar..., especialmente si también acababa en un punto. En vez de ello, pidió al servicio de habitaciones que le subiesen la cena.

Acababa de salir de la ducha cuando el camarero llamó a la puerta. Se arropó con la bata que la dirección tan apropiadamente había suministrado (NO ROBARÁS, decía una pequeña cartulina que colgaba de un bolsillo de la bata) y cruzó el cuarto, gritando:

-¡Un momento, por favor!

Halleck abrió la puerta... y fue saludado por primera vez con la desagradable comprobación de cómo deben sentirse los monstruos de circo. El camarero era un muchacho de no más de diecisiete años, con cabello desaliñado y hundidas mejillas, en una imitación de los roqueros punk británicos. No tenía el menor interés por sí mismo. Miró a Billy con la vacua indiferencia de un tipo que ve a centenares de hombres con la bata del hotel en cada turno; el desinterés mejoró un poco cuando bajó la vista hacia el billete para ver a cuánto ascendía la propina, pero eso fue todo. Luego los ojos del camarero se abrieron en una mirada de extrañeza que fue casi de horror. La cosa duró sólo un momento; luego la expresión de indiferencia volvió. Pero Billy la había visto.

Horror. Era casi horror.

Y la expresión de desconcierto seguía aún allí, oculta, pero todavía presente. Billy pensó que podía verla ahora porque se le había añadido otro elemento: la fascinación.

Ambos quedaron inmóviles durante un momento, trabados con el incómodo y no deseado compañerismo del papamoscas y su presa. Billy pensó vertiginosamente en Duncan Hopley sentado en su agradable casa de Ribbonmaker Lañe con todas las luces apagadas.

-Bueno, éntralo -le dijo con dureza, rompiendo aquel momento con excesiva fuerza-. ¿Vas a estar afuera toda la noche?

-Oh, no, señor -respondió el camarero de servicio de habitaciones-. Lo siento.

La sangre enrojeció su rostro y Billy sintió piedad por él. No era un punk roquero, ni algún siniestro delincuente juvenil que había acudido al circo para ver cocodrilos vivos, sino sólo un muchacho universitario que hacía un trabajo en verano, sorprendido por un hombre macilento que debía tener alguna clase de enfermedad o no.

El viejo tipo me maldijo en más de una forma -pensó Billy...

No era culpa del chico que Billy Halleck, anteriormente de Fairview, Connecticut, hubiese perdido suficiente peso casi como para la calificación de un estatus de monstruo. Le dio un dólar más de propina y se desembarazó de él tan rápidamente como pudo. Luego se dirigió al cuarto de baño y se miró en el espejo, abriendo lentamente su bata, de la forma arquetípica como lo practicaba a media luz en la intimidad de su propio cuarto. Para empezar se había dejado flojo el cinturón de la bata para empezar, lo cual dejó al descubierto la mayor parte de su pecho y parte de su vientre. Era fácilmente comprensible la conmoción del camarero al mirar sólo esto. Se hizo aún más evidente con la bata abierta y toda su parte delantera reflejada en el espejo.

Cada costilla destacaba con claridad. Sus clavículas eran unos 'bordes exquisitamente definidos y cubiertos de piel. Sus pómulos abultaban. El esternón formaba un nudo apiñado, su barriga un hueco, su pelvis una charnela de espoleta de ave. Sus piernas eran según las recordaba, largas y aún muy musculosas, con los huesos aún enterrados; de todas formas nunca había tenido allí demasiado peso. Pero, por encima de la cintura, realmente se estaba convirtiendo en un monstruo descarnado; el Esqueleto Humano.

Cuarenta y cinco kilos -pensó-. *Eso es lo que hace salir el marfil interior de un hombre del armario. Ahora ya sabes qué delgado filo hay entre lo que siempre habías dado por supuesto y que de alguna forma se pensaba que seria esta profunda locura. Si alguna vez te lo preguntaste, ahora ya lo sabes. Aún pareces normal -bueno, casi normal-, con la ropa puesta, ¿pero cuánto tiempo pasará antes de que empieces a recibir miradas así, como la que te ha asestado el camarero, cuando vayas incluso vestido? ¿La semana próxima? ¿Dentro de dos semanas?*

La cabeza cada vez le dolía más y, aunque antes se encontrara hambriento, comprobó que sólo podía picotear su cena. Durmió muy mal y se levantó temprano. Ya no silbó al vestirse.

Decidió que Kirk Penschley y los investigadores de Barton tenían razón: los gitanos seguirían por la línea costera. En Maine, durante el verano, era donde se encontraba la acción porque se producía donde se hallaban los turistas. Llegaban para nadar en un agua que estaba demasiado fría, para

solearse (muchos días había niebla y llovía, pero los turistas nunca parecían recordarlos), comer langostas y almejas, comprar ceniceros con gaviotas pintadas en ellos, asistir a los teatros de verano en Ogunquit y Brunswick, fotografiar los faros en Portland y Pemaquid, o sólo holgazanear por sitios de moda, como Rockport, Camden y, naturalmente, Bar Harbor.

Los turistas se encontraban cerca de la costa, y también los dólares, que se mostraban tan ansiosos de sacar de sus billeteros. Allá era donde estarían los gitanos: ¿pero, dónde exactamente?

Billy hizo una lista de más de cincuenta ciudades costeras, y luego bajó a la planta baja. El barman había sido importado de Nueva Jersey, y no conocía nada más que Asbury Park, pero Billy dio con una camarera que había vivido en Maine durante toda su vida, estaba familiarizada con la zona costera y le gustaba mucho hablar de ella.

-Busco a unas personas, y estoy por completo seguro de que estarán en una ciudad costera, pero realmente no en una lujosa. Más bien una..., una...

-¿Más bien una ciudad tipo garito? -preguntó ella.

Billy asintió.

La mujer se inclinó sobre la lista.

-Old Orchard Beach -manifestó-. Ésa es la más tipo garito de todas. De la forma en que las cosas van por allí hasta el Día del Trabajo, sus amigos pasaran inadvertidos a menos que tengan tres cabezas cada uno.

-¿Y otras?

-Verá... La mayoría de las ciudades costeras se vuelven un poco garitos en verano -confesó-. Tomemos, por ejemplo, Bar Harbor. Cualquier persona que haya oído hablar de ella tiene una imagen de Bar Harbor como algo realmente lujoso..., digno..., lleno de gente rica que va por ahí con sus Rolls-Royces.

-¿Y no es así?

-No. Frenchman's Bay, tal vez, pero no Bar Harbor. En invierno es una ciudad muerta, en que la cosa más excitante que ocurre durante todo el día es el trasbordador de las diez y veinticinco. En verano, Bar Harbor es una ciudad loca. Es algo parecido a Fort Lauderdale durante las vacaciones de primavera, llena de cabezas y monstruos, y hippies súper-jubilados. Puede encontrarse en el borde de la ciudad, en Northeast Harbor, respirar hondo y quedar flipado por toda la droga que hay en Bar Harbor, si el viento es favorable. Y la atracción principal, hasta el Día del Trabajo, es un carnaval callejero. La mayoría de las ciudades que tiene en su lista son así, pero Bar Harbor se halla por encima de todo, ¿me comprende?

-Ya la he oído -replicó Billy, sonriendo.

-Solía ir allí algunas veces, en julio o agosto, y quedarme un poco, pero ya no. Soy demasiado vieja para todo eso que hay ahora.

La sonrisa de Billy se volvió melancólica. La camarera no aparentaba más de veintitrés años.

Billy le dio cinco dólares; ella le deseó un feliz veraneo y buena suerte para encontrar a sus amigos. Billy asintió, pero por primera vez no se notó tan optimista respecto de esa posibilidad.

-¿Le importaría aceptar un pequeño consejo, señor?

-En absoluto -respondió Billy, pensando que le iba a facilitar su idea del mejor lugar por donde comenzar, aunque ya lo había decidido por sí mismo.

-Debería engordar un poco -manifestó-. Coma pasta. Eso es lo que mamá le diría. Coma montones de pasta. Métase en el cuerpo algunos kilos.

Un sobre manila lleno de fotografías e información acerca de automóviles llegó para Halleck en su tercer día en South Portland. Examinó las fotografías lentamente, mirando cada una de ellas. Aquí estaba el joven que había hechos juegos malabares con los bolos; su nombre era también Lemke, Samuel Lemke. Miraba a la cámara con una franqueza no comprometedora, con aspecto de ser proclive tanto al placer como a la amistad, o a la ira y el mal humor. Aquí estaba la bonita muchacha que montaba el blanco al llegar los policías, y sí era tan maravillosa como Halleck conjeturara desde su lado del parque. Se llamaba Angelina Lemke. Colocó su foto al lado de la de Samuel Lemke. Hermano y hermana. "¿Los nietos de Susanne Lemke?", se preguntó. Los biznietos de Taduz Lemke?

Aquí estaba el hombre mayor que había tendido los folletos: Richard Crosskill. Había más Crosskills. Stanchfields. Starbirds. Más Lemkes. Y luego, cerca del fondo...

Era él. Los ojos, atrapados en dos redes de arrugas, eran oscuros, francos y llenos de una clara inteligencia. Llevaba un pañuelo en la cabeza, anudado al lado de su mejilla izquierda. Un cigarrillo aparecía hundido en sus profundamente rajados labios. La nariz era un húmedo y abierto horror, supurante y terrible.

Billy se quedó mirando la foto como hipnotizado. Había algo familiar en aquel viejo, alguna conexión que su mente no podía afinar. Luego se le ocurrió. Taduz Lemke le recordaba a uno de aquellos ancianos de los anuncios del yogur Danone, los rusos de Georgia que fumaban cigarrillos sin filtro, bebían vodka pura, vivían hasta unas edades tan asombrosas como ciento treinta, ciento cincuenta, ciento setenta. Y luego un verso de la canción de Jerry Jeff acudió a su mente, aquel acerca de Mr. Bojangles: *Parecía tener los auténticos ojos de la edad...*

Sí. Aquello era lo que había visto en el rostro de Taduz Lemke: eran los auténticos ojos de la edad. En aquellos ojos Billy vio un conocimiento tan profundo que convertía a todo el siglo XX en una sombra, y empezó a temblar.

Aquella noche cuando subió a la balanza en su cuarto de baño adjunto a su dormitorio en forma de porción de pastel, vio que había bajado a sesenta y dos.

Capítulo XVIII

La búsqueda

Old Orchard Beach -había dicho la camarera-. *Es la ciudad más garito de todas.*

El recepcionista se mostró de acuerdo. Y lo mismo la chica de la cabina de información turística, seis kilómetros más allá en la autopista, aunque se negó a expresarlo en unos términos tan tajantemente peyorativos. Billy dirigió su coche de alquiler hacia Old Orchard Beach, que se hallaba a unos treinta kilómetros hacia el sur.

El tráfico se hizo más lento hasta que los coches se arrastraron parachoques contra parachoques a unos dos kilómetros de la costa. La mayor parte de los vehículos de este desfile llevaban matrículas de Canadá. Un motón de ellos eran vehículos para vacaciones que parecían lo suficientemente grandes como para transportar equipos completos de rugby profesional. La mayoría de la gente que Billy vio, tanto en las colas del tráfico, como andando por los arcenes de la carretera, parecía vestida con lo mínimo que la ley permitía, y a veces aún menos: había un motón de bikinis de tirita, un montón de trajes de baño de cuerpo entero y también un montón de carne con aceites bronceadores en exhibición.

Billy iba vestido con vaqueros, una camisa blanca de cuello abierto y una chaqueta deportiva. Sentado detrás del volante de su coche, sudaba a mares incluso con el aire acondicionado al tope. Pero no había olvidado la forma en que el chico del servicio de habitaciones le había mirado. Ésta era la forma máxima de ir desvestido que se permitiría, aunque acabase el día con sus zapatos de lona llenos de charcos de sudor.

El atascado tránsito automovilístico cruzó zonas pantanosas saladas; pasó ante dos docenas de chozas de langostas y almejas y luego rodeó un área de casas veraniegas que estaban unidas unas a otras, como un nido de setas creciendo en el rincón de una bodega húmeda. Veraneantes similar mente desvestidos se hallaban sentados en muebles de jardín delante de la mayor parte de esas casas, comiendo, leyendo novelas en rústica o, simplemente, observando el inacabable flujo del tránsito.

Dios -pensó Billy-, *¿cómo pueden soportar el hedor de los tubos de escape?*

Se imaginó que tal vez les gustaba, que quizás ésa era la razón de que estuviesen sentados aquí en vez de en la playa, que aquello les recordaba su hogar.

Las casas dieron paso a los moteles con letreros en los que se leía ON PARLE FRANÇAIS ICI y PAPEL MONEDA CANADIENSE A LA PAR A PARTIR DE 250 DÓLARES y A TRES MINUTOS DEL OCÉANO: BONJOUR Á NOS AMIS DE LA BELLE PROVINCE!

Los moteles cedieron el paso a una calle principal que parecía albergar tiendas de máquinas de fotografiar a bajos precios, tiendas de recuerdos, emporios de libros pornos. Muchachos con pantalones cortos y camisetas holgazaneaban arriba y abajo, algunos dándose la mano, otros sobre patines, abriéndose paso a través de grupos de peatones con aburrido impulso. Ante los consternados y fascinados ojos de Halleck, todos parecían

tener exceso de peso y todos -incluso los chicos sobre patines- parecían comer algo: un trozo de pizza aquí, un Chipwich allí, una bolsa de Doritos, una bolsa de palomitas de maíz, un cono de algodón dulce. Vio a un hombre gordo con una camisa blanca suelta, unas bermudas verdes haciendo bolsas, y sandalias de correa, que mordisqueaba una salchicha de casi medio metro de longitud. Una tira de algo que parecía cebolla o *sauerkraut* le pendía del mentón. Llevaba otras dos salchichas entre los gordezuelos dedos de su mano izquierda, y para Billy parecía más bien un mago teatral mostrando pelotas rojas de caucho antes de hacerlas desaparecer.

Una avenida central se presentó a continuación. Una montaña rusa se alzaba ante el cielo. Una réplica gigante de un navío viquingo oscilaba hacia atrás y hacia adelante en unos semicírculos empinados mientras los viajeros atrapados dentro proferían gritos. Sonaban campanas y destellaban luces en una arcada a la izquierda de Billy; a su derecha, unos adolescentes con camisas a rayas conducían autos de choque, acometiéndose unos a otros. Exactamente más allá de la arcada, un joven y una joven se besaban. Los brazos de ella estaban trabados en torno del cuello de él. Una de las manos del joven se posaba en el trasero de ella y la otra mano sostenía una lata de Budweiser.

Sí -pensó Billy-. *sí, éste es el lugar. Debe serlo.*

Estacionó su coche en un espacio de sobrecalentado macadán, pagó al vigilante diecisiete dólares por medio día de estadía, trasladó la billetera de su bolsillo en la cadera al bolsillo interior de su chaqueta deportiva y comenzó la caza.

Al principio pensó que la perdida de peso se había acelerado. Todos le miraban. La parte racional de su mente rápidamente le tranquilizó respecto de que sólo era a causa de sus prendas y no del aspecto que tenía dentro de sus ropas.

La gente te mira de la misma forma como si te mostrases por esta acera llevando un traje de baño y una camiseta en octubre, Billy. Tómatelo con calma. Tienes algunas cosas que mirar, y por ahí hay mucho de eso.

Y aquello era ciertamente verdad. Billy vio una mujer gorda con un bikini negro, con su piel profundamente bronceada y reluciente de aceite. Su barriga era pródiga, la flexibilidad de los largos músculos de sus muslos resultaba casi mítica y extrañamente excitante. Avanzó hacia la amplia extensión de la blanca playa como un trasatlántico, con sus posaderas flexionándose en ondulaciones parecidas a olas. Vio a un caniche grotescamente gordo, con sus rizos cortados para el verano, con la lengua -más gris que rosada- sobresaliéndole apáticamente, sentado al lado de un puesto de pizzas. Vio dos peleas a puñetazos. Vio a una gran gaviota de alas moteadas de gris y fijos ojos negros precipitarse y arrebatar un grasiento bizcocho de la mano de un niñito en un cochecillo.

Más allá de todo esto se hallaba el creciente, inmaculadamente blanco, de la playa de Old Orchard, aunque su blancura se hallaba ahora casi por completo oscurecida por las hamacas reclinables para tomar el sol, cosa normal en un día de principios de verano a mediodía. Pero tanto la playa como el Atlántico que se encontraba más allá, parecían en cierto modo reducidos y abaratados por los pulsos y pausas eróticos de la avenida: los atascos de personas con comida secándoseles en las manos y en los labios y mejillas, los gritos de los buhoneros ("¡Te adivino el peso! -oyó decir a alguien a su izquierda-. Si me equivoco en más de dos kilos ganas tú"), los pequeños

chillidos de los que montaban en la feria, la estridente música de rock que surgía de los bares.

De repente, Billy comenzó a sentirse irreal de forma decidida, fuera de sí mismo, como si se tratase de uno de aquellos ejemplos de revistas *Fate* de proyección astral. Nombres -Heidi, Penschley, Linda, Houston- parecieron de repente sonar a falsos y a poca cosa, como los nombres que se componen sobre la marcha para un mal relato. Tuvo la sensación de que podía mirar detrás de las cosas y ver las luces, las cámaras, las llaves y algún "mundo real" inimaginable. El olor del mar parecía abrumado ante un olor de alimentos podridos y sal. Los sonidos se hacían distantes, como si flotasen a lo largo de un ancho vestíbulo.

Mierda, proyección astral -pronunció una voz tenue-. *Me parece que estás a punto de pillar una insolación, amigo mío.*

Eso es ridículo. No he tenido una insolación en toda mi vida.

Bueno, supongo que cuando uno pierde cincuenta y cuatro kilos, el termostato se va al carajo. ¿Vas a salir ahora del sol o te llevarán a una sala de urgencias en alguna parte donde te proporcionarán una Cruz Azul y un número de Protección Azul?

-Muy bien, ya me has hablado de ello -musitó Billy.

Un chico que pasaba a su lado y que se iba metiendo una caja de Reese's Pieces en la boca, se volvió y le dirigió una dura mirada.

Más adelante apareció un bar llamado The Seven Seas. En la puerta se veían dos letreros: FRÍO HELADO, decía uno. HORA DE FELICIDAD TERMINAL, rezaba el otro.

Billy entró.

El Seven Seas no sólo estaba fríamente helado, sino benditamente silencioso. Un letrero en la máquina de discos decía: ALGÚN CRETINO ME PATEÓ ANOCHE Y AHORA NO FUNCIONO. Debajo aparecía la traducción al francés del mismo comentario. Pero Billy pensó que, por lo viejo que era el cartel y por el polvo que aparecía en el juke-box, aquel "anoche" en cuestión debía de haber ocurrido hacía ya muchos años. En el bar se veía algunos parroquianos, en su mayor parte hombres mayores y vestidos de la misma forma que Billy: más para ir por la calle que por la playa. Algunos jugaban al ajedrez y al back gamón. Casi todos llevaban sombrero.

-¿Desea algo? -preguntó el barman, acercándose a él.

-Me gustaría una Schooner, por favor.

-Hecho.

Llegó la cerveza. Billy se la bebió lentamente, observando el flujo y reflujo de la acera afuera de las ventanas del bar, escuchando el murmullo de los ancianos. Sintió que parte de su fuerza -parte de su sentido de la *realidad*- le comenzaba a regresar.

El barman se presentó de nuevo.

-¿Quiere repetir?

-Por favor... Y me gustaría hablar unas palabras con usted, si tiene tiempo.

-¿Acerca de qué?

-De algunas personas que han debido pasar por aquí.

-¿Dónde es ese aquí? ¿Por el Seas?

-Por Old Orchard.

El barman se echó a reír.

-Por lo que he visto hasta ahora, todos los de Maine y la mitad de Canadá pasan por aquí en verano, amigo...

-Éstos eran gitanos.

El barman gruñó y le trajo a Billy otra botella de Schooner.

-Querrá decir que los trae el negocio. Lo mismo les pasa a quienes acuden a Old Orchard en verano. Aquí las cosas son diferentes. La mayoría de los tipos de por aquí viven en este lugar todo el año. La gente de ahí...

Hizo un ademán hacia la ventana, despreciándolos con un movimiento de la muñeca.

-Les atrae el asunto. Como a usted.

Billy se sirvió la cerveza vertiéndola con cuidado por un lado de su copa y luego dejó un billete de diez dólares encima de la barra.

-No estoy seguro de que nos comprendamos. Hablo de auténticos y actuales gitanos, no de turistas o veraneantes.

-Auténticos... Oh, se debe referir a esos tipos que acamparon en Salt Shack.

El corazón de Billy se le aceleró en el pecho.

-¿Podría mostrarle algunas fotos?

-No serviría de nada. Yo no los vi.

Se quedó mirando durante un momento el billete de diez dólares y luego llamó:

-¡Lon! ¡Lonnie! ¡Ven aquí un momento!

Uno de los ancianos que estaba sentado al lado de la ventana se levantó y anduvo de un extremo al otro de la barra. Llevaba unos pantalones grises de algodón, una camisa blanca que era demasiado grande para él y un sombrero de paja. Su rostro parecía cansado. Sólo sus ojos se veían vivaces. A Billy le recordó a alguien y, al cabo de unos momentos, lo comprendió. El viejo se parecía a Lee Strasberg, el maestro y actor.

-Éste es Lon Enders -declaró el barman-. Ha conseguido una buena casa al oeste de la ciudad. Al mismo lado que el Salt Shack. Lon ve todo lo que pasa en Old Orchard.

-Me llamo Bill Halleck.

-Me alegro de conocerle -respondió Lon Enders con una voz tenue, y se situó en el taburete de al lado de Billy.

Realmente no pareció sentarse; más bien sus rodillas se doblaron en el momento en que sus posaderas se acomodaron encima del afelpado.

-¿Quiere una cerveza? -preguntó Billy.

-No puedo -respondió aquella voz tenue y oxidada.

Billy movió su cabeza levemente para evitar el súper dulzón olor del aliento de Enders.

-Ya he tomado la del día. El médico dice que no puedo tomar más. Las tripas se me retuercen. Si yo fuese un coche estaría ya para el desguace.

-Oh... -exclamó Billy con poca convicción.

El barman se apartó de ellos y comenzó a meter copas de cerveza en el lavaplatos. Enders miró el billete de diez dólares. Luego alzó la vista hacia Billy.

Halleck explicó de nuevo las cosas, mientras la blanca y cansada cara de Enders, demasiado brillante, presentaba un aspecto soñador en las sombras del Seven Seas y las campanas de la arcada sonaban levemente, como sonidos entreoídos en un sueño..

-Estuvieron aquí -dijo una vez que terminó Billy-. Estuvieron aquí, en efecto. Hacía siete años o más que no veía gitanos. Y no había visto semejante pandilla en tal vez veinte años.

La mano derecha de Billy apretó la copa de cerveza que sostenía, y tuvo, conscientemente, que aflojar la presión para no llegar a romperla. Dejó cuidadosamente la copa encima de la barra.

-¿Cuándo? ¿Está seguro? ¿Tiene alguna idea de dónde pueden haber ido? ¿Podría...?

Enders alzó una mano: era tan blanca como la de un hombre ahogado que sobresaliese de un pozo, y a Billy le pareció apagadamente transparente.

-Tranquilícese, amigo mío -le dijo con su susurrante voz-. Le diré todo lo que sé.

Con el mismo esfuerzo consciente, Billy procuró no decir nada.

Sólo aguardar.

Tomaré los diez dólares porque tiene aspecto de podérselo permitir, amigo mío -susurró Enders.

Se los metió en el bolsillo de su camisa, y luego se llevó el pulgar y el índice de la mano izquierda a la boca, para ajustarse la parte superior de la dentadura postiza.

-Pero se lo contaría también gratis. Diablos, cuando te haces viejo pagarías porque alguien te escuchase... Pregúntele a Timmy si puedo conseguir un vaso de agua fría... Incluso una cerveza es demasiado, lo reconozco... Me arde lo que aún me queda en el estómago... Pero para un hombre resulta difícil abandonar todos sus placeres, incluso cuando ya no le representan ningún placer...

Billy llamó al barman y éste le trajo a Enders su agua helada.

-¿Estás bien, Lon? -le preguntó cuando se la dejó delante.

-He estado mejor y he estado peor -susurró Lon.

Y tomó el vaso. Por un momento, Billy pensó que demostraría ser demasiado pesado. Pero el anciano logró llevárselo a la boca, aunque derramó por el camino un poco de agua.

-¿Quieres hablar con este tipo? -quiso saber Timmy. El agua fría pareció revivir a Enders. Dejó otra vez el vaso encima de la barra, miró a Billy y luego dirigió otra vez la vista al barman.

-Creo que alguien debería hacerlo -manifestó-. Aún no está tan mal como yo..., pero está lográndolo.

Enders vivía en una pequeña colonia de jubilados en Cove Road. Explicó que Cove Road constituía una parte del "auténtico Old Orchard", la única de la que no se preocupaban los tips...

-*¿Tips?* -preguntó Billy.

-Las muchedumbres, amigo mío, las muchedumbres. Yo y mi mujer llegamos a esta ciudad en 1946, poco después de la guerra. Y desde entonces hemos estado aquí. He aprendido de un maestro en formación de multitudes, de *Lonesome* Tommy McGhee, muerto hace ya muchos años. He conseguido que me griten las tripas, y lo que oye ahora es todo lo que queda.

Volvió de nuevo la risilla, casi tan débil como un soplo de brisa antes del amanecer.

Enders había conocido a todos los asociados con el carnaval veraniego que constituía, al parecer, el Old Orchard: los buhoneros, los voceadores de la feria, los estibadores, los apagavidrios (vendedores de recuerdos), los hombres perro (los mecánicos de los caballitos), los de los autochoques, los artistas de circo, las tipas y los alcahuetes. La mayor parte de ellos eran gente estable que había conocido durante décadas, o gente que regresaba cada verano como aves migratorias. Formaban una comunidad fija, en su mayoría encantadora, que los veraneantes nunca veían.

También conocía una amplia porción de lo que el barman había llamado "el negocio del errabundeo". Aquellos eran los verdaderos transeúntes, gente que se mostraba durante una o dos semanas, hacía algunos negocios en la febril atmósfera de fiesta de la ciudad de Old Orchard, y luego se iba una vez más.

-¿Y los recuerda a *todos*? -preguntó Billy dudoso¡

-Oh, no podía hacerlo si fuesen distintos de un año a otro -susurró Enders-, pero ésa no es la forma en que funcionan los negocios errabundos. No son tan regulares como los de los caballitos y los autos de choque, pero también tienen una pauta. Ves a un tipo de ésos aparecer por el paseo de tablas de la playa, en 1957, vendiendo Hula Hoops que sostiene en la mano. Y luego leo ves de nuevo, en 1960, vendiendo relojes caros a tres dólares la unidad. Su cabello es tal vez negro en vez de rubio, y de este modo cree que la gente no le reconocerá, y supongo que eso es cierto para los veraneantes, aunque fuese en 1957, porque reincidían en que les timasen. Nosotros sí los conocemos. Conocemos este tipo de negocios. Nada cambia, excepto lo que venden, y todo lo que venden se encuentra siempre unos cuantos pasos fuera de la ley. Los vendedores de estupefacientes. Son demasiados y siempre acaban en la cárcel o se mueren. Y las putas se hacen viejas demasiado de prisa como para recordarlas. Pero lo que usted quiere es hablar de gitanos. Supongo que son los más viejos en estos negocios.

Billy sacó su sobre de fotografías del bolsillo de su chaqueta deportiva y las depositó con cuidado como el servidor de una mano de póquer: Gina Lemke, Samuel Lemke, Richard Crosskill, Maura Starbird.

Taduz Lemke

-¡Ah!

El viejo del taburete respiró con fuerza cuando Billy depositó esta última, y luego habló directamente a la fotografía, produciéndole a Billy piel de gallina.

-¡Teddy, viejo alcahuete!

Alzó la vista hacia Billy y sonrió, pero Halleck no se engañó: el viejo tenía miedo.

-Creí que era él -manifestó-. No vi nada más que una sombra en la oscuridad... Fue algo que sucedió hace tres semanas. Nada más que una forma en la oscuridad, pero creí... No, supe...

Se llevó de nuevo el vaso de agua a la boca, vertiendo aún más líquido, esta vez en la pechera de su camisa. El frío le hizo jadear.

El barman se presentó y favoreció a Billy con una mirada hostil. Enders mantuvo alzada la mano de forma ausente, para mostrar que se encontraba bien. Timmy se retiró otra vez al lavaplatos. Enders dio vuelta la foto de Taduz Lemke. Escrito en la parte posterior se leía *Foto tomada en Attleboro Mass.. mediados de mayo de 1983.*

-Y no había envejecido un día desde que le vi a él y a sus amigos en el verano de 1963 -acabó Enders.

Habían instalado el campamento detrás de Herk's Salt Shack Lobster Barn, en la carretera 27. Permanecieron allí durante cuatro días y cuatro noches. En la mañana del quinto día, simplemente se fueron. Cove Road estaba cerca, y Enders dijo que había andado aquel kilómetro la segunda noche en que los gitanos se encontraban allí (a Billy le resultaba difícil imaginarse a aquel hombre fantasmal dar la vuelta a la manzana, pero lo pasó por alto), deseaba verlos -manifestó-, porque le recordaban los viejos

días cuando un hombre podía dirigir su propio negocio si tenía un negocio que dirigir, y *John Law* se apartaba de su camino y le dejaba actuar en paz.

-Permanecí al lado de la carretera en silencio durante un rato -explicó-. Se trataba de la acostumbrada disposición empleada por los gitanos: cuanto más cambian las cosas, más siguen siendo las mismas. Solían ser todo tiendas y ahora eran camionetas y casas rodantes y cosas así, pero lo que ocurría en su interior seguía siendo exactamente igual. Una mujer que decía la buenaventura. Dos, tres mujeres que vendían pócimas para las damas... Dos, tres hombres que vendían pócimas para los hombres. Supongo que se hubieran quedado más tiempo, pero escuché que planeaban una pelea de perros para algunos ricos locales y que los policías del Estado lo habían barruntado.

-*¡Peleas de perros!*

-A la gente le gusta apostar, amigo mío, y este tipo de negocios trashumantes siempre desea disponer las cosas cuando se quiere apostar; ésta es una de las cosas para las que está el negocio. Perros o gallos con espolones de acero, o tal vez incluso dos hombres con esas aguzadas navajas que parecen casi punzones, y cada uno de ellos muerde el extremo de un pañuelo, y el que deja caer primero su lado es el perdedor. Lo que los gitanos llaman "una pelea justa".

Enders se estaba mirando en el espejo de la parte trasera del bar: a sí mismo y a través de sí mismo.

-Era como en los viejos tiempos, eso es -manifestó soñador-. Podía oler su carne, la forma en que la curan, y pimientos verdes, y el aceite de oliva del que tanto gustan, y que huele a rancio al sacarlo de la lata y luego dulce cuando se cocina con él. Y pude oírles hablar con su pintoresco lenguaje y aquel ruido sordo opresivo, procedente de alguien que arrojaba cuchillos contra un tablero. Alguien horneaba pan a la antigua usanza, sobre piedras calientes. Hizo una pausa.

-Era como en los viejos tiempos, pero no lo era. Sentí miedo. Bueno, en realidad, los gitanos *siempre* me han asustado un poco; había un diferencia y yo no hubiera vuelto a aquello de ninguna forma. Diablos, yo era un hombre blanco, ¿verdad? En los viejos tiempos hubiera caminado en línea recta hasta su fuego de campamento de una forma franca, y comprado una bebida o estrechado algunas manos, no a causa de que desease beber algo o una cosa simbólica, sino, simplemente, para echar un vistazo por allí. Pero los viejos tiempos me han convertido en un viejo, amigo mío y, cuando un viejo se asusta, no hace las cosas a tontas y a locas, como lo hacía en la época en que aprendía a afeitarse. Se produjo otra pausa.

»Por lo tanto, me quedé allí en la oscuridad, con la Salt Shack a uno de mis lados y todas aquellas camionetas y casas rodantes allí detenidas al otro, observándoles caminar de un lugar a otro frente a su fuego, escuchándoles hablar y reír, oliendo su comida. Y luego se abrió la parte trasera de una casa rodante; tenía la foto de una mujer a un costado, y un caballo blanco con un cuerno sobresaliéndole de la cabeza, no sé cómo se llama eso...

-Unicornio -replicó Billy.

Y su voz pareció proceder de alguna otra parte o de alguna otra persona. Conocía muy bien aquella imagen, puesto que la había visto por primera vez el día en que los gitanos aparecieron en los terrenos públicos de Fairview.

-Luego salió alguien -prosiguió Enders-. Era sólo una sombra y la punta encendida de un cigarrillo, pero supe quién era.

Dio unos golpecitos en la fotografía del hombre del pañuelo en la cabeza con uno de sus pálidos dedos.

-Era él. Su tipo...

-¿Está seguro?

-Chupó profundamente de su colilla y vi... eso...

Señaló lo que quedaba de la nariz de Taduz Lemke, pero no llegó a tocar la brillante superficie de la fotografía, como si con aquel roce se arriesgase a una contaminación.

-¿Habló con él?

-No -repuso Enders-, fue él quien habló conmigo. Yo seguía allí de pie en la oscuridad, y juro por Dios que ni siquiera miraba en mi *dirección*. Y dijo:

»¿Echas un poco de menos a tu mujer, eh, Flash? No te preocupes, la verás ya muy pronto.

»Luego se quitó el cigarrillo con un capirotazo de los dedos y se acercó al fuego. Vi el aro de su oreja destellar una vez a la luz de la lumbre, y eso fue todo.

Se enjugó unas pequeñas gotas de agua del mentón con el dorso de la mano y se quedó mirando a Billy.

-Eso de Flash era lo que solían llamarme cuando, en los años cincuenta, trabajaba en los muelles para ganarme la vida, pero hacía muchos años que nadie me llamaba ya así. Yo me encontraba entre las sombras, pero me vio y me llamó por mi viejo nombre, lo que me, figuro que los gitanos denominarían mi nombre secreto. Tienen en mucho el conocer el nombre secreto de un hombre.

-¿De veras? -preguntó Billy, casi para sí mismo.

Timmy, el barman, se presentó de nuevo. Esta vez le habló a Billy casi amablemente, y también como si Lon Enders no estuviera allí.

-Ya se ha ganado los diez pavos, compañero. Déjele en paz. No está muy bien, y esta pequeña discusión no le pondrá mejor...

-Estoy bien, Timmy -replicó Enders.

Timmy no le miró. En vez de ello miró a Billy.

-Quiero que se vaya de aquí -le dijo a Billy, en la misma voz razonable y casi amable-. No me gusta su aspecto. Parece como la mala suerte en espera de un lugar donde producirse. Las cervezas son gratis. Simplemente, váyase.

Billy se quedó mirando al tabernero, sintiéndose asustado y en cierto modo humillado.

-Muy bien -le dijo-. Una pregunta más y me marcharé.

Se volvió hacia Enders.

-¿Hacia dónde se fueron?

-No lo sé -respondió al instante Enders-. Los gitanos, amigo mío, nunca dejan dirección.

Los hombros de Billy se derrumbaron.

-Pero estaba levantado cuando se fueron al día siguiente. Ya ni duermo una mierda, y la mayor parte de sus camionetas y coches no andan muy bien de silenciadores. Les vi encaminarse a la Autopista 27 y luego girar al norte a la Carretera 1. Supongo que se irían a... Rockland.

El viejo lanzó un profundo y tembloroso suspiro que hizo que Billy se inclinase preocupado hacia adelante.

-Rockland o tal vez Boothbay Harbor. Sí. Y esto es todo lo que sé, amigo mío, excepto que, cuando me llamaron Flash, cuando pronunciaron mi nombre secreto, me meé a lo largo de la pierna hasta mi zapatilla de tenis del pie izquierdo.

Y, de repente, Lon Enders se echó a llorar.

-Señor... ¿hace el favor de marcharse? -pidió Timmy.

-Ya me voy -replicó Billy, y lo hizo, deteniéndose sólo un momento para oprimir un poco el estrecho y casi etéreo hombro de aquel hombre.

Afuera, el sol le golpeó como un martillo. Era mediada la tarde, el sol viajaba ya hacia el oeste y, al mirar hacia su izquierda, vio su propia sombra tan flaca como el palo de un pirulí, vertida sobre la blanca y caliente arena como si se tratase de tinta.

Marcó el número de zona 203.

Le dan mucha importancia a conocer el nombre secreto de un hombre.

Luego el 555.

Quiero que salga de aquí. No me gusta su aspecto.

Marcó el 9231 y escuchó el teléfono comenzar a sonar en su casa, en Ciudad de los Gordos.

Parece como la mala suerte aguardando...

-Hola...

La voz, expectante y un poco sin aliento, no era la de Heidi sino la de Linda. Tumbado en la cama en su habitación de hotel en forma de trozo de pastel, Billy cerró los ojos contra el repentino escozor de las lágrimas. La vio como la noche en que había andado con ella por Lantern Drive, habiéndole acerca del accidente: con sus viejos pantalones cortos y sus largas e inexpertas piernas.

¿Qué le vas a decir, muchacho? Que te has pasado el día en la playa sudando a mares, ese almuerzo con dos cervezas y que, a pesar de una copiosa cena, no con uno sino con dos lomos, hoy has perdido kilo y medio en vez del kilo acostumbrado?

-Hola...

¿Que eres la mala suerte, en espera de un lugar donde mostrarse? ¿Que sientes haber mentido, pero que todos los padres lo hacen?

-Hola... ¿Hay alguien ahí? ¿Eres tú, Bobby?

Con los ojos aún cerrados, contestó:

-Soy papá, Linda...

-*¿Papá?*

-Cariño, no puedo hablar -le dijo.

Porque estoy casi llorando.

»Aún sigo perdiendo peso, pero creo haber encontrado el rastro de Lemke. Díselo a tu madre. Que creo haber encontrado el rastro de Lemke... ¿Lo recordarás?

- ¡Papá, por favor, vuelve a casa!

Lloraba. La mano de Billy emblanqueció en el teléfono.

»Te echo de menos, y no permitiré que ella me mande fuera otra vez.

Apagadamente, ahora pudo escuchar a Heidi:

-¿Lin? ¿Es papá?

-Te quiero, muñeca -le dijo-. Y amo a tu madre.

-*Papá...*

Se produjo una confusión de pequeños sonidos. Luego Heidi se puso al teléfono.

-¿Billy? Billy, por favor, deja eso y vuelve a casa con nosotras.

Billy colgó con cuidado el teléfono, rodó sobre la cama y sepultó su rostro entre sus cruzados brazos.

Pagó a la mañana siguiente la cuenta en el South Portland Sheraton y se encaminó hacia el norte por la larga autopista costera número 1, que comienza en Fort Kent, Maine, y acaba en Key West, Florida. Rockland o tal vez Boothbay Harbor, había dicho el viejo de la Seven Seas, pero Billy no quería pasar nada por alto, Se detuvo en cada estación de servicio del lado norte de la carretera; se detuvo en almacenes donde los viejos sé sentaban delante en sillas de jardín, masticando palillos de dientes o cerillas de madera. Mostró sus fotos a todo el mundo que quiso mirarlas; cambió dos cheques de viajero de cien dólares por veinte billetes de diez dólares, y los fue entregando como un hombre que promociona una emisión de radio de dudosa audiencia. Las cuatro fotografías que mostraba con mayor frecuencia eran la de la chica, Gina, con su piel oliva claro y sus oscuros y prometedores ojos; el ex coche fúnebre Cadillac; el microbús VW con la muchacha y el unicornio pintados a un lado. Y la de Taduz Lemke.

Al igual que Lon Enders, la gente no quería ni siquiera tocarla.

Pero fueron de ayuda, y Billy Halleck no tuvo el menor problema en seguir a los gitanos a lo largo de la costa. No se trataba del asunto de que las matrículas no fuesen del Estado; había montones de este tipo de matrículas en Maine durante el verano. Se trataba de la forma en que los coches y las camionetas viajaban juntos, casi pegados; los coloreados dibujos a los lados; los mismos gitanos. La mayoría de la gente con la que hablaba Billy alegaba que las mujeres o los niños habían robado cosas, pero todos parecían vagos respecto de lo robado, y ninguno, por lo que pudo comprobar Billy, había avisado a la Policía a causa de estos presuntos ladrones.

La mayoría de ellos recordaban al viejo gitano con la macilenta nariz: si le habían visto, le recordaban por encima de todo.

Sentado en el Seven Seas con Lon Enders, se hallaba a tres semanas de distancia de los gitanos. El propietario de la gasolinera' Bob's Speedy-Ser no fue capaz de recordar el día en que les había llenado de gasolina sus coches, camiones y camionetas, sino sólo que "hedían condenadamente". Billy pensó que Bob también olía bastante, pero decidió que decirlo sería más bien imprudente. El muchacho universitario del Falmouth Beverage Barn, al otro lado de la carretera del Speedy-Ser le dijo exactamente el día: había sido el 2 de junio, el día de su cumpleaños, cuando lo pasó tan mal por tener que trabajar. El día en que Bill habló con ellos fue el 20 de junio, y se encontraba con dieciocho días de retraso. Los gitanos trataban de encontrar un sitio para acampar, un poco más al norte en la zona de Brunswick, y siguieron su camino. El 4 de junio acamparon en Boothbay Harbor. No en la misma línea costera, naturalmente, pero sí encontraron a un granjero deseoso de alquilarles un henar, en la zona de Kenniston Hill, por veinte dólares cada noche.

Permanecieron sólo tres días en aquella zona: la temporada veraniega no había hecho más que empezar y el botín fue escaso, El granjero se llamaba Washburn. Cuando Billy le mostró la foto de Taduz Lemke asintió y se santiguó, de una forma rápida y (Billy estaba convencido de ello) también inconsciente.

-Nunca he visto a un viejo moverse tan de prisa como lo hizo, le vi partir más leña de la que mis hijos podían traer.

Washburn titubeó y añadió:

-No me gustó. Y no era sólo su nariz. Diablos, mi propio abuelo tuvo cáncer de piel y antes de llevárselo a la tumba le abrió un agujero en la mejilla del tamaño de un cenicero. Pues bien, no nos gusta *esto*, pero aún nos gustan los abuelos... No sé si entiende lo que quiero decir...

Billy asintió.

-Pero este tipo... No me gustó. Me pareció una bestia...

Billy pensó en pedirle una aclaración acerca de aquel calificativo. Pero se percató de que no necesitaba una explicación.

-Es una bestia -repitió Billy con gran sinceridad.

-Comencé a desear verles desaparecer por la carretera -le dijo a Billy-. Veinte dólares por noche sólo por limpiar un poco de basura es una buena remuneración, pero mi mujer les tenía miedo y a mí también me daban un poco de pavor. Por lo tanto aquella mañana me presenté ante ese Lemke para darle la noticia, antes de que perdiese los nervios. Pero ya estaban guardándolo todo. Me alivió muchísimo.

-Y se encaminaron de nuevo hacia el norte.

-Sí, seguro que sí. Me encontraba en lo alto de aquella colina de ahí -señaló-, y observé cómo tomaban la carretera número 1, hasta perderse de vista. Quedé muy contento al verles marcharse.

-Sí. Estoy seguro de ello...

Washburn dirigió sus críticos y preocupados ojos hacia Billy.

-¿Quiere acercarse a la casa y tomar un vaso frío de leche? Parece cansado.

-Gracias, pero debo llegar a la zona de Owl's Head antes de ponerse el sol, si me es posible.

-¿Para buscarle?

-Sí.

-Pues si le encuentra, confío en que no se lo coma, porque me pareció hambriento.

Billy habló con Washburn el día 21 -el primer día oficial del verano, aunque las carreteras ya estaban llenas de turistas y tuvo que seguir todo el camino tierra adentro hasta Sheepscot antes de encontrar un motel con el letrero de libre- y los gitanos habían salido de Boothbay Harbor la mañana del día 8. Le separaban de ellos trece días.

Luego hubo un par de días en que pareció que los gitanos se habían ido al fin del mundo. No les habían visto en Owl's Head, ni en Rockland, aunque ambas fueran ciudades turísticas de primera clase. Los empleados de las gasolineras y las camareras miraron sus fotos, pero negaron con las cabezas.

Sintiendo lúgubremente ansias de vomitar preciosas calorías por encima de la barandilla - nunca había sido muy buen marinero-, Billy tomó el trasbordador interinsular desde Owl's Head hasta Vinalhaven, pero los gitanos tampoco habían estado allí.

En la noche del día 23 llamó a Kirk Penschley, confiando en conseguir nueva información, y cuando Kirk se puso al teléfono se produjo un pintoresco doble clic exactamente en el momento en que Kirk preguntó:

-¿Cómo estás, Bill, muchacho? ¿Y *dónde* te encuentras?

Billy colgó rápidamente, sudando. Se había quedado con la última plaza del Harnorview Motel de Rockland, y sabía que, probablemente, no habría ninguna otra plaza de motel entre aquí y Bangor, pero, de repente, decidió que se marchaba, aunque eso significara tener que pasarse la noche durmiendo en el coche en alguna carretera entre pastos. Aquel doble clic. No

le había preocupado en absoluto. A veces escuchas el ruido de que están interviniendo el teléfono, o que emplean equipos de grabación.

Heidi ha firmado documentos por ti, Billy.

Es la cosa más condenadamente estúpida que jamás haya oído.

Los ha firmado y Houston los ha firmado también junto a ella.

¡Permíteme un jodido descanso!

Déjalo, Billy.

Se fue. Heidi, Houston, aparte de la posibilidad del equipo de grabación, demostró ser la mejor cosa que hubiera podido hacer. Mientras se inscribía en el Bangor Ramada Inn aquella mañana a las dos, mostró al recepcionista las fotos -ahora ya se había convertido en un hábito- y el empleado asintió al instante.

-Sí, llevé a mi chica y consiguió que le leyesen la suerte -explicó.

Tomó la fotografía de Gina Lemke e hizo rodar sus ojos.

-Sabe realmente usar esa honda suya. Y también tiene el aspecto de saber hacer bien muchas otras cosas, si entiende lo qué quiero decir.

Meneó la mano como si se quitase agua de la punta de los dedos.

-Mi chica echó un vistazo a la forma en que yo la estaba mirando, y en seguida me sacó de allí a toda velocidad.

Y se echó a reír.

Un momento antes, Billy se encontraba tan cansado que sólo pensaba en irse a la cama. Pero ahora estaba de nuevo despierto por completo, con el estómago hormigueándole de adrenalina.

-¿Dónde? ¿Dónde estaban? ¿O dónde están aún...?

-No, ya no están. Se encontraban en Parsons, pero ya se han marchado, eso es. Estuve allí el otro día.

-¿Es la casa de un granjero?

-No, es donde solía estar el Bargain Barn de Parsons, hasta que se quemó el año pasado.

Lanzó una incómoda mirada a la forma en que el suéter de Billy se amoldaba a su cuerpo, a los huesos de los pómulos y a los contornos parecidos a una calavera del rostro de Billy, en donde los ojos ardían como una vela.

-Eh... ¿Desea inscribirse?

Billy encontró el Bargain Barn de Parsons al día siguiente: se trataba de un cobertizo abrasado de bloques de cemento en medio de lo que parecían unas cinco hectáreas de abandonada zona de estacionamiento. Anduvo despacio por encima del rajado macadán, haciendo resonar los tacones. Se veían latas de cerveza y de gaseosa. En unas cortezas de queso se arrastraban por allí escarabajos. Aquí aparecía aún una reluciente pelota (*"¡Eh, Gina!*" , gritó una voz fantasmal en su cabeza). También surgían los muertos recubrimientos de globos estallados y dos preservativos usados, tan parecidos a los globos.

Sí, habían estado aquí.

-Te huelo, viejo -susurró Billy a los restos del Bargain Barn, y a los espacios vacíos que habían sido ventanas y que parecían devolver la mirada con cetrino disgusto a aquel hombre flaco y parecido a un espantapájaros. El lugar estaba encantado, pero Billy no sintió miedo. Le había vuelto la ira, que llevaba como una segunda piel. Ira hacia Heidi, hacia Taduz Lemke, hacia los llamados amigos como Kirk Penschley que se suponía que debían

estar de su parte, pero que se habían vuelto contra él. Que se habían vuelto o lo harían.

Pero no importaba. Incluso por sí mismo, incluso con sus cincuenta y nueve kilos, aún quedaba lo suficiente de él para dar con aquel viejo gitano.

¿Y qué ocurriría entonces?

Pues ya se vería, ¿verdad?

-Te huelo, viejo -repitió Billy, y se dirigió a un lado del edificio. Allí había un letrero de un corredor de bienes raíces. Billy sacó la agenda de su bolsillo trasero y apuntó allí la información.

El nombre del corredor era Frank Quigley, pero insistió en que Billy le llamase Biff. En las paredes se veían fotos enmarcadas de Biff Quigley en su época de la escuela superior. En la mayor parte de ellas, Biff llevaba una casco de rugby. Encima del escritorio de Biff se hallaba un montón de placas de bronce, en las que se leía debajo un pequeño signo de: LICENCIA DE CONDUCTOR FRANCÉS.

Sí, explicó Biff, había alquilado aquel espacio al viejo gitano con la aprobación de Mr. Parsons.

-Se imaginó que no podía tener peor aspecto del que ya presenta ahora -explicó Biff Quigley-, y supongo que en esto tenía razón.

Se retrepó en su silla giratoria, con sus ojos apuntando incesantemente al rostro de Billy, midiendo el hueco entre el cuello de la camisa y el cuello de Billy, la forma en que la pechera de la camisa colgaba en pliegues, como una bandera en un día sin aire. Entrelazó las manos detrás de la cabeza, se balanceó hacia delante y atrás en su silla de oficina y colocó los pies encima de la mesa al lado de las placas de bronce.

-No, comprenderá que esto no es fácil de vender. Sin embargo, se trata de un magnífico suelo para fines industriales y, más pronto o más tarde, alguien con visión se precipitará para llegar a un acuerdo. Sí, señor, correrán a comprar.

- ¿Cuándo se fueron los gitanos, Biff?

Biff Quigley apartó las manos de detrás de la cabeza y se sentó erguido. Su silla hizo un ruido como si se tratara de un cerdo mecánico: *¡Hoinc!*

-¿Le importaría decirme por qué quiere saberlo?

Los labios de Billy Halleck -que ahora eran más delgados, y más altos, por lo que no siempre conseguía encontrarlos- se retiraron en una sonrisa de asustadora intensidad y tan demacrada que no parecía terrestre.

-Sí, Biff, me importa...

Biff se echó hacia atrás durante un momento, luego asintió y volvió a retreparse en su silla. Sus mocasines volvieron a posarse otra vez en su escritorio. Uno se cruzó sobre el otro y dio unos pensativos golpecitos en las placas.

-Está bien Billy. Un hombre tiene sus propios asuntos... Las razones de un hombre siempre son personales...

-Estupendo... -replicó Billy.

Sintió cómo la rabia le acometía de nuevo y comenzaba a apoderarse de él. Le volvía loco aquel hombre repugnante con sus mocasines y su arrastrada y étnica forma de hablar, y aquello, al igual que su cabello, no le proporcionaría ningún bien.

-Así, pues, dado que estamos de acuerdo...

-Pero esto le costará doscientos dólares.

-¿Qué?

A Billy se le abrió la boca. Por un momento, su cólera fue tan grande que, simplemente, fue incapaz de moverse o de decir algo. Esto fue, probablemente, bueno para Biff Quigley, porque, de haber podido Billy moverse, hubiera saltado encima de él. Su dominio de sí mismo también había perdido algún peso durante los últimos dos meses.

-No por la información que le estoy dando -replicó Biff Quigley-. Eso es gratis. Los doscientos son por la información que no les daré a ellos...

-¿Que... no... les dará...? ¿A quién? -consiguió al fin decir Billy.

-A su mujer -replicó Biff-, y a su médico, y a un hombre que dice trabajar para un grupo llamado Barton Detective Services.

Billy lo vio todo en un destello. Las cosas no eran tan malas como su mente paranoica había imaginado: eran aun peores. Heidi y Mike Houston habían visitado a Kirk Penschley y le habían convencido de que Billy Halleck estaba loco. Penschley empleaba aún la agencia Barton para buscar a los gitanos, pero ahora eran todos como astrónomos que miraban hacia Saturno, pero sólo para estudiar a Titán, o hacer regresar a Titán a la Glassman Clinic.

También veía al detective de Barton sentado en esta misma silla unos días atrás, hablando con Biff Quigley, explicándole que un hombre muy flaco llamado Bill Halleck aparecería pronto por allí y que, cuando lo hiciera, éste era el número donde debería llamar.

Aquello fue seguido de una visión aún más clara: se vio a sí mismo saltando por encima del escritorio de Biff Quigley, apoderarse del montón de placas a mitad del salto y luego golpearle a Biff Quigley la cabeza con ellas. Vio con profunda y salvaje claridad la escena: la piel rompiéndose, la sangre volando en una fina pulverización de gotitas (algunas de las cuales se aplastaban contra los retratos enmarcados), el blanco resplandor del hueso cascándose para revelar la textura física de la deleznable mente de aquel hombre. Luego se vio a sí mismo tirar las placas donde pertenecían, de donde, como una forma de expresarlo, habían procedido.

Quigley debió ver todo esto -o parte de ello- en la macilenta cara de Billy, puesto que una expresión de alarma apareció en su propio rostro. Se apresuró a sacar los pies de encima del escritorio y las manos de detrás del cuello. La silla emitió de nuevo su chillido de cerdo mecánico.

-En realidad, podríamos hablar... -comenzó.

Y Billy vio que una de sus manicuradas manos se acercaba al intercomunicador.

De repente, la ira de Billy se deshinchó, dejándole conmocionado y frío. Se acababa de visualizar saltándole a aquel hombre los sesos, y no de una manera vaga, sino en el equivalente mental del technicolor y del sonido Dolby. Y el bueno del viejo Biff había sabido también lo que ocurriría.

¿Qué le habrá pasado al viejo Bill Halleck que solía dar para el United Fund y hacer brindis el día de Nochebuena?

Su mente rigió de nuevo:

Sí, ése era el Billy Halleck que vivía en Ciudad de los Gordos. Se mudó. Se fue, para no volver.

-No es necesario hacer eso -le dijo Billy, asintiendo hacia el intercomunicador.

La mano se retiró y luego se acercó a un cajón del escritorio, como si aquél hubiese sido su objetivo durante todo el tiempo. Biff sacó un paquete de cigarrillos.

-Nunca había pensado en ello, ja, ja... ¿Fuma, Mr. Halleck?

Billy tomó uno, lo miró y luego se inclinó hacia delante para que le diesen fuego. Una chupada, y ya su cabeza pareció aligerarse.

-Gracias.

-Tal vez estaba equivocado respecto de los doscientos dólares.

-No, tenía razón... -replicó Billy.

Había cambiado por efectivo trescientos dólares en cheques de viajero al venir hacia aquí, pensando que sería necesario engrasar las cosas un poco, aunque nunca se le había ocurrido que tuviese que engrasarla por una razón de aquel tipo. Sacó la billetera y apartó cuatro billetes de cincuenta dólares. Acto seguido los arrojó encima del escritorio de Biff, al lado de las placas.

-¿Mantendrá la boca cerrada cuando le llame Penschley?

-¡Oh, sí señor!

Biff tomó el dinero y lo metió en el cajón junto con los cigarrillos.

-¡Puede estar seguro!

-Así lo espero -replicó Billy-. Y ahora, hábleme de los gitanos.

Continuar fue algo breve y sencillo; lo único realmente complicado habían sido los preliminares. Los gitanos llegaron a Bangor el 10 de junio. Samuel Lemke, el joven malabarista, y un hombre que respondía a la descripción de Richard Crosskill, se habían presentado en el despacho de Biff. Tras una llamada a Mr. Parsons y otra al jefe de Policía de Bangor, Richard Crosskill había firmado un sencillo formulario de arriendo con fecha a breve término renovable: en este caso, el breve plazo se especificaba en veinticuatro horas. Crosskill firmó como secretario de la Compañía Taduz, mientras que el joven Lemke permaneció de pie a lado de la puerta del despacho de Biff con sus musculosos brazos cruzados.

-¿Y con cuánto dinero le llenaron la palma de la mano? -preguntó Billy.

Biff alzó las cejas.

-¿Cómo dice...?

-Ha conseguido doscientos míos y probablemente cien de mi preocupada mujer y amigos, vía los Barton que le visitaron... Sólo me preguntaba cuánto le soltaron los gitanos. Ha exprimido muy bien todo esto, acabe como acabe, ¿no es así, Biff?

Durante un momento, Biff no dijo nada. Luego, sin responder a la pregunta de Billy, acabó su relato.

Crosskill había regresado los dos siguientes días para prorrogar el acuerdo de arriendo. Pero cuando se presentó de nuevo al tercer día, Biff ya había recibido una llamada del jefe de Policía y también de Parsons. Habían comenzado las quejas por parte de los residentes locales. El jefe de Policía pensó que ya era el momento apropiado para que los gitanos se fuesen. Parsons pensaba igual, pero se prestaría a dejarles quedar otro día, siempre y cuando estuvieran de acuerdo en subir el alquiler un poco: pongamos de treinta a cincuenta dólares por noche...

Crosskill lo escuchó y meneó la cabeza. Se fue sin pronunciar una palabra. Por capricho, Biff acudió en coche aquel mediodía al cobertizo incendiado de Bargain Barn. Llegó a tiempo de ver ponerse en marcha la caravana de gitanos.

-Se encaminaron por el Chamberlain Bridge- y eso es todo cuanto sé. ¿Por qué no se larga ahora de aquí, Bill? Para ser honrado, tiene todo el aspecto de un anuncio de unas vacaciones en Biafra. Sólo mirarle me pone la piel de gallina.

Billy estaba aún con el cigarrillo en la mano, aunque después de la primera chupada no había realizado ninguna otra. Ahora se inclinó hacia

delante y lo golpeó contra las placas de bronce. Cayó encendido en el escritorio de Biff.

-Para ser honesto -le dijo a Biff-, siento lo mismo hacia usted.

La cólera le había vuelto. Salió de prisa de la oficina de Biff Quigley antes de que le moviese en una dirección equivocada, o consiguiera que sus manos expresasen en algún idioma terrible, lo que era posible.

Era el 24 de junio. Los gitanos habían salido de Bangor a través del Chamberlain Bridge el día 13. Ahora estaban sólo a once días de distancia. Más cerca..., más cerca, pero aún demasiado lejos...

Descubrió que la Carretera 15, que comenzaba en el lado Brewer del puente, se conocía como la Bar Harbor Road. Carecía como si, a fin de cuentas, debiera ir allí. Pero, durante el camino, no hablaría más con corredores de bienes raíces y ya no se alojaría en moteles de primera clase. Si la gente de Barton aún seguía por delante de él, Kirk podría poner más hombres en su busca.

Los gitanos habían hecho un trayecto de ochenta kilómetros a Ellsworth el día 13, y consiguieron un permiso para acampar en los terrenos feriales durante tres días. Cruzaron el Penobscot River hacia Bucksport, donde se quedaron otros tres días, antes de trasladarse de nuevo hacia la costa.

Billy descubrió todo esto el 25; los gitanos salieron de Bucksport a última hora de la tarde del 19 de junio.

Ahora sólo le separaba de ellos una semana.

Bar Harbor era tan locamente estridente como la camarera le había dicho que sería, y Billy pensó que también había sugerido, por lo menos, algunas de las cosas esenciales en los recursos de la ciudad:

La atracción principal... hasta después del Día del Trabajo, es un carnaval callejero. La mayoría de esas ciudades son así, pero Bar Harbor está por encima de todo, ¿me comprende? Solio ir allí algunas veces en julio o agosto, y quedarme, pero ya no lo hago. Me siento demasiado vieja para eso.

Yo también -pensó Billy, sentado en un banco del parque, con pantalones de algodón y una camiseta en la que se leía BANGOR TIENE ALMA, y una chaqueta deportiva que colgaba recta de la percha ósea de sus hombros. Estaba tomándose un helado de cucurucho y atrayendo demasiadas miradas.- *Yo también.*

Estaba cansado; le alarmaba sentir que ahora se encontraba *siempre* cansado a, menos que se hallase inmerso en uno de sus ataques de cólera. Cuando estacionó aquella mañana y salió del coche para comenzar a enseñar las fotos, había experimentado un momento de *deja vu* de pesadilla: cuando los pantalones empezaron a deslizársele por las caderas.

-*Excúseme* -pensó-, *mientras se deslizaban por mis no caderas.*

Los pantalones eran unos de pana que había comprado en el almacén de objetos de Ejército y Marina de Rockland. Tenían una cintura de ochenta centímetros. El empleado le explicó (algo nervioso) que tendría problemas si compraba pantalones de confección, porque ahora ya casi se encontraba en las tallas juveniles. Sin embargo, sus piernas seguían teniendo ochenta y cinco centímetros de longitud, y no había muchos chicos de trece años, que alcanzasen más de un metro ochenta de estatura.

Estaba sentado comiéndose su cucurucho de helado de pistacho, esperando recuperar fuerzas, y tratando de decidir qué había de perturbador

en aquella hermosa y pequeña ciudad, donde no se puede estacionar el coche y apenas se puede andar por las aceras.

Old Orchard era vulgar, pero su vulgaridad era amistosa y en cierta forma estimulante; sabía que los premios que se ganaban en las cabinas "Pitch-Til-U-Win" eran chatarra que se desmontaba en seguida; que los souvenirs eran basura que se estropeaban casi en el momento exacto en que uno se alejaba demasiado para dar la vuelta y regresar a protestar, hasta que devolviesen el dinero. En Old Orchard muchas de las mujeres eran viejas, y casi todas estaban gordas. Algunas lucían unos bikinis obscenamente pequeños, pero la mayoría llevaban trajes de baño completos que parecían reliquias de los años 50: se sentía, al ver pasar a aquellas tintineantes mujeres por los paseos de tablas de la playa, que sus vestidos estaban sometidos a la misma terrible presión que un submarino que ha cruzado mucho más allá de su profundidad media de inmersión permitida. Si alguna parte de aquel milagroso e iridiscente tejido cedía, las gordas saldrían volando...

Los olores en el aire eran de pizza, helado, cebollas fritas, de vez en cuando el nervioso vómito de algún chiquillo que había permanecido demasiado rato en el torbellino. La mayoría de los coches que cruzaban lentamente arriba y abajo, en el tráfico, de Old Orchard, presentaban oxidadas las partes inferiores de las puertas y, por lo general, eran demasiado grandes. Y la mayor parte de ellos perdían aceite.

Old Orchard era vulgar, pero tenía también ciertos ribetes de inocencia que parecían perdidos en Bar Harbor.

Había aquí tantas cosas que eran exactamente lo contrario de Old Orchard, que Billy se sintió como si hubiese cruzado el espejo: aquí había pocas mujeres ancianas y, al parecer, no había mujeres gordas; poquísimas mujeres llevaban traje de baño. El uniforme de Bar Harbor parecía ser el traje de tenis y zapatillas blancas o desgastados jeans, camisolas de rugby y conjuntos marineros. Billy vio pocos coches viejos y aún menos coches norteamericanos. La mayoría eran Saabs, Volvos, Datsuns, BMW, Hondas. La mayor parte de las pegatinas en los parachoques rezaban cosas tales como: PARTE MADERA Y NO ÁTOMOS, FUERA USA DE EL SALVADOR Y LEGALIZAD LA YERBA. También se veía a la gente en bici; aparecían aquí y allá en el lento tráfico del centro de la ciudad, con costosas bicicletas de diez velocidades y llevaban anteojos de sol polarizados y viseras para el sol, destellando sus perfectas sonrisas de ortodoncia y escuchando Sony Walkman. En la parte baja de la ciudad, en el mismo puerto, crecía un bosque de mástiles: no los gruesos y descoloridos mástiles de las 181 embarcaciones de pesca, sino los esbeltos y blancos de los buques de vela que serían dejados en dique seco después del Día del Trabajo. La gente que hormigueaba por Bar Harbor era joven, esnob, liberal a la moda y rica. También, al parecer, hacían fiestas durante toda la noche. Billy telefoneó con antelación para conseguir una reserva en el Frenchman's Bay Motel y permaneció despierto hasta altas horas de la madrugada, escuchando la conflictiva música roquera procedente de seis u ocho bares diferentes. El registro de colisiones de coches y accidentes de tráfico -la mayoría con matrículas DWI, de las Indias Occidentales holandesas- en el periódico local resultaba impresionante y un tanto descorazonador.

Billy observó volar un Frisbee por encima de las multitudes de espléndidos ropajes y pensó:

¿Quieres saber por qué este lugar y esas personas te deprimen? Yo te lo diré. Están estudiando el vivir en sitios como Fairview, ésa es la razón. Acabarán la escuela y se casarán con mujeres que concluirán sus primeros líos y rondas de análisis, más o menos, al mismo tiempo, y se establecerán en los Lantern Orives de Estados Unidos. Llevarán pantalones rojos para jugar al golf y todas y cada una de las fiestas de Nochevieja constituirán ocasiones para muchos tocamientos de tetas.

-Sí, es deprimente, eso es -musitó.

Y una pareja que pasaba por allí le miró extrañamente.

Aún están aquí.

Sí. Aún estaban ahí. El pensamiento fue tan natural, tan positivo, que no fue ni sorprendente ni en particular excitante. Le llevaban sólo una semana; podían encontrarse ahora en Maritimes o mediada ya la costa, y ciertamente Bar Harbor, donde incluso las tiendas de venta de recuerdos se parecían a las lujosas salas de subastas del East Side, era demasiado elegante para que se quedase allí durante mucho tiempo una banda de gitanos desarrapados. Todo muy cierto. Excepto que aún estaban allí, y él lo sabía. -Te huelo viejo -susurró.

Naturalmente que lo hueles. Se supone que debes hacerlo.

Aquel pensamiento le ocasionó una incomodidad momentánea. Se levantó, arrojó los restos del cucurucho en una papelera y regresó al tenderete de los helados. El vendedor no pareció particularmente complacido al ver regresar a Billy.

-Me he estado preguntando si podría ayudarme -le dijo Billy.

-No, amigo, realmente no lo creo. Y Billy vio la repulsión en sus ojos.

-Tal vez se sorprenda...

Billy sintió una sensación de profunda calma y predestinación. El vendedor de helados quiso volverse, pero Billy lo sujetó sólo con los ojos; supo que era capaz de hacerlo, como si él mismo se hubiese convertido en una especie de criatura sobrenatural. Sacó el paquete de fotografías, que estaban ya arrugadas y manchadas de sudor. Ahora manejaba muy bien el tarot familiar de imágenes, alineándolas encima del mostrador del puesto de aquel hombre.

El vendedor las miró, y Billy no se sorprendió ante el reconocimiento en los ojos del hombre, no de placer, sino de un leve temor, como un dolor que aguardase a salir cuando pasasen los efectos de la anestesia local. Había un claro sabor a sal en el aire, y las gaviotas chillaban por encima del puerto.

-*Este tipo* -dijo el vendedor de helados, quedándose fascinado mirando la fotografía de Taduz Lemke-. *Este tipo...* ¡Vaya espantajo...!

-¿Están aún por aquí?

-Sí -prosiguió el de los helados-, sí, creo que aún están. Los policías los echaron a patadas de la ciudad al segundo día, pero pudieron alquilar un campo a un granjero en Tecknor, una ciudad tierra adentro, cerca de aquí. Los he visto por ahí... Los policías los han estado multando por llevar rotas las luces de posición trasera y cosas así. Uno pensaba que captarían la indirecta...

-Gracias -respondió.

Y comenzó una vez más a recoger sus fotos.

- ¿Quiere otro helado?

-No, gracias...

El miedo era ahora más fuerte, pero también estaba allí la ira, un tono zumbante y pulsante bajo todo lo demás.

-Señor... ¿no le importaría en ese caso circular? No es usted particularmente bueno para el negocio...

-No -replicó Billy-. Supongo que no.

Se encaminó de nuevo hacia su coche. El cansancio le había desaparecido.

Aquella noche, a las nueve y cuarto, Billy estacionó su coche alquilado en un costado de la Carretera 37-A, que salía de Bar Harbor hacia el norte. Se encontraba en lo alto de la colina y la brisa marina soplaba a su alrededor, despeinándole el pelo y haciendo que sus prendas revolotearan en torno a su cuerpo, Desde detrás de él, transportado por aquella brisa, le llegó el sonido de la fiesta roquera de aquella noche que comenzaba a desarrollarse en Bar Harbor.

Por debajo, a la derecha, vio un gran fuego de campamento rodeado por los coches, camionetas y casas rodantes. La gente estaba cerca del fuego, de vez en cuando alguien se acercaba a la hoguera, una figura recortada como en negro cartón. Pudo oír conversaciones y risas ocasionales.

Los había atrapado.

El viejo está ahí esperándote, Billy... Sabe que tú estás aquí.

Sí. Sí, naturalmente. El viejo podía haber llevado a su banda hasta el final del mundo -por lo menos, según lo que Billy Halleck habría sido capaz de decir- de haberlo deseado. Pero eso no le hubiera dado placer. En su lugar, había llevado a Billy dando saltos desde Old Orchard hasta aquí. Eso era lo que había deseado.

De nuevo el miedo, derivando como humo a través de sus vacíos huecos; al parecer, ahora tenía numerosos huecos. Pero la ira estaba asimismo allí.

Eso es también lo que yo deseaba, Y estoy a punto de sorprenderle. Miedo, eso es seguramente lo que espera. La cólera..., eso puede ser también -una sorpresa.

Billy miró hacia el coche durante un momento y luego meneó la cabeza. Echó a andar por el herboso lado de la colina en dirección a la fogata.

Capítulo XIX

En el campamento de los gitanos

Se detuvo detrás de la camioneta con el unicornio y la dama a un lado, una estrecha sombra entre otras sombras, pero más constante que las arrojadas por las llamas móviles. Se quedó allí escuchando, su tranquila conversación, los estallidos ocasionales de risas, el crujido de una rama en el fuego.

No puedo irme de aquí -insistió su mente con profunda seguridad.

Se vislumbraba miedo en aquella certidumbre, pero se entrelazaba con unos inarticulados pero profundos sentimientos de vergüenza y propiedad: no deseaba irrumpir en los concéntricos círculos de su fuego de campamento, y en sus conversaciones y en su intimidad, del mismo modo que tampoco había deseado que los pantalones se le cayeran en el tribunal de Hilmer Boynton. A fin de cuentas, era el ofensor. Él era...

Luego se alzó el rostro de Linda en su mente; le oyó pedirle que regresase a casa, y comenzó a llorar mientras lo hacía.

Él era el ofensor, sí, pero no el único.

La ira comenzó a invadirle. Se aferró a ella, trató de comprimirla, convertirla en algo un poco más útil; pensó que sería suficiente una simple severidad. Luego comenzó a andar entre la furgoneta y el break aparcado junto a la misma, con sus mocasines susurrando en la seca hierba de alfalfa, y se presentó en medio de ellos.

Realmente eran círculos concéntricos: en primer lugar el círculo más tosco de los vehículos, y dentro de éste un círculo de hombres y mujeres sentados en torno del fuego, que ardía en un agujero excavado y rodeado de piedras. Muy cerca, se veía clavada en el suelo una rama aguzada de unos dos metros de altura. Una hoja amarillenta de papel -un permiso para fuegos de campamento, según supuso Billy-, estaba empalada en el extremo.

Los hombres y mujeres más jóvenes se sentaban en la hierba aplastada o en colchonetas de aire. La mayoría de la gente de edad se sentaba en tumbonas de aluminio tubular, con tiras de plástico tejidas. Billy vio a una de las viejas sentada apoyada contra unas almohadas en una tumbona, abrigada con una manta. Fumaba un cigarrillo liado a mano y pegaba S & H Green Stamps en un libro de cupones.

Tres perros sabuesos de cazar mapaches situados en el extremo más alejado del fuego, comenzaron a ladrar estruendosamente. Uno de los hombres jóvenes alzó la mirada y, con un rápido y brusco movimiento, se echó hacia atrás un lado de su chaleco y reveló un revólver chapado en níquel que llevaba en una pistolera de hombrera.

-*Enkelt!* -dijo agudamente uno de los hombres, apoyando su mano en la del joven.

-*Bodde har?*

-*Just det... Han och Taduz...*

El hombre más joven miró hacia Billy Halleck, que ahora se hallaba en medio de ellos, totalmente fuera de lugar con su ancha chaqueta deportiva y sus zapatos de ciudad. No apareció ninguna expresión de miedo, sino de momentánea sorpresa -Billy lo hubiera jurado así- y compasión en su rostro.

Luego se fue, deteniéndose sólo lo suficiente para lanzar una patada a uno de los sabuesos y gruñir:

-*Enkelt!*

El perro gimió una vez y luego se calló.

Ha ido a buscar al viejo -pensó Billy.

Entonces miró a su alrededor. Las conversaciones habían cesado. Le contemplaron con sus oscuros ojos gitanos y nadie profirió una palabra.

Así es como te sientes cuando tus pantalones realmente se te caen en pleno juicio -pensó.

Pero aquello no era cierto. Ahora que se hallaba de veras delante de ellos, la complejidad de sus emociones había desaparecido. El miedo estaba allí, y la cólera, pero ambas cosas de forma extrañamente tranquila, de algún modo muy dentro de él.

Y hay algo más. No están sorprendidos de verte...

...ni tampoco les sorprende lo más mínimo tu aspecto.

Así, pues, era verdad. Todo era cierto. No se trataba de anorexia psicológica; ni tampoco de ninguna forma exótica de cáncer. Billy pensó que hasta Michael Houston se habría convencido ante aquellos ojos oscuros. Sabían lo que le había ocurrido. Sabían por qué le estaba sucediendo. Y sabían cómo acabaría.

Se miraron mutuamente, aquellos gitanos y el delgado hombre de Fairview, Connecticut. Y de repente, sin ninguna razón en absoluto, Billy comenzó a sonreír.

La vieja con la libreta de cupones gimió y le hizo la señal del mal de ojo.

Se oyeron unos pasos que se aproximaban y la voz de una mujer joven, hablando rápida y encolerizadamente:

-*Vad so han! Och plotslig brast han dybbuk, Papa! Alskling, grat inte! Snalla dybbuk! Ta mig Mamma!*

Taduz Lemke, vestido con un camisón que le caía sobre las huesudas rodillas, penetró con pies descalzos en la luz de la hoguera del campamento. Cerca de él, con una bata de algodón que se redondeaba dulcemente contra sus caderas mientras andaba, se hallaba Gina Lemke.

-*Ta mig Mamma! Ta mig...*

Captó la presencia de Billy de pie en el interior del círculo, con su chaqueta deportiva colgándole, con la culera de sus pantalones haciéndole bolsas casi por debajo del dobladillo de la chaqueta. Movió una mano en su dirección y luego se volvió hacia el anciano como para atacarle. Los demás la observaron en un impasible silencio. Otro nudo estalló en la fogata. Las chispas hicieron espirales en un pequeño ciclón.

-*Ta mig Mamma! Va dybbuk! Ta mig inte till mormor! Ordo! Vu'derlak!*

-*So hon lagst, Gina* -repuso el anciano.

Su rostro y su voz eran serenos. Una de sus retorcidas manos acarició la suave cascada negra del cabello de ella, que le llegaba hasta la cintura. Hasta aquel momento, Taduz parecía no haber mirado en absoluto a Billy.

-*Vi ska stanna.*

Durante un momento, la mujer se suavizó y, a pesar de sus exuberantes curvas, a Billy le pareció muy joven. Luego se volvió hacia él, con su rostro encendido de nuevo. Era como si alguien hubiese arrojado un chorro de gasolina en un incendio moribundo.

-¿No entiende nuestra jerga, señor? -le gritó a Billy-. Le he dicho a mi viejo papá que tú mataste a mi vieja mamá... ¡Le he dicho que eres un demonio y que deberíamos matarte.

El anciano le colocó una mano encima del brazo. Ella se liberó y se precipitó hacia Billy, apenas rozando el suelo del campamento con sus pies desnudos. Su cabello ondeó por detrás.

-*Gina, verkligen glad!* -gritó alguien, alarmado, pero no habló nadie más.

La serena expresión del anciano no cambió; observó a Gina aproximarse a Billy como unos padres indulgentes consideran a un niño díscolo.

La mujer le escupió; una enorme cantidad de cálido esputo blanco, como si su boca hubiese estado llena de saliva. Tenía sabor a lágrimas. Alzó la mirada hacia él con sus enormes ojos oscuros y, a pesar de todo lo que había sucedido, a pesar de cuánto Billy había perdido de sí mismo, fue consciente de que aún la deseaba. Y se percató de que ella también lo sabía: sus ojos sombríos eran más bien de desprecio.

-Si eso la hiciera volver, podrías escupirme hasta que me ahogase -le contestó.

Su voz resultó sorprendentemente clara y fuerte.

-Pero no soy un *dybbuk*. No soy un *dybbuk*, no soy un demonio, ni un monstruo. Como puedes ver...

Alzó los brazos y, por un momento, la fogata brilló a través de su chaqueta, haciéndole parecerse a un grande pero muy mal alimentado murciélago blanco. Lentamente, bajó de nuevo las manos a los costados.

-...Esto es todo lo que soy...

Por un momento la mujer pareció insegura, casi temerosa. Aunque su escupitajo aún bajaba por la cara de Billy, el desprecio había desaparecido 'de sus ojos y Billy casi le estuvo agradecido por esto.

-¡Gina!

Era Samuel Lemke, el malabarista. Había aparecido al lado del anciano y aún se abrochaba los pantalones. Llevaba una camiseta con un dibujo de Bruce Springsteen.

-*Enkelt men tillrackligt!*

-Eres un bastardo asesino -le dijo la mujer a Billy, y retrocedió por donde había venido.

Su hermano intentó ponerle un brazo en torno de los hombros, pero ella se lo impidió y desapareció entre las sombras. El anciano observó de nuevo cómo se alejaba y luego, al fin, volvió su mirada hacia Billy Halleck.

Durante un momento, Billy se quedó mirando el supurante hueco en medio de la cara de Lemke, y luego sus ojos fueron atraídos por los del viejo. ¿Ojos de la edad, había pensado? Eran algo más que eso..., y algo menos. Lo que allí veía era el vacío; el vacío constituía su fundamental verdad, no la conciencia superficial que brillaba en ellos como la luz de la luna sobre aguas hondas. Un vacío tan profundo y completo como los espacios que yacen entre las galaxias.

Lemke dobló un dedo hacia Billy y, como en un sueño, éste anduvo lentamente en torno del fuego de campamento hasta donde el anciano se encontraba con su camisón color gris oscuro.

-¿Entiendes el caló? -le preguntó Lemke, una vez que Billy estuvo exactamente delante de él.

Su tono resultó casi íntimo, pero resonó con claridad en el silencioso campamento, donde el único sonido era el de la fogata alimentada con ramas secas.

Billy meneó la cabeza.

-En caló te llamamos *skummade igenom*, que significa "hombre blanco de la ciudad".

Sonrió, mostrando unos dientes podridos y manchados de tabaco. El hueco oscuro donde se hallaba su nariz aparecía estirado y retorcido.

-Pero también significa lo que suena *ignorant scum* (escoria ignorante)...

Ahora al fin sus ojos liberaron a los de Billy; Lemke pareció perder todo interés.

-Vete ahora, hombre blanco de la ciudad. No tienes nada que ver con nosotros, y nosotros no tenemos nada que ver contigo. Si hubo algo entre nosotros, ya pasó. Regresa a tu ciudad.

Y comenzó a alejarse.

Durante un momento, Billy se quedó allí con la boca abierta, percatándose apenas de que el viejo le había hipnotizado: lo había logrado con tanta facilidad como un granjero hace dormir a una gallina, simplemente, metiéndole la cabeza debajo del ala.

¿Y esto es TODO? -le gritó de repente parte de su mente-. *Tanto conducir, tanto andar, tantas preguntas, tantas pesadillas, tantos días y noches... ¿Y esto era TODO? ¿Vas a quedarte aquí sin decir una palabra? ¿Le permitirás únicamente que te llame escoria ignorante y luego te irás a la cama?*

-No, eso no es todo -gritó Billy con voz áspera y fuerte.

Alguien suspiró hondo y sorprendido. Samuel Lemke, que había ayudado al viejo a dirigirse hacia la parte trasera de una de las caravanas, se volvió, desconcertado. Al cabo de un momento, el mismo Lemke se volvió asimismo. Su rostro parecía cansadamente divertido, pero, por un momento, pensó Billy, mientras la luz de la fogata alcanzaba su rostro, también había quedado sorprendido.

Muy cerca, el joven que fue el primero en ver a Billy, se metió la mano otra vez en su chaleco donde colgaba el revólver.

-Ella es muy bonita -dijo Billy-. Gina...

-Cierra el pico, hombre blanco de la ciudad -le gritó Samuel Lemke-. No quiero escuchar el nombre de mi hermana salir de tu boca...

Billy le ignoró. En vez de ello, miró a Lemke.

-¿Es tu nieta? ¿Tu bisnieta?

El viejo le observó como tratando de decidir si podía existir a fin de cuentas aquí algo, algún sonido diferente al del viento en un agujero del suelo. A continuación, comenzó otra vez a alejarse.

-Tal vez deberías aguardar un momento mientras escribo la dirección de mi hija -prosiguió Billy, alzando la voz.

No la elevó mucho; no necesitaba hacerlo para destacar su filo imperativo, uno que había afilado en numerosas salas de juicios.

-No es tan guapa como tu Gina, pero pensamos que es muy bonita. Tal vez eso tendría algo que ver con el tema de la injusticia. ¿Que cree, Lemke? ¿Que serán capaces de hablar acerca de esto después de que esté tan muerto, como su hija? ¿Quién es capaz de deslindar dónde se halla realmente la injusticia? ¿Los hijos? ¿Los nietos? Espere un momento, le escribiré su dirección. Sólo me llevará un segundo; la escribiré al dorso de

una de las fotografías que tengo de usted. Si no pueden arreglar este asunto, tal vez se encuentren algún día y se disparen la una a la otra, y sus hijos tal vez también lo intenten. ¿Qué opina, anciano..., no tiene eso más sentido que toda esta mierda?

Samuel colocó un brazo encima de los hombros de Lemke. Lemke se zafó de él y regresó con lentitud donde se encontraba Billy.

Ahora, los ojos de Lemke estaban llenos de lágrimas de furia. Sus nudosas manos se abrían y cerraban. Todos los demás observaban, silenciosos y asustados.

-Atropellaste a mi hija en la calle, hombre blanco -le dijo-. Atropellaste en la calle a mi hija, y luego tienes... eres lo suficientemente *borjade rulla* como para venir aquí y hablar con tu boca junto a mi oído. Eh, sé quién lo hizo. Me he preocupado de ello. La mayoría de nosotros damos la vuelta y salimos en coche de la ciudad. Pero, en ocasiones, conseguimos nuestra justicia.

El anciano alzó su nudosa mano enfrente de los ojos de Billy. De repente, la chascó en un cerrado puño. Un momento después la sangre comenzó a gotearle. Los otros musitaron no su miedo o su sorpresa, sino su aprobación.

-Justicia *rom, skummade igenom*. Ya me he cuidado de los otros dos. El juez, que se arrojó por una ventana hace dos noches. Está...

Taduz Lemke chascó los dedos y luego sopló sobre la eminencia de su pulgar como si fuese una semilla de diente de león.

-¿Le ha hecho eso recuperar a su hija, Mr. Lemke? ¿Ha vuelto cuando Cary Rossington se estrelló contra el suelo allá en Minnesota?

Los labios de Lemke se retorcieron.

-No necesito que vuelva. La justicia no hace regresar a los muertos, hombre blanco. La justicia es la justicia. Debe salir de aquí antes de que le envíe algo más. Sé lo que usted y su mujer estaban haciendo. ¿Cree que no he tenido esa visión? Pues la tuve. Pregúnteselo a cualquiera. Y tendré esa visión durante un centenar de años.

Se produjo un murmullo de asentimiento por parte de los reunidos alrededor del fuego.

-No me preocupa el tiempo que siga con esa visión -repuso Billy.

Alargó la mano de forma deliberada y sujetó los hombros del anciano. De alguna parte surgió un gruñido de rabia. Samuel Lemke se echó hacia delante. Taduz Lemke volvió la cabeza y escupió una sola palabra en romaní. El joven se detuvo, inseguro y confuso. Se produjeron expresiones similares en muchos de los rostros en torno del fuego de campamento, pero Billy no las vio: sólo miraba a Lemke. Se inclinó hacia él, cada vez más y más cerca, hasta que su nariz casi tocó la retorcida y esponjosa masa que era cuanto quedaba de la nariz de Lemke.

-Me cago en su justicia -replicó-. Sabe usted tanto de justicia como yo de turbinas de reactor. Quíteme esto de encima.

Los ojos de Lemke se alzaron hacia los de Billy, con aquel horrible vacío exactamente más allá de la inteligencia.

-Aléjese de mí o haré que las cosas se pongan peor -le dijo calmosamente-. Mucho peor de lo que cree que le hice la primera vez.

La sonrisa se extendió de repente por el rostro de Billy, aquella huesuda sonrisa que parecía casi como una luna creciente a la que hubiesen empujado hasta ponerla de espaldas.

-Adelante -le dijo-. Inténtelo. Pero sepa que no creo que pueda.

El viejo le miró sin pronunciar una palabra.

-Porque le he ayudado yo mismo a hacerlo -prosiguió Billy -. A fin de cuentas, había un acuerdo al respecto: es una especie de sociedad, ¿no cree? El maldecido y el que lanza la maldición. Todos hemos estado unidos con usted. Hopley, Rossington y yo. Pero yo ya he optado, viejo. Mi mujer me la estaba meneando en mi grande y lujoso coche, de acuerdo, y su hija salió de entre dos coches estacionados en mitad de la manzana, como cualquier vulgar peatón descuidado, y eso también es cierto. Si hubiese cruzado por la esquina, ahora estaría viva. Hubo culpa por ambas partes, pero ella está muerta y yo no podré volver ya más a lo que era mi vida. Esto equilibra las cosas. No es el mejor equilibrio en la historia mundial tal vez, pero es algo equilibrante. En Las Vegas tienen una forma de referirse a eso, lo llaman un aprieto. Esto es un aprieto, viejo. Dejémoslo acabar aquí.

Un extraño y casi alienante miedo se había alzado en los ojos de Lemke cuando Billy comenzó a sonreír, pero ahora lo reemplazó su ira, pétrea y obstinada.

-Nunca le sacaré eso, hombre blanco de la ciudad -replicó Taduz Lemke-. Moriré sin jamás abrir la boca.

Billy bajó lentamente su rostro sobre el de Lemke, hasta que sus frentes se tocaron y percibió el olor del anciano: un olor formado por el de telarañas, tabaco y débilmente a orina.

-Entonces, empeórelo. Adelante. Hágalo... ¿Cómo lo dijo antes? Como me lo infirió la primera vez...

Lemke se quedó mirándolo durante un largo momento, y ahora Billy sintió que era Lemke el que se hallaba atrapado. Luego, de repente, volvió el rostro hacia Samuel.

-*Enkelt av lakan och kanske alskadel Jtist det!*

Samuel Lemke y el joven con la pistola debajo del chaleco apartaron a Billy de Taduz Lemke. El delgado pecho del viejo se alzó y cayó con rapidez; su escaso pelo quedó en desorden.

No está acostumbrado a que le toquen, ni está acostumbrado a que le hablen airadamente,

-Es un aprieto -dijo Billy mientras se lo llevaban-. ¿Me oye?

El rostro de Lemke se retorció. De repente, de una forma horrible, tuvo trescientos años, un terrible muerto vuelto a la vida.

-*No poosh!* -le gritó a Billy, y sacudió el puño-. ¡Nada de aprieto! ¡Morirás delgado, hombre de ciudad! ¡Morirás así!

Juntó los puños y Billy sintió un dolor lancinante en los costados, como si estuviesen entre aquellos puños. Durante un momento, no pudo respirar y sintió como si le estuviesen retorciendo las tripas.

-*¡Morirás delgado!*

-Es un aprieto -profirió Billy de nuevo, forcejeando por jadear.

-*¡Nada de aprieto!* -gritó el viejo.

En su furia, ante aquella contradicción continuada un leve color rojo había entrecruzado sus mejillas con un dibujo como una red.

- ¡Sácalo de aquí!

Comenzaron a arrastrarlo más allá del círculo. Taduz Lemke permaneció de pie observando, con las manos en las caderas y su rostro una pétrea máscara.

-Antes de que me saquen, viejo, debe saber que mi propia maldición caerá sobre su familia -gritó Billy.

A pesar del sordo dolor en los costados su voz fue fuerte, calmada, casi alegre.

"La maldición del hombre blanco de la ciudad.

Los ojos de Lemke se abrieron levemente, pensó. Con el rabillo del ojo, Billy vio a la vieja, con los cupones de compras en su regazo cubierto con la manta, lanzarle de nuevo la señal contra el mal de ojo.

Los dos jóvenes dejaron durante un momento de arrastrarlo; Samuel Lemke lanzó una breve y desconcertada carcajada, tal vez ante la idea de que un abogado blanco de la clase media superior, de Fairview, Connecticut, maldijera a un hombre que, probablemente, fuese el gitano más viejo de Estados Unidos. El mismo Billy se hubiese reído dos meses atrás.

Sin embargo, Taduz Lemke no se reía.

-¿Crees que los hombres como yo no tenemos el poder de maldecir? -preguntó Billy.

Alzó las manos, aquellas manos delgadas y consumidas, a un lado y otro de su rostro y, lentamente, desplegó, los dedos. Parecía un invitado a un espectáculo de variedades pidiendo al auditorio que cesasen los aplausos.

"Tenemos el poder. Somos buenos en la maldición una vez que comenzamos. No me haga empezar...

Se produjo un movimiento detrás del anciano, un destello de una bata blanca y de un cabello negro.

-¡Gina! -le gritó Samuel Lemke.

Billy vio cómo avanzaba hacia la luz. Vio cómo alzaba la honda, tiraba la horquilla hacia atrás y la soltaba en el mismo movimiento suave, como un artista que trazase una línea en una agenda en blanco. Pensó ver un líquido y veteado resplandor en el aire mientras la bola de acero cruzaba el círculo, pero aquello ciertamente era sólo producto de su imaginación.

Se produjo un cálido y vidrioso lanzazo de dolor en su mano izquierda. Desapareció con la misma rapidez que había aparecido. Oyó como la bola de acero que ella había disparado rebotaba contra el costado de plancha de una camioneta. Al mismo tiempo se percató de que veía el demudado y furioso rostro de la muchacha, no enmarcado en sus extendidos dedos, sino a través de su palma, donde aparecía un nítido agujero redondo.

Me ha disparado con la honda -pensó-. *¡Santo Dios! Lo ha hecho...!*

La sangre, tan negra como alquitrán al resplandor de la fogata, rodó por la palma de su mano y empapó la manga de su chaqueta deportiva.

-*Enkelt!* -aulló la mujer-. ¡Sacadlo de aquí, *eyelak!* ¡Sacad de aquí a ese bastardo asesino!

Arrojó la honda. Aterrizó al borde del fuego, una forma en espoleta con una cazuela de goma del tamaño de un parche de ojo sujeto a la horquilla. Luego se alejó corriendo y gritando.

Nadie se movió. Los que estaban en torno de la hoguera, los dos jóvenes, el viejo y el mismo Billy, todos permanecieron allí en pie e inmóviles como en un cuadro. Se escuchó el golpear de una puerta y los gritos de la chica quedaron apagados. Y seguía sin haber dolor.

Repentinamente, sin saber siquiera que lo hacía, Billy alzó su sangrante mano hacia Lemke. El viejo retrocedió e hizo el signo del aojo hacia Billy. Este cerró la mano al igual que hiciera Lemke; la sangre corrió por su puño cerrado como había también corrido por el apretado puño de Lemke.

-¡La maldición del hombre blanco está lanzada contra usted, Mr. Lemke! No se escribe acerca de esto en los libros, pero le digo que es cierto... *Y que usted lo cree...*

El viejo lanzó una catarata de palabras en caló. Billy se sintió arrastrado desde atrás tan de repente que su cabeza se derrumbó contra el cuello. Sus pies dejaron de tocar el suelo.

Me tirarán a la hoguera. Dios mío, me van a asar como a un...

En vez de ello lo llevaron por el camino por donde había venido, a través del círculo (la gente se tiró de sus sillas y se arrastró para alejarse de él), y entre dos camionetas con remolque de casa rodante. Desde una de ellas, Billy oyó sonar un televisor con una banda sonora de risas.

El hombre del chaleco gruñó. Billy osciló como un saco de trigo (un saco de trigo de muy poco peso) y luego, durante un momento, voló. Aterrizó con un golpe sordo en la hierba más allá de los coches. Esto le dolió mucho más que el agujero de la mano; ya no tenía lugares recubiertos y sintió que sus huesos tintineaban dentro de su cuerpo como estacas sueltas en un viejo camión. Trató de. ponerse en pie y al principio no pudo. Unas lucecillas blancas bailoteaban delante de sus ojos. Gimió.

Samuel Lemke se acercó a él. La bien parecida cara del muchacho aparecía lisa, cadavérica e inexpresiva. Buscó en el bolsillo de sus vaqueros y sacó algo. Billy creyó al principio que se trataba de un palo y sólo reconoció lo que era cuando Lemke desplegó la hoja.

Alzó su ensangrentada mano, con la palma vuelta y Lemke vaciló. Ahora había una expresión en su rostro, una que Billy reconoció por su propio espejo del cuarto de baño. Se trataba de .miedo.

Su compañero le musitó algo.

Lemke titubeó por un momento, mirando hacia Billy; luego metió de nuevo la hoja del cuchillo en sus oscuras cachas. Escupió en dirección a Billy. Un momento después los dos hombres habían desaparecido.

Se quedó tendido allí durante un instante, tratando de reconstruirlo todo, de extraer un sentido de aquello..., pero eso no era más que un truco de abogado, y no le serviría aquí, en este lóbrego lugar.

Su mano comenzaba a hablarle muy en voz alta acerca de lo que le había ocurrido, y pensó que muy pronto le dolería muchísimo más. A menos, naturalmente, que mudasen de opinión y fuesen por él. Podrían terminar con todos sus dolores en muy escaso espacio de tiempo, y para siempre.

Ello le obligó a moverse. Rodó sobre sí, alzó las rodillas hasta lo que le quedaba de estómago. Luego realizó una pausa durante un momento, con su mejilla izquierda oprimida contra la marchita hierba, con su trasero al aire mientras una oleada de debilidad y de náusea se precipitaba a través de él como una ola rompiente. Cuando pasó, pudo ponerse en pie y comenzar a ascender por la colina hasta donde estaba su coche. Se cayó dos veces por el camino. La segunda vez creyó que le resultaría imposible ponerse de nuevo en pie. Algo -sobre todo el pensar en Linda, durmiendo tranquila e inocentemente en su cama- le movió a hacerlo. Ahora su mano daba la sensación como si una infección enrojecida estuviese pulsando allí, abriéndose camino hacia su antebrazo y su codo.

Una infinidad de tiempo después alcanzó su Ford de alquiler y hurgó en busca de las llaves. Se las había metido en el bolsillo izquierdo, por lo que tuvo que alargar su mano derecha ante la entrepierna para tomarlas.

Puso el coche en marcha y realizó una pausa momentánea, con su torturada palma yaciendo sobre su muslo izquierdo cual un pájaro al que han disparado. Miró hacia el círculo de camionetas y al titilar del fuego.

Un fantasma de alguna vieja canción llegó hasta él.

Ella danzó alrededor del fuego al compás de una melodía gitana...

Dulce mujer en movimiento, cómo me encantó...!

Levantó lentamente su mano izquierda ante su rostro. Una fantasmal luz verde del tablero de instrumentos del coche se derramó a través del agujero redondo negro de su palma.

Billy pensó:

Me ha encantado esa mujer, eso es...

Puso en marcha el coche.

Se preguntó con casi cínico despego si sería capaz de realizar el trayecto de regreso al Frenchman's Bay Motel.

Y de alguna forma, lo logró.

Capítulo XX

Cincuenta y cuatro

-¿William? ¿Qué anda mal?

La .voz de Ginelli, que había estado profundamente opaca a causa del sueño y dispuesta a encolerizarse, tenía ahora un filo de preocupación. Billy había encontrado el número particular de Ginelli en su agenda de direcciones, debajo del de los Three Brothers. Lo marcó sin demasiadas esperanzas, seguro de que lo habrían cambiado en algún momento de todos aquellos pasados años.

Su mano izquierda, envuelta en un pañuelo, yacía sobre su regazo. Se había convertido en algo parecido a una emisora de radio y emitía, aproximadamente, en cincuenta mil vatios de dolor; el menor movimiento le enviaba unos dolores terribles a través del brazo. Gotas de sudor permanecían en su frente. Se imaginó incluso imágenes de crucifixión.

-Lamento llamarte a tu casa, Richard -le dijo-. Y además tan tarde...

-A la mierda con todo eso... ¿Qué pasa?

-Verás, el problema inmediato es que me han disparado y atravesado la mano con...

Se movió levemente. Su mano pareció incendiársele, y sus labios se le plegaron encima de los dientes.

-...con una honda...

Se produjo un silencio en el otro extremo.

-Ya sé que esto parece raro, pero es verdad. La mujer empleó una honda para arrojar una bola de acero.

-Jesús! Que...

Se oyó una voz de mujer como telón de fondo. Ginelli habló brevemente en italiano con ella y en seguida se puso otra vez al aparato.

-¿No es una broma, William? ¿Alguna puta te ha atravesado la mano con una bola disparada con una honda?

-No suelo llamar a la gente a...

Se miró el reloj y otra llamarada de dolor le corrió por el brazo.

-...a las tres de la madrugada para contar un chiste... He estado sentado aquí durante las últimas tres horas, intentando aguardar a que fuese una hora más civilizada. Pero el dolor...

Se echó a reír un poco, un sonido hiriente, impotente, desconcertante.

-El dolor es terrible.

-¿Tiene eso algo que ver con aquello para lo que me llamaste con anterioridad?

-Sí.

-¿Se trata de los gitanos?

-Sí, Richard...

-¿Sí...? Pues te prometo una cosa. Ya no te joderán más después de esto.

-Richard, no puedo ir a ver a un médico y estoy en... Realmente tengo un montón de dolor.

Billy Halleck, Gran Maestro de las Declaraciones -pensó.

»¿Podrías enviarme a alguien? ¿Tal vez por "Federal Exprés" ¿Alguna clase de analgésico?

-¿Dónde estás?

Billy titubeó sólo durante un momento y luego meneó un poco la cabeza. Todos aquellos en quienes confiaba decidieron que estaba loco: pensó que era muy probable que su mujer y su jefe hubieran seguido adelante y que, más pronto o más tarde, harían los movimientos necesarios para conseguir una declaración de incapacidad contra él en el Estado de Connecticut. Ahora sus elecciones resultaban muy simples, y con una maravillosa ironía: o confiar en aquel granuja traficante de drogas, al que no había visto en seis años, o, simplemente, dejarlo todo correr.

Cerró los ojos y dijo:

-Estoy en Bar Harbor, Maine. En el Frenchman's Bay Motel. Unidad treinta y siete.

-Espera un momento.

La voz de Ginelli se apartó de nuevo del teléfono. Billy le oyó hablar apagadamente en italiano. No abrió los ojos. Al final, Ginelli tomó el receptor en el otro extremo de la línea.

-Mi mujer está haciendo un par de llamadas por mí -explicó-. Está poniendo en marcha ahora mismo a unos tipos en Norwalk, paisan. Espero que quedes satisfecho.

-Eres un caballero, Richard -repuso Billy.

Las palabras le salieron en una pronunciación gutural y tuvo que aclararse la garganta. Sentía mucho frío. Sus labios se encontraban muy secos y trató de humedecérselos, pero su lengua se hallaba también harto seca.

-Debes estar inmóvil, amigo mío -le explicó Ginelli.

Ahora su voz reflejó de nuevo preocupación.

-¿Me oyes? Muy quieto. Envuélvete en una manta si quieres, pero eso es todo. Te han disparado. Y eres víctima del shock.

-Mierda, no -replicó Billy, y se rió de nuevo-. Llevo ya dos meses en *shock*...

-¿De qué me hablas?

-No importa...

-Muy bien. Pero tenemos que hablar, William...

-Sí...

-Yo... Espera un segundo...

De nuevo palabras suaves y débiles en italiano. Halleck cerró los ojos una vez más y escuchó cómo su mano radiaba dolor. Al cabo de un rato, Ginelli se puso otra vez al aparato:

-Un hombre se presentará con algunos analgésicos para ti. Y él...

-Eh, Richard, eso no es...

-No me digas cómo he de hacer las cosas..., William... Limítate a escuchar. Se llama Fander. Ese tipo no es médico, por lo menos ya no, pero te echará un vistazo y decidirá si debes recibir antibióticos además de analgésicos. Estará ahí antes de que se haga de día.

-Richard, no sé cómo darte las gracias -respondió Billy.

Las lágrimas le corrían por las mejillas; se las enjugó distraídamente con la mano derecha.

-Ya sé que no -repuso Ginelli-. No eres un tonto... Recuerda, William: quédate inmóvil.

Fander llegó poco antes de las seis de la mañana. Era un hombrecillo, con un cabello blanco prematuro y llevaba un maletín de médico rural. Se

quedó mirando el cuerpo flaco y demacrado durante un largo momento sin hablar y luego, cuidadosamente, desató el pañuelo de la mano izquierda de Billy. Éste tuvo que llevarse la otra mano a la boca para sofocar un grito.

-Levántela, por favor -le dijo Fander.

Billy lo hizo. La mano estaba muy inflamada, con la piel tensa y brillante. Por un momento Billy y Fander se miraron a través del agujero de la palma de la mano del primero, que aparecía rodeado de sangre coagulada. Fander sacó un odoscopio de su maletín y lo alumbró a través de la herida. Luego lo apagó.

-Limpio y perfecto -comentó-. Si ha sido una bolilla lo que lo ha hecho, existen muchas menos posibilidades de infección que si se tratase de un balín dé plomo.

Realizó una pausa y pensó durante un momento.

-A menos, naturalmente, que la chica pusiera algo en la bola antes de dispararla.

-Qué idea más consoladora -gimió Billy.

-No me pagan para consolar a la gente -replicó fríamente Fander-, especialmente cuando me sacan de la cama a las tres y media y he de quitarme el pijama y ponerme la ropa en un avión que va dando tumbos a casi cuatro mil metros. ¿Ha dicho que era una bola de cojinete?

-Sí.

-En ese caso probablemente está usted bien. No se puede empapar esa bola con veneno de la misma forma como lo hacen los indios jíbaros para empapar con curare sus flechas de madera, y no parece probable que la mujer lo pintase con algo, si se trató, como usted dice, de una reacción sobre la marcha. Esto curará bien, sin complicaciones.

Sacó un desinfectante, gasas y una venda elástica.

-Voy a recubrir la herida y luego se la vendaré. El recubrirla le dolerá terriblemente, pero créame si le digo que le dolerá muchísimo más si la dejamos abierta.

Lanzó otra mirada reflexiva sobre Billy: no el ojo compasivo del doctor, pensó Billy, sino más bien la expresión fría y evaluadora de un abortista.

-Esta mano se convertirá en el menor de sus problemas si no comienza de nuevo a comer.

Billy no respondió.

Fander le miró durante un largo momento y luego comenzó a tapar la herida. De todos modos, en aquel momento la conversación se hubiese hecho imposible para Billy; la emisora de radio de dolor de su mano saltó de cincuenta mil a doscientos cincuenta mil vatios. Cerró los ojos, apretó los dientes y aguardó a que aquello terminara.

Al fin todo acabó. Se sentó con su punzante mano vendada en el regazo y observó cómo Fander hurgaba de nuevo en su maletín.

-Aparte de las demás consideraciones, su radical delgadez se convierte en un problema cuando hay que enfrentarse al dolor. Se sentirá más incómodo de como se sentiría si su peso fuese normal... eso temo... No le puedo administrar Darvon o Darvocet porque podrían llevarle al coma o causarle una arritmia cardiaca. ¿Cuánto pesa, Mr. Halleck? ¿Cincuenta y siete

-Más o menos -musitó Billy.

Había una balanza en el cuarto de baño y se había subido a la misma poco antes de dirigirse al campamento de los gitanos: supuso que era su

pintoresca forma de animarse para aquella excursión. La aguja se había detenido en cincuenta y tres. Toda aquella carrera en medio de un cálido verano había ayudado a acelerar considerablemente las cosas.

Fander asintió con una pequeña mueca de disgusto.

-Le administraré un analgésico más bien fuerte. Se tomará una sola tableta. Si no se adormece en el plazo de media hora, y su mano le sigue doliendo mucho, mucho, puede tomarse otra media tableta. Y seguirá haciendo lo mismo durante los siguientes tres o cuatro días.

Meneó la cabeza.

-Acabo de volar más de mil kilómetros para recetar a un hombre un analgésico. No llego a creerlo. La vida puede ser muy perversa. Pero considerando su peso, incluso esto podría ser peligroso. Tal vez sería mejor la aspirina infantil.

Fander se sacó otra botellita de su maletín, esta vez sin marcas,

-Aureomicina -le dijo-. Tómese una por vía bucal cada seis horas. Pero anote bien esto, Mr. Halleck... Si empieza a tener diarrea, *deje el antibiótico al instante*. En su estado, la diarrea es mucho más capaz de matarle que una infección de esa herida.

Cerró con vigor el maletín y se puso de pie.

-Un consejo final que no tiene nada que ver con sus aventuras por la campiña del Maine. Tómese algunas tabletas de potasio tan pronto como le sea posible, y comience con dos cada día: una al levantarse y otra cuando se vaya a la cama. Las encontrará en la farmacia en la sección de las vitaminas.

-¿Por qué?

-Porque si continúa perdiendo peso, muy pronto comenzará a sufrir ataques de arritmia cardiaca cuando tome Darvon o cualquier otra droga. Esa clase de arritmia surge si existe una carencia total de potasio en el cuerpo. Tal vez fue lo que mató a Karen Carpenter. Buenos días, Mr. Halleck.

Fander salió entre la luz lechosa del amanecer. Por un momento, se quedó allí de pie mirando en dirección al ruido del océano, que resultaba muy nítido en aquella quietud.

-Realmente debe cesar cualquier huelga de hambre que haya emprendido, Mr. Halleck -le dijo sin volverse-. En muchos sentidos, el mundo no es más que un montón de mierda. Pero también puede ser muy hermoso.

Se dirigió hacia el Chevrolet que estaba parado a un lado del edificio y se metió en el compartimiento trasero. El coche se puso en marcha.

-Estoy tratando de dejarla -le dijo Billy al coche que desaparecía-. Realmente lo intento.

Cerró la puerta y se acercó con lentitud a la pequeña mesa que había al lado de la silla. Miró los frasquitos de medicinas y se preguntó cómo los abriría con una sola mano.

Capítulo XXI

Ginelli

Billy encargó que le mandasen un abundante almuerzo. Jamás había estado menos hambriento en su vida, pero se lo comió todo. Cuando hubo acabado, se arriesgó a tomar tres tabletas de Fander, razonando que las tragaba encima de un bocadillo de pavo, papas fritas y un trozo de pastel de manzana, que se parecía muchísimo a asfalto duro.

Las tabletas le acometieron con fuerza. Fue consciente de que el transmisor de dolor de su mano, de repente, se había reducido a sólo cinco mil voltios, y luego se encontró retozando en una serie febril de sueños. Gina danzaba en uno de ellos, desnuda menos sus ajorcas de oro. Luego se arrastraba a través de una larga y oscura alcantarilla hacia un círculo de luz de día que siempre, enloquecedoramente, permanecía a igual distancia. Algo estaba detrás de él. Tenía la terrible sensación de que se trataba de una rata. Una rata muy grande. Luego salió de la alcantarilla. Si había creído que eso significaba que se escaparía, estaba equivocado: había regresado a aquel hambriento Fairview. Yacían cadáveres amontonados por todas partes. Yard Stevens yacía tendido en medio del parque municipal, con sus tijeras de barbero fuertemente hundidas en lo que quedaba de su garganta. La hija de Billy aparecía inclinada contra un farol, sin nada más que un conjunto de palos unidos en su atuendo púrpura y blanco de animadora. Resultaba imposible decir si realmente estaba muerta como los demás o sólo en estado comatoso. Un buitre se arrojó y aterrizó encima de su hombro. Desgarró un gran mechón de su cabello con su podrido pico. Sangrantes trozos de cuero cabelludo colgaban de sus extremos, como los terrones de tierra adheridos a las raíces de una planta que ha sido arrancada de mala manera del suelo. Pero no estaba muerta. Billy la oyó gemir, vio sus manos moverse débilmente en su regazo.

-*¡No!* -gritó en sueños.

Comprobó que tenía la honda de la muchacha en la mano. El soporte no estaba cargado con una bolilla de cojinetes sino con un pisapapeles de cristal de encima de la mesa del recibidor de la casa de Fairview. Había algo dentro del pisapapeles - algún defecto-, que parecía como una masa de cúmulos azul-negros. Linda había quedado fascinada siempre con aquello como una chiquilla. Billy disparó el pisapapeles al ave. Erró y, de repente, el pajarraco se convirtió en Taduz Lemke. Un ruido resonante comenzó en alguna parte: Billy se preguntó si se trataría de su corazón que se precipitaría en un fatal acceso de arritmia.

Nunca te lo quitaré, hombre blanco de la ciudad -dijo Lemke.

Y súbitamente, Billy se encontró en alguna otra parte y el sonido retumbante seguía aún.

Miró estúpidamente en torno de la unidad del motel, creyendo al principio que se trataba sólo de otro local de sus sueños.

- ¡William! -gritó alguien al otro lado de la puerta-. ¿Estás ahí? ¡Abre, o echaré la puerta abajo! ¡William! ¡William!.

Voy -trató de decir.

Pero no salid ningún sonido de su boca. Sus labios estaban secos y como pegados con goma. Sin embargo, tuvo una abrumadora sensación de alivio. Era Ginelli.

-¿William? Maldita sea...

Esto último se pronunció en una voz como para sí mismo, y fue seguido de un gran golpe cuando Ginelli cargó con el hombro contra la puerta.

Billy se puso de pie y el mundo entró y salió de foco durante un momento. Al fin abrió la boca, sus labios se separaron con un suave rasguear que sintió más que oyó.

-No pasa nada -consiguió decir-. No pasa nada, Richard. Estoy aquí. Acabo de despertarme.

Cruzó el cuarto y abrió la puerta.

-Cristo, William, pensé que estabas...

Ginelli se calló de repente y se quedó mirándole, con sus ojos castaños cada vez más abiertos hasta que Billy pensó:

Echará a correr. No se puede mirar así a algo o a alguien y no salir pitando en cuanto recibes la primera impresión de lo que quiera que sea.

Luego Ginelli se besó el pulgar derecho, se santiguó y dijo:

-¿Me dejarás entrar, William?

Ginelli había traído una medicina mejor que la de Fander: Chivas. Sacó la botella de un maletín de piel de becerro y sirvió para cada uno una buena ración. Tocó el borde del vaso de plástico del motel con el reborde del de Billy.

-Por unos días más felices que éstos -brindó-. ¿Y qué es eso?

-Está bien... -replicó Billy, y se tomó la bebida de un solo trago.

Después de que la explosión de fuego en su estómago se hubiese convertido en sólo un rescoldo, se excusó y se dirigió al cuarto de baño. No deseaba emplear el retrete: lo que no quería era que Ginelli le viese llorar.

-¿Qué te ha hecho? -le preguntó Ginelli-. ¿Te ha envenenado la comida?

Billy comenzó a reírse. Era la primera buena risa desde hacía mucho tiempo. Se sentó de nuevo en su silla y se rió hasta que le rodaron las lágrimas por las mejillas.

-Te quiero, Richard -le dijo cuando la risa cambió en media risa y luego en unas risitas con graznido-. Todo el mundo, incluyendo a mi esposa, cree que estoy loco. La última vez que me viste tenía dieciocho kilos de más y ahora parezco como si estuviese tratando de interpretar el espantapájaros en una nueva versión de El mago de Oz, y lo único que se te ocurre decir por esa boca es "¿Te ha envenenado la comida?"

Ginelli despreció con una mano tanto la risa semi-histérica de Billy, como los cumplidos, y ambas cosas con igual impaciencia.

Billy pensó:

Lemke y Ginelli son iguales. Cuando se trata de la venganza y de la contra-venganza, no tienen el menor sentido del humor...

-¿Y bien? ¿Lo hizo?

-Supongo que lo hizo. En cierto modo, lo hizo...

-¿Cuánto peso has perdido?

Los ojos de Billy enfocaron el espejo de cuerpo entero que e hallaba en el otro lado de la habitación. Recordó haber leído -le pareció que en una novela de John D. MacDonald- que todo moderno cuarto de motel de Estados Unidos parecía estar lleno de espejos, aunque la mayoría de las habitaciones las ocupaban hombres de negocios con exceso de peso, que no

tenían el menor interés en mirarse a sí mismos. Su estado era más bien el opuesto al exceso de peso, pero comprendió igual el sentimiento anti-espejo. Supuso que se trataba de su rostro -no, no sólo su rostro, sino toda la cabeza-, que era eso lo que había asustado a Richard. El tamaño de su cráneo seguía siendo el mismo, y el resultado era que su cabeza colgaba por encima de su desaparecido cuerpo como una espantosa cabeza de gran tamaño de un girasol gigante. Y cada hueso debajo de su carne aparecía en claro relieve: era poco más que un cráneo con unos hundidos y relucientes ojos.

Nunca te lo quitaré, hombre blanco de la ciudad -oyó que decía Lemke.

-¿Cuánto pesas, William? -repitió Ginelli.

Su voz fue calmosa, pero sus ojos brillaron de forma rara y clara. Billy no había visto nunca relucir los ojos de un hombre de aquella forma tranquila, y eso le puso un poco nervioso.

-Cuando esto comenzó, cuando salí de la sala de juicios y el viejo me tocó, pesaba ciento quince kilos. Esta mañana, pesaba cincuenta y tres poco antes del almuerzo. ¿Eso hace... sesenta y dos kilos?

-¡Jesús, María y José, el carpintero de Brooklyn Heights! -susurró Ginelli, y se santiguó de nuevo-. ¿Te tocó?

Ahora es cuando se irá, así es como se van todos -pensó Billy.

Y durante un salvaje segundo pensó en simplemente mentir, sacar alguna loca historia de un sistemático envenenamiento de alimentos. Pero si hubo un tiempo para mentir, ahora ya había desaparecido. Y si Ginelli se iba, Billy se iría con él, por lo menos hasta el coche de Ginelli. Le abriría la puerta y le daría las gracias por su visita. Lo haría porque Ginelli había escuchado cuando Billy le llamó en medio de la noche, enviándole a su particular versión de un médico, y luego se presentó en persona. Pero, sobre todo, llevaría a cabo todos aquellos actos de cortesía porque los ojos de Ginelli se habían abierto de aquella forma cuando Billy abrió la puerta, y, sin embargo, no había echado a correr.

Así que le vas a decir la verdad. Afirma que las únicas cosas en que cree son las armas y el dinero, y ésa es probablemente la verdad, pero tú le dirás la verdad a causa de que es la única forma de pagarle a un tipo como él.

¿Te tocó?

Eso es lo que había preguntado Ginelli y, aunque había sucedido sólo un segundo atrás, fue algo que pareció mucho más prolongado en la confusa y asustada mente de Billy. Ahora pronunció la cosa que le resultaba más difícil de decir:

-No solamente me tocó, Richard. Me maldijo.

Aguardó que aquella loca chispa muriese en los ojos de Ginelli. Aguardó a que Ginelli mirase el reloj, se pusiese de pie de un salto y agarrase su maletín.

El tiempo pasa sin que uno se dé cuenta, ¿no crees? Me gustaría muchísimo quedarme y hablar de esos asuntos de maldiciones contigo, William, pero tengo un plato caliente de ternera al marsala aguardándome en los Brothers, y...

La chispa no murió y Ginelli no se levantó. Cruzó las piernas, se alisó la raya, sacó un paquete de cigarrillos Camel y encendió uno.

-Cuéntame todo -le pidió.

Billy Halleck le contó todo a Ginelli. Cuando acabó, en el cenicero se veían cuatro colillas de Camel. Ginelli miraba fijamente a Billy, como

hipnotizado. Se prolongó un largo silencio. Resultó incómodo, y Billy deseó romperlo, pero no sabía cómo. Le pareció que ya había empleado todas sus palabras.

-Te hizo esto... -dijo al fin Ginelli-. Esto...

Y agitó una mano hacia Billy.

-Sí. No espero que lo creas, pero así es, lo hizo...

-Lo creo -respondió Ginelli casi ausente.

-¿Sí? ¿Qué le ha pasado al tipo que sólo creía en las armas y en el dinero?

Ginelli sonrió y luego se echó a reír.

-Te lo dije cuando llamaste aquella vez, ¿verdad?

-Sí.

La sonrisa se extinguió.

-Pues bien, existe otra cosa en la que creo, William. Creo en lo que veo. Y ésa es la razón de que sea un hombre relativamente rico. Y también es el motivo de que sea un hombre vivo. La mayoría de la gente no cree lo que ve.

-¿No?

-No. No a menos que vaya acompañado de lo que ya creen.

¿Sabes lo que vi en el *drug store* que frecuento? Exactamente la semana pasada vi eso.

-¿Qué?

-Han puesto allí una máquina para tomar la presión sanguínea. Quiero decir que también la suelen poner en otras tiendas, pero en la farmacia es gratis. Metes el brazo en un aro y oprimes un botón. El aro se cierra. Te sientas allí durante un rato y tienes pensamientos serenos, y luego la cosa está lista. La lectura te la dan en grandes números rojos. Luego miras en el gráfico donde pone "baja", "normal" y "elevada", para comprender lo que significan aquellos números. ¿Has captado la descripción?

Billy asintió.

-Muy bien. Estaba aguardando a que el tipo me diese un frasquito de esa medicina estomacal que mi madre debe tomar para su úlcera. Y un tipo gordo se acercó anadeando hacia mí. Quiero decir que pesaba ciento catorce kilos y que su culo parecía dos perros peleándose debajo de una manta. Había todo un mapa de carreteras de bebedor en su nariz y mejillas, y pude ver un paquete de Marlboro en su bolsillo. Toma una de esas bolsas de maíz del Dr. Scholl y la lleva a la registradora cuando sus ojos captan la máquina de tomar la presión. Por lo tanto se sienta y la máquina hace su trabajo. Y luego aparecen los números. Veintidós, dice. No conozco una mierda del maravilloso mundo de la medicina, William, pero sé que eso de veintidós es la categoría más espeluznante. Me refiero a que del mismo modo podrías ir por ahí con el cañón de una pistola cargada apuntándote en la oreja, ¿no tengo razón?

-Sí.

-¿Y qué hace ese botarate? Me mira y dice: "Todo esto digital es pura mierda". Luego paga su bolsa de maíz y se larga. ¿Y sabes cuál es la moraleja de esta historieta, William? Algunos tipos, un montón de tipos, no creen lo que ven, en especial si no comulga con lo que quieren comer o beber o pensar o creer. Yo no creo en Dios. Pero si le viese, creería. No iría por ahí diciendo: "Jesús, vaya un efecto especial más estupendo". La definición de un imbécil es "un tipo que no cree en lo que ve". Y puedes citarme si así lo deseas...

Billy se quedó mirando con atención durante un momento y luego estalló en risotadas. Al cabo de un momento, Ginelli se le unió.

-Pues bien -prosiguió-, de todos modos aún sigues parecido al viejo William cuando te ríes. La pregunta, William, es la siguiente: ¿qué vamos a hacer con ese viejo carcamal?

-No lo sé. -Billy se echó a reír de nuevo, pero esta vez fue un sonido breve. - Pero supongo que debo hacer algo. A fin de cuentas, le he maldecido...

-Eso me has contado. La maldición del petimetre blanco de la ciudad. Teniendo en cuenta lo que todos los petimetres blancos de todas las ciudades han hecho durante los últimos dos siglos, no será algo muy consistente.

Ginelli hizo una pausa para encender otro cigarrillo y luego dijo, de forma natural, a través del humo.

-Tú sabes que puedo dársela.

-No, eso no... -comenzó Billy, pero luego cerró al instante la boca.

No tenía una imagen de Ginelli acercándose a Lemke y dándole un puñetazo en el ojo. Luego, de repente, se percató de que Ginelli estaba hablando de algo mucho más definitivo.

-No, no puedes hacerlo -concluyó su frase.

Ginelli, o bien no lo comprendió o afectó no comprenderle.

-Claro que puedo. Y también es seguro que no me es posible recurrir a nadie más. Por lo menos, a nadie lo suficientemente de fiar. Pero soy tan capaz de hacerlo ahora como cuando sólo tenía veinte años. No sería una molestia, puedes creerme, sino un auténtico placer.

-No, no quiero que le mates a él, ni a ningún otro -replicó Billy-. Lo digo en serio.

-¿Y por qué no? -preguntó Ginelli, aún de forma razonable, pero sus ojos, según vio Billy, seguían girando y girando de aquella loca manera-. ¿Te preocupa el ser cómplice en un asesinato? No sería un asesinato, sino defensa propia. Porque él te está matando, Billy. Otra semana así, y la gente podrá leer los signos que llevas encima sin necesidad de preguntarte nada. Otras dos semanas, y no te atreverás a salir si sopla viento por miedo a salir volando.

-Tu socio médico me sugirió que podría morir de arritmia cardiaca antes de llegar tan lejos. Presumiblemente, mi corazón está perdiendo peso, junto con el resto de mí.

Tragó saliva.

"Sabes, no he tenido este pensamiento particular hasta ahora mismo. Hubiera deseado no tenerlo en absoluto...

- ¿Ves? Te está matando... Pero no te importa... No quieres que se la dé. Pues no lo haré. De todos modos no parece una buena idea. No acabaría con la cosa.

Billy asintió. Aquello también se le había ocurrido a él.

Quítame esto de mi -le había pedido a Lemke.

Aparentemente, hasta los hombres blancos de la ciudad comprendían que era necesario hacer algo. Si Lemke moría, la maldición, simplemente, a partir de ese momento funcionaría por sí sola.

-El problema es -prosiguió Ginelli de forma reflexiva- que no puedes golpearlo a tu vez.

-No.

Aplastó su cigarrillo y se levantó.

-Voy a pensar en esto, William. Hay mucho que pensar al respecto. Y quiero decidirme en un estado sereno, ¿comprendes? No se pueden tener ideas acerca de un lío así de complicado cuando estás alterado, y cada vez que te miro, paisan, desearía agarrar el pájaro de ese tipo v metérselo en el agujero donde solía estar su nariz.

Billy se puso de pie y casi se cayó. Ginelli le sujetó y Billy lo abrazó desmañadamente con su brazo sano. No le pareció haber abrazado a un hombre hecho y derecho en su vida.

-Gracias por venir -le dijo Billy-. Y por creerme.

-Eres un buen compañero -replicó Ginelli, soltándole-. Estás metido en un mal paso, pero tal vez podamos sacarte de él. De una forma u otra, vamos a ponerle algunos bloques de piedra a ese viejo. Voy a salir á pasear durante un par de horas, Billy. Para conseguir que mi mente se serene. Para imaginarme algunas ideas. Y asimismo quiero hacer algunas llamadas telefónicas a la ciudad.

-¿Acerca de qué?

-Ya te lo contaré después. Ante todo quiero poder pensar. ¿Estás bien?

-Sí.

-Mientes... No tienes en absoluto color en la cara.

-Muy bien...

Se sentía de nuevo soñoliento y totalmente agotado.

-La muchacha que disparó contra ti -dijo Ginelli-. ¿Es bonita?

-Muy bonita.

-¿Sí?

Aquel brillo loco había vuelto a los ojos de Ginelli, más reluciente que nunca.

-Sí.

Aquello turbó a Billy.

-Échate, Billy. Tómate algo. Ya te miraré después. ¿Me puedo llevar tu llave?

-Claro...

Ginelli se fue. Billy se echó en la cama y colocó su mano vendada con cuidado a su lado, sabiendo perfectamente bien que si se quedaba dormido, era probable que rodase sobre ella y se despertase.

Probablemente sólo me ha seguido la corriente -pensó Billy-. *Probablemente ahora mismo estará llamando a Heidi. Y cuando me despierte, los hombres con los cazamariposas estarán esperándome al pie de la cama. Y ellos...*

Pero ya no hubo más. Derivó hacia el sueño y, de alguna manera, consiguió no darse vuelta sobre su mano enferma.

Y esta vez no tuvo pesadillas.

Tampoco había hombres con cazamariposas en la habitación cuando se despertó. Sólo Ginelli, sentado en la silla al otro lado del cuarto. Estaba leyendo un libro titulado *This savage rapture* y bebiendo una lata de cerveza. Afuera estaba oscuro.

Había cuatro latas de un paquete de seis en un cubo con hielo en la tele, y Billy se lamió los labios.

-¿Podría beberme una? -preguntó. Ginelli alzó la vista.

- ¡Pero si es Rip Van Winkle que regresa de la muerte! Claro que puedes. Toma, deja que te abra una.

Se la llevó, y Billy se bebió la mitad de la lata sin respirar. La cerveza era buena y estaba fría. Había amontonado el contenido del frasquito de tabletas en uno de los ceniceros de la habitación (los cuartos de los moteles no tienen tantos ceniceros como espejos, pensó, pero casi). Tomó una y la engulló con otro trago.

-¿Cómo va la mano?-le preguntó Ginelli.

-Mejor...

En cierto modo era una mentira, porque su mano le dolía horriblemente. Pero en cierto modo era también verdad. Porque Ginelli estaba ahí, y eso hacía más por contener el dolor que la tableta o el vaso de Chivas. Las cosas duelen en realidad más cuando estás solo. Esto le hizo pensar en Heidi, porque ella era la que debería estar con él, no este bribón, pero no estaba. Heidi se hallaba allá, en Fairview, ignorando tozudamente todo esto, porque el concederle algún hueco en su mente significaría tener que explorar los límites de su propia culpabilidad, y Heidi no deseaba hacerlo. Billy sintió un monótono y pulsante resentimiento. ¿Qué había dicho Ginelli? La definición de un imbécil es la de "un tipo que no cree en lo que ve". Trató de apartar aquel resentimiento: a fin de cuentas era su mujer. Y estaba haciendo lo que creía que era justo y mejor para él, ¿no era así? El resentimiento se alejó, pero no demasiado.

-¿Qué hay en esa bolsa de la compra? -preguntó Billy.

La bolsa estaba en el suelo.

-Cosas -replicó Ginelli.

Miró al libro que leía y luego lo tiró a la papelera.

-Esto chupa más que un Electrolux. No he podido encontrar un Louis Lamour.

-¿Qué clase de cosas?

-Para después. Para cuando vaya a visitar a tus amigos gitanos.

-No seas tonto -respondió Billy con aspereza-. ¿Quieres acabar como yo? ¿O tal vez como un paragüero humano?

-Calma, calma -replicó Ginelli.

Su voz era zumbona y suave, pero aquella lucecilla de sus ojos giraba y giraba. De repente, Billy se percató de que, en realidad, no se había tratado de algo dicho acaloradamente: de veras había maldecido a Taduz Lemke. Aquello con que le maldijera estaba sentado enfrente de él en un barato sillón de plástico de hotel y bebiendo una Miller Lite. Y con partes iguales de diversión y horror, se dio cuenta también de algo más: tal vez Lemke supiese como levantar su maldición, pero Billy no tenía la menor idea de cómo alzar la maldición del hombre blanco de la ciudad. Ginelli lo estaba pasando bien. Era más divertido, tal vez, que cualquier otra cosa que le hubiese pasado en muchos años. Era como un jugador de bolos profesional ansioso de abandonar su retiro para tomar parte en un acontecimiento de caridad. Les hablaría, pero esa conversación no cambiaría nada. Ginelli era su amigo. Ginelli era un tipo cortés e incluso un purista del lenguaje, que le llamaba William en vez de Bill o Billy. Era asimismo un perro de caza muy grande y muy eficiente que se había librado de su cadena.

-No me digas que me lo tome con calma -le dijo-; limítate a contarme qué planeas.

-Nadie resultará lastimado -repuso Ginelli-. Limítate a pensar en esto, William. Sé que es importante para ti. Creo que tienes algo en ti, ya sabes, principios que ya no puedes soportar más, pero seguiré adelante, porque es

eso lo que quieres y porque eres la parte ofendida. Nadie resultará lastimado en este asunto. ¿De acuerdo?

-De acuerdo -repuso Billy.

Quedó un poco aliviado..., pero no demasiado.

-Por lo menos, mientras no cambies de opinión -añadió Ginelli.

-No lo haré.

-Debes hacerlo.

-¿Qué hay en la bolsa?

-Bistecs -replicó Ginelli, y sacó uno.

Era un bistec de lomo envuelto en un plástico transparente, con la etiqueta de Sampson.

-¿Parecen buenos, verdad? He comprado cuatro.

-¿Y para qué son?

-Pongamos las cosas en claro -replicó Ginelli-. Salgo, voy al centro de la ciudad. ¡Qué jodido espectáculo de horror! No puedes ni siquiera andar por la acera. Todo el mundo lleva gafas de sol Ferrari y camisas con caimanes en las tetas. Parece como si todo el mundo en esta ciudad tuviese dientes postizos y a la mayoría también les han hecho algún arreglo en las narices.

-Lo sé.

-Escucha esto, William. He visto a esa chica y al tipo andar por ahí, ¿de acuerdo? Y el sujeto llevaba continuamente la mano en el bolsillo de atrás de los pantaloncillos cortos de la chica. Me refiero a que estaban en público y que él ponía la mano en el bolsillo trasero de ella, tocándole el culo. Hombre, si fuese mi hija no se sentaría en una semana y media en aquello que su novio iba tocando. Sabía que allí no podía conseguir un estado sereno de la mente, por lo que me fui. Encontré una cabina telefónica y realicé unas cuantas llamadas. Oh, casi me olvidaba. El teléfono estaba enfrente de la farmacia, por lo que entré y te compré esto...

Sacó del bolsillo un frasquito de píldoras y se las tiró a Billy, que las cogió al vuelo con su mano sana. Eran cápsulas de potasio.

-Gracias, Richard -le dijo, con voz un tanto conmovida.

-No me des las gracias, limítate a tomarte una. No necesitas un jodido ataque al corazón aparte de todo lo demás...

Billy se tomó una con un trago de cerveza. Su cabeza estaba comenzando a zumbarle un poco.

-Vi a algunos aspirar algo por la nariz, y luego me acerqué al puerto -continuó Ginelli-. Miré un rato los barcos. William, debe de haber veinte, treinta..., tal vez cincuenta millones de dólares en barcos allí... Balandros, yolas, fragatas, según me pareció... No sé una mierda de barcos, pero me gustaba mirarlos... Los barcos...

Se calló y miró pensativamente a Billy.

-¿Crees que todos esos tipos de las camisas con caimanes y las gafas de sol Ferrari hacen contrabando de drogas con esos cacharros?

-Pues leí el invierno pasado en el Times que un pescador de langostas de las islas de por aquí encontró veinte fardos flotando bajo los muelles de la ciudad, y la cosa demostró ser una marihuana excelente. ..

-Sí. Sí, eso es lo que pensé. Todo este lugar huele a eso. Jodidos aficionados. Deberían salir a navegar con esos bonitos barcos y dejar trabajar a la gente que sabe de qué va la cosa, ¿no crees? Quiero decir que, a veces, se entremeten y en ese caso hay que tomar medidas y algún tipo encuentra fiambres flotando debajo de un muelle en vez de unos cuantos fardos de yerba. Algo muy desagradable...

Billy tomó otro largo trago de cerveza y se atragantó.

-Pero no se trata de eso. Di un paseo, miré todos esos barquitos y conseguí serenarme la mente. Y entonces me imaginé qué debía hacer..., o por lo-menos cómo empezar el asunto y la forma que debería ir tomando después. Aún no tengo claros todos los detalles, pero eso ya llegará. Regresé a la calle principal e hice una cuantas llamadas..., para conseguir detalles. De momento no hay orden de busca y captura contra ti, William, pero tu mujer y ese médico tuyo de nariz de jockey seguro que han firmado algunos documentos acerca de ti. Lo he escrito aquí.

Se sacó un trozo de papel de su bolsillo en el pecho.

-"Internamiento *in absentia*" ¿Es así?

La boca se le abrió de repente a Bill Halleck y le salió un sonido de animal herido. Durante un momento, quedó por completo aplanado, y luego sintió la furia, que se había convertido en su compañera intermitente, irrumpir de nuevo a través de él. Había pensado que aquello podría suceder, sí, pensado que Houston lo sugeriría, e incluso *imaginado* que Heidi podría mostrarse de acuerdo. Pero pensar en algo y enterarse de que realmente había sucedido..., que tu propia esposa había acudido ante un juez, testimoniado que te habías vuelto loco, y conseguido una orden de *res gestæ* de internamiento que ella había firmado... Todo esto era algo muy diferente.

-Qué *perra* cobarde... -musitó con voz pastosa.

Y luego el mundo quedó emborronado en una roja agonía. Cerró las manos sin pensar siquiera en lo que hacía. Gimió y miró hacia la venda de su mano izquierda. Flores rojas florecían allí...

No puedo creer que hayas pensado eso de Heidi, le dijo una voz en su mente.

Sólo es a causa de que mi mente no está serena, -respondió a la voz, y luego el mundo se oscureció durante un rato.

No fue algo parecido a un desmayo y se recuperó con rapidez. Ginelli le cambió las vendas de la mano y volvió a rellenar la herida, haciendo un trabajo algo desmañado pero bastante adecuado. Mientras lo llevaba a cabo no dejó de hablar:

-Mi hombre dice que eso no significa nada a menos que regreses a Connecticut, William.

-Sí, es verdad. ¿Pero no lo comprendes? Que mi propia mujer...

-No te preocupes, William. No importa. Si podemos arreglar las cosas con el gitano viejo, comenzarás de nuevo a ganar peso y su caso será papel mojado. Si eso sucede, tendrás mucho tiempo para decidir qué deseas hacer con tu mujer. Tal vez necesite que la espabilen un poco a bofetadas, ¿no crees? O quizá, simplemente, deberás marcharte. Decidirás toda esa mierda por ti mismo si arreglamos las cosas con el gitano, lo que te parezca mejor. Y si no podemos arreglarlo, te morirás. De una forma u otra, esto se arreglará por sí solo. ¿Entonces, por qué preocuparse tanto por el asunto?

Billy trató de esbozar una tímida sonrisa.

-Hubieras sido un gran abogado, Richard. Tienes esa forma única de poner las cosas en su auténtica perspectiva.

-¿Sí? ¿Lo crees de veras?

-Claro...

-Pues gracias... A continuación llamé a Kirk Penschley.

-¿Has hablado con Kirk Penschley?

-Sí.

-Jesús, Richard!

-¿Creíste que no aceptaría una llamada de un matón barato como yo?

Ginelli trató de mostrarse a un tiempo herido y divertido.

-Claro que la aceptó, puedes creerme. Naturalmente, le telefoneé con mi tarjeta de crédito; no hubiera querido que mi nombre figurase en su recibo telefónico, eso sí es verdad... Pero, durante todos estos años, he hecho muchos negocios con tu gabinete, William.

-Eso es nuevo para mí -replicó Billy-. Pensé que sólo fue aquella vez.

-Aquella vez todo era claro, y tú eras la persona adecuada para ello -explicó Ginelli-. Penschley y sus socios abogados nunca te hubieran metido en un lío, William... Eras un novato. Por otra parte, supongo que sabían que, más pronto o más tarde, te verías conmigo, si permanecías el tiempo suficiente en la empresa, y aquel primer trabajito sería una buena carta de presentación. Y así fue, tanto para ti como para mí, créeme. Y si algo salía mal, si nuestro asunto hubiera acabado mal o algo parecido, te habrían sacrificado. No les habría gustado hacerlo, pero, desde su punto de vista, es mejor sacrificar a un novato que a un abogado bregado y con espolones. Esos tipos son todos iguales; en realidad son muy previsibles...

-¿Qué otros tipos de asuntos has tenido con mi gabinete? -preguntó Billy, francamente fascinado.

Aquello era aun poco parecido a enterarte de que tu mujer te ha estado engañando mucho después de haberte divorciado de ella por otros motivos.

-Pues de todas clases, y no exactamente con tu gabinete. Digamos que intervinieron en ciertos asuntos legales para mí y para algunos amigos míos, y dejémoslo así. De todos modos, conozco a Kirk lo suficiente como para llamarle y pedirle un favor. Con el que se mostró de acuerdo.

-¿Qué favor?

-Le pedí que llamase a ese rebaño de Barton y que dejasen correr las cosas durante una semana. Que te dejasen en paz a ti y a los gitanos. En realidad, estoy más preocupado por los gitanos, si quieres saber la verdad. Podemos hacerlo, William, pero será más fácil si no debemos estar continuamente quitándonoslos de encima...

-Has llamado a Kirk Penschley y le has dicho que dejase las cosas en paz -comentó Billy abstraído.

-No, llamé a Kirk Penschley y le dije que avisase a la agencia Barton para que se apartase del asunto -le corrigió Ginelli-. Y tampoco exactamente con esas palabras. Puedo ser un poco más político cuando es preciso, William. Concédeme *algún* crédito.

-Hombre, te concedo un montón de crédito. Y más a cada minuto que pasa.

-Pues gracias. Gracias, William. Lo aprecio mucho.

Encendió un cigarrillo.

-De todos modos, tu esposa y su amigo el doctor continuarán recibiendo informes, pero habrá bastantes menos. Me refiero a que será un poco como la versión del *National Enquirer* y el *Reader's Digest* de la verdad... ¿Captas lo que digo?

Billy se echó a reír.

-Sí, comprendo.

-Por lo tanto, tenemos una semana. Y una semana será suficiente.

-¿Y qué vas a hacer?

-Supongo que todo lo que me dejes hacer. Voy a asustarles. William. Y voy a asustarlo a él. Le asustaré tanto que necesitará que le pongan una

jodida batería de tractor en su marcapasos. Y voy a ir elevando el nivel de las amenazas hasta que suceda una de dos cosas. O se rendirá y te quitará lo que ha puesto en ti, o decidiremos que ese viejo no se asusta. Si pasa eso, volveré a tu lado y te preguntaré si has cambiado de opinión acerca de despachar gente. Pero tal vez no haya que llegar tan lejos.

-¿Y cómo lograrás asustarle?

Ginelli tocó la bolsa de compras con la punta de su bota y le dijo cómo pensaba comenzar. Billy quedó horrorizado, discutió con Ginelli, como ya había previsto; cuando habló con Ginelli, tal como había previsto, aunque Ginelli no alzó nunca la voz (sus ojos continuaron rodando y rodando con aquella loca luz) Billy supo que todo aquello no era más que pedir peras al olmo.

Y mientras el fresco dolor de su mano lentamente se convirtió en el antiguo dolor zumbante, comenzó a sentirse otra vez soñoliento.

-¿Cuándo te vas? -preguntó, dándose por vencido. Ginelli miró el reloj.

-A las diez y diez. Les daré otras cuatro o cinco horas. Están haciendo aquí un bonito negocio por lo que he oído en el centro de la ciudad. Echan un montón de buenaventuras. Y los perros, esos perrazos. Dios Todopoderoso... Los perros que viste no eran para peleas, ¿verdad?

-Nunca he visto perrazos así -repuso Billy soñoliento-. Los que vi más bien parecían sabuesos.

Esos perros llamados *pit-bulls* son algo así como un cruce entre t*erriers* y *bulldogs*. Cuestan un montón de dinero. Si quieres ver una lucha de *pit-bulls*, tienes que convenir en pagar por un perro muerto antes de que empiecen a hacerse apuestas. Es un negocio muy feo. En esta ciudad hay muchas cosas ¿verdad, William? Gafas de sol Ferrari, buques para pasar drogas, peleas de perros. Oh, lo siento... Y Tarot y el *I Ching.*

-Ten cuidado -le dijo Billy.

Billy se quedó dormido poco después. Cuando se despertó eran las cuatro menos diez y Ginelli se había ido. Le atenazó la certidumbre de que Ginelli había muerto. Pero Ginelli se presentó a las seis menos cuarto, tan lleno de vida que parecía en cierto sentido demasiado grande para aquel lugar. Sus prendas, su rostro y las manos estaban salpicadas de barro que apestaba a sal marina. Sonreía. Aquella loca luz seguía bailoteando en sus ojos.

-William -le dijo-, vamos a guardar tus cosas y sacarte de Bar Harbor. Lo mismo que un testigo del Gobierno que han de llevar a un sitio seguro.

Alarmado, Billy preguntó:

-¿Qué has hecho?

-¡Tómatelo con calma, tómatelo con calma! Simplemente, lo que te dije que haría, ni más ni menos. Pero cuando sacudes un avispero con un palo, por lo general es una buena idea salir pitando, ¿no te parece, William?

-Sí, pero...

-Ahora ya no hay tiempo. Podemos hacer las maletas y hablar al mismo tiempo.

-¿Adonde? -casi baló Billy.

-No demasiado lejos. Te lo diré por el camino. Y ahora, vayámonos. Y tal vez será mejor que empieces por cambiarte de camisa. Eres un buen hombre, William, pero estás comenzando a oler un poco rancio...

Billy. había comenzado a dirigirse a la oficina con su llave cuando Ginelli le tocó en el hombro y, amablemente, se la quitó de la mano.

-La dejaré en la mesa de noche de tu cuarto. ¿Te has inscrito con una tarjeta de crédito, verdad?

-Sí, pero...

-Entonces convertiremos todo esto en un registro informal. Si no hacemos ningún daño, atraeremos menos la atención hacia nosotros. ¿Conforme?

Una mujer que hacía *yogging* junto a la autopista miró por casualidad hacia ellos, allá en la carretera..., y su cabeza cayó hacia atrás sobresaltada de un modo que Ginelli vio pero que, misericordiosamente, Billy se ahorró.

-Incluso dejaré diez dólares para la chica de la limpieza -prosiguió Ginelli-. Nos llevaremos tu coche. Yo conduciré.

-¿Y dónde está el tuyo?

Sabía que Ginelli había alquilado uno, y era ahora cuando se percataba tardíamente de que no había oído ningún motor antes de que entrase Ginelli. Todo aquello sucedía demasiado de prisa para la mente de Billy... No podía seguir el paso de todo aquello.

-Está bien. Lo he dejado en la carretera a unos cinco kilómetros de aquí y he venido andando. Le he quitado la tapa del distribuidor y dejado una nota en el parabrisas, donde dice que he tenido problemas con el motor y que regresaré dentro de unas horas, sólo para que nadie arme un lío al respecto. No creo que intervenga nadie. ¿Sabías que crece hierba en medio de la carretera?

Se acercó un coche. El conductor lanzó un vistazo a Billy Halleck y disminuyó la marcha. Ginelli pudo ver cómo se inclinaba y sacaba el cuello.

-Vamos, Billy. Te están mirando. La próxima gente que meta la nariz, puede ser alguien que no interese.

Una hora después, Billy estaba sentado delante de un televisor en otro cuarto de motel, en este caso en la sala de estar de una sórdida pequeña suite en el Blue Moon Motor Court and Lodge en Northeast Harbor. Se encontraba a menos de veinticinco kilómetros de Bar Harbor, pero Ginelli pareció satisfecho. En la pantalla del televisor, el Pájaro Carpintero trataba de vender una póliza de seguros a un oso parlanchín.

-Muy bien -prosiguió Ginelli-. Debes seguir descansando la mano, William. Estaré fuera todo el día.

-¿Vas a regresar *allí.*

-¿Cómo se va a volver a un avispero mientras las avispas siguen volando? Yo no, amigo mío. No, hoy jugaré con coches. Esta noche habrá bastante tiempo para la Fase Dos. Tal vez tenga un rato para echarte un vistazo, pero no puedo contar con ello.

Billy no vio de nuevo a Richard Ginelli hasta la mañana siguiente a las nueve, cuando se presentó conduciendo un Chevy Nova azul oscuro que, ciertamente, no procedía de Hertz o Avis. La pintura estaba desvaída y con manchas, había una grieta en la ventanilla del lado del pasajero y una abolladura en el baúl. Pero estaba levantado en la parte de atrás y tenía un compresor debajo del capó.

Aquella vez Billy le había dado por muerto seis horas atrás, y saludó a Ginelli calurosamente, intentando no rezumar su alivio. Al parecer, estaba perdiendo todo el control de sus emociones lo mismo que perdía peso..., y esta mañana, cuando salió el sol, había notado los primeros latidos acelerados de su corazón. Jadeó en busca de aire y se golpeó en el pecho con

el puño cerrado. Finalmente, el latido se suavizó de nuevo, pero fue el primer ejemplo de arritmia.

-Pensé que habías muerto -le dijo a Ginelli cuando éste entró.

-Debes dejar de decir eso y yo iré regresando. Me gustaría que te calmases con respecto a mí, William. Sé cuidar de mí mismo. Soy un chico fuerte. Si crees que estoy subestimando a ese jodido, eso sería otra cosa. Pero no es así. Es listo y peligroso.

-¿Qué quieres decir?

-Nada. Ya te lo diré después.

-¡Ahora!

-No.

-¿Y por que no?

-Por dos razones -repuso pacientemente Ginelli-. En primer lugar, porque puedes pedirme que no vuelva. Y en segundo lugar, porque no he estado tan cansado en los últimos doce años. Me iré al dormitorio y dormiré durante unas ocho horas. Luego me levantaré y comeré por lo menos un kilo y medio de la mejor comida que pueda encontrar. Después volveré y seguiré metiendo miedo.

Ginelli parecía en realidad cansado y casi ojeroso.

Excepto sus ojos -pensó Billy-. *Sus ojos siguen danzando y bailoteando como un par de ruedas fluorescentes de fuegos artificiales de carnaval.*

-¿Y si suponemos que te pido que no vuelvas? -le preguntó en voz baja Billy-. ¿Lo harías, Richard?

Richard lo miró durante un largo y pensativo momento y a continuación facilitó a Billy una respuesta que había sabido que le daría desde que viera por primera vez aquella loca lucecita en los ojos de Ginelli.

-Ahora ya no puedo -le dijo calmadamente Ginelli-. Estás enfermo, William. Es algo que está en todo tu cuerpo. Ya no puedes confiar en saber dónde radican tus mejores intereses.

En otras palabras, te has encargado de tus propios documentos de internamiento por mí.

Billy abrió la boca para expresar este pensamiento en voz alta y luego la cerró de nuevo. Porque Ginelli no creía en lo que decía, sino que sólo lo manifestaba para que pareciese algo cuerdo.

-Y también porque se trata de algo personal, ¿verdad? -le preguntó al fin Billy.

-Sí -replicó Ginelli-. Ahora es algo personal.

Se fue al dormitorio, se quitó la camisa y los pantalones y se tumbó. Y estaba ya dormido sin abrir la cama cinco minutos después.

Billy llenó un vaso de agua, se engulló una tableta y bebió el resto del agua de pie en el umbral. Sus ojos se desplazaron desde Ginelli a los pantalones arrugados encima de una silla. Ginelli había llegado con sus pantalones de algodón impecables pero, de alguna forma, en los últimos dos días se había conseguido unos vaqueros. Indudablemente, estarían en ellos las llaves del Nova estacionado delante. Billy podría quitárselas y marcharse con el automóvil..., excepto que sabía que no lo haría, y el hecho de que estaría firmando su sentencia de muerte en caso de hacerlo parecía, en realidad, algo secundario. La cosa más importante era ahora permanecer dónde y cómo acabase todo aquello.

Entre tanto, mientras Ginelli seguía durmiendo profundamente en la otra habitación, Billy tuvo otro episodio de arritmia. Poco después, se

adormeció y tuvo un sueño. Fue breve y por completo mundano, pero le llenó de una rara mezcla de terror y odioso placer. En su sueño, él y Heidi estaban sentados en el rincón de los desayunos de la casa de Fairview. Entre ambos había un pastel. Su mujer cortó un gran trozo y se lo pasó a Billy. Era un pastel de manzana.

-Esto te engordará -le dijo.

-No quiero estar gordo -replicó-. He decidido que me gusta estar delgado. Cómetelo tú.

Le dio a ella el trozo de pastel, extendiendo a través de la mesa un brazo no más grueso que un hueso. Ella lo tomó. Observó cómo se lo comía hasta el último trozo, y con cada bocado que tomaba, sus sentimientos de terror y sucia alegría no hicieron más que aumentar.

Otro acceso de leve arritmia le despertó bruscamente del sueño. Se quedó sentado allí durante un momento, jadeando, aguardando que su corazón se calmase hasta su ritmo apropiado y, llegado el momento, así fue. Se apoderó de él la sensación de que había tenido algo más que un sueño, que en realidad había experimentado una visión profética de alguna clase. Pero a menudo una sensación así suele acompañar a los sueños vividos y, a medida que se desvanece el sueño, también lo hace la sensación. Y fue esto lo que le sucedió a Billy Halleck, aunque no mucho después tendría razones para recordar aquel sueño.

Ginelli se levantó a las seis de la tarde, se duchó, se puso los jeans y un suéter oscuro con cuello alto.

-Muy bien -dijo-. Te veré mañana por la mañana, Billy. Entonces hablaremos.

Billy le preguntó de nuevo qué iba a hacer, qué había sucedido hasta entonces y, una vez más, Ginelli se negó a contárselo.

-Mañana -repuso-. Entretanto, le daré a ella tu amor.

-¿A quién le darás mi amor?

Ginelli sonrió.

-A la encantadora Gina. A la puta que disparó la bola que te atravesó la mano.

-Déjala en paz -replicó Billy.

Cuando pensaba en aquellos oscuros ojos, le parecía imposible decir algo más, sin importarle lo que le había hecho.

-Nadie resultará lastimado -reiteró Ginelli.

Y se fue. Billy escuchó cómo el Nova se ponía en marcha, oyó el tosco ruido de su motor, aquella tosquedad que se suavizaría cuando alcanzase más de cien kilómetros por hora, cómo retrocedía para salir del espacio del estacionamiento.

Y reflexionó que aquel Nadie resultará lastimado no era lo mismo que convenir en dejar tranquila a la muchacha. En absoluto.

Esta vez Ginelli no regresó hasta mediodía. Presentaba un profundo corte en la frente y a lo largo de su brazo derecho, allí donde la manga del suéter de cuello alto colgaba en dos trozos.

-Has perdido un poco más de peso -le dijo a Billy-. ¿Comes?

-Lo intento -repuso Billy-, pero la ansiedad no es muy buena para el apetito. Y tú parece que has perdido algo de sangre.

-Un poco... Pero estoy bien.

-¿Me dirás ahora qué diablos estás haciendo?

-Sí. Te lo contaré todo en cuanto salga de la ducha y me vende un poco. Te verás con él esta noche, Billy. Eso es lo importante. Tienes que mentalizarte al respecto.

Una punzada mezcla de miedo y excitación le golpeó en el vientre, como si se tratase de un casco de vidrio.

-¿A él? ¿A Lemke?

-A él -convino Ginelli-. Y ahora, déjame ducharme, William. No debo de ser tan joven como creía... Toda esta excitación me hace arrastrar demasiado el trasero. -explicó mientras andaba-. Y pide un poco de café. Montones de café. Dile al tipo que lo deje afuera de la puerta y que deslice la nota por debajo para que la firmes.

Billy lo miró alejarse, con la boca abierta. Luego, cuando oyó que comenzaba a correr la ducha, cerró la boca bruscamente y se dirigió al teléfono para encargar el café.

Capítulo XXII

El relato de Ginelli

Al principio habló como en ráfagas rápidas, luego se quedó silencioso por un momento, como para calcular lo que vendría a continuación. La energía de Ginelli parecía realmente en baja forma por primera vez desde que regresara al Bar Harbor Motor Inn el lunes por la tarde. No estaba muy maltrecho -sus heridas eran apenas unos profundos arañazos-, pero Billy opinaba que se hallaba conmocionado en extremo.

De todos modos, llegado el momento aquel brillo de locura relumbró de nuevo en sus ojos, al principio aumentando y disminuyendo la luminosidad como los anuncios de neón cuando se conectan al anochecer, y luego brillando ya de un modo continuo. Sacó una botella del bolsillo interior de su chaqueta y se echó un chorro de Chivas en el café. Ofreció la botella a Billy. Éste la rehusó, pues ignoraba el efecto que el alcohol podría tener sobre su corazón.

Ginelli se enderezó, se apartó el pelo de la frente y empezó a hablar a un ritmo más normal.

A las tres de la mañana del martes, Ginelli había estacionado en una carretera arbolada que derivaba de la 37-A, cerca del campamento de los gitanos. Se entretuvo un rato con los bistecs y luego volvió a la autopista con la bolsa de la compra. Nubes altas se deslizaban como lanzaderas a través de una media luna. Aguardó a que se despejase y entonces aprovechó el momento, para localizar el círculo de vehículos. Cruzó la carretera y comenzó a andar campo a través en aquella dirección.

-Soy un chico de ciudad, pero mi sentido de la orientación no es tan malo como debería ser -manifestó-. Puedo fiarme más o menos de él. Y no quería llegar como tú lo hiciste. William.

Cortó a través de un par de campos y unos bosquecillos; chapoteó por un lugar pantanoso que olía, según dijo, como veinte kilos de mierda en una bolsa de diez kilos. También se enganchó la parte posterior de los pantalones en una vieja alambrada de púas que era totalmente invisible en la oscuridad sin luna.

-Si esto es la vida del campo, William, que se la queden los campesinos...

No se imaginaba que tendría problemas con los sabuesos del campamento; Billy era un caso aparte. No se preocuparon de hacer el menor ruido hasta que él entró realmente en el círculo del fuego del campamento, aunque, seguramente, debieron captar su olor ya mucho tiempo antes.

-Uno espera que los gitanos tengan mejores perros guardianes -comentó Billy-. Por lo menos ésa es la imagen.

-Sí... -repuso Ginelli-. La gente puede encontrar toda clase de razones para expulsar a los gitanos sin que éstos les den ninguna más.

-¿Como perros que ladran durante toda la noche?

-Una cosa así. Eres la mar de listo, William, y la gente empezará a pensar que eres italiano...

De todos modos, Ginelli no pasó nada por alto: avanzó lentamente a lo largo de la parte posterior de los vehículos detenidos, sorteando las

camionetas y casas rodantes donde la gente podría estar durmiendo, y mirando sólo en los coches y en las rurales. Vio lo que deseaba tras inspeccionar sólo dos o tres vehículos: una chaqueta de traje arrugada en el asiento de un *break* Pontiac.

-El coche no estaba cerrado -contó-. La chaqueta no era una mala prenda, pero olía como si llevara una comadreja muerta en cada bolsillo. Vi un par de zapatillas deportivas en el suelo de la parte trasera. Me quedaban un poco estrechas, pero de todos modos me las encajé. Dos coches más allá encontré un sombrero que parecía un resto de un transplante de riñón y me lo puse.

Debía oler como uno de los gitanos, explicó Ginelli, no era suficiente garantía contra un montón de perros mestizos que no valían para nada y que dormían junto a las ascuas del fuego de campamento. Era otro montón de perros lo que le interesaba. Los perros valiosos. Los *pit-bulls*.

A tres cuartas partes del camino en torno del círculo, localizo una casa rodante con una pequeña ventanilla trasera que había sido cerrada con alambre en vez de cristal. Husmeó por allí y no vio nada: la parte posterior estaba completamente vacía.

-Pero olía a perro, William -explicó Ginelli-. Por lo tanto miré por otro sitio y me arriesgué a lanzar un destello con el bolígrafo-linterna que llevaba. La hierba aparecía hollada en una senda que se alejaba de la parte trasera del vehículo. Uno no tenía que ser Daniel Boone para verlo. Habían sacado a los jodidos perros de la perrera rodante y los habían llevado a algún sitio para que los perros guardianes locales o los seres humanos no los encontraran, si alguien hablaba de más. Pero dejaron una senda que un muchacho de ciudad captaría con sólo un rápido rayo de su linterna. Estúpidos. Entonces empecé a creer que empezaríamos a ponerles las cosas difíciles.

Ginelli siguió la senda por una loma hasta alcanzar otra pequeña zona boscosa.

-Perdí la senda -manifestó-. Simplemente, me quedé allí de pie durante uno o dos minutos preguntándome qué hacer a continuación. Y entonces lo oí, William, lo oí alto y claro. A veces los dioses te dan una oportunidad.

-¿Qué oíste?

-Un perro tirándose un pedo -explicó Ginelli-. Bueno y malo... Sonaba como alguien que tocase una trompeta con sordina.

A menos de siete metros dentro del bosque encontró un tosco corral en un claro. No era más que un círculo de gruesas ramas hincadas en el suelo y luego enlazadas con alambre de púas. Dentro había siete *pit-bulls*. Cinco dormían. Los otros dos miraban atontados a Ginelli.

Parecían *alelados* porque estaban drogados.

-Pensé que estaban colocados, aunque no era seguro contar con ello. Una vez que se entrenan perros para que peleen, se convierten en una auténtica molestia; lucharán unos con otros y arruinarán tus inversiones a menos que tengas cuidado. O los metes en jaulas separadas o los drogas. La droga es más barata y más fácil de ocultar. Asimismo, aunque consigas esconder a tus perros antes de que las autoridades locales hagan una ronda de inspección, explicar una docena o más de jaulas vacías a uno de la perrera es un problema. ¿Qué vas a explicar, que guardabas una pandilla de conejos y que has decidido dejarles escapar? Y, francamente, un trabajo tan chapucero como ese corral para perros no hubiera servido para contenerles. Si mordisquearan los traseros a los vigilantes, éstos se habrían largado,

aunque eso significase tener que dejar la mitad de sus pantalones colgando del alambre de púas.

Sólo los dejaban sobrios cuando las apuestas estaban lo suficientemente preparadas como para justificar el riesgo. Primero la droga, luego el espectáculo y a continuación más droga.

Ginelli se echó a reír.

-¿Lo ves? Los *pit-bulls* son como unos jodidos artistas roqueros. Se gastan con rapidez, pero mientras estés en la cumbre, puedes encontrar más *pit-bulls*. No tenían la menor vigilancia.

Ginelli abrió su bolsa de compra y sacó los bistecs. Tras estacionar el coche en la carretera arbolada, los había sacado de su envoltura e inyectado una jeringuilla con lo que llamaba Cóctel Ginelli *Pit-bull* en cada uno: una mezcla de heroína marrón, mexicana, y estricnina. Luego los hizo ondear en el aire y observó a los soñolientos perros volver lentamente a la vida. Uno de ellos profirió un sordo ladrido que parecía más bien el ronquido de un hombre con serios problemas nasales.

-A callarse o no hay cena -les dijo Ginelli suavemente.

El perro que había ladrado se sentó. Inmediatamente comenzó a dar vueltas y se puso de nuevo a dormir.

Ginelli tiró uno de los bistecs al recinto. Un segundo. Un tercero. Y el último. Los perros se pelearon entre sí de forma apática. Se produjo algún ladrido, pero en el mismo tono pastoso y como ronquidos, y Ginelli sintió que podía prescindir de ellos. Además, nadie que llegase del campamento para echar un vistazo a la improvisada perrera llevaría linterna, y él tendría tiempo suficiente para desaparecer en el bosque. Pero nadie se presentó.

Billy escuchó con horrorizada fascinación mientras Ginelli le explicó calmosamente cómo se había sentado cerca, fumando un Camel y observando morir a los *pit-bulls*. La mayoría lo habían hecho muy silenciosamente informó (¿había el menor matiz de pena en su voz?, se preguntó incómodo Billy), probablemente a causa de la droga con que ya les habían alimentado. Dos tuvieron unas suaves convulsiones. Aquello fue todo. En realidad, en opinión de Ginelli, los perros no lo habían pasado tan mal, puesto que los gitanos planeaban para ellos cosas peores. Todo concluyó en menos de una hora.

Cuando estuvo seguro de que se hallaban todos muertos o por lo menos profundamente inconscientes, sacó un billete de dólar de su cartera y una pluma del bolsillo de su chaqueta. En el billete de dólar escribió:

LA PRÓXIMA VEZ PUEDEN SER TUS NIETOS, VIEJO. WILLIAM HALLECK DICE QUE SE LOS LLEVARÁ POR DELANTE.

Los *pit-bull* llevaban unos trozos de tela por collar, y Ginelli metió el billete debajo de uno de ellos. Colgó la maloliente chaqueta en uno de los postes del corral y puso el sombrero encima. Se había quitado las zapatillas y se sacó sus propios zapatos de los bolsillos, se los enfundó y se fue.

Al volver, prosiguió, se perdió durante un rato y se cayó de cabeza en aquel lugar pantanoso y maloliente. Pero al fin, vio las luces de unas granjas y así pudo orientarse. Volvió a la autopista, encontró la carretera arbolada, subió a su coche e inició el regreso hacia Bar Harbor.

Estaba a mitad de camino, explicó, cuando el coche empezó a parecerle mal. No podía arreglarlo ni tampoco aclarar más su impresión: simplemente ya no le parecía bien. No era que tuviese un aspecto diferente ni que oliese de modo distinto, sino simplemente que no estaba bien. Había tenido

muchas sensaciones así antes y, la mayoría de las veces no significaron nada en absoluto. Pero un par de ellas...

-Decidí abandonarlo en la banquina -prosiguió Ginelli-. No quería correr el menor peligro, y que alguien que tuviera insomnio y diese una vuelta por allí, lo viera. No quería que ellos averiguaran que lo conducía yo, porque podrían desperdigarse, buscarme y encontrarme. Y encontrarte a ti. ¿Comprendes? Tenía que tomármelos en serio. Velar por ti, William, tuve que hacerlo.

Por lo tanto, estacionó el coche en otra carretera secundaria desierta, quitando la tapa del distribuidor y luego anduvo los cinco kilómetros de regreso a la ciudad. Cuando llegó, estaba amaneciendo. Tras dejar a Billy en sus nuevos cuarteles del Northeast Harbor, Ginelli había vuelto a Bar Harbor en taxi, y le dijo al conductor que fuese despacio porque buscaba algo.

-¿De qué se trata? -le preguntó el taxista-. Tal vez pueda ayudarle.

-No falta nada -replicó Ginelli-. Lo sabré cuando lo vea.

Y así fue. A unos tres kilómetros de Northeast Harbor, vio un Nova con un letrero de "En venta" en el parabrisas, situado junto a una casita de campo. Lo comprobó, para estar seguro de que el propietario estaba en la casa, pagó al taxista y sobre la marcha llegó a un acuerdo en metálico. Por un billete extra de veinte dólares, el propietario -un tipo joven, explicó Ginelli, que parecía tener más piojos que pelos en la cabeza-, convino en dejarle sus matrículas de Maine para el Nova, aceptando la promesa de Ginelli de devolvérselas en menos de una semana.

-Incluso lo haré, como es natural -repuso Ginelli, pensativo- Si es que seguimos vivos, claro está.

Billy le miró reprobadoramente, pero Ginelli se limitó a continuar su relato.

Había vuelto con el coche a Bar Harbor, esquivando la ciudad en sí y dirigiéndose por la 37-A hacia el campamento gitano. Se detuvo a distancia suficiente para llamar a alguien de quien dijo a Billy que era "un socio en el negocio". Le dijo al "socio en el negocio" que se encontrase en cierto quiosco con teléfono público en el centro de la ciudad de Nueva York a las doce y media; se trataba de un quiosco que Ginelli empleaba a menudo; y que gracias a sus influencias era uno de los pocos en Nueva York que casi nunca estaba estropeado. Se dirigió al campamento en coche, vio señales de actividad, dio la vuelta en la carretera y emprendió el regreso. Habían trazado una carretera provisional a través del henar desde la 37-A hasta el campamento, y allí había un coche que se dirigía a la 37-A.

-Un Porsche turbo -explicó Ginelli-. Un juguete de niños ricos. Una calcomanía en el cristal trasero decía Universidad Brown. Delante iban dos muchachos y tres más detrás. Paré el coche y le pregunté al chico que conducía si había gitanos por allí como me habían informado. Me respondió que sí, pero que si quería que me echasen la buenaventura no estaba de suerte. Los chicos habían ido allí para que se la dijesen, pero sólo consiguieron que los echasen con cajas destempladas. Estaban por partir. Después del asunto de los *pit-bulls* aquello no me sorprendió. Hizo una pausa y prosiguió.

-Regresé a Bar Harbor y paré en una estación de servicio; ese Nova se traga la nafta de forma increíble, William, pero puede dar también un rendimiento bárbaro. También tomé una coca-cola y unos sándwiches, porque para entonces empezaba a encontrarme un poco fuera de forma.

Ginelli llamó a "su socio en el negocio" y dispusieron encontrarse en el bar del aeropuerto de Bar Harbor aquella tarde a las cinco en punto. Luego regresó en coche a Bar Harbor. Dejó el Nova en un estacionamiento público y anduvo un rato por la ciudad, buscando al hombre.

-¿A qué hombre? -preguntó Billy.

-Al *hombre* -repitió pacientemente Ginelli, como si le hablase a un idiota-. Ese tipo, William, es alguien a quien siempre reconoces en cuanto le ves. Se parece a los demás tipos veraneantes, como el que te recogería en auto stop en el cacharro de su padre o dejaría caer diez gramos de buena cocaína, o decidiría que ya tiene bastante de Bar Harbor e irse a Aspen para la Summerfest en su Trans Am. Pero no igual que los demás, y existen dos maneras rápidas de averiguarlo. La primera consiste en mirarle los zapatos. Los zapatos de ese tipo son muy malos. Brillan, pero no son de calidad. No tienen clase, y se puede decir por la manera de andar que le hacen daño en los pies. Luego le miras a los ojos. Esto es la cosa importante número dos. Esos tipos dan la impresión que no llevan nunca gafas de sol Ferrari, y siempre les ves los ojos. Es como si algunos tipos anunciasen que hacen algunos trabajos y luego lo confesaran a los policías. Sus ojos dicen: "¿De dónde llegará la próxima comida? ¿De dónde procederá el próximo enganche? ¿Dónde está el tipo con el que deseaba conectarme cuando llegué aquí? ¿Me sigues?

-Sí, creo que sí.

-En la mayoría de ellos sus ojos dicen "¿Cómo lo hago?" ¿Cómo te dijo el viejo que llamaban en Old Orchard a los vendedores de droga y a los artistas que ganan el dinero con facilidad?

-Los de negocio ambulante -replicó Billy.

-Sí -se iluminó Ginelli. La luz de sus ojos bailoteó-. Eso es, muy bien... El hombre al que buscaba era uno de primera clase en eso del negocio ambulante. Esos tipos en las ciudades estacionales flotan por ahí como putas en busca de clientes fijos. Raramente les interesan las cosas importantes, se mueven todo el tiempo y son muy listos, excepción hecha de sus zapatos. Llevan camisas J. Presd y chaquetas deportivas Paul Stuart y vaqueros diseñados..., pero luego les miras a los pies y sus jodidos mocasines dicen "diecinueve con noventa y cinco". Sus mocasines dicen: "Puedo hacerlo, puedo hacer un trabajo para ti". Con las putas son las blusas. Siempre blusas de rayón. Tienes que entrenarlas para que no las lleven. Pero, finalmente, vi al hombre, ¿sabes? Así que me gustó y me enzarcé con él en una conversación. Nos sentamos en un banco cerca de la biblioteca pública, un bonito lugar, y lo elaboramos todo. Tuve que pagar un poco más porque, ya sabes, no tenía tiempo, nada de delicadezas con él, pero estaba lo suficientemente hambriento y pensé que podría ser de fiar. Un botín a corto plazo. Para esos tipos un botín a la larga no existe. Creen que un botín a la larga es el lugar por donde anduvieron para conseguir una nota mediana en historia americana o en álgebra.

-¿Cuánto le pagaste?

Ginelli hizo un ademán con la mano.

-Te estoy costando mucho dinero -le dijo Billy.

De forma inconsciente había caído en el mismo ritmo de charla de Ginelli.

-Eres un amigo -replicó Ginelli, un poco conmovido-. Ya lo arreglaremos después, pero sólo si lo deseas. De momento, me divierto. Esto se está convirtiendo en un raro rodeo, William. "Cómo pasé mis vacaciones", si es

que alguna vez le das vueltas al respecto. ¿Cómo puedo decirlo? Se me está secando la boca y he hecho un largo camino, y aún tenemos ante nosotros muchísimas cosas.

-Sigue...

El tipo elegido por Ginelli era Frank Spurton. Explicó que era un estudiante no-licenciado, de la Universidad de Colorado, de vacaciones, pero a Ginelli le había parecido que tenía unos veinticinco años, un poco viejo para ser estudiante. Pero aquello no importaba. Ginelli quería que fuese a la carretera del bosque donde había dejado el Ford de alquiler y luego siguiese a los gitanos cuando se marchasen. Spurton debía llamar al Motor Inn de Bar Harbor cuando estuviese seguro de que habían encendido el fuego para pasar la noche. No creía que fuesen demasiado lejos. El nombre por el que debía pedir Spurton cuando telefonease al motel era el de John Tree. Spurton lo anotó. El dinero cambió de manos: el sesenta por ciento del total prometido. Las llaves de contacto y la tapa del distribuidor del Ford cambiaron asimismo de manos. Ginelli preguntó a Spurton si sabría dejar arreglado el distribuidor, y Spurton, con sonrisa de ladrón de coches, le había dicho que creía poder arreglárselas.

-¿Le acompañaste hasta allí? -le preguntó Billy.

-Me parece que por el dinero que le pagaba, bien podría hacer un poco de auto stop.

Ginelli volvió en coche al Motor Inn de Bar Harbor, y se inscribió bajo el nombre de John Tree. Aunque eran sólo las dos de la tarde, consiguió la última habitación disponible para pasar la noche: el recepcionista le tendió la llave con el aire de alguien que concede un gran favor. La estación veraniega se encontraba en su momento de temporada alta. Ginelli se fue al cuarto, colocó el despertador encima de la mesa de noche, señalando las cuatro y media, y se adormeció hasta que sonó. Luego se levantó y se dirigió al aeropuerto.

A las cinco y diez, un pequeño avión privado -tal vez el mismo que transportara a Fander desde Connecticut- aterrizó. El "socio en el negocio" bajó del avión, las maletas, una grande y tres pequeñas, fueron sacadas de la bodega del aparato. Ginelli y el "socio en el negocio" cargaron el bulto mayor en el asiento trasero del Nova y los pequeños en el baúl. Luego el "socio en el negocio" regresó al avión. Ginelli no aguardó a verle despegar, sino que volvió al motel, donde durmió hasta las ocho, cuando el teléfono le despertó.

Era Frank Spurton. Le llamaba desde una gasolinera Texaco en la ciudad de Bankerton, unos setenta kilómetros al oeste de Bar Harbor. A eso de las siete, según explicó Spurton, la caravana de gitanos había entrado en un campo en las afueras de la ciudad: al parecer, todo se había dispuesto por adelantado.

-Probablemente Starbird -comentó Billy-. Es su representante.

Spurton parecía intranquilo... nervioso.

-Creí que le habían localizado -explicó Ginelli-. Había haraganeado en el viaje de vuelta, y eso fue un error. Alguno de ellos dio la vuelta por nafta o algo así. No los había visto. Iba a unos setenta kilómetros, o cosa así, conduciendo perezosamente, y de repente dos de los viejos *breaks* y una camioneta VW le habían adelantado armando mucho alboroto. Fue la primera vez que se dio cuenta de que se encontraba de pronto en el medio de la hilera del tren en vez de detrás. Miró por la ventanilla lateral mientras la camioneta le pasaba, y vio al viejo tipo sin nariz en el asiento del pasajero,

mirándole y moviendo los dedos hacia él..., no como si le saludara, sino como si le lanzara un conjuro. No estoy añadiendo nada a las palabras del fulano, William, sino que es, simplemente, lo que me contó por teléfono. "Moviendo los dedos como si lanzase un conjuro".

-Dios -musitó Billy.

-¿Quieres un chorrito en el café?

-No..., sí...

Ginelli dejó caer un chorro de Chivas en la taza de Billy, y prosiguió. Le preguntó si la camioneta tenía un dibujo a un lado. Así era. La chica y el unicornio.

-Dios -repitió Billy-. ¿Crees realmente que reconocieron el coche? ¿Que habían dado una vuelta por allí después de encontrar los perros y que lo vieron en la carretera donde lo dejaste?

-Sé que lo hicieron -respondió sonriente Ginelli-. Me facilitó el nombre de la carretera por donde iban, la Finson Road, y el número de la carretera estatal por la que habían girado desde allí. Luego me pidió que le dejase el resto del dinero en un sobre a su nombre, en la caja de seguridad del motel. "Estoy cagado de miedo", me dijo. Y no le culpo demasiado.

Ginelli se fue del hotel en el Nova a las ocho y cuarto. Pasó el letrero divisorio entre Bucksport y Bankerton a las nueve y media. Diez minutos después llegó a una estación de servicio Texaco, que cerraba por la noche. Había un montón de coches aparcados en una zona polvorienta, algunos esperando una reparación y otros en venta. En el extremo de la hilera vio el Ford de alquiler. Salió a la carretera, dio la vuelta y regresó en dirección opuesta.

-Hice eso dos veces más -explicó-. No quise tener los mismos presentimientos de antes -prosiguió-, por lo que recorrí un trozo de carretera y estacioné en la banquina. Entonces fue cuando volví.

-¿Y...?

-Spurton estaba en el coche -continuó Ginelli-. Detrás del volante. Muerto. Con un agujero en la frente, exactamente encima del ojo derecho. Sin mucha sangre. Pudo tratarse de un 45, pero no lo creo. No había sangre en el asiento de al lado. Quienquiera que lo matase, no debió estar muy cerca. Una bala de un 45 hubiese dejado un agujero detrás del tamaño de una lata de sopa. Creo que alguien le disparó una bolilla de cojinete con una honda, exactamente como la chica que disparó contra ti. Tal vez fuese ella misma quien lo hizo...

Ginelli hizo una pausa, mientras pensaba en aquello. -En el regazo tenía una gallina muerta. Degollada. Había una palabra escrita con sangre en la frente de Spurton. Con sangre de gallina, supongo, pero no tuve lo que se dice tiempo para conseguir un análisis completo de laboratorio, si es eso lo que piensas...

-¿Qué palabra? -preguntó Billy, pero la sabía antes de que la pronunciase Ginelli.

-"NUNCA".

-Dios... -exclamó Billy, y alargó la mano hacia el café con licor.

Se llevó la taza a la boca, pero luego volvió a dejarla en la mesa. Si se bebía algo de aquello, lo vomitaría automáticamente. Y no podía permitirse vomitar. Con los ojos de la mente vio a Spurton sentado detrás del volante del Ford, con la cabeza inclinada hacia atrás, y un oscuro agujero encima de un ojo, y un revoltijo de plumas blancas en el regazo. Esta visión fue lo

bastante clara para ver incluso el pico amarillento del ave, abierto a medias, los vidriosos ojos...

El mundo empezó a adoptar tonos grises..., se escuchó un ruido sordo y notó un sombrío calor en la mejilla. Abrió los ojos y vio a Ginelli que volvía a sentarse en su silla.

-Lo siento, William, pero es como lo que dice ese anuncio para después del afeitado... Lo necesitabas... Creo que te estás echando la culpa por lo de ese tipo Spurton, y quiero que te lo quites de la cabeza, ¿me oyes?

El tono de Ginelli era suave, pero sus ojos parecían encolerizados.

-Debes dejar de dar vueltas a las cosas, como esos jueces de corazón sangrante que quieren echar la culpa de todo al presidente de los Estados Unidos, porque algún drogado ha apuñalado a una vieja y le ha robado su cheque de la Seguridad social. Pero ese botarate de drogadicto que lo hizo se encuentra ahora mismo de pie delante de él, y esperando una suspensión de sentencia, para poder salir y hacerlo de nuevo.

- ¡Todo esta no tiene sentido! -comenzó Billy, pero Ginelli le hizo callar.

- ¡Carajo, sí lo tiene! -le dijo-. Tú no has matado a Spurton, William. Algún gitano lo hizo, y fuera quien fuese, ese viejo está encima de todo el asunto, y los dos lo sabemos. Nadie retorció tampoco el brazo de Spurton. Estaba haciendo un trabajo por dinero, eso es todo. Un trabajo sencillo... Pero fue demasiado lejos y le ajustaron las cuentas. Y ahora, dime, William... ¿Quieres dejar correr las cosas o no?

Billy suspiró pesadamente. Su mejilla aún le transmitía un calorcillo en el lugar en que Ginelli le había abofeteado.

-Sí -replicó-, aún quiero seguir adelante.

-Muy bien, pues vayamos al grano.

-Bien...

Dejó hablar a Ginelli ininterrumpidamente, hasta el final de su relato. En verdad, estaba demasiado asombrado como para pensar siquiera en interrumpirle.

Ginelli anduvo .hasta detrás de la estación de servicio y se sentó en un montón de neumáticos viejos. Quería serenar su mente, dijo, y por lo tanto se quedó allí sentado durante los siguientes veinte minutos, más o menos, alzando la vista hacia el cielo nocturno -el último resplandor de la luz solar se había extinguido hacia el oeste-, y lograr unos pensamientos serenos. Cuando creyó que tenía la mente en orden, volvió al Nova. Dio la vuelta a la gasolinera Texaco sin encender las luces. Luego sacó el cadáver de Spurton del Ford de alquiler y lo introdujo en el baúl del Nova.

-Quizá querían dejarme un mensaje, o tal vez pretendían que me echaran a mí la culpa cuando el encargado de la estación encontrase un fiambre en el coche, con mi nombre en la documentación del alquiler metida en la guantera. Pero eso era estúpido, William, porque si al tipo le habían disparado con una bolilla de cojinete en vez de una bala de pistola, los policías dejarían pronto tranquila mi dirección y se volverían contra ellos: la chica hace un número en que dispara con la honda a unos blancos...

»En otras circunstancias, me gustaría ver a las personas tras las que voy, metiéndose en una situación así, pero se trata de una situación divertida, y es algo que debemos resolver por nosotros mismos. Al mismo tiempo esperaba que así los policías hablarían con los gitanos sobre algo por completo distinto, si las cosas se producían como yo esperaba, pero lo de Spurton lo complicaría todo. Por lo tanto me llevé el cadáver. Gracias a Dios,

la estación de servicio en la que me encontraba era muy solitaria y estaba en una carretera rural, pues en caso contrario, no hubiera podido hacerlo.

Con el cuerpo de Spurton en el baúl, curvado entre el pequeño trío de cajas que el "asociado en el negocio" había entregado aquella tarde, Ginelli siguió conduciendo. Encontró la Finson Road a menos de un kilómetro de distancia. En la carretera 37-A, una buena carretera secundaria que llevaba al oeste hacia Bar Harbor, los gitanos se habían instalado abiertamente para dedicarse al negocio. La Finson Road en cambio -sin pavimentar, llena de baches y con hierba crecida- mostraba claramente un propósito diferente. Se habían escondido.

-Aquello ponía las cosas un poco más difíciles, exactamente como tener que arreglar lo que había sucedido en la estación de servicio, pero en cierto modo, estaba totalmente encantado, William.

Quería asustarles, y se estaban comportando como personas asustadas de verdad. Y una vez que la gente empieza a asustarse, resulta cada vez más y más fácil que continúe asustada.

Ginelli apagó los faros del Nova y condujo medio kilómetro por la Finson Road. Vio un desvío que llevaba a una cantera de grava abandonada.

-No hubiera sido más perfecto de haberlo encargado -musitó.

Abrió el baúl, sacó el cuerpo de Spurton y empezó a taparlo con grava. Una vez enterrado el cadáver, regresó al Nova tomó dos anfetaminas más y luego abrió el paquete grande, que había en el asiento. En la caja aparecía el letrero de "WORLD BOOK ENCYCLOPEDIA". En su interior había un fusil de asalto Kalashnikov AK-47 y cuatro cargadores de munición, una navaja automática, un bolso femenino de noche, lleno de perdigones de plomo, un rollo de cinta adhesiva Scotch y un frasco con negro de humo.

Ginelli se ennegreció la cara y las manos y luego se pegó con esparadrapo la navaja a la parte más carnosa de su pantorrilla. Se metió el rollo de cinta en el bolsillo y se alejó.

-Dejé la zapa -comentó-. Ya estaba harto de sentirme un superhéroe salido de un jodido libro de *comics*.

Spurton dijo que los gitanos se encontraban acampados a tres kilómetros de distancia de la carretera. Ginelli se dirigió a los bosques y siguió la carretera en aquella dirección. No quería perder de vista la carretera, comentó, porque tenía miedo a perderse.

-Iba muy despacio -prosiguió- Tuve cuidado con lo palos y las ramas. Confiaba en no tropezar con alguna maldita hiedra venenosa. Soy muy susceptible al veneno "de hiedra.

Tras pasar dos horas forcejeando entre la maleza que crecía a lo largo del lado este de la Fison Road, Ginelli había visto una forma oscura en el pequeño desnivel de la carretera. Al principio pensó que se trataba de una señal de tráfico o de algún tipo de poste. Un momento después se dio cuenta de que era un hombre.

-Estaba allí de pie, tan frío como un carnicero en una cámara frigorífica, pero creí que era por mí, William. Quiero decir que yo trataba de avanzar en silencio, pero me he criado en la ciudad de Nueva York. No soy un jodido hiawatha, si sabes lo que quiero decir. Por lo tanto, me imaginé que pretendía no oírme para ponerme en un apuro. Y cuando lo hubiera conseguido, se volvería y empezaría a repartir cuchilladas. Pude haberle volado los sesos donde se encontraba, pero aquello hubiera despertado a

todo el mundo en dos kilómetros a la redonda y, además, te había prometido que nadie resultaría herido.

»Por lo tanto, me quedé allí indefinidamente. Permanecí en aquel lugar quince minutos, pensando que si me movía tropezaría con alguna otra raíz y en ese caso comenzaría la juerga. Luego se apartó del lado de la carretera hasta la cuneta para echar una meada, y no pude creer lo que veía. No sabía dónde habría tomado lecciones aquel tipo respecto a los deberes de un centinela, pero estaba seguro de que no había sido en Fort Bragg. Llevaba una de aquellas viejas escopetas que no había visto en veinte años; lo que los corsos llaman un loup. Y tenía un par de auriculares tipo Walkman... Hubiera podido acercarme detrás de él, y gritar "¡Viva Columbia!", y ni siquiera se hubiera movido.

Ginelli se echó a reír.

-Te diré una cosa... Apuesto lo que sea a que el viejo no sabía que el tipo estaba bailando rock mientras se suponía que debía vigilarme.

Cuando el centinela volvió a su antiguo lugar, Ginelli anduvo hacia él por su espalda, sin hacer demasiados esfuerzos por ser silencioso. Se quitó el cinturón mientras caminaba. Algo avisó al centinela -algo que entrevió por el rabillo del ojo- en el último momento. El último momento no es siempre demasiado tarde, pero éste sí lo fue. Ginelli deslizó el cinto en torno de su cuello y apretó con fuerza. Se produjo una breve lucha. El joven gitano dejó caer la escopeta y se aferró al cinturón. Los auriculares se le deslizaron por las mejillas y Ginelli oyó a los Rolling Stones, que sonaban como perdidos entre las estrellas, cantando *Under my thumb.*

El joven empezó a emitir ruidos gorgoteantes al asfixiarse. Sus esfuerzos se debilitaron y luego cesaron por completo. Ginelli mantuvo la presión durante otros veinte segundos y luego la aflojó ("No quería convertirlo en un idiota", explicó seriamente a Billy), y lo arrastró colina arriba hasta los matorrales. Era un hombre apuesto, bastante musculoso, de tal vez unos veintidós años, con jeans, botas y una camiseta con una foto estampada de Jim Morrison. Ginelli supuso, por la descripción de Billy, que se trataba de Samuel Lemke, y Billy estuvo de acuerdo. Ginelli encontró un árbol de buen tamaño y le ató a él con el esparadrapo.

-Parece estúpido decir eso de que atas a alguien con esparadrapo a un árbol, pero es lo que ocurre en el caso de que nunca te lo hayan hecho a ti. Te ponen suficiente de esa mierda a tu alrededor, y ya se puede olvidar el asunto. El esparadrapo es algo fuerte. Debes permanecer allí hasta que venga alguien y te libere cortándolo. Es imposible romperlo y puedes estar condenadamente seguro de que no te desatarás.

Ginelli cortó parte de los faldones de la camiseta de Lemke, le metió la tela en la boca y se la tapó con esparadrapo.

-Después volví por su casete y le coloqué de nuevo los auriculares en la cabeza. No quería que se aburriera demasiado cuando despertase.

Ginelli caminó ahora por el lado de la carretera. Él y Lemke eran de una talla similar, y estaba deseoso de arriesgarse a acercarse a otro centinela antes de verse atacado. Además, se estaba haciendo tarde y no había dormido más que breves siestas en las últimas cuarenta y ocho horas.

-Si uno pierde demasiado sueño se encuentra atontado por completo -explicó-. Si juegas al Metrópoli, no pasa nada. Pero si estás haciendo frente a unos jodidos que disparan contra la gente y escriben palabras descorazonadoras en sus frentes con sangre de pollo, eres capaz de morirte.

En realidad cometí un error. Tuve bastante suerte como para salir de aquello. A veces Dios perdona.

El error consistió en no ver al segundo centinela hasta que se acercó a él. Y aquello sucedió porque el segundo hombre estaba también en la sombra en vez de al borde de la carretera, como el de la camiseta de Jim Morrison. Afortunadamente para Ginelli, la razón no era el esconderse sino el estar cómodo.

-Éste no escuchaba una casete -explicó Ginelli-. Se encontraba profundamente dormido. Unos guardias bastante malos, pero es lo que cabe esperar de paisanos. Asimismo, se habían hecho a la idea de que ya me habían asustado para mucho tiempo. Si crees que alguien te sigue los pasos de cerca, eso te mantiene despierto, aunque te mueras por irte a dormir.

Ginelli se aproximó al dormido guardián, eligió un lugar en el cráneo del centinela y luego le aplicó la culata del Kalashnikov en aquel lugar con bastante fuerza. Se produjo un ruido parecido al de una mano golpeando en una mesa de caoba. El guardián, que había estado apoyado cómodamente contra un árbol, cayó sobre la hierba. Ginelli se inclinó y le buscó el pulso. Allí estaba, lento pero firme. Siguió adelante.

Cinco minutos después, llegaba a la cumbre de una baja colina.

Desde allí se abría un campo en pendiente, hacia la izquierda. Ginelli pudo ver el oscuro círculo de vehículos aparcados a unos doscientos metros de la carretera. Esa noche no había fuego de campamento. Unas luces amortiguadas en algunas de las casas rodantes. Pero aquello era todo.

Ginelli se abrió paso colina abajo agazapado sobre el estómago y las rodillas, sujetando su fusil de asalto detrás de él. Encontró una roca que afloraba en el suelo y que le permitió, a un tiempo, asentar la culata con firmeza y mirar por la colina hacia el campamento.

-La luna estaba saliendo, pero yo no iba a esperar. Veía lo suficiente para lo que tenía que hacer; en aquel momento no estaba a más de setenta y cinco metros de ellos. Y tampoco tenía que hacer un trabajo muy exacto. De todos modos, el Kalashnikov no sirve para eso. Es como querer quitarle a un tipo el apéndice con un serrucho. El Kalashnikov es bueno para asustar a la gente con él. Y los asusté, eso es... Estoy seguro de que se mearon en las sábanas. Pero no el viejo. Es la mar de fuerte, William.

Con el fusil automático firmemente sujeto, Ginelli respiró hondo y apuntó al neumático delantero de la camioneta del unicornio. Se oía el ruido de los grillos y el de un pequeño torrente que gorgoteaba muy cerca. Un pájaro cantó una vez al otro lado del campo sombrío. En medio de su segundo trino, Ginelli abrió fuego.

El estampido del Kalashnikov rompió la noche en dos. El fuego colgó en torno del extremo del cañón en una corona mientras se agitaba el cargador: treinta balas de calibre .30, cada una de ellas casi del tamaño de un cigarrillo extra largo, cada una con la fuerza de más de cien gramos de pólvora.

El neumático delantero de la furgoneta del unicornio no reventó sino que estalló. Ginelli hizo oscilar el arma bramante por toda la longitud de la camioneta, pero bajo.

-No conseguí ni un maldito agujero en la chapa -prosiguió-. Sólo hice trizas el suelo por debajo. Ni siquiera me acerqué demasiado por el depósito de nafta. ¿Has visto alguna vez explotar una furgoneta VW? Es como cuando enciendes un petardo y pones una lata encima. Yo lo he visto una vez en la autopista de peaje de Nueva Jersey.

Estalló el neumático trasero de la furgoneta. Ginelli quitó el primer cargador y colocó otro. Abajo empezó un auténtico desparramo. Acá y allá gritaban voces, algunas encolerizadas, la mayoría sólo asustadas. Una mujer chilló.

Algunos de ellos -Ginelli no tenía forma de saber cuántos- comenzaban a tirarse por las portezuelas traseras de las caravanas, la mayoría en pijama o camisón, todos confusos y asustados, todos tratando de mirar en cinco direcciones distintas a la vez. Y entonces Ginelli vio a Taduz Lemke por primera vez. El viejo parecía casi cómico con su ondulante camisa de dormir. Mechones de pelo se le escapaban por debajo del gorrito de dormir con borla. Se acercó a la parte delantera de la furgoneta del unicornio, lanzó un vistazo a los hundidos y retorcidos neumáticos y luego miró en línea recta hacia donde se hallaba tumbado Ginelli. Éste dijo a Billy que no había nada cómico en su fulgurante mirada.

-Sabía que no podía verme -explicó-. La luna estaba ausente, me había embadurnado de hollín la cara y las manos, no era más que una sombra en aquel campo. Pero… Creo que me vio, William,. y se me heló el corazón.

Luego el viejo se volvió a los suyos, que empezaban a derivar en su dirección, aún balbuceando y moviendo las manos. Les gritó en caló y deslizó un brazo por la caravana. Ginelli no pudo entender el idioma, pero el ademán resultó bastante claro:

Pónganse a cubierto, estúpidos.

-Demasiado tarde, William -comentó Ginelli, pagado de sí mismo.

Disparó la segunda descarga directamente al aire, .por encima de sus cabezas. Ahora chillaba un montón de gente, tanto hombres como mujeres. Algunos se echaron al suelo y empezaron a arrastrarse, la mayoría con las cabezas inclinadas y los traseros ondeando al aire. El resto echó a correr, dispersándose en todas direcciones, excepto por donde procedían los disparos.

Lemke permaneció allí, gritándoles, con mugidos de toro. Se le cayó el gorro de dormir. Los corredores prosiguieron corriendo, los que se arrastraban, arrastrándose. Lemke debía gobernarles, por lo general, con mano de hierro, pero Ginelli había conseguido sembrar el pánico entre ellos.

El Pontiac *break*, del que había sacado la chaqueta y las zapatillas deportivas la noche anterior, se encontraba cerca de la furgoneta, Ginelli metió un tercer cargador en el AK-47 y abrió fuego otra vez.

-Anoche no había nadie y por el olor supuse que esta noche tampoco habría nadie. Maté aquel coche, William, me refiero a que aniquilé a aquel hijo de puta. Una AK-47 es un arma muy buena, William. La gente que sólo ha visto películas de guerra, cree que cuando se usa un arma automática o un fusil automático, puedes acabar con una nítida línea de agujeros, pero no es así. Es un desparramo, pero sucede *de prisa*. El parabrisas de aquel viejo cacharro estalló. El capó se arrugó un poco. Luego las balas cayeron sobre él y lo partieron. Los faros volaron. Los neumáticos estallaron. La parrilla se cayó. No pude ver el agua salir del radiador, estaba demasiado oscuro para eso, pero cuando se acabó el cargador la oí con certeza. Cuando terminé el cargador, aquel hijo de perra parecía como si hubiesen disparado contra un muro. Y durante todo ese tiempo, mientras los cristales y cromados saltaban por los aires, aquel viejo no se movió. Sólo buscó el resplandor del cañón para enviar sus tropas contra mí, si era lo suficientemente estúpido como para aguardar a que sus tropas se reunieran. Decidí largarme antes de que eso ocurriese.

Ginelli corrió hacia la carretera, agachado como un auténtico soldado de la Segunda Guerra Mundial bajo el fuego enemigo. Sólo una vez allí se irguió y empezó a correr. Pasó ante el centinela del perímetro interior, aquel con el que empleara la culata del arma, echando apenas un vistazo en su dirección. Pero cuando llegó al lugar donde había recogido a "Mr Walkman", se detuvo, conteniendo el aliento.

-Encontrarle no fue difícil, ni siquiera en la oscuridad. -dijo Ginelli-. Pude oír cómo los matorrales se movían y crujían. Cuando llegué un poco más cerca, le oí...

Lemke se había movido en parte en torno del árbol al que le había atado: pero el resultado neto de aquello fue encontrarse atado con más fuerza que antes. Los auriculares se le habían caído y ondeaban bajo su cuello colgando de sus cables. Cuando vio a Ginelli, cesó en sus forcejeos y se limitó a mirarle.

-Vi en sus ojos que creía que iba a matarle, y estaba muy jodido y absolutamente aterrado -explicó Ginelli-. Aquello me pareció de perlas. El viejo petimetre no estaba asustado, pero puedo decirte que el muchacho deseaba que nunca te hubiesen parido, William. Por desgracia, no podía hacerle sudar un poco más; no había tiempo.

Se arrodilló al lado de Lemke y alzó el AK-47 para que pudiese ver de qué se trataba. Los ojos de Lemke mostraron que lo sabía condenadamente bien.

-No tengo demasiado tiempo, papanatas, pero escucha bien -le dijo Ginelli-. Dile al viejo que la próxima vez no dispararé alto o bajo, a coches desocupados. Dile que William Halleck pide que se lo quite. ¿Lo harás?

Lemke asintió todo lo que le permitió el esparadrapo. Ginelli se lo arrancó de la boca y le quitó el trozo de camisa que le había metido.

-Van a estar muy atareados por aquí -le explicó Ginelli-. Grita y te encontrarán. Y recuerda el mensaje.

Se volvió para marcharse.

-No lo comprendes -le dijo Lemke roncamente-. *Nunca* lo quitará. Es el último de los grandes jefes magiares: tiene una piedra por corazón. Por favor, señor, lo recordaré, pero él nunca lo levantará.

En la carretera, una camioneta iba dando tumbos en dirección al campamento cíngaro. Ginelli miró en aquella dirección y luego hacia Lemke.

-Se pueden aplastar las piedras -replicó-. Dile también eso.

Ginelli se acercó de nuevo a la carretera, la cruzó y anduvo de prisa hacia la cantera de grava. Pasó junto a él otra camioneta y luego tres coches, uno detrás de otro. Aquellas personas, comprensiblemente curiosas de saber quién había estado disparando un arma automática en su pequeña ciudad, en el corazón de la noche, no presentaban un verdadero problema para Ginelli. El resplandor de los faros que se acercaban le permitía el tiempo suficiente para ocultarse en el bosquecillo cada vez. Escuchó cómo se aproximaba una sirena en el momento en que se precipitó en la cantera de grava.

Puso en marcha el Nova y lo hizo avanzar a oscuras hasta el extremo de la corta pista de acceso. Un Chevrolet con su luz azul destellando, pasó rugiendo.

-Una vez que desapareció, me limpié el hollín de la cara y las manos y lo seguí -explicó Ginelli.

-¿Que *lo seguiste?* -le interrumpió Billy.

-Es más seguro. Si hay un tiroteo, la gente inocente se rompe las piernas para poder mostrar un poco de sangre cuando los policías lleguen y la limpien de las aceras. La gente que se va en otra dirección se hace sospechosa. Montañas de veces se larga porque tiene algún arma en el bolsillo.

Para cuando llegó de nuevo al campo, había ya una docena de coches aparcados a lo largo de la cuneta de la carretera. Los faros se cruzaban unos con otros. La gente corría de acá para allá, gritando.

El coche de la Policía estaba estacionado cerca del lugar donde Ginelli había dejado al segundo joven; la luz del techo arrojaba destellos azules a través de los árboles. Ginelli bajó la ventanilla del Nova.

-¿Qué ocurre, agente?

-Nada de lo que tenga que preocuparse. Circule... Y para el caso de que el tipo del Nova pudiese hablar inglés pero sólo entendiese el ruso, el agente barrió su linterna impacientemente hacia donde comenzaba la Finson Road.

Ginelli siguió rodando con lentitud por la carretera, abriéndose camino entre los coches, que pertenecían, según supuso, a los tipos locales. Resulta más bien difícil moverse entre los papamoscas cuando son vecinos, le contó a Billy. Había dos grupos distintos de gente delante de la rural a la que Ginelli había disparado. Uno comprendía a los gitanos en pijamas y camisón. Hablaban entre sí, algunos de ellos gesticulando de manera exagerada. El otro grupo comprendía a los tipos de la ciudad. Estaban de pie en silencio, con las manos en los bolsillos, mirando los restos del vehículo. Cada grupo ignoraba al otro.

Finson Road continuaba durante otros diez kilómetros, y Ginelli casi hizo patinar el coche, no una vez sino dos, cuando la gente llegó a toda velocidad por lo que no era sino un camino de tierra.

-Eran tipos que querían ver un poco de sangre a medianoche antes de que los policías la barrieran con mangueras de las aceras, William. O de la hierba, en este caso...

Conectó con una carretera secundaria que le llevó a Bucksport y desde allí giró hacia el norte. Estuvo de vuelta en la habitación del motel de John Tree a las dos de la madrugada. Puso el despertador a las siete y media.

Billy se quedó mirándolo.

-¿Quieres decir que durante todo el tiempo en que me preocupé creyendo que estabas muerto, estabas durmiendo en el mismo motel que habíamos dejado?

-Pues sí...

Ginelli pareció avergonzado de sí mismo por un momento, aunque al mismo tiempo sonrió y se encogió de hombros.

-Achácalo a la inexperiencia, William. No estoy acostumbrado a que la gente se preocupe por mí. Excepto mi mamá, naturalmente, y eso es distinto.

-Te debiste quedar dormido, puesto que no llegaste aquí hasta las nueve o cosa así. Tuviste tiempo de sobra.

-No... Me levanté en cuanto sonó el despertador. Hice una llamada y luego me dirigí al centro de la ciudad. Alquilé otro coche. En este caso en Avis. No había tenido demasiada suerte con Hertz.

-Vas a tener problemas con ese coche de Hertz, ¿verdad? -le preguntó Billy.

-No. Todo está en orden. Pero podía haber sido peliagudo. Para eso era la llamada, para lo del coche de Hertz. Conseguí que ese "socio en el negocio"

mío regresara en avión desde Nueva York. Hay un pequeño aeropuerto en Ellsworth, y allí fue donde se dirigió. Luego el piloto se fue a Bangor para aguardarle. Mi socio fue a Bankerton y...

-La cosa se va complicando cada vez más -le interrumpió Billy-. ¿Lo sabías? Se está convirtiendo en un Vietnam.

-Maldita sea, no... ¡No seas tonto, William! Durante todo el día no haces más que ver a tipos que viajan en primera clase en aviones de líneas aéreas, con maletines de piel de cerdo y zapatos Gucci en los pies, que hacen cosas mucho menos importantes. Ese coche Hertz no es más que otro problema doméstico.

-Sólo que su ama de casa llegó en avión desde Nueva York...

-Pues sí... No conocía a nadie en Maine, y la única conexión aquí consiguió que lo matasen. De todos modos, no existe el menor problema. Esta noche me entregarán un informe completo. Mi socio fue a Bankerton ayer a mediodía, y el único tipo de la estación de servicio era el muchacho que parece no tener demasiadas entendederas. Los muchachos de las estaciones de servicio sirven gasolina cuando se presenta alguien, pero la mayoría de las veces se encuentran en los fosos, cambiando aceite a un coche o algo parecido. Mientras estaba allí, mi socio hizo un empalme en el Ford y se lo llevó. Pasó cerca de los fosos del garaje. El chico no llegó ni a darse vuelta. Mi socio se lo llevó al Bangor Internacional Airport y aparcó el Ford en uno de los recintos de la Hertz. Le dije que vigilase las manchas de sangre, y cuando hablé con él por teléfono me contó que encontró un poco de sangre en mitad del asiento delantero, los más probable era que se tratase de sangre de pollo, y lo limpió con uno de esos "Wet-Nap". Luego se dirigió a información, llenó el correspondiente boletín y lo dejó en el buzón de Express Return. A continuación volvió a casa.

-¿Y que me dices de las llaves? Me explicaste que había hecho un puente.

-Pues -contestó Ginelli- las llaves fueron el problema durante todo el tiempo. Fue otro error. Lo achaco a dormir poco, lo mismo que el otro, pero tal vez sea que ya me estoy volviendo viejo. Estaban en el bolsillo de Spurton y me olvidé de sacárselas cuando le enterré. Pero ahora...

Ginelli sacó un par de llaves en un brillante llavero amarillo de Hertz. Las hizo tintinear.

-Aquí están...

-Volviste... -repuso Billy con la voz un tanto ronca-. Dios mío, volviste y lo desenterraste para sacarle las llaves...

-Verás, más pronto o más tarde los alcaudones o los osos le hubieran encontrado y lo desenterrarían -repuso con entonación razonable Ginelli-, o los cazadores hubieran dado con él. Probablemente en la temporada de caza de aves, cuando salen con sus perros. Me refiero que no constituía más que una molestia menor para la gente de Hertz, recibir el sobre por correo urgente sin las llaves... La gente siempre se olvida de devolver las llaves de los coches de alquiler y de los cuartos de los hoteles. A veces las envían, pero en otras ocasiones no se preocupan lo más mínimo. El director del servicio se limita a marcar un número de ocho cifras, efectúa la lectura del VIN del coche, el número, y el tipo del otro lado de la línea, de la Ford, la GM o la Chrysler, le entrega el molde de la llave. *Presto!* Y unas llaves nuevas... Pero si alguien encuentra un cadáver .enterrado en grava, con una bola de cojinete en la cabeza y un juego de llaves de coche en el bolsillo, eso podría

hacer que lo rastreasen hasta mí... Lo cual sería malo. Unas noticias muy malas... ¿Me sigues?

-Sí.

-Además, ya sabes que de una forma u otra, tenía que regresar -profirió con suavidad Ginelli-. Y no podía hacerlo en el Nova.

-¿Y por qué no? No lo habían visto.

-Todo hay que contarlo a su tiempo, William. Ya lo verás. ¿Otro trago?

Billy meneó la cabeza. Ginelli se sirvió a sí mismo.

-Muy bien... A primeras horas del martes, los perros. A última hora de la tarde del martes, el Nova. El martes por la noche, las descargas cerradas. El miércoles a primeras horas de la mañana, el segundo coche de alquiler. ¿Captas todo esto?

-Me parece que sí.

-Ahora estamos hablando de un sedán Buick. El tipo de Avis deseaba darme un Aries K, me dijo que era todo lo que le quedaba, y que yo tenía suerte dé conseguirlo, pero un Aries K no era lo apropiado. Tenía que ser un sedán. No imponente, pero sí bastante grande. Aceptó veinte dólares por cambiar de opinión, pero finalmente conseguí el coche que deseaba. Conduje con él de regreso a Bar Harbor, al Motor Inn, lo estacioné e hice un par de llamadas más para asegurarme de que todo se desarrollaba de la forma en que lo había planeado. Luego vine aquí en coche, en el Nova. Me gusta el Nova, Billy: parece un mestizo y huele a caca de vaca, pero tiene buenos huesos. Por lo tanto, me presenté aquí y al fin he logrado que tu cabeza esté tranquila: Pero cuando estuve dispuesto a volver al combate, me sentí tan cansado para pensar siquiera en regresar a Bar Harbor, que me he pasado todo el día en tu cama.

-Podrías haberme llamado, ya sabes, y por lo menos haberte ahorrado un viaje -respondió en voz baja Billy. Ginelli le sonrió.

-Sí, pude haber telefoneado, pero a la mierda con eso. Una llamada telefónica no me hubiera mostrado cómo te encontrabas, William. No hubieras sido el único preocupado.

Billy bajó la cabeza un poco y tragó con cierta dificultad. Estaba casi al borde de las lágrimas una vez más. Al parecer, últimamente no hacía más que llorar.

-¡Vamos!

Ginelli se puso en pie, refrescado y sin demasiada resaca de anfetaminas. Se había duchado, metido en el Nova que olía más a caca de vaca que nunca después de un día al sol, y se encaminó a Bar Harbor. Una vez allí, sacó los paquetitos del baúl del auto y los abrió en su cuarto. Había un Colt-Woodsman del 38 y una pistolera de hombrera. Lo que había en los otros dos paquetes cupo en los bolsillos de su chaqueta deportiva. Luego salió del cuarto y cambió el Nova por el Buick. Pensó durante un minuto que si él fuera dos personas no tendría que pasarse la mitad del tiempo cambiando de coches como el cuidador de un parking en un restaurante lujoso de Los Ángeles. Luego se dirigió al escénico Bankerton para lo que confiaba que fuese la última vez. Se paró sólo una vez durante el trayecto en un supermercado. Entró y compró dos cosas: una de aquellas jarras en las que las mujeres ponen compota y una botella de Pepsi familiar. Llegó a Bankerton ya entre dos luces. Condujo hasta la cantera de grava y se metió en ella sin la menor precaución, sabiendo que andarse con remilgos no cambiaría las cosas en absoluto en este punto: si habían encontrado el cadáver por la excitación de la noche anterior, estaría perdido de todas

formas. Pero no había nadie, ni indicios de que alguien hubiese estado por allí. Por lo tanto, empezó a excavar en busca de Spurton, toqueteó un poco alrededor y pudo sacar el premio.

La voz de Ginelli resultó del todo inexpresiva, pero Billy observó que parte de esto se desarrollaba en su mente como una película, y no una película especialmente placentera. Ginelli agazapado, echando a un lado la grava con las manos, encontrando la camisa de Spurton..., su cinturón..., su bolsillo... Metiendo la mano en él. Hurgando entre unas monedas llenas de arena que nunca podría gastar, un cuchillo del Ejército suizo que nunca más abriría. Y debajo del bolsillo, la fría carne, que ya se había puesto rígida por el *rigor mortis*. Al fin, las llaves, y el apresurado volver a enterrar el cuerpo.

-Vaya... -musitó Billy.

Y se estremeció.

-Todo constituye un problema de perspectiva. William -le confesó calmosamente Ginelli-. Créeme, es así...

Me parece que eso es lo que me asusta -pensó Billy.

Y luego escuchó con creciente asombro, cómo Ginelli acababa el relato de sus increíbles aventuras.

Con las llaves del Hertz en el bolsillo, Ginelli regresó al Buick de la Avis. Abrió la Pepsi-Cola, la vertió en la jarra y luego la cerró con el tapón de tela metálica. Una vez hecho esto, se dirigió en coche al campamento de los gitanos.

-Sabía que aún estaban allí -manifestó-. No porque quisieran quedarse aún, sino porque el mandamás del Estado les había dicho, de un modo inconfundible, que permaneciesen allí hasta que terminara la investigación. Aquí había un grupo de..., bueno de nómadas, así se les puede llamar, extraños en una ciudad opulenta como Bakerton, claro, y otro desconocido o desconocidos a media noche empiezan a disparar contra aquel lugar. Los policías tienden a mostrarse interesados por cosas así...

En efecto, estaban interesados. Había un patrullero de la Policía Estatal de Maine, y otros dos coches sin identificar. Plymouths, aparcados en el borde del campo. Ginelli aparcó entre los Plymouths, salió de su coche y comenzó a descender por la colina hacia el campamento. El destrozado *break* había sido retirado, presumiblemente para situarlo en el lugar donde la gente del laboratorio del departamento penal pudiese observarlo.

A mitad de la colina, Ginelli encontró a un policía uniformado del Estado que ascendía.

-No tiene usted nada que hacer aquí, señor -le dijo-. Será mejor que circule.

-Le convencí de que tenía algo que hacer allí -le explicó Ginelli, sonriente.

-¿Cómo lo conseguiste?

-Le enseñé esto.

Ginelli se metió la mano en su bolsillo trasero y arrojó a Billy una cartera de piel. La abrió. Supo inmediatamente lo que miraba: había visto un par de aquéllas en el transcurso de su carrera como abogado. Supuso que habría visto un montón más de ellas de haberse especializado en casos criminales. Era una tarjeta de identificación laminada con la foto de Ginelli. En ésta, Ginelli parecía cinco años más joven. Llevaba el pelo muy corto, casi al cepillo. La tarjeta le identificaba como agente especial Ellis Stoner.

De repente, todo quedó claro en la mente de Billy. Alzó la mirada del documento de identidad.

-Querías el Buick porque se parecía más a...

-A un coche del Gobierno, claro... Un aparatoso sedán. Por eso no quería el cacharro que el tipo de Avis quería darme, y, naturalmente, no deseaba aparecer por Farmer John con un jodido coche de esos.

-Esto... ¿Es una de las cosas que tu socio trajo en su segundo viaje?

-Sí.

Billy se lo devolvió.

-Parece casi auténtico.

La sonrisa de Ginelli se extinguió.

-Excepto la foto -replicó con suavidad-, lo es...

Durante un momento se produjo un silencio; trató de no pensar demasiado en lo que le habría ocurrido al agente especial Stoner, ni si tendría hijos.

Finalmente dijo:

-Estacionaste entre dos coches patrulleros y le mostraste la placa a un poli del Estado, cinco minutos después de que acabaras de sacar un juego de llaves de coche del bolsillo de un cadáver en una cantera de grava...

-Bah... -replicó Ginelli-. Fueron más bien diez...

Mientras se acercaba al campamento, vio a dos tipos, vestidos desenfadadamente, que eran obviamente policías, arrodillados detrás de la furgoneta del unicornio. Cada uno tenía una pequeña azada de jardín. Un tercero estaba de pie y alumbraba una potente linterna mientras excavaban en la tierra.

-Espera, espera, aquí hay otra... -dijo uno de ellos. Sacó de la tierra con la paleta otro trozo de metal y lo dejó caer en un cubo cercano. *Ploc...* Dos niños gitanos, evidentemente hermanos, se hallaban cerca observando la operación.

En realidad Ginelli estaba contento de que la policía estuviera allí. Nadie sabía cuál era su aspecto, y Samuel Lemke sólo había visto una mancha de negro de humo. Asimismo, resultaba del todo plausible que apareciese un agente del FBI tras un incidente de tiroteo en el que se había empleado un arma automática rusa. Pero ya había desarrollado un profundo respeto hacia Taduz Lemke. Era algo más que la palabra escrita en la frente de Spurton; era más bien el modo en que Lemke se mostraba impasible a aquellas balas de calibre 30 que se precipitaban contra él desde la oscuridad. Y naturalmente, también estaba lo que le ocurría a William. Sintió que hasta era posible que el viejo supiese quién era. Podía leer en los ojos de Ginelli, u olerlo en su piel, o cualquier otra cosa por el estilo...

Bajo ninguna circunstancia permitiría que el viejo de la nariz podrida le tocase.

Lo que buscaba era la chica.

Cruzó el círculo interior y llamó a la puerta de una de las casas rodantes al azar. Tuvo que llamar otra vez antes de que le abriese una mujer de mediana edad con ojos asustados y recelosos.

-Sea lo que sea lo que busca, no lo tenemos -le dijo-. Estamos en un lío. Hemos cerrado. Lo siento. Ginelli hizo destellar la placa.

-Agente especial Stoner, señora. Del FBI. Los ojos de la mujer se abrieron. Se santiguó con rapidez y dijo algo en romaní. Luego añadió:

-Oh, Dios mío, ¿qué sucederá ahora? Ya nada marcha bien. Desde que Susanna murió es como si nos hubieran maldecido. O... Su marido la hizo a un lado y le dijo que cerrase el pico.

-Agente especial Stoner -comenzó Ginelli de nuevo.

-Sí, ya oí lo que dijo. Salió afuera. Ginelli supuso que tenía unos cuarenta y cinco años, pero parecía mayor; era un hombre en extremo alto, con los hombros tan caídos que parecía deforme. Llevaba una camiseta de Disney World y unos amplios pantaloncítos bermudas. Olía a vino y parecía estar a punto de vomitar. Tenía el aspecto de ser el tipo de hombre que lo hace muy a menudo. Como tres o cuatro veces a la semana. Ginelli pensó que le había reconocido la noche anterior: había sido aquel tipo u otro gitano de por aquí el que tenía un ritmo tan raro. Le contó a Billy que uno de ellos se había alejado a saltos con la gracia de un epiléptico ciego acometido por un ataque al corazón.

-¿Qué desea? Hemos tenido policías tras nuestros talones durante todo el día. Siempre nos persigue la poli, pero esto es simplemente..., algo jodido... *¡Ridículo!*

Habló en un tono falsamente bravucón, y su mujer le dijo unas cuantas y agitadas palabras en romaní.

El hombre volvió la cabeza hacia ella.

-*Det krígiska jag-haller* -le dijo, y añadió para redondear más la cosa-. Cállate, puta.

La mujer se retiró. El hombre de la camiseta Disney se dirigió de nuevo a Ginelli.

-¿Qué quiere? ¿Por qué no habla con sus compinches si quiere algo?

Hizo un ademán hacia los tipos del laboratorio del departamento criminal.

-¿Me puede decir su nombre, por favor? -le preguntó Ginelli con la misma e inflexible educación.

-¿Por qué no se lo pregunta a ellos?

Cruzó sus rollizos brazos de un modo truculento. Bajo la camiseta sus grandes tetillas se movieron.

-Les hemos facilitado nuestros nombres, así como nuestras declaraciones. Alguien disparó sobre nosotros a medianoche, eso es todo lo que sabemos. Sólo queremos que nos dejen en paz. Nos gustaría salir de Maine, de Nueva Inglaterra, de la jodida Costa Este.

Con voz levemente más baja añadió:

-Y no volver jamás.

Los rosados índice y meñique de su mano izquierda sobresalieron en relación a los demás en un ademán que Ginelli conocía muy bien gracias a su madre y a su abuela: era el signo contra el mal de ojo. No creyó que aquel hombre se hubiese dado ni siquiera cuenta de haberlo hecho.

-Este asunto puede terminar de dos maneras -replicó Ginelli, que seguía aún interpretando el súper-educado hombre del FBI hasta el final-. O me facilita un poco de información, señor, o acabará en el Centro de Detención estatal, pendiente de una recomendación respecto a si se le debe o no acusar de obstrucción a la justicia. Si se le prueba esa obstrucción, podría enfrentarse a cinco años de cárcel y a una multa de cinco mil dólares.

De nuevo de produjo otro chaparrón de palabras en romaní, esta vez próximas a la histeria.

-*Enkelt!* -gritó roncamente el hombre.

Pero cuando se dirigió de nuevo a Ginelli su rostro había palidecido de forma ostensible.

-Es usted un pesado...

-No, señor -replicó Ginelli-. No se trata de un asunto de unos cuantos disparos. Por lo menos les hicieron tres ráfagas con un fusil automático. La posesión privada de ametralladoras y armas automáticas de tiro rápido está prohibida por la ley en Estados Unidos. El FBI se halla implicado en este caso y, sinceramente, debo prevenirle de que ustedes ya están con la mierda hasta la cintura, que la cosa se va haciendo más profunda y que no saben cómo salir nadando.

El hombre le miró sombríamente durante un largo momento y luego profirió:

-Me llamo Heilig. Trey Heilig. Aquellos tipos se lo confirmarán.

E hizo un ademán hacia ellos.

-Tienen su propio trabajo, y yo el mío. Y usted habla conmigo, ¿verdad?

El hombre asintió resignado.

Logró que Trey Heilig le relatara lo sucedido la noche anterior. En medio del relato, uno de los detectives del Estado se acercó para comprobar quién era Ginelli. Echó un vistazo a la placa del FBI y luego se alejó con rapidez, con aire impresionado y un poco preocupado a la vez.

Heilig explicó que había salido disparando de su cama cuando sonaron los primeros tiros, había localizado los destellos del arma y se encaminó hacia la colina por la izquierda, confiando en flanquear al tirador. Pero en la oscuridad tropezó con un árbol o algo parecido, golpeándose la cabeza contra una roca y permaneciendo desvanecido durante un rato: en otro caso, habría ajustado las cuentas a aquel bastardo. En apoyo de su relato, mostró un cardenal ya difuminándose, que tendría tres días y que probablemente, se habría producido en una caída de borracho, en su sien izquierda.

-Hum -pensó Ginelli.

Y volvió otra hoja en su agenda. Ya era bastante de camelo. Había llegado el momento de entrar en materia.

-Muchísimas gracias. Mr. Heilig, ha sido usted de inestimable ayuda.

Contar todo aquel rollo parecía haber ablandado al tipo.

-Pues..., muy bien... Siento haberle interpelado de aquella manera... Pero si usted fuese uno de nosotros...

Se encogió de hombros.

-Policías -dijo su mujer detrás de él.

Miraba por la puerta, como un tejón muy viejo y cansado desde su agujero para ver cuántos perros se encontraban aún por allí y qué espantoso aspecto tenían.

-Siempre policías, vayamos donde vayamos. Es lo normal. Pero esto ha sido peor. La gente está asustada.

-*Enkelt, Mamma* -le dijo Heiling, pero esta vez con más gentileza.

-Tengo que hablar con dos personas más, si usted puede ayudarme -le dijo.

Y se quedó mirando a una página en blanco de su agenda. -Mr. Taduz Lemke y una tal Mrs. Angelina Lemke.

-Taduz está dormido allí -replicó Heilig, y señaló la furgoneta del unicornio.

A Ginelli aquello le pareció una buena noticia, en caso de ser cierto.

-Es un hombre muy viejo y esto le ha dejado auténticamente agotado. Creo que Gina está en su casa de allí... No está casada...

Señaló con un sucio dedo un pequeño Toyota verde con un bonito cobertor de lana en la parte trasera.

-Pues muchísimas gracias.

Cerró la agenda y se la metió en el bolsillo de atrás.

Heilig se retiró a su casa rodante (y, presumiblemente, a su botella); parecía aliviado. Ginelli cruzó de nuevo el círculo interior entre la creciente penumbra, esta vez en busca de la chica. Su corazón, según le contó a Billy, le latía con más fuerza y más agitadamente. Respiró hondo y llamó a la puerta.

No hubo una respuesta inmediata. Alzaba la mano para llamar de nuevo cuando la puerta se abrió. William había dicho que era maravillosa, pero no estaba preparado para la profundidad de su hermosura: aquellos ojos oscuros y directos con unas córneas tan blancas que azuleaban débilmente, la piel de un tono oliva claro brillando rosada en algunas zonas.

Miró un momento sus manos y vio que eran fuertes y perladas. No llevaba las uñas pintadas, sino limpias y cortas como las de un granjero. En una de aquellas manos sostenía un libro con el título de Sociología estadística.

-Diga...

-Agente especial Ellis Stoner? Miss Lemke -se presentó.

E inmediatamente aquella clara y luciente cualidad desapareció de sus ojos, como si hubiese caído sobre ellos una persiana.

-Del FBI.

-Diga... -repitió, pero sin más vida que un contestador telefónico automático.

-Estamos investigando el incidente del tiroteo que tuvo lugar aquí anoche...

-Usted y medio mundo -respondió-. Bien, investigue todo lo que quiera, pero si no echo al correo mañana por la mañana mis lecciones de curso por correspondencia, se retrasará mi graduación. Por lo tanto, si me permite...

-Tenemos razones para creer que un hombre llamado William Halleck está detrás de esto -explicó Ginelli-. ¿Significa ese nombre algo para usted?

Naturalmente que sí; durante un momento sus ojos se abrieron por completo y, simplemente, ardieron.

Ginelli sabía que su hermosura estaba más allá de cualquier suposición. Aún opinaba así, pero también creía ahora que aquella muchacha podía haber sido la que mató a Frank Spurton.

-¡Ese cerdo! -escupió- . *Han satte sig pa en av stolarna! Han sneglade pa nytt mot hyllorna i vild! Vild!*

-Tengo ciertas fotos de un hombre que creemos que es Halleck -prosiguió impertérrito Ginelli-. Fueron tomadas en Bar Harbor por mi agente empleando teleobjetivo...

-¡Naturalmente que es Halleck! -exclamó la chica-. Ese cerdo mató a mi *tantenyjad*, mi abuela... Pero no nos molestará durante mucho tiempo. El...

Se mordió su lleno labio inferior, con fuerza, y enmudeció. De haber sido Ginelli el hombre que alegaba ser, la muchacha se hubiera asegurado un interrogatorio extraordinariamente a fondo y detallado. Sin embargo, Ginelli, fingió no haberse dado cuenta.

-En una de las fotografías, parece que dos hombres se están pasando dinero. Si uno de ellos es Halleck, en ese caso el otro, probablemente, es el francotirador que visitó su campamento anoche. Me gustaría que usted y su abuelo identificasen a Halleck de modo positivo, si ello es posible.

-Es mi bisabuelo -replicó ausente la chica-. Creo que está dormido. Mi hermano está con él. Aborrezco despertarle.

Hizo una pausa.

»Aborrezco tener que preocuparlo con todo esto. Los últimos días han sido mortalmente duros para él.

-Bueno, supongamos que hacemos esto -le dijo Ginelli-. Usted mira las fotos y, si identifica positivamente a ese hombre como Halleck, entonces no tendremos necesidad de molestar al anciano Mr. Lemke.

-Eso estaría muy bien. Si atrapa al cerdo de Halleck, ¿le detendrá?

-Oh, sí. Llevo conmigo una orden federal tipo John Doe.

Aquello la convenció. Mientras salía de la caravana con un revuelo de faldas y un imponente destello de piernas morenas, dijo algo que heló el corazón de Ginelli.

-Me parece que no quedará mucho de él que arrestar.

Anduvieron en dirección a los agentes que aún seguían cavando entre una penumbra cada vez más pronunciada. Pasaron ante varios gitanos, incluyendo, a los dos hermanos, ahora vestidos para meterse en la cama con dos pijamas idénticos de camuflaje. Gina hizo un saludo a varios de ellos, que le contestaron, pero siguieron tranquilos: aquel hombre alto con aspecto italiano que estaba con Gina era del FBI, y sería mucho mejor no meterse en asuntos de aquella clase.

Salieron del círculo y treparon por la colina hacia el coche de Ginelli, y las sombras nocturnas se los tragaron.

-Fue algo tirado, William -le explicó Ginelli-. Ya era la tercera noche, y seguía saliendo la mar de bien... ¿Por qué no? El lugar estaba lleno de policías. ¿Iba a regresar el tipo que les disparó y hacerles algo más mientras la policía seguía por allí? No lo creían..., pero fueron unos estúpidos, William. Esperaba algo así del resto de ellos pero no del viejo; no puedes pasarte toda la vida aprendiendo a cómo odiar y desconfiar de la policía y, de repente, decidir que van a protegerte de algo que te ha estado mordiendo en el culo. Pero el viejo dormía. Está hecho polvo. Eso es bueno. Podemos doblegarle, William. Podemos hacerlo.

Regresaron al Buick. Ginelli abrió la portezuela del lado del conductor mientras la chica estaba allí de pie. Y mientras se inclinaba, sacó el 38 de la pistolera con una mano y la jarra con la otra. Notó que el humor de la muchacha cambiaba de repente, desde una amarga exultación a una repentina cautela. El mismo Ginelli resultó afectado y sus intuiciones afloraron y se afinaron en grado máximo. Pareció sentir la primera toma de conciencia por parte de la chica respecto de los grillos, la oscuridad que les rodeaba, la facilidad con que se había separado de los demás, con un hombre al que no había visto nunca, en un momento en que no hubiera tenido que confiar en cualquiera. Por primera vez se preguntó por qué Ellis Stoner no había traído consigo los documentos al campamento si estaba tan decidido a conseguir una identificación de Halleck. Pero era ya demasiado tarde. Había mencionado un nombre que garantizaba originar un profundo espasmo y el odio suficiente para cegarla en un abrir y cerrar de ojos.

-Pues aquí está la cosa -dijo Ginelli.

Y se volvió hacia ella con el arma en una mano y la jarra de vidrio en la otra.

Los ojos de ella se abrieron de nuevo. Sus pechos oscilaron al abrir la boca y respirar hondo.

-Puedes empezar a gritar -le dijo Ginelli-, pero te garantizo que será el último ruido que te oigas hacer, Gina.

Durante un momento, pensó que lo haría de todos modos... Pero la chica convirtió su aspiración en un largo suspiro.

-Trabaja para ese cerdo -le dijo-. *Hans salte síg pa...*

-Habla en mi idioma, puta -le dijo con tono casi indiferente.

Y la chica retrocedió como si la hubiese abofeteado.

-No puede llamarme puta -susurró-. Nadie me va a llamar puta...

Sus manos, aquellas fuertes manos, se arquearon y se convirtieron en garras.

-Tú llamaste cerdo a mi amigo William, por lo que yo te llamo a ti puta, tu madre es una puta y tu padre un lameculos -exclamó Ginelli.

Vio cómo sus labios se apartaban de sus dientes en una mueca, y sonrió. Algo de esa sonrisa hizo que la muchacha se quebrara. No pareció exactamente tener miedo -Ginelli le explicó más tarde a Billy que no estaba seguro de si llegaría a asustarse-, sino que por alguna razón pareció salir a la superficie, a través de su agitada furia, cierto sentido de quién y de qué estaba tratando.

-¿Qué crees que es esto, un juego? -le preguntó Ginelli-. Lanzas una maldición sobre alguien con una esposa y una hija, ¿y crees que se trata de un juego? ¿Crees que atropello adrede a aquella mujer, a tu abuela? ¿Crees que tenía un contrato respecto de ella? ¿Crees que la mafia tenía un contrato encargado con tu vieja abuela? ¡Mierda!

La chica lloraba ahora de rabia y de odio.

-Su mujer le estaba haciendo un buen trabajo en el coche y atropello a la mujer en la calle... Y luego ellos... Luego ellos han *tog in pojken*, lo hicieron salir del asunto de rositas, pero nosotros le dimos lo suyo. Y tú serás el siguiente, amigo de cerdos... No importa lo que tú...

Con el dedo pulgar, Ginelli sacó el amplio tapón de vidrio de la jarra. La chica la miró por primera vez. Aquello fue lo que Ginelli deseó que hiciese.

-Ácido, puta -le explicó Ginelli.

Y se lo tiró a la cara.

-Ya verás a cuánta gente dispararás con esa honda tuya cuando estés ciega...

La chica chilló y se llevó las manos a los ojos, pero demasiado tarde. Cayó al suelo. Ginelli le puso un pie en el cuello.

-Si gritas, te mato. Y a los primeros amigos que se presenten por aquí.

Le quitó el pie de encima.

-Sólo era Pepsi-Cola.

La chica se puso de rodillas, se quedó mirándolo a través de sus extendidos dedos y, con aquellos exquisitamente afinados y casi telepáticos sentidos, Ginelli supo que no había hecho falta decirle que no se trataba de ácido. Lo sabía, lo supo casi al instante a pesar del escozor. Un momento después -apenas a tiempo-, comprendió que la chica se le tiraría a las pelotas.

Mientras saltaba encima de él, con la agilidad de una gata, Ginelli se hizo a un lado y le propinó una patada en un costado. La nuca de Gina golpeó contra el borde cromado de la portezuela abierta del lado del conductor con ruido sordo, y cayó en confuso montón, manándole sangre por una de sus hermosas mejillas.

Ginelli se inclinó sobre ella, para asegurarse de que se hallaba inconsciente, y la chica se precipitó sobre él, silbando como una serpiente.

Una mano corrió por su frente, abriendo un largo corte. La otra penetró a través de una manga de su jersey de cuello de cisne, produciéndole más sangre.

Ginelli dio un alarido y la puso de espaldas. Apretó la pistola contra su nariz.

-Vamos, adelante... ¿Quieres más? ¿Quieres hacerlo? ¡Vamos, puta! ¡Adelante! ¡Me has estropeado la cara! ¡Me encantaría que lo intentases!

La muchacha se quedó inmóvil, mirándole con unos ojos ahora tan oscuros como la muerte.

-Deberías hacerlo -le dijo-. Si sólo fuese por ti, te arrojarías de nuevo sobre mí. Pero eso sería como matarle, ¿verdad? ¿Al viejo?

No dijo nada, pero una lucecita pareció brillar momentáneamente en la oscuridad de aquellos ojos.

-Ya sabes lo que le hubiese pasado a él si, realmente, te hubiera arrojado ácido a la cara. Piensa en lo que le haría si, en lugar de ti, decidiese tirárselo en la cara de aquellos niños en pijama. Y puedo hacerlo, puta. Puedo hacerlo y volver a casa y comerme una buena cena. No tienes más que mirarme a la cara para saber que lo haría...

Ahora, al fin, vio confusión y un atisbo de algo que podría haber sido miedo..., pero no por ella misma...

-Él te ha maldecido -le explicó-. Yo era la maldición.

-Me cago en la maldición de aquel cerdo -susurró la chica, y se enjugó la sangre de la cara con un rápido y despectivo movimiento de los dedos.

-Me dijo que no lastimase a nadie -prosiguió Ginelli, como si la mujer no hubiese hablado-. Y no lo he hecho. Pero eso termina esta noche. No sé cuántas veces tus antepasados habrán escapado antes, pero esta vez no se lo permitiré. Dile que lo deshaga. Dile que es la última vez que se lo pido. Mira. Toma esto.

Le apretó en la mano un trozo de papel. En él había escrito el número telefónico del "quiosco seguro" de Nueva York.

-Llamarás a este número hoy a medianoche y me contarás lo que ha dicho el viejo. Si necesitas escuchar mi respuesta, llamarás de nuevo al mismo número dos horas después. Podrás recoger el mensaje..., si hay alguno. Y esto es todo. De una manera u otra, la puerta está a punto de cerrarse. Nadie en este número sabrá de qué mierda hablas después de las dos de mañana por la mañana.

-Él nunca la levantará.

-Bueno, tal vez no pueda -replicó-, puesto que tu hermano dijo anoche lo mismo. Pero no es asunto tuyo. Debes mostrarte clara con él, y permitirle que se forme una idea de lo que va a hacer... Sólo has de asegurarte de que entienda bien que, si dice que no, será entonces cuando empiece *realmente* el baile. Tú serás la primera, luego los dos niños y a continuación cualquiera al que eche las manos encima. Díselo. Y ahora, entra en el coche.

-No.

Ginelli hizo girar los ojos.

-¿Por qué no eres prudente? Sólo quiero asegurarme de que tendré tiempo de salir de aquí sin tener a doce policías detrás de mí. Si quisiese matarte, no te habría dado un mensaje que entregar.

La chica se puso en pie. Se encontraba un poco atontada, pero lo hizo. Se metió detrás del volante y luego se deslizó al asiento de al lado.

-No es lo bastante lejos...

Ginelli se enjugó la sangre de la frente y se la mostró en sus dedos.

-Después de esto, quiero verte agazapada contra aquella portezuela como una chica apoyada en la pared durante su primera cita.

La chica se deslizó contra la portezuela.

-Estupendo -le dijo Ginelli, entrando-. Y ahora, quédate ahí.

Volvió a Finson Road sin encender los faros; las ruedas del Buick patinaron un poco sobre la hierba húmeda. Se movió para conducir con la mano en que tenía la pistola, la vio removerse y la apuntó de nuevo con el arma.

-Malo... -le dijo-. No te muevas. No te muevas *en absoluto*. ¿Lo comprendes?

-Comprendo...

-Estupendo...

Condujo por donde había venido, apuntándola aún con el arma.

-Siempre es así -exclamó con amargura-. Incluso por una pequeña justicia tenemos que pagar demasiado. ¿Es amigo tuyo ese cerdo de Halleck?

-Ya te he dicho que no le llames así. No es un cerdo.

-Nos maldijo -explicó ella.

Luego se reflejó una especie de interrogante desprecio en su voz.

»Dile, de mi parte, que Dios nos ha maldecido mucho tiempo antes de que él o cualquier otro de su tribu estuviesen por aquí...

-Ahórratelo para los asistentes sociales, muñeca...

La chica se quedó silenciosa.

Ginelli paró el coche a medio kilómetro de distancia de la cantera de grava donde descansaba Frank Spurton.

-Muy bien. Ya es bastante lejos. Sal...

-Claro...

La chica le miró fijamente con aquellos ojos impávidos.

»Pero hay una cosa que deberías saber,... Nuestros caminos se cruzarán de nuevo. Y cuando lo hagan, te mataré...

-No -replicó-. No puedes. Porque me debes tu vida esta noche. Y si esto no es suficiente para ti, perra desagradecida, añade la vida de tu hermano anoche. Hablas, pero sigues sin comprender cómo son las cosas, o por qué no te librarás de esto, o por qué nunca te liberarás del todo hasta que te des por vencida. Tengo un amigo que podrías remontar como una corneta si le atases una cuerda al cinturón. ¿Qué has conseguido? Te diré lo que has logrado. Has conseguido un viejo sin nariz que ha lanzado una maldición a mi amigo y que escapó en la noche como una hiena.

La chica estaba ahora llorando, llorando con fuerza. Las lágrimas corrían por su rostro como torrentes.

-¿Me estás diciendo que Dios está de vuestro lado? -le preguntó, con voz tan pastosa que las palabras fueron casi ininteligibles-. ¿Es eso lo que oigo que estás diciendo? Deberías arder en el. infierno por semejante blasfemia. ¿Somos hienas? En ese caso, ha sido la gente como tu amigo quien nos ha hecho así. Mi bisabuelo dice que no existen maldiciones, sólo espejos que alzas ante las almas de hombres y mujeres.

-Sal -le dijo-. No podemos hablar. No podemos ni siquiera escucharnos.

-Eso es verdad.

La chica abrió la puerta y salió.

Mientras él se alejaba con el coche, la muchacha gritó:

-¡Tu amigo es un cerdo y morirá delgado!

-Pero no creo que quieras -le dijo Ginelli.

-¿Qué quieres decir?

Ginelli miró el reloj. Eran ya más de las tres.

-Te lo diré en el coche -añadió-. Tienes una cita a las siete.

Billy sintió de nuevo que sus tripas se removían con un profundo y hueco aguijón de miedo.

-¿Con él?

-Eso es. Vamos.

Cuando Billy se puso en pie, se produjo otro episodio de arritmia, esta vez más largo. Cerró los ojos y se aferró el pecho. Lo que quedaba de su pecho. Ginelli le sujetó:

-William... ¿estás bien?

Se miró al espejo y vio a Ginelli sostener a un grotesco monstruo, con las ropas colgándole.

La arritmia pasó y fue remplazada por una sensación aún más familiar: aquella rabia que helaba la sangre y dirigida a aquel viejo... y a Heidi.

-Estoy bien -repuso-. ¿Adonde vamos?

-A Bangor -replicó Ginelli.

Capítulo XXIII

La transcripción

Tomaron el Nova. Las dos cosas que Ginelli le había dicho al respecto eran verdad: olía por completo a estiércol de vaca y se iba comiendo a grandes tragos la carretera entre Northeast Harbor y Bangor. Ginelli se paró a mitad de camino para recoger una gran cesta de almejas al vapor. Aparcaron en un área de descanso al lado de la carretera y se las repartieron, junto con seis botellas de cerveza. Las dos o tres familias que se sentaban a las mesas lanzaron un vistazo a Billy Halleck y se trasladaron lo más lejos posible.

Mientras comían, Ginelli acabó su relato. No llevó mucho tiempo.

-Llegué al cuarto de John Tree a las once de anoche -dijo-. Quizá hubiera podido regresar antes, pero tuve que hacer algunos desvíos y vueltas y revueltas para asegurarme de que nadie me seguía. En cuanto estuve en la habitación, llamé a Nueva York y envié un tipo al teléfono cuyo número le había facilitado a la muchacha. Le dije que se llevase una grabadora y una conexión, la clase de cachivaches que emplean los periodistas para las entrevistas. No quería enterarme de algo sólo de oídas, William, si es que me comprendes. Le pedí que me llamara a su vez con el contenido de la cinta, en cuanto ella colgara.

»Me desinfecté los cortes que me había hecho mientras aguardaba la respuesta. No voy a decir que tuviese hidrofobia o algo parecido, William, pero hay mucho odio en ella, ya lo sabes...

-Lo sé -replicó Billy.

Y pensó sombríamente:

Realmente, lo sé. Porque estoy ganando. En cierto sentido, estoy ganando...

La llamada se produjo a las doce y cuarto. Cerrando los ojos y apretando los dedos de su mano izquierda contra la frente, Ginelli pudo facilitar a Billy un relato casi exacto de cómo había ido la grabación:

HOMBRE DE GINELLI : Diga...

GlNA LEMKE: ¿Trabaja para el hombre que vi anoche?

HOMBRE DE GINELLI-. Sí, puede decirlo así.

GlNA: Dígale que mi bisabuelo dice...

HOMBRE DE GINELLI: He conseguido una conexión para grabarlo. Me refiero a que esta conversación está intervenida. Luego haré llegar la grabación al hombre que menciona. Por lo tanto...

GlNA: ¿Puede hacer eso?

HOMBRE DE GINELLI: Sí. Por así decirlo, es como si hablase ahora con él...

GlNA: Muy bien. Mi bisabuelo dice que se lo quitará. Le he dicho que está loco, peor aún, que está equivocado, pero se ha mostrado firme. Dice que no debe haber más daño y ningún miedo más para su pueblo: se lo levantará. Pero necesita verse con Halleck. No puede quitárselo de encima a menos que sea así. Mañana, a las siete de la noche, mi bisabuelo estará en Bangor. Hay un parque entre dos calles, Union y Hammond.

HOMBRE DE GINELLI : ¿Eso es todo?

GlNA: Sí, excepto que espero que se le vuelva negra y se le caiga a pedazos.

HOMBRE DE GINELLI: Ya se lo dirás tu misma, hermanita. Pero no lo harías si supieses lo que dices...

GlNA: Y que te den también a ti por el culo.

HOMBRE DE GINELLI: Debes llamar de nuevo a las dos, para comprobar si hay una respuesta.

GlNA: Llamaré.

-Y colgó -terminó el relato Ginelli.

Tiró las cáscaras vacías de las almejas en una papelera, regresó y añadió sin la menor piedad.

-Mi tipo declaró que parecía estar llorando durante toda la conversación.

-Dios mío... -musitó Billy.

-De todos modos, le dije a mi compinche que pusiese la grabadora en el teléfono y grabé un mensaje para que se lo pasase a ella cuando llamó a las dos. Era más o menos así: "Hola, Gina. Aquí el agente especial Stoner. He recibido tu mensaje. Suena como una despedida. Mi amigo William acudirá al parque a las siete de esta noche. Irá solo, pero yo estaré vigilando. Me imagino que tu gente también vigilará. Eso está bien. Ambos observaremos y ninguno de nosotros interferirá en lo que pase entre ellos dos. Si algo le sucede a mi amigo, pagarás un alto precio por ello."

-¿Y eso fue todo?

-Sí. Eso fue todo.

-El viejo se ha derrumbado.

-Creo que se ha derrumbado... Pero ya sabes que tal vez se trate también de una trampa.

Ginelli le observó con seriedad.

»Saben que estaré vigilando. Quizás hayan decidido matarte donde yo pueda verlo, como una venganza contra mí, y aceptar las consecuencias.

-De todos modos ya me están matando -repuso Billy.

-O la chica podría haber pensado hacerlo por sí misma. Está loca, William. La gente nunca hace lo que dice si está loca...

Billy le miró reflexivamente.

-No, no lo harán. Pero, de una forma u otra, no tengo demasiada opción, ¿verdad?

-No, no creo que la tengas... ¿Estás listo?

Billy miró hacia la gente que le contemplaba, y asintió. Hacía mucho tiempo que estaba preparado.

A mitad de camino del coche, dijo:

-¿Has hecho todo esto por mí, Richard?

Ginelli se paró, lo miró y sonrió un poco. La sonrisa fue casi vaga..., pero aquella retorcida luz en sus ojos se hallaba agudamente enfocada, demasiado enfocada hacia Billy para dejar de verla.

Apartó la mirada.

-¿Qué importa eso, William?

Capítulo XXIV

Purpurfargade Ansiktet

Llegaron a Bangor a últimas horas de la tarde. Ginelli metió el Nova en una estación de servicio, lo hizo llenar de gasolina y luego obtuvo direcciones del mozo. Billy se hallaba sentado exhausto en el asiento del pasajero. Ginelli lo miró al regresar con profunda preocupación.

-William, ¿estás bien?

-No lo sé -replicó.

Luego reconsideró el asunto:

-No...

-¿Es otra vez tu corazón?

-Sí.

Pensó en lo que había dicho el médico de medianoche de Ginelli: potasio, electrólitos..., algo acerca de cómo había muerto Karen Carpenter.

-Debería conseguir algo que tuviese potasio. Jugo de piña. Plátanos. O naranjas.

Su corazón emprendió un repentino y desorganizado galope. Billy se inclinó hacia atrás, cerró los ojos y aguardó para ver si se moría. Al fin el rugido se aquietó.

-Una bolsa llena de naranjas.

Más adelante vieron un mercado. Ginelli se detuvo.

-Volveré en seguida, William. Aguanta...

-Claro que sí -replicó vagamente Billy.

Y se dejó caer en un ligero adormecimiento en cuanto Ginelli salió del coche. Soñó. En su sueño vio su casa en Fairview. Un buitre de podrido pico voló hasta el alféizar de una ventana y se asomó por allí. Desde dentro de la casa alguien comenzó a aullar.

Luego alguien le sacudió con fuerza. Billy se despertó sobresaltado.

-¡Eh!

Ginelli se inclinó hacia atrás y resopló.

-Jesús, William, no me asustes así...

-¿De qué estás hablando?

-Hombre, creí que estabas muerto. Toma...

Dejó una bolsa de red llena de naranjas en el regazo de Billy. Billy hurgó en el cierre con sus delgados dedos: unos dedos que ahora parecían patas blancas de araña, y no pudo abrirlo. Ginelli abrió la bolsa con su navaja, y luego cortó con ella una naranja en cuartos. Billy comió despacio al principio, como alguien que cumple con un deber; luego con voracidad, pareciendo redescubrir su apetito por primera vez en una semana o más. Y su perturbado corazón pareció calmarse y redescubrir también algo parecido a su antiguo latido regular. .., aunque aquello tal vez fue sólo su mente jugando consigo misma.

Acabó la primera naranja y le pidió a Ginelli la navaja para cortar en gajos una segunda naranja.

-¿Estás mejor? -le preguntó Ginelli.

-Sí. Muchísimo. ¿Cuándo iremos al parque?

Ginelli se acercó a la acera y Billy vio, por los letreros, que se encontraban en la esquina de Union Street y West Broadway; árboles

veraniegos, repletos de follaje, murmuraron entre una suave brisa. Moteados y sombras se movieron perezosamente a lo largo de la calle.

-Ya estamos -replicó simplemente Ginelli.

Billy sintió que un dedo le tocaba la columna vertebral y luego se deslizaba fríamente por ella.

»Más o menos tan cerca como quiero llegar. Debería haberte dejado en el centro de la ciudad, pero habrías atraído demasiado la atención al andar por ahí.

-Sí -repuso Billy-. Con niños desmayándose y embarazadas abortando...

-De todos modos no hubieras podido hacerlo -siguió amablemente Ginelli-. Pero no importa... El parque está ahí, al pie de esa colina, a este lado. A medio kilómetro. Busca un banco a la sombra y aguarda.

-¿Dónde estarás tú?

-Cerca... -replicó Ginelli, y sonrió-. Vigilándote a ti y a la chica. Si me ve antes de que yo la descubra a ella, William, no podré volver a cambiarme la camisa. ¿Comprendes?

-Sí.

-No te perderé de vista.

-Gracias -contestó Billy.

Y no estuvo muy seguro de cómo, o hasta qué punto, lo sentía. Sentía gratitud hacia Ginelli, pero se trataba de una emoción extraña y difícil, como el odio que ahora profesaba a Houston y a su mujer.

-Por nada -dijo Ginelli, y se encogió de hombros.

Se inclinó hacia el asiento de al lado, abrazó a Billy y le besó con fuerza en ambas mejillas.

-Sé fuerte con ese viejo bastardo, William.

-Lo seré -repuso Billy, sonriente y saliendo del coche.

El abollado Nova se alejó. Billy se quedó de pie mirando hasta que desapareció por la esquina del final de la manzana. Luego empezó a bajar la colina, ondeando la bolsa de naranjas en una mano.

Apenas se percato del muchachito que, a mitad de la manzana, se alejó de repente de la acera, escaló la cerca de los Cowan, y se arrojó a su patio trasero. Aquella noche el muchachito se despertaría chillando, por una pesadilla en la que un espantapájaros que andaba arrastrando los pies, con un cabello sin vida en su cráneo, se había abatido sobre él. Corriendo desde el recibidor hasta su cuarto, la madre le oiría gritar:

-¡Esa cosa quiere hacerme comer naranjas hasta que yo muera! ¡Comer naranjas hasta que muera! ¡Comer hasta que muera!

El parque era grande, frío, verde y profundo... A un lado, una pandilla de niños trepaba por el gimnasio jungla, columpiándose y precipitándose por el tobogán. Al otro lado del camino estaba en marcha una partida de softball (al parecer de chicos contra chicas). En medio, la gente andaba, hacía volar cometas, bebía coca-colas. .. Era la estampa de un verano norteamericano medio en la segunda mitad del siglo XX y, por un momento, Billy se sintió atraído por aquello.

Todo lo que falta son los gitanos -le susurró una voz dentro de él.

Y le volvió el frío, un frío lo suficientemente real como para ponerle carne de gallina en los brazos y obligarle de repente a cruzar su delgado brazo sobre el junquillo que era su pecho.

Deberíamos tener a los gitanos, ¿verdad? Los viejos breaks con las pegatinas del NRA en sus oxidados parachoques, las casas rodantes con

murales a los lados... Y luego Samuel con sus clavas y Gina con su honda. Y todos correrían. Siempre llegan corriendo. Para ver juegos malabares, para probar con la honda, para que les digan su futuro, para conseguir una poción o una loción, para llevarse una chica a la cama -o por lo menos para soñar en ello-, para ver a los perros despedazarse las tripas unos a otros. Siempre se precipitan para verlo. Sólo por lo extraño que resulta. Claro, necesitamos a los gitanos. Siempre los tenemos. Porque si no tienes a alguno que expulsar de la ciudad de vez en cuando, ¿cómo sabríamos que pertenecemos a este lugar? Bueno, pronto llegarán, ¿verdad?

-Eso es -gimió, y se sentó en un banco que estaba casi a la sombra.

De repente las piernas le temblaron, no tenían fuerza. Tomó una naranja de la bolsa y, al cabo de algunos esfuerzos, consiguió pelarla. Pero ahora su apetito había desaparecido de nuevo y sólo pudo comer un poco.

El banco estaba bastante lejos de los otros, y Billy no llamó la atención, por lo menos a distancia, sólo parecería un viejito delgado que tomaba un poco del aire de la tarde.

Se sentó, y mientras la sombra empezaba a arrastrarse primero sobre sus zapatos, luego sobre sus rodillas, encharcándose finalmente en su regazo, se apoderó de él una fantástica sensación de desesperación: una sensación de inutilidad y futilidad mucho más sombría que aquellas inocentes sombras vespertinas. Las cosas habían llegado muy lejos y nada las haría retroceder. Ni siquiera Ginelli, con su energía de psicópata, arreglaría lo que había sucedido. Sólo llegaría a empeorar las cosas.

Nunca debí... -pensó Billy.

Pero fuese lo que fuere lo que nunca debió hacer, se quebró y se desvaneció como una mala señal de radio. Se adormeció de nuevo. Estaba en Fairview, un Fairview de los Cadáveres Vivientes. Los cuerpos yacían por todas partes, muertos de hambre. Algo le picoteó agudamente en el hombro.

No.

¡Pic!

¡No!

Pero se produjeron de nuevo aquellos pic, y pic, y pic; naturalmente se trataba del buitre de la nariz macilenta y no quería volver la cabeza por miedo a que le picotease en los ojos con los negros restos de su pico. Pero.

(pic)

insistió, y él

(¡pic! ¡pic!)

lentamente volvió la cabeza, alejándose al mismo tiempo del sueño y viendo...

... sin auténtica sorpresa que era Taduz Lemke el que estaba a su lado en el banco.

-Despierta, hombre blanco de la ciudad -le dijo, y tiró de nuevo con fuerza de la manga de Billy, con sus dedos retorcidos, llenos de manchas de nicotina.

¡Pic!

»Tienes malos sueños. Traen un hedor que puedo oler en tu aliento.

-Estoy despierto -replicó Billy con voz pastosa.

-¿Estás seguro? -le preguntó Lemke con cierto interés.

-Sí.

El viejo llevaba un traje gris cruzado de sarga. En los pies lucía unos zapatos negros de empeine alto. Su escaso cabello estaba peinado con raya al medio y echado fuertemente hacia atrás a partir de su frente, que aparecía tan arrugada como la piel de sus zapatos. Un aro de oro brillaba en uno de sus lóbulos.

Billy vio que la podredumbre se había esparcido: unas líneas oscuras irradiaban ahora de las ruinas de su nariz y a través de la mayor parte de su mejilla izquierda en arroyos.

-Cáncer -le dijo Lemke.

Sus brillantes ojos negros -unos ojos de ave en realidad- no abandonaron en ningún momento el rostro de Billy.

»¿Te gusta? ¿Te hace feliz?

-No -repuso Billy.

Estaba aún intentando despejar los restos del sueño, afianzarse en esta realidad.

»No, naturalmente que no.

-No mientas -exclamó Lemke-. No hay necesidad. Esto te hace feliz, naturalmente que te hace feliz.

-Nada de eso me hace feliz -insistió-. Estoy harto de todo. Créeme.

-No creo nada que me diga un hombre blanco de la ciudad -repuso Lemke.

Habló con una especie de genialidad horrorosa.

-Pero estás enfermo, oh, sí. Piensa en eso. Estás *nastan farsk*, te estás muriendo por estar delgado. Por lo tanto te he traído algo. Te hará engordar, sentirte mejor.

Sus labios se retiraron de los raigones negros de sus dientes en una espantosa sonrisa.

-Pero sólo cuando alguien más lo coma.

Billy se quedó mirando lo que Lemke tenía en su regazo y vio, con una especie de *deja vu*, que se trataba de un pastel en un molde de aluminio desechable. En su mente, oyó a su yo soñante decir en sueños a su mujer:

No quiero estar gordo. He decidido estar delgado. Cómetelo tú.

-Pareces asustado -comentó Lemke-. Es demasiado tarde para asustarse, hombre blanco de la ciudad.

Sacó una navaja de la chaqueta y la abrió, llevando a cabo la operación con la grave y estudiada lentitud de un anciano. La hoja era más corta que la de la navaja de Ginelli, según vio Billy, pero parecía más afilada.

El viejo introdujo la hoja en la corteza y luego cortó a través, dejando una hendidura de unos ocho centímetros de longitud. Retiró la hoja. De la corteza cayeron unas gotas rojas. El viejo enjugó la hoja en la manga de su chaqueta, dejando allí la mancha de color rojo oscuro. Luego dobló la hoja y se guardó la navaja. Hincó sus retorcidos pulgares en los lados opuestos de la bandeja del pastel y empujó con cuidado. La hendidura se profundizó, mostrando un fluido viscoso en el que unas cosas negras -tal vez fresas- flotaban como grumos. Relajó los pulgares. La hendidura se cerró. Empujó de nuevo en los bordes de la bandeja del pastel. La hendidura se abrió. Continuó empujando y soltando mientras hablaba. Billy se sintió incapaz de apartar la mirada.

-Así..., debes convencerte a ti mismo de que es... ¿Cómo lo llamaste? Un aprieto. Lo que le sucedió a mi Susanna ya no es tanto culpa tuya como mía, o de ella, o de Dios. Debes decirte a ti mismo que no te pueden pedir que pagues por ello, que no hay culpa, dilo así. Se deslizará de ti porque tus

hombros están rotos. No hay culpa, dices. Debes decírtelo a ti mismo una y otra vez. No hay culpa, hombre blanco de la ciudad. Todos pagan, incluso por cosas que no han hecho. No hay aprieto.

Lemke se quedó reflexivamente silencioso durante un momento. Sus pulgares se tensaron y se relajaron, se tensaron y se relajaron. La hendidura en el pastel se abrió y se cerró.

-Porque tú no te echaste la culpa, ni tú ni tus amigos, yo hice que la asumieras. Te la clavé como un signo. Por mi querida hija muerta a la que mataste hice esto, y por su madre, y por sus hijos. Luego llegó tu amigo. Envenenó perros, disparó armas en la noche, empleó sus manos en una mujer, amenaza con echar ácido en las caras de niños. Quítalo, dice, quítalo, quítalo, quítalo. Y finalmente he dicho que bien, siempre y cuando *podol enkelt*, se vaya de aquí. No por lo que ha hecho, sino por lo que hará. Ese amigo tuyo está loco, y no se detendrá. Incluso mi Celina dice que ve en sus ojos que no se detendrá. "Pero nosotros tampoco nos detendremos", dice ella, y yo digo: »Sí lo haremos. Pararemos. Porque si no lo hacemos, somos unos locos como el amigo del hombre de la ciudad. Si no paramos, deberemos creer que lo que dice el hombre blanco es verdad: que Dios paga, que es un aprieto.

Tensión y relajación. Tensión y relajación. Abrir y cerrar.

"Quítalo", dice, y por lo menos no dice: "Hazlo desaparecer, haz que ya no esté más". Porque una maldición es en cierto sentido como un bebé.

Sus oscuros pulgares se abrieron. La hendidura se ensanchó.

-Nadie comprende esas cosas. Ni tampoco yo, pero sé un poco. "Maldición", tal es vuestra palabra, pero en romaní es mejor. Escucha: *Purpurfargade ansiktet*. ¿Lo conocías?

Billy movió lentamente la cabeza, pensando que la frase poseía una textura ricamente oscura.

-Significa algo así como- "Niño de la noche de las flores". Es como tener un niño que está *varsel*, perdido. Los gitanos dicen que *varsel* siempre se encuentra debajo de azucenas o hierba mora, que florece de noche. Esta forma de decir es mejor porque maldición es una *cosa*. Lo que tienes no es una *cosa*. Lo que tienes es algo vivo.

-Sí -repuso Billy-. Está dentro, ¿verdad? Está dentro, comiéndome.

-¿Dentro? ¿Fuera? -Lemke se encogió de hombros. -En todas partes. Esta cosa, *purpurfargade ansiktet*, la traes al mundo como un bebé. Sólo que crece más de prisa que un bebé, y no puedes matarla porque no la ves; sólo ves lo que hace.

Los pulgares se relajaron. La hendidura se cerró. Un arroyo oscuro se abrió paso a través de la suave topografía de la corteza del pastel.

"Esta maldición... tú *dekent felt o gard da borg*. Debes ser como un padre. ¿Aún deseas desembarazarte de ella?

Billy asintió.

-¿Sigues aún creyendo en el aprieto?

-Sí.

Fue sólo un graznido.

El viejo gitano con la nariz macilenta sonrió. Las líneas negras de podredumbre de su mejilla izquierda se ahondaron y oscilaron. El parque estaba ahora casi vacío. El sol se hallaba cerca del horizonte. Las sombras les cubrían. De repente, la navaja se halló de nuevo en la mano de Lemke, con la hoja sacada.

Va a apuñalarme -pensó soñadoramente Billy-. *Me apuñalará en el corazón y echará a correr con su pastel de fresa debajo del brazo.*

-Descúbrete la mano -le dijo Lemke.

Billy bajó la vista.

»Sí... Donde ella te disparó.

Billy quitó las grapas del vendaje elástico y, lentamente, lo desanudó. Por debajo, su mano parecía blanca por completo, como un pez. En contraste, los bordes de la herida eran oscuras, de un rojo oscuro, color de hígado.

El mismo color que esas cosas de dentro de su pastel -pensó Billy-. *Las fresas. O lo que quiera que sea.*

Y la herida había perdido su casi perfecta redondez a medida que los bordes se habían ido juntando. Ahora parecía como... *Como una hendidura* -pensó, con sus ojos derivando hacia el pastel.

Lemke tendió a Billy la navaja.

¿Cómo sé que no has untado esa hoja con curare o cianuro o lo que sea -pensó preguntar, pero luego no lo hizo.

Ginelli tenía razón. Ginelli y la Maldición del Hombre Blanco de la Ciudad.

El mango de la navaja de hueso gastado se acomodó confortablemente a su mano.

-Si quieres desembarazarte del *purpurfargade ansiktet*, en primer lugar debes meterlo en el pastel... y luego dar el pastel, con el niño-maldición dentro, a alguien más. Pero debe ser pronto o regresará con el doble de poder. ¿Comprendes?

-Sí -repuso Billy.

-Entonces hazlo, si quieres -siguió Lemke.

Sus pulgares se apretaron de nuevo. La oscura hendidura de la corteza del pastel se abrió.

Billy titubeó, pero sólo por un segundo; luego el rostro de su hija se alzó en su mente. Por un momento la vio con toda la claridad de una buena fotografía, mirándole por encima del hombro, riéndose, con sus pompones en las manos cual grandes y ridículos frutos púrpuras y blancos.

Estás equivocado acerca del aprieto, viejo -pensó-. *Heidi por Linda. Mi esposa por mi hija. Ese es el aprieto.*

Empujó la hoja de la navaja de Taduz Lemke en el agujero de su mano. La costra se abrió con facilidad. La sangre salpicó la hendidura del pastel. Fue apenas consciente de que Lemke hablaba muy rápidamente en romaní, con sus ojos negros sin abandonar el blanco y macilento rostro.

Billy giró la navaja en la herida, observando mientras sus hinchados labios se apartaban y recuperaban su anterior ovalidad. Ahora la sangre surgió con mayor rapidez. No sintió dolor.

-*Enkelt!* ¡Basta!

Lemke le quitó la navaja de la mano. De repente, Billy se sintió sin fuerzas en absoluto. Se derrumbó contra el banco del parque, sintiéndose desdichadamente nauseoso, desgraciadamente vacío, de la manera en que, se imaginó, debía sentirse una mujer que acabase de dar a luz. Luego se miró la mano y vio que la hemorragia había cesado.

No..., eso es imposible.

Observó el pastel en el regazo de Lemke y vio algo más que era imposible: sólo que esta vez la imposibilidad ocurrió ante sus ojos. Los pulgares del viejo se relajaron, la hendidura se cerró de nuevo... y entonces,

simplemente, no hubo hendidura. La corteza se hallaba intacta excepto dos pequeños respiraderos en el centro exacto. Donde se encontrara la hendidura había ahora algo parecido a un zigzag rugoso en la corteza.

Se miró otra vez la mano y no vio sangre, ni costra, ni carne abierta. La herida se había curado por completo, dejando sólo una corta cicatriz blanca, que también zigzagueaba, cruzando las líneas de la vida y del corazón cual si se tratase de un rayo.

-Esto es tuyo, hombre blanco de la ciudad -le dijo Lemke, y colocó el pastel en el regazo de Billy.

Su primer y casi ingobernable impulso fue tirarlo, desembarazarse de él del mismo modo que se habría desprendido de una gran araña que le hubiesen arrojado al regazo. El pastel era repugnantemente cálido y parecía latir, dentro de su barata bandeja de aluminio como algo vivo.

Lemke se levantó y se quedó mirándolo.

-¿Te sientes mejor? -le preguntó.

Billy se percató de que, aparte lo que sentía respecto a lo que sostenía en su regazo, era así. La debilidad había pasado. Su corazón latía con normalidad.

-Un poco -repuso con cautela.

Lemke asintió.

-Ahora aumentarás de peso. Pero en una semana, o tal vez en dos, volverás a retroceder. Sólo que esta vez seguirás bajando y ya no habrá modo de detenerlo. A menos que encuentres a alguien que coma esto.

Los ojos de Lemke no titubearon.

--¿Estás seguro?

- ¡Sí, si!-gritó Billy.

-Lo siento un poco por ti -prosiguió Lemke-. No demasiado, sino un poco. En un tiempo debiste ser *pokol*..., fuerte. Ahora tus hombros aparecen caídos. Nada es culpa tuya..., existen razones..., tienes amigos.

Sonrió sin alegría.

"¿Por qué no te comes tu propio pastel, hombre blanco de la ciudad? Morirías, pero morirías fuerte.

-Vete de aquí -le dijo Billy-. No tengo la menor idea de qué estás hablando. Nuestro trato se ha cerrado, eso es cuanto sé.

-Sí. Nuestro trato se ha cerrado.

Su mirada se deslizó brevemente hasta el pastel y luego volvió al rostro de Billy.

-Ten cuidado con quién se come la comida que se supone que es para ti -le dijo.

Y se alejó. A mitad de camino de las sendas para jogging, se volvió. Fue la última vez que Billy vio aquel rostro increíblemente anciano, increíblemente cansado.

-Nada de aprieto, hombre blanco de la ciudad -le dijo Taduz Lemke-. Nunca más.

Se volvió y comenzó a alejarse.

Billy permaneció sentado en el banco del parque y le observó hasta que desapareció.

Cuando Lemke desapareció en la tarde, Billy se levantó y regresó por el camino por donde había venido. Anduvo veinte pasos antes de darse cuenta de que se había olvidado de algo. Volvió al banco, con rostro aturdido y serio, ojos opacos y recogió su pastel. Aún estaba caliente y latía, pero esas cosas le impresionaron menos ahora. Supuso que un hombre puede

acostumbrarse a todo, si le dan suficientes incentivos. Echó a andar hacia Union Street.

Capítulo XXV

Cincuenta y cinco

A mitad de camino de la colina, del lugar desde donde Ginelli le había permitido irse, vio el Nova azul aparcado junto a la acera. Y entonces supo que la maldición había desaparecido.

Se encontraba horriblemente débil, y de vez en cuando su corazón se le deslizaba en el pecho (como un hombre que pisa sobre algo grasiento, pensó), pero de todos modos se había ido; y ahora que había ocurrido, supo exactamente lo que Lemke había querido decir al hablar de que una maldición era una cosa viva, algo como un niño ciego e irracional que había estado dentro de él, alimentándose de él. *Purpurfargade ansiktet*. Y ahora se había marchado.

Pero sintió que el pastel que transportaba le palpitaba muy lentamente en las manos, y al bajar la vista observó que la corteza latía rítmicamente. Y la barata bandeja de aluminio del pastel conservaba su leve calor.

Está durmiendo -pensó.

Y se estremeció. Se sintió como un hombre que llevase un demonio dormido.

El Nova se hallaba junto a la acera elevado sobre sus ruedas traseras y con la trompa apuntando hacia abajo. Estaban encendidas las luces de posición.

-Ya ha acabado -dijo Billy, abriendo la portezuela del pasajero y entrando-. Ya ha...

Fue entonces cuando vio que Ginelli no estaba en el coche. Por lo menos, no mucho de él. A causa de la profunda oscuridad no vio hasta unos segundos después que por poco se había sentado sobre la mano cortada de Ginelli. Era un puño incorpóreo que arrastraba rojos fragmentos de sangre y reposaba en la desgarrada funda del asiento del Nova, arrancado de la muñeca; un puño incorpóreo lleno de cojinetes de bolilla.

-¿Dónde estás?

La voz de Heidi se percibía encolerizada, asustada, cansada. Billy no quedó particularmente sorprendido al averiguar que ya no sentía nada por aquella voz..., ni siquiera curiosidad.

-Eso no importa -replicó-. Regreso a casa.

-¡Ha visto la luz! ¡Gracias a Dios! ¡Finalmente ve la luz! ¿Volarás hasta La Guardia o Kennedy? Te recogeré.

-Llegaré en coche -replicó Billy.

Luego hizo una pausa.

-Quiero que llames a Mike Houston, Heidi, y que le digas que has cambiado de opinión sobre el res gestae.

-¿El qué? Billy, ¿qué...?

Pero se dio cuenta por el repentino cambio en su tono, que sabía exactamente de qué le hablaba: era el tono asustado de un niño que ha sido atrapado robando caramelos, y de repente perdió la paciencia con ella.

-La orden de internación involuntaria -explicó-. En el ramo a veces se la llama Mandato Loonybin. Me he hecho cargo del asunto y con gusto me inscribiré en cualquier sitio adonde quieras enviarme, a la Glassman Clinic,

al New Jersey Goat Gland Center, al Midwestern College of Acupuncture. Pero si los policías me agarran cuando regrese a Connecticut y acabo en el manicomio estatal de Norwalk, lo vas a lamentar, Heidi.

La mujer estaba llorando.

-Sólo hicimos lo que pensamos que era mejor para ti, Billy. Algún día lo comprenderás.

Dentro de su cabeza, Lemke habló:

No es culpa tuya... existen razones... tienes amigos.

Se lo sacudió de encima, pero antes de que lo hiciese, la carne de gallina le había trepado por los brazos y por los lados de su cuello hasta el rostro.

-Simplemente... -Hizo una pausa, escuchando aquella vez a Ginelli en su mente:

Simplemente quítalo. Quítalo. William Halleck dice que lo quites.

La mano. La mano en el asiento. Un grueso anillo de oro en el anular, una piedra roja, tal vez un rubí. Un pelo fino y negro que crecía entre el segundo y el tercer nudillos. La mano de Ginelli.

Billy tragó saliva. Se escuchó un clic audible en su garganta.

-Simplemente consigue que declaren ese documento nulo e inválido -le dijo.

-Muy bien -se apresuró ella a responder.

Y luego volvió obsesivamente a la justificación.

-Nosotros sólo... Yo sólo hice lo que pensé... Billy, estabas adelgazando tanto..., decías semejantes locuras...

-*Muy bien.*

-Parece como si me odiases -dijo, y comenzó de nuevo a llorar.

-No seas tonta -repuso, lo cual no era exactamente una negación.

Ahora su voz fue más tranquila.

-¿Dónde está Linda? ¿Está ahí?

-No, ha regresado con Rhoda para pasar unos cuantos días... Ella... Bueno, se encuentra muy alterada por todo esto.

Apuesto a que sí -pensó.

Ya había ido antes con Rhoda, y luego vuelto a casa. Lo sabía, puesto que había hablado con ella por teléfono. Y ahora se había ido de nuevo, y algo en la frase de Heidi le hizo pensar que, en esta ocasión, fue idea de Lin el irse.

¿Ha averiguado que tú y el bueno del viejo Mike Houston estaban en proceso de conseguir que declarasen loco a su padre, Heidi? ¿Es eso lo que ha sucedido?

Pero aquello realmente no importaba. Linda se había marchado, eso era lo importante.

Sus ojos erraron hasta el pastel, colocado encima del televisor en su cuarto del motel de Northeast Harbor.

La corteza aún latía lentamente, arriba y abajo, como un espantoso corazón. Era importante que su hija no estuviera nunca cerca de aquella cosa. Era peligroso.

-Sería mejor para ella que se quedase allí hasta que tengamos resueltos nuestros problemas -le dijo.

En el otro extremo de la línea, Heidi prorrumpió en sonoros sollozos. Billy le preguntó qué andaba mal.

-Tú eres el que anda mal... Pareces tan frío...

-Ya me caldearé -repuso-. No te preocupes. Se produjo un momento en que oyó cómo contenía los sollozos e intentaba dominarse. Aguardó a que esto sucediese, pero sin paciencia o impaciencia; realmente no sentía nada en absoluto. Aquella descarga de horror que había barrido todo su ser al percatarse de que la cosa que se hallaba en el asiento era la mano de Ginelli, aquélla fue, realmente, la última emoción fuerte que sintiera esta noche. Excepto, naturalmente, el raro ataque de risa que le acometió un poco después.

-¿En qué estado te encuentras? -preguntó ella al fin.

-Ha habido alguna mejora. Ya estoy en los cincuenta y tres. La mujer se quedó sin aliento.

-¡Eso son tres kilos menos de peso que cuando te marchaste!

-Pero son también tres kilos más que cuando me pesé ayer por la mañana -exclamó con ánimo.

-Billy... Deseo que sepas que podemos arreglarlo todo. De veras que podemos. Lo más importante es que te pongas bien, y entonces hablaremos. Si hemos de hablar con alguien más..., con alguien como un consejero matrimonial..., pues bien, yo estoy de acuerdo, si tú lo estás. Es simplemente que nosotros..., que nosotros...

Oh, Dios, está a punto de comenzar a berrear de nuevo -pensó.

Y permaneció conmocionado y divertido, ambas cosas de forma muy fugaz, ante su propia malignidad. Y luego su mujer dijo algo que le alcanzó como algo particularmente conmovedor y, por un momento, tuvo de nuevo cierta sensación de la vieja Heidi..., y con ello del antiguo Billy Halleck.

-Dejaré de fumar, si quieres -le dijo.

Billy se quedó mirando al pastel encima del televisor. Su corteza latía con lentitud. Arriba y abajo, arriba y abajo. Pensó en lo oscuro que era cuando el gitano trazó en él la hendidura. En aquella masa abierta debían existir todos los infortunios físicos de la Humanidad o sólo fresas. Pensó en su sangre, vertiéndose por la herida de su mano en el pastel. Pensó en Ginelli. El momento de calidez desapareció.

-Será mejor que no -le dijo-. Cuando uno deja de fumar, engorda...

Más tarde, se encontró tumbado en la cama sin deshacer con las manos cruzadas en la nuca, mirando a la oscuridad. Era la una menos cuarto de la madrugada, pero nunca había deseado menos dormir. Fue sólo entonces, en la oscuridad, cuando volvieron a él algunos recuerdos desarticulados del tiempo transcurrido entre el hallazgo de la mano de Ginelli encima del asiento del Nova y el encontrarse en esa habitación y telefoneando a su mujer.

No se percibía el menor ruido en la oscurecida habitación.

No.

Pero si lo había. Un sonido semejante a la respiración.

No, es tu imaginación.

Pero no se trataba de su imaginación; eso eran las interpretaciones de Heidi, no de William Halleck. Sabía mucho más como para creer que sólo se trataba de su imaginación. Si no lo había hecho antes, lo hacía ahora. La corteza se movió, como una cáscara de piel blanca sobre una carne viva; e incluso ahora, seis horas después de que Lemke se lo diese, sabía que si tocaba la bandeja de aluminio notaría su calor.

-*Purpurfargade ansiktet* -murmuró en la oscuridad.

Y el sonido fue como un encantamiento.

Cuando vio la mano, fue lo único que vio. Cuando se dio cuenta medio segundo después de lo que estaba mirando, gritó y se apartó de la misma. El movimiento originó que la mano se bambolease primero hacia un lado y luego hacia otro: pareció como si Billy hubiese preguntado cómo era y le estuviese respondiendo con un ademán de comme ci, comme ça. Dos de los cojinetes de bolillas se deslizaron y rodaron por el hueco entre el asiento y el respaldo.

Billy gritó de nuevo, con las palmas apretadas contra el saliente de su mandíbula debajo del mentón, con las uñas oprimidas contra su labio inferior y los ojos húmedos y abiertos de par en par. Su corazón comenzó un prolongado y débil clamor en su pecho, y se percató de que el pastel se estaba volcando hacia la derecha. Se hallaba en un tris de caer al suelo del Nova y hacerse pedazos.

Lo enderezó. La arritmia en su pecho se calmó; pudo respirar de nuevo. Y la frialdad que más tarde notaría Heidi en su voz comenzaría a apoderarse de él. Ginelli, probablemente, estaría muerto; no, pensó a continuación, nada de probablemente... ¿Qué había dicho?

Si me llega a ver antes que yo a ella, William, no podré nunca más volverme a poner la camisa...

Dilo, pues, en voz alta.

No, no quiso hacer esto. No quiso hacerlo y no quería tampoco mirar de nuevo la mano. Pero hizo ambas cosas.

-Ginelli ha muerto -dijo.

Hizo una pausa y luego prosiguió, puesto que eso parecía poner

las cosas un poco mejor:

-Ginelli ha muerto y no hay nada que quepa hacer al respecto. Excepto salir pitando de aquí antes de que un poli...

Miró la columna de dirección y observó que la llave estaba puesta en posición de encendido. El llavero, que mostraba una foto de Olivia Newton John en un tafilete de sombrero, pendía de un trozo de cuero sin curtir. Supuso que la chica, Gina, habría introducido la llave de encendido al dejar la mano; se había hecho cargo de Ginelli, pero no había querido romper cualesquiera promesas que su bisabuelo hubiese hecho al amigo de Ginelli, el fabuloso hombre blanco de la ciudad. La llave era para él. De repente, se imaginó que Ginelli había sacado una llave de coche del bolsillo de un hombre muerto; ahora, la chica seguramente habría hecho lo mismo. Pero aquel pensamiento no le heló la sangre.

Su mente estaba ahora muy fría. Y dio por bien venida esta frialdad.

Salió del Nova, colocó con cuidado el pastel en el suelo, dio la vuelta hasta el asiento del conductor y entró en el vehículo. Cuando se sentó, la mano de Ginelli hizo de nuevo aquel ademán espantoso de vaivén. Billy abrió la guantera y encontró un mapa muy antiguo del interior de Maine. Lo desplegó y lo puso sobre la mano. Luego encendió el motor del Nova y avanzó por Union Street.

Llevaba casi cinco minutos conduciendo cuando se dio cuenta de que iba en dirección equivocada, hacia el oeste en vez de hacia el este. Pero fue entonces cuando vio los arcos dorados de MacDonald's por delante, en la tranquilizadora hora del crepúsculo. Su estómago le gruñó. Billy giró y se detuvo en el intercomunicador de la entrada de coches.

-Bien venido a MacDonald's -resonó la voz de dentro del altavoz-. ¿Puedo tomar su pedido?

-Sí, por favor... Me gustarían tres hamburguesas, dos paquetes grandes de papas fritas y un batido de café con leche.

Exactamente como en los viejos tiempos -pensó, y sonrió-. *Mételo todo en el coche, desembarázate de los desperdicios y no se lo digas a Heidi al llegar a casa...*

-¿Le gustaría algún postre con todo eso?

-Claro que sí. Un pastel de cerezas.

Miró el mapa desplegado que tenía a su lado. Estaba seguro de que el pequeño bulto situado exactamente al oeste de Augusta era el anillo de Ginelli. Una oleada de debilidad le atravesó. "Y una caja de pastelillos "MacDonaldland" para mi amigo dijo, y se echó a reír.

La voz le repitió el encargo y luego concluyó:

-Su pedido se le servirá en la seiscientos noventa, señor. Ya puede entrar con el coche.

-Puedes estar seguro -replicó Billy-. Eso es todo, ¿verdad? Sólo entrar aquí en coche y tratar de recoger tu encargo.

Se echa de nuevo a reír. Se sentía muy bien, y al mismo tiempo con leves ganas de vomitar.

La muchacha le tendió dos calientes bolsas blancas a través de la ventanilla. Billy pagó, recibió el vuelto y siguió conduciendo. Se detuvo al final del edificio y tomó el viejo mapa de carreteras con la mano dentro; dobló por debajo el mapa, alargó la mano por la ventanilla abierta y lo depositó en un cubo de basuras. En lo alto del tacho, un Ronald Reagan de plástico bailoteaba con una mueca de plástico. Escrito en la puerta de vaivén del cubo de basura aparecían las palabras: DEPOSITE LOS DESPERDICIOS EN ESTE LUGAR.

-Esto es lo que lo significa todo -murmuró.

Se estaba frotando la mano en la pierna y riendo.

-Sólo intentar meter los desperdicios en este lugar... dejarlos aquí.

Esta vez giró hacia el este en Union Street, encaminándose en dirección a Bar Harbor. Seguía riendo. Durante un rato pensó que nunca podría parar, que seguiría riendo así hasta el día de su muerte.

Dado que alguien podría haberle visto dando al Nova, lo que un colega abogado de Billy llamó en una ocasión "un masaje de huellas digitales", si lo hubiera hecho en un lugar relativamente público -en el patio del Motor Inn de Bar Harbor, por ejemplo-. Billy se detuvo en una área de descanso, desierta, al borde de la carretera a unos sesenta kilómetros de Bangor para hacer este trabajo. No le interesaba que le relacionasen con este coche de ninguna manera, si podía evitarlo. Salió, se quitó la chaqueta deportiva, la plegó y luego limpió cada superficie que recordaba haber tocado y cada una que podría haber tocado.

La luz de "No hay plazas" estaba encendida delante del despacho del motel, y sólo se veía vacío un espacio de aparcamiento por lo que Billy pudo ver. Estaba delante de una unidad a oscuras, y tuvo pocas dudas respecto de que miraba el cuarto de John Tree.

Metió el Nova en aquel espacio, se sacó el pañuelo y limpió tanto el volante como la palanca de cambios. Recogió el pastel. Abrió la puerta y limpió la manecilla del interior. Se metió el pañuelo en el bolsillo, salió del coche y empleó el trasero para cerrar la puerta. Luego miró a su alrededor. Una madre de aspecto cansado peleando con un niño que parecía incluso más cansado que ella; dos ancianos se hallaban de pie fuera de la oficina, hablando. No vio a nadie más y sintió que nadie le observaba. Oyó los

televisores dentro de los cuartos del motel y, desde la ciudad, llegaba el estruendo del rock mientras los habitantes de verano de Bar Harbor se preparaban animadamente para la fiesta.

Billy cruzó el antepatio, se dirigió al centro de la ciudad y guió sus oídos por el sonido de la orquesta roquera más ruidosa. El bar se llamaba Salty Dog y, tal y como Billy había esperado, había taxis -tres de ellos, aguardando a los lisiados y los borrachos- esperando afuera. Billy habló con uno de los taxistas y por quince dólares el mismo se mostró encantado de llevar a Billy hasta Northeast Harbor.

-Veo que ha conseguido su comida -le dijo el taxista al entrar Billy en el vehículo,

-O la de alguien -replicó Billy y se echó a reír-. Porque eso es lo único importante, ¿verdad? Simplemente asegurarse de que alguien recibe su almuerzo.

El taxista le miró durante un momento con expresión dudosa por el espejo retrovisor, y luego se encogió de hombros.

-Signifique eso lo que signifique, amigo mío, en realidad pagará la tarifa...

Media hora después de esto estaba hablando por teléfono con Heidi.

Ahora se hallaba tumbado aquí y escuchó cómo algo respiraba en la oscuridad, algo que parecía un pastel pero que, realmente, era un niño, que él y el anciano habían creado juntos.

Gina -pensó casi al azar-. *¿Dónde está? "No la lastimes", le había dicho a Ginelli. Pero creo que si le pudiera echar la mano encima, sería yo mismo el que la castigaría. ..,la heriría por completo, por lo que le hizo a Richard. ¿La mano de ella? Dejaría a aquel viejo su cabeza... Le llenaría la boca de bolas de cojinete y le dejaría la cabeza. Y ésa es la razón de que sea una buena cosa que no le eche las manos encima, porque nadie sabe exactamente cómo empiezan las cosas de esta clase; discuten acerca de algo y, finalmente, sueltan la verdad, aunque ésta sea inconveniente, pero todo el mundo sabe cómo siguen; ellos dan un golpe, nosotros dos... ellos disparan en un aeropuerto, por lo que nosotros volamos una escuela... y la sangre corre por las cunetas. Porque esto es lo realmente importante, ¿verdad? La sangre en las cuentas. Sangre...*

Billy durmió sin saber que dormía; sus sueños, simplemente, emergieron en una serie de ensoñaciones fantasmales y retorcidas. En algunas de ellas mataba y en otras era matado, pero en todos los sueños algo respiraba y latía, pero nunca pudo ver ese algo porque se hallaba dentro de él.

Capítulo XXVI

Cincuenta y siete

LA MUERTE MISTERIOSA PUEDE HABER SIDO
UN AJUSTE DE CUENTAS ENTRE BANDAS

Un hombre fue hallado anoche muerto a tiros en un sótano de un edificio de apartamentos de Union Street, ha sido identificado como una figura del mundo de las pandillas de la ciudad de Nueva York. Richard Ginelli, conocido como "Richie el Martillo" en los círculos de los bajos fondos, había sido procesado tres veces por extorsión, tráfico y venta de drogas ilegales y asesinato por las autoridades del Estado de Nueva York y federales. Una investigación combinada estatal y federal en el asunto Ginelli fue abandonada en el año 1981, a continuación de las muertes violentas de varios testigos del ministerio fiscal.

Una fuente cercana a la oficina del fiscal general del Estado de Maine declaró anoche que la idea de un presunto "ajuste de cuentas entre bandas" se había presentado una vez que se supo la identidad de la víctima, y dadas las circunstancias peculiares del asesinato. Según esta fuente, una de las manos de Ginelli había sido cortada y la palabra "cerdo" aparecía escrita con sangre en la frente.

Al parecer, a Ginelli le dispararon con un arma de gran calibre pero, hasta ahora, los funcionarios especializados en balística de la Policía estatal han declinado hacer públicas sus averiguaciones, lo que un agente de la Policía del Estado calificó "como algo fuera de lo corriente".

Este relato figuraba en primera página del Daily News de Bangor, que Billy Halleck había comprado aquella mañana. Lo escudriñó de arriba abajo, miró la fotografía del edificio de apartamentos en que habían encontrado a su amigo, luego enrolló el periódico y lo metió en una papelera con el escudo del Estado de Connecticut a un lado y la inscripción de DEPOSITE EN ESTE LUGAR LOS DESPERDICIOS en la puerta metálica de vaivén.

-Esto es todo -musitó.

-¿Qué, señor?

Se trataba de una niñita de unos seis años con cintas en el cabello y un olor a chocolate seco en el mentón. Estaba paseando a su perro.

-Nada -dijo Billy, y le sonrió.

-¡Marcy! -gritó ansiosamente la madre de la niñita-. ¡Ven aquí!

-Bueno, adiós -dijo Marcy.

-Adiós, querida.

Billy la observó volver hacia su madre, con el pequeño caniche blanco trotando delante de ella en su correa, repiqueteando sus uñas. La niña no habrá hecho más que llegar junto a su madre cuando comenzó la reprimenda; Billy lo sintió por la niña, que le había recordado a Linda cuando tenía más o menos seis años, pero aquello también le alentó. Una cosa era que la balanza le dijese que había recuperado cinco kilos; pero otra cosa -y mejor- era que alguien le hubiese tratado de nuevo como a una persona normal, aunque esta persona resultara ser una niñita de seis años que hacía trotar al perrito de la familia en un área de descanso de la

autopista de peaje..., una niñita que, probablemente, pensaría que había montones de gente en el mundo que parecían grúas andantes.

Había pasado el día anterior en Northeast Harbor, no tanto descansando como tratando de recuperar cierto sentido de cordura. Podía sentir que regresaba..., pero luego miraba al pastel situado encima del televisor en su barata bandeja de aluminio y se deslizaba de nuevo.

Al anochecer lo puso en el baúl de su coche, y aquello le hizo sentirse algo mejor.

Después de oscurecer, cuando aquel sentido de cordura y su propia y profunda soledad habían parecido más fuertes, encontró su maltrecha agenda de direcciones y llamó a Rhoda Simonson en Westchester County. Al cabo de unos momentos hablaba con Linda, que se mostró tremendamente alegre de saber algo de él. Se había enterado incluso del asunto del res gestae: La cadena de acontecimientos que llevaron al descubrimiento, según Billy pudo (o deseó hacerlo) seguirla, resultó tan sórdida como parecía previsible. Mike Houston se lo contó a su mujer. Su esposa se lo dijo a su hija mayor, probablemente borracha. Linda y la chica de Houston habían sido íntimas el invierno anterior, y Samantha Houston se apresuró a contarle a Linda que su querida vieja mamá intentaba que a su querido viejo papá le internasen en una fábrica de tejido de cestos.

-¿Y qué le dijiste? -preguntó Billy.

-Le dije que se metiese el palo de un paraguas en el culo -replicó Linda.

Y Billy se echó a reír hasta que las lágrimas le brotaron de los ojos..., pero parte de él se sintió también triste. Había estado fuera menos de tres semanas, y su hija parecía haber crecido tres años.

Linda se dirigió en línea recta a casa para preguntarle a Heidi si lo que Samantha Houston había dicho era verdad.

-¿Y qué sucedió? -inquirió Billy.

-Tuvimos una espantosa pelea, y luego le dije que deseaba regresar con tía Rhoda, y me contestó que sí, que tal vez no se tratara de una mala idea.

Billy hizo una pausa durante un momento y luego continuó:

-No sé si necesitas que te diga esto o no, Lin, pero no estoy loco.

-Oh, papá, ya lo sé -respondió la chica casi en son de reprimenda.

-Y me voy encontrando mejor. Ganando peso.

La chica chilló tan fuerte que tuvo que apartarse el teléfono del oído.

-¿De veras? ¿Es verdad?

-Pues sí, de veras...

-¡Oh, papi, eso es grande! Es... ¿Me estás diciendo la verdad? ¿De veras es así?

-Palabra de *boy scout* -le contestó, sonriendo.

-¿Cuándo regresas a casa? -quiso saber.

Y Billy, que esperaba irse al día siguiente de Northeast Harbor y entrar por la puerta principal de su propia casa no mucho después de las diez del día siguiente por la noche, respondió:

-Aún tardaré una semana más o menos, cariño. Primero quiero aumentar un poco más de peso. Aún sigo pareciendo, alrededor de los cuarenta y cinco kilos.

-Oh -replicó Linda, un tanto desinflada-. Oh, está bien...

-Pero cuando vuelva te llamaré a tiempo para que llegues por menos, seis horas antes que yo -prosiguió-. Podrás hacer otra lasaña, como cuando regresamos de Mohonk, y engordar un poco más.

-¡Mierda! -dijo riendo y luego, inmediatamente, añadió-: ¡Hurra! Lo siento, papá...

-Olvídalo -replicó-. Mientras tanto, debes quedarte ahí en casa de Rhoda, querida. No quiero que haya más discusiones entre tú y mamá.

-De todos modos, tampoco deseo regresar hasta que lo hagas tú -le explicó.

Y Billy percibió una gran firmeza en su voz. ¿Había sentido Heidi en Linda aquella sensación de firmeza propia de un adulto? Sospechaba que así fue, o por lo menos aquello tenía algo que ver con su desesperación por teléfono la noche anterior.

Le dijo a Linda que la quería mucho, y colgó. El sueño se le presentó con mayor facilidad aquella segunda noche, pero los sueños fueron desagradables. En uno de ellos escuchaba a Ginelli en el baúl de su coche, gritando que le dejasen salir. Pero cuando abrió el baúl, no se trataba de Ginelli sino de un niñito desnudo y ensangrentado con los ojos sin edad de Taduz Lemke y un aro de oro en uno de los lóbulos de la oreja. El niñito tendió las manos manchadas de sangre seca hacia Billy. Sonrió y sus dientes eran agujas de plata.

Purpurfargade ansiktet -dijo con una voz gimiente, monstruosa, inhumana, y Billy se despertó temblando, en la fría y gris alba de la zona costera atlántica.

Pagó la cuenta veinte minutos después y se encaminó de nuevo hacia el sur. Se detuvo a las ocho menos cuarto para encargar un buen desayuno campesino, aunque luego no pudo comer casi nada del mismo, en cuanto abrió el periódico que comprara en el puesto de venta automática de enfrente.

Sin embargo, no interfirió en mi almuerzo -pensó ahora al regresar al coche alquilado-. *Porque el volver a ganar otra vez peso es lo que realmente importa.*

El pastel estaba en el asiento contiguo, pulsante, caliente. Le echó un vistazo, luego dio vuelta a la llave para poner el coche en marcha y retrocedió para salir del hueco del aparcamiento. Se percató de que se encontraría en casa en menos de una hora y sintió una extraña y desagradable emoción. Pasaron treinta kilómetros antes de que se percatase de qué se trataba: de excitación.

Capítulo XXVII

Pastel gitano

Estacionó el coche de alquiler en la entrada de vehículos detrás de su propio Buick, tomó el bolso que había sido su único equipaje y comenzó a cruzar el césped. La casa blanca con sus brillantes persianas verdes, siempre un símbolo de comodidad, bienestar y seguridad para él, parecía ahora extraña, tan extraña como si fuese en realidad casi alienante.

El hombre blanco de la ciudad vive ahí -pensó-, *pero no estoy seguro de que, a fin de cuentas, haya regresado a casa: este tipo que cruza el césped se siente más como un gitano. Un gitano verdaderamente delgado.*

La puerta principal, flanqueada por dos gráciles lámparas eléctricas, se abrió, y Heidi salió al escalón superior. Llevaba una falda roja y una blusa blanca sin mangas que Billy no recordaba haberle visto antes. También tenía el cabello muy corto y, durante un conmocionante momento, pensó que no se trataba en absoluto de Heidi, sino de un desconocida que se le parecía un poco.

Ella le miró, con el rostro demasiado pálido, los ojos harto oscuros, labios temblorosos.

-¿Billy?

-Soy yo -replicó, y se detuvo donde se encontraba.

Se quedaron allí mirándose mutuamente; Heidi con una especie de miserable esperanza en su cara, Billy con lo que sentía como carencia de expresión en la suya; sin embargo alguna debería tener, puesto que, al cabo de un momento, ella estalló en un:

-¡Por Dios, Billy! [No me mires así! ¡No puedo soportarlo!

Notó que una sonrisa le afloraba al rostro; por dentro se sintió como si algo muerto flotase encima de un lago inmóvil, pero debí de ser algo correcto pues Heidi le respondió con una sonrisa tímida y temblorosa. Las lágrimas comenzaron a derramarse por sus mejillas.!

Oh, siempre lloras con facilidad. Heidi -pensó.

La mujer comenzó a descender los escalones. Billy dejó caer el bolso y anduvo hacia ella, percibiendo la muerta sonrisa en su propio rostro.

-¿Qué hay para comer? -preguntó-. Estoy muerto del hambre.

Le hizo una comida gigante: lomo, ensalada, una papa al horno casi tan grande como un torpedo, chauchas, arándanos con crema de postre. Billy se lo comió todo. Aunque ella no llegara a decírselo, cada movimiento, cada gesto y cada mirada que le dirigía transmitían el mismo mensaje:

Dame una segunda oportunidad, Billy... Por favor, concédeme una segunda oportunidad...

En cierto modo, pensó que aquello era en extremo divertido: divertido de una forma que el viejo gitano hubiera incluso apreciado. Su mujer había cambiado de negarse a aceptar cualquier culpabilidad a aceptarla toda.

Y, poco a poco, a medida que se aproximó la medianoche, sintió algo más en sus ademanes y movimientos: alivio. Notó que estaba siendo perdonada. Aquello se cuadraba muy bien con Billy, porque el que Heidi pensara que era perdonada constituía asimismo todo el asunto.

Se sentó delante de él, observándolo comer, tocando ocasionalmente su desvaído rostro, y fumando un Newport Red detrás de otro mientras él hablaba. Le contó cómo había perseguido a los gitanos por la costa; cómo consiguió las fotografías por parte de Kirk Penschley; cómo, finalmente, atrapó a los gitanos en Bar Harbor.

A partir de aquel momento, la verdad y Billy Halleck dejaron de ser compañeros.

La dramática confrontación que a un tiempo había esperado y temido, no se efectuó del modo que esperaban, le dijo a Heidi. Para empezar, el viejo se había reído de él. Todos se rieron.

»Si te hubiera maldecido, ya estarías ahora bajo tierra -le dijo el viejo gitano-. Crees que somos magos, todos los hombres blancos de la ciudad creen que somos magos. Si fuésemos magos, ¿iríamos

por ahí en viejos coches y camionetas con silenciadores y tubos de escape sujetos con alambres? Si fuésemos magos, ¿dormiríamos en los campos? Esto no es un número de magia, hombre blanco de la ciudad: no es otra cosa que una feria ambulante. Hacemos negocios con tipos que tienen dinero y bolsillos agujereados, y luego nos vamos. Y ahora, sal de aquí antes de que lance sobre ti a algunos de esos jóvenes. Ellos conocen una maldición: se llama la Maldición de los Nudillos de Hierro."

-¿Así realmente te llamó? ¿Hombre blanco de la ciudad?

Billy le sonrió.

-Sí. Así realmente me llamó.

Le contó a Heidi que había regresado a su cuarto del motel y, simplemente, se quedó allí durante los siguientes dos días, demasiado hondamente deprimido como para hacer otra cosa que picotear la comida. Al tercer día -hacía tres jornadas- se subió a la balanza del cuarto de baño y vio que había ganado un kilo y medio, a pesar de lo poco que comía.

-Pero cuando pensé más al respecto, sentí que no era más extraño que comerme todo lo que estuviese en la mesa y comprobar que había perdido kilo y medio -comentó-. Y el tener aquella idea fue lo que, al fin, me sacó de la esclavitud mental en la que me había sumido. Pasé otro día en aquella habitación de motel realizando los más difíciles pensamientos de mi vida. Comencé a percatarme de que, a fin de cuentas, podía haber estado en lo cierto en la Glassman Clinic. Incluso Michael Houston pudo tener, en parte, razón, por mucho que me disguste ese desgraciado.

-Billy...

Su mujer le tocó el brazo.

-No temas -continuó-. No le pegaré cuando le vea.

Más bien le ofreceré un trozo de pastel -pensó.

Y se echó a reír.

-¿Puedo compartir el chiste?

La mujer le dirigió una intrigada sonrisita.

-No es nada -repuso-. De todos modos, el problema fue que Houston, que aquellos tipos de la Glassman Clinic, incluso tú, Heidi, estaban tratando de meterme todo eso a la fuerza. Forzándome a aceptar la verdad. Simplemente, tenía que pensar en ello por mí mismo. Una simple reacción de culpabilidad, más, supongo, una combinación de imaginaciones paranoicas y un auténtico autoengaño. Pero, al final, Heidi, yo tenía también en parte razón. Tal vez por todas esas motivaciones equivocadas, pero en parte tenía razón dije que debía verlo de nuevo, y ése fue el truco. Aunque no

de la forma esperada, Era más pequeño de lo que recordaba, llevaba un reloj barato, y tenía acento de Brooklyn. Me parece que fue eso sobre todo lo que deshizo el espejismo. Fue algo parecido a escuchar a Tony Curtís decir: *"Ete ez el palasio demi jodio papi"*, en una película sobre el Imperio árabe. Por lo tanto, descolgué el teléfono y... En el salón, el reloj de la repisa de la chimenea comenzó a tintinear musicalmente.

-Es medianoche -prosiguió-. Vayámonos a la cama. Te ayudaré a meter los platos en la máquina.

-No, puedo hacerlo yo -respondió ella.

Y luego deslizó los brazos en torno de él.

-Estoy contenta de que hayas vuelto a casa, Billy. Ve arriba Debes de estar agotado...

-Estoy bien -replicó-. Simplemente...

De repente hizo chascar los dedos con el aspecto de un hombre que acaba de recordar algo.

-Casi lo olvidaba -siguió-. He dejado una cosa en el coche...

-¿De qué se trata? ¿No puede aguardar hasta mañana?

-Sí, pero debería meterlo en casa.

Le sonrió.

-Es para ti...

Salió, con el corazón martillándole con fuerza en el pecho. Se le cayeron las llaves del coche en el camino de vehículos, se golpeó la cabeza contra un lateral del auto en su ansia por recogerlas. Sus manos le temblaban tanto que, al principio, no pudo meter la llave en la cerradura del baúl.

¿Qué pasará sí aún está palpitando arriba y abajo? -lloriqueó su mente-. *Cristo bendito, se pondrá a gritar cuando lo vea...*

Abrió el baúl y, cuando no vio nada dentro, excepto el gato y la rueda de repuesto, el que estuvo a punto de gritar fue él mismo. Luego recordó: estaba en el lado del pasajero del asiento delantero. Cerró con fuerza el baúl y dio la vuelta al coche rápidamente. El pastel estaba allí y la corteza se veía perfectamente inmóvil, como, realmente, había sabido que ocurriría.

De repente, las manos dejaron de temblarle.

Heidi estaba de nuevo de pie en el porche, observándole. Regresó hacia ella y le colocó el pastel en las manos. Billy aún sonreía.

Traigo el pedido de la tienda -pensó.

Y el entregar cosas era, sin embargo, la otra de las cosas importantes. Se le ensanchó la sonrisa.

-Voilá! -dijo. -¡Huy!

Su mujer se inclinó hacia el pastel y olió.

-¡Pastel de fresas..., mi favorito!

-Lo sé -repuso Billy, sonriente.

-¡Y aún está caliente! ¡Gracias!

-Salí de la autopista, en Stratford para poner gasolina y la Ayuda Parroquial o algo parecido, tenía un puesto de venta de pasteles en el césped de la iglesia que estaba exactamente enfrente -explicó-. Y pensé que... podías salir a la puerta con... un palo de amasar o algo parecido... Tenía que traer un regalo de paz...

-Oh, *Billy...*

Estaba empezando a llorar otra vez. Le dio un impulsivo apretón con un solo brazo, sosteniendo el pastel en equilibrio con los dedos abiertos de la otra mano, de la forma como un camarero mantiene en equilibrio una

bandeja. Cuando le besó el pastel se inclinó. Billy sintió que su corazón también se le inclinaba en el pecho y adoptaba un ritmo enloquecido.

-¡Cuidado! -jadeó.

Y sujetó el pastel en el momento en que comenzaba a deslizarse.

-Dios mío, qué torpe soy -dijo ella, echándose a reír y enjugándose los ojos con un pico del delantal que se había puesto. Me traes mi clase favorita de pastel y casi lo dejo caer sobre tu...

Se derrumbó por completo, inclinándose contra su pecho, sollozando. Él le acarició su corto cabello con una mano, mientras seguía aguantando el pastel en la palma de la otra, separado prudentemente del cuerpo de ella por si realizaba algún súbito movimiento.

-Billy, estoy tan contenta de que te encuentres en casa -sollozó-. ¿Me prometes no odiarme por lo que te hice? ¿Me lo prometes?

-Te lo prometo -le dijo gentilmente, acariciándole el cabello.

Tiene razón -pensó- *Aún está caliente.*

-Vayamos dentro, ¿eh?

En la cocina, Heidi puso el pastel en el mostrador y volvió a la pileta.

-¿Te comerás un trozo? -le preguntó Billy.

-Tal vez cuando termine esto -le contestó-. Come tú si quieres.

-¿Después de la cena que me he metido entre pecho y espalda? -preguntó.

Y se echó a reír.

-Durante algún tiempo necesitarás todas las calorías que puedas encontrar.

-Pues éste simplemente es un caso en que ya no hay más sitio en la taberna -repuso-. ¿Quieres que seque?

-Quiero que subas y que te metas en la cama -le contestó-. En seguida estoy contigo.

-Muy bien.

Salió sin mirar atrás, sabiendo que sería más probable que cortase un trozo de pastel si él no estaba allí. Pero probablemente no lo haría, esta noche no. Esta noche querría irse a la cama con él..., incluso tal vez desearía hacer el amor con él. Pero pensó que ya sabía cómo desalentarla. Simplemente se metería en la cama desnudo... Cuando ella le viera...

En lo que se refería al pastel...

-"Pamplinas, dijo Scarlett. Me comeré el pastel mañana. Mañana será otro día..."

Se echó a reír ante el sonido de su propia voz alicaída. Para entonces se encontraba ya en el cuarto de baño, subido a la balanza. Alzó la mirada al espejo y vio en él los ojos de Ginelli.

La balanza le dijo que estaba ya aproximándose de nuevo a los sesenta, pero no se sintió feliz. No sentía nada en absoluto, excepto cansancio. Estaba increíblemente cansado. Anduvo por el pasillo, que ahora le parecía tan raro y poco familiar, y se metió en el dormitorio. Tropezó con algo en la oscuridad y casi se cayó. Su mujer había cambiado al parecer algunos de los muebles. Se había cortado el pelo, comprado una blusa nueva, y dispuesto de nuevo las posiciones del butacón y de la más pequeña de las dos cómodas del dormitorio: esto era sólo el principio de lo extraño que ahora resultaba todo allí. Se había producido mientras él estaba fuera, como si, a fin de cuentas, Heidi hubiese sido también maldecida, aunque de una forma

mucho más sutil. ¿Era aquello una idea realmente tonta? Billy no lo creía así. Linda había notado también aquello tan raro y había huido.

Lentamente comenzó a desnudarse.

Se tumbó en la cama aguardando a que Heidi subiese, escuchando unos ruidos que, aunque débiles, resultaban lo suficientemente familiares como para contarle toda una historia. El crujido de la puerta de arriba de la alacena -la de la izquierda donde guardaba los platitos de postre- al abrirse. El repiqueteo de un cajón el clic sutil de los útiles de cocina mientras la mujer seleccionaba un cuchillo.

Billy se quedó mirando a la oscuridad, con el corazón latiéndole con fuerza.

El sonido de sus pasos al cruzar de nuevo la cocina: se acercaba a la mesada donde había dejado el pastel. Escuchó crujir las tablas en mitad del suelo de la cocina al pasar por encima del mismo, como había venido haciendo durante años.

¿Qué le hará? A mí me hizo adelgazar. Volvió a Cary una especie de animal del que después de muerto te podrías haber hecho un par de zapatos. A Hopley le convirtió en una pizza humana. ¿Y qué le hará a ella?

La tablilla en medio del suelo crujió de nuevo cuando Heidi cruzó otra vez la cocina: podía verla, con el platillo sostenido en su mano derecha y los cigarrillos y las cerillas en la izquierda. Podía ver el trozo de pastel. Las fresas, el charquito del jugo rojo.

Escuchó para percibir el débil gemido de las bisagras de la puerta del comedor, pero no se produjo. Aquello realmente no le sorprendió. Estaba de pie al lado de la mesada, mirando hacia el patio trasero y comiéndose el pastel con sus rápidos y económicos mordiscos a lo Heidi. Una antigua costumbre. Casi podía oír el tenedor rascar en el platito.

Se percató de que divagaba.

¿Me voy a dormir? No..., imposible... Es imposible que alguien se quede dormido durante la comisión de un asesinato.

Pero así era. Aguardaba oír de nuevo el ruido de la tablilla en mitad de la cocina; la oiría al cruzar la cocina hacia el fregadero. Correr el agua cuando enjuagase el platito. El ruido al atravesar todas las habitaciones, ajustar los termostatos, apagar las luces y controlar las luces de alarma contra los ladrones al lado de las puertas: todos los rituales de unos tipos blancos de la ciudad,

Yacía en la cama esperando oír el ruido de la tabla del suelo, y luego se encontraba sentado a su escritorio en su estudio, en la ciudad de Big Jubilee, Arizona, donde llevaba ejerciendo la carrera de derecho seis años. Era así de sencillo. Vivía allí con su hija y ejercía el derecho de aquella clase que llamaba "mierda empresarial" para llevar la comida a la mesa; el resto no era más que asuntos de Ayuda Legal a la Sociedad. Vivían unas existencias simples. Los viejos tiempos -garaje para dos coches, jardinero tres días a la semana, impuestos sobre la propiedad de cinco mil dólares al año- habían desaparecido. No los echaba de menos y no creía que Lin los añorara tampoco. Ejercía el derecho que se hacía en la ciudad, o a veces en Yuma o Phoenix, pero aquello apenas era bastante, y vivían lo suficientemente lejos de Jube para percibir la sensación de la tierra que les rodeaba. Linda iría al *college* el año próximo, y él tendría que trasladarse... Pero no, le había dicho a la chica, a menos que la soledad empezara a abrumarle, y no creía que eso ocurriera.

Habían conseguido una buena vida, y eso resultaba estupendo, eso iba como anillo al dedo, porque una buena vida para ti y para los tuyos es lo más importante de todo.

Llamaron a la puerta de su estudio. Se apartó del escritorio, se volvió y Linda estaba allí de pie, y la nariz de Linda había desaparecido. No, desaparecido no. Estaba en su mano derecha en vez de en la cara. La sangre manaba del oscuro agujero encima de su boca.

No lo comprendo, papá -dijo en una voz nasal y como de sirena-. *Simplemente, se me ha caído.*

Se despertó con una sacudida, batiendo el aire con los brazos, tratando de eliminar aquella visión. A su lado, Heidi gruñó en sueños, se volvió hacia su lado izquierdo y se subió el cobertor hasta la cabeza.

Poco a poco la realidad fluyó de nuevo por él. Estaba otra vez en Fairview. La brillante luz de primeras horas de la mañana caían a través de la ventana. Miró al otro lado del cuarto vio en el reloj digital de la cómoda que eran las seis y veinticinco. Se veían seis rosas rojas en un florero al lado del reloj.

Se levantó de la cama, cruzó el cuarto, tomó la bata y se dirigió al cuarto de baño. Abrió la ducha y colgó la bata detrás de la puerta, percatándose de que Heidi tenía una nueva bata, al igual que una nueva blusa y un nuevo corte de pelo: una de un azul muy bonito.

Se subió a la balanza. Había ganado otro medio kilo. Se metió en la ducha y se limpió con una fuerza que resultaba casi compulsiva, enjabonándose cada parte de su cuerpo, enjuagándose y enjabonándose otra vez.

Vigilaré mi peso -se prometió-. *Una vez que se haya ido, de veras que vigilaré mi peso. Ya nunca más estaré tan gordo como antes.*

Se pasó la toalla. Se puso la bata y se encontró de pie tras la puerta cerrada y mirando fijamente la nueva bata de Heidi. Alargó la mano y agarró un pliegue de nailon entre los dedos. Captó su lisura. La prenda parecía nueva, pero también semejaba familiar.

Simplemente, salió y se compró una bata que se parece a una que tuvo en algún momento en el pasado -pensó-. *La creatividad humana no va demasiado lejos; al final, comenzamos a repetirnos. Al final todos somos obsesivos.*

Houston habló en su mente:

Es la gente que no se asusta la que muere joven.

HEIDI: ¡Por Dios, Billy, no me mires de esa manera! ¡No puedo soportarlo!

LEDA: Ahora parece un caimán..., como algo que ha salido a rastras del pantano y se ha puesto prendas humanas.

HOPLEY: Uno va por ahí, pensando que quizás esta vez, tal vez sólo esta vez, habrá un poco de justicia. ..,un instante de justicia para cubrir toda una vida de mierda.

Billy manoseó el nailon azul y una terrible idea comenzó a deslizársele por la mente. Recordó su sueño. Linda en la puerta de su estudio. El agujero sangrante en su rostro. Esta bata..., no parecía familiar porque Heidi hubiera tenido una semejante tiempo atrás. Parecía familiar porque Linda tenía una que era así ahora mismo.

Se volvió y abrió un cajón a la derecha del lavabo. Apareció un cepillo con un LINDA escrito a lo largo del mango de plástico rojo.

Unos pelos negros colgaban de las cerdas.

Al igual que un hombre en sueños anduvo por el pasillo hasta su cuarto.

El negocio ambulante siempre desea arreglar esas cosas, amigo mío... es una de las cosas para las que existe...

Un imbécil, William, es un tipo que no cree lo que está viendo.

Billy Halleck abrió la puerta y en el extremo del pasillo vio a su hija, Linda, dormida en su cama, con un brazo en torno de la cara. Su viejo osito, *Amos*, se encontraba en el hueco de su otro brazo.

No. ¡Oh, no! No. no.

Se sujetó a los lados de la puerta, balanceándose soñadoramente hacia adelante y hacia atrás. Fuese lo que fuese, no era un imbécil porque lo veía todo: la chaqueta gris de antílope de Linda del tipo aviador que colgaba en el respaldo de la silla, la valija Samsonite abierta, derramándose de ella una colección de vaqueros, pantalones cortos, blusas y ropa interior. Vio la tarjeta Greyhound en la manija. Y vio más. Vio las rosas al lado del reloj en su dormitorio y de Heidi. Las rosas no habían estado allí cuando entró anoche en el dormitorio. No... fue Linda quien trajo las rosas. Como una ofrenda de paz. Había regresado antes a casa con su madre para hacer las paces antes de que Billy volviese al hogar.

El viejo gitano con la nariz roída:

Di que no hay culpa. Dilo una y otra vez. Yo no hay aprieto, hombre blanco de la ciudad. Todo el mundo paga, incluso por las cosas que no ha hecho. No hay aprieto.

Se dio la vuelta y corrió por las escaleras. El terror le hizo bajar los escalones de dos en dos, aunque se tambalease como un marinero en el mar.

¡No, Linda no! -gritó su mente-. *¡Linda no! ¡Dios mío, por favor, Linda no!*

Todos pagan, hombre blanco de la ciudad, incluso por las cosas que no han hecho. Porque esto es, realmente, lo único que importa.

Lo que quedaba del pastel aparecía en la mesa, cuidadosamente cubierto. Había desaparecido más de una cuarta parte. Miró a la mesa de la cocina y vio allí el bolso de Linda, con una hilera de botones de roqueros pegados en la correa; Bruce Sopringsteen, John Cougar Mellancamp, Pat Benatar, Lionel Richie, Sting, Michael Jackson.

Se acercó a la pileta.

Dos platos.

Dos tenedores.

Se sentaron aquí, comieron pastel e hicieron las paces -pensó-. ¿Cuándo? ¿Poco después de que me fuese a dormir? Así debe de haber sido.

Oyó reírse al viejo gitano y las rodillas se le combaron. Tuvo que agarrarse al mostrador para no caer.

Cuando tuvo alguna fuerza, dio la vuelta y cruzó la cocina, escuchando la tablilla de la parte central crujir bajo sus pies al pasar por encima.

El pastel latía de nuevo: arriba y abajo, arriba y abajo. Su obsceno y persistente calor había empañado el cobertor. Notó un débil ruido de chapoteo.

Abrió la alacena, sacó un plato de postre, abrió el cajón de abajo y extrajo un cuchillo y un tenedor.

-¿Por qué no? -susurró.

Y quitó la cobertura del pastel. De nuevo estaba inmóvil. Ahora era únicamente un pastel de fresas que parecía en extremo tentador a pesar de lo temprano que era.

Y como Heidi había dicho, necesitaba todas las calorías que pudiese conseguir.

-Come con ganas -susurró Bill Halleck en el soleado silencio de la cocina.

Y se cortó un trozo del pastel gitano.

FIN